nuestra vida  
dominicana

F.-D. Joret, O. P.

nuestra vida  
dominicana



con un prefacio  
del Rev. Padre Motte, O.P.  
Prior Provincial de la Provincia de Francia

*La sal de la tierra*

Hemos leído la obra de F.-D. Joret, titulada *Nuestra vida dominicana,* y nos ha parecido digna de ser publicada.

|  |  |
| --- | --- |
| 10 de marzo de 1936  Hermano. R. Bernard, O.P. Lector de Sagrada Teología | 10 de marzo de 1936  Hermano. M.-V. Bernadot, O.P. Lector de Sagrada Teología |
| **Nihil obstat**  El padre. J. Padé, O. P Pr. Prov. | |
| **Imprimatur**  Poitiers, 6 de junio de 1936  J. Braudv . g. | |

## Prefacio

Un libro bien hecho es tan bueno como la verdad a la que sirve. Este es el caso de este. Para su elogio bastará con mencionar brevemente la causa a la que está dedicada: es mérito del P. Joret haberse puesto a su altura, o más bien haberse revelado perfectamente a gusto, como un verdadero hijo que habla de la casa de su padre.

Es una verdad común hoy en día que una vasta movilización espiritual debe convocar a todas las almas de buena voluntad a la reconstrucción urgente. Los católicos, más que nadie, no pueden escapar a la llamada. En particular, todas las familias espirituales que se agrupan en la gran Iglesia deben tomar conciencia del papel que les corresponde. ¿No son las fuerzas de las que son depositarios las que el país -y el mundo- necesitan con más urgencia? Las fuerzas de los ideales, las fuerzas de la devoción, las fuerzas de la abnegación, los recursos... ¡qué maravilla para los que entienden! - de fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza, templanza, pobreza, castidad y obediencia. Y toda Orden religiosa encuentra en la situación actual una nueva razón para mostrarse plenamente, ya que sólo puede servir mejor al bien público siendo más fiel a su propia vocación.

La recuperación de Francia quiere Hermanos que sean perfectos educadores y Hermanas Visitadoras capaces de hacer honor a la asistencia social. No quiere menos el espectáculo de la pobreza franciscana y la apacible majestuosidad de los oficios benedictinos, el trabajo y la austeridad de los trapenses, la contemplación del Carmelo señalando a Dios y proclamando lo único necesario.

También quiere el resplandor luminoso de "nuestra vida dominicana". Y si no nos corresponde anteponer esta petición a las demás en el orden de las necesidades públicas, es nuestro deber, como hijos de Santo Domingo, darle el primer lugar en nuestra atención personal.

Así, el honor de un bello papel que desempeñar no hace sino denunciar la gravedad de la obligación correspondiente: no podemos medirlo por nuestra parte sin sentirnos inmediatamente conducidos a una mayor modestia en nuestro ardor, a una mayor humildad en nuestra confianza.

A nadie le resultaría difícil admitir lo mucho que nuestros agitados tiempos carecen de todo lo que evoca el lema dominicano "Veritas".

Si no es necesario haber sido alumno de Arcueil para "odiar las mentiras que tanto daño nos han hecho", sucede que la ya famosa frase ha venido a resaltar, con toda la autoridad necesaria, la actualidad de este querido "mot d'Ordre" que siempre ha sido para nosotros la Verdad.

Un mundo de engañadores y engañados no puede ser un mundo largo ni profundamente feliz. Las voces que difunden mentiras siembran inevitablemente la discordia y la infelicidad. Donde no hay honestidad no puede haber reconciliación de los hombres. Es una tarea primordial y urgente promover la luz.

Pero la lucha contra la mentira no agota este programa. El error, incluso de buena fe, es un mal con consecuencias desastrosas. ¿Cómo podría ser posible un ajuste feliz de los hombres a las condiciones reales de la vida sin el conocimiento de la verdad? La primera condición para cualquier éxito individual o colectivo es el respeto por lo que es, por lo que somos, por lo que son los demás y, finalmente, por lo que es Dios. El mundo sólo se salvará del oscuro error cuyas sangrientas consecuencias estamos registrando con horror, mediante la sabiduría.

No toda la sabiduría puede aspirar a este papel salvador. La paz necesita unos cimientos inamovibles, y si la justicia y el amor, que son sus principales pilares, sólo tienen unos cimientos superficiales, basta el brazo de un Sansón para hacerlos vacilar. Para encontrar la roca sobre la que descansar, debemos descender a las profundidades, a lo inmutable, a Dios.

Por supuesto, la fe que nos hace tocarla y las virtudes sobrenaturales que nos adaptan a ella no son las únicas condiciones para una ciudad terrenal armoniosa y pacífica. La técnica, la economía, la política, las ciencias positivas y todas las virtudes naturales son indispensables. Pero incluso si fueran perfectos, lo esencial sigue faltando. Es frágil toda construcción humana que no conecta con las subestructuras espirituales del mundo; es corta y azarosa toda habilidad cuyos caminos no conectan con los de la Providencia soberana que gobierna el universo.

Pero, ¿cómo podemos penetrar en el misterio de esos pensamientos de Dios que "no son nuestros pensamientos", de esa obra divina de la que sólo podemos desentrañar los elementos superficiales, y aún muy pobremente? La verdadera sabiduría sólo puede ser un don gratuito de Dios.

Y este regalo nos ha sido concedido. ¡Si lo supiéramos! *Si scires donum Dei*! El Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, es quien nos lo ha dado a conocer. El Verbo eterno, la verdadera luz de los hombres, vino a completar, al encarnarse, esa primera iniciación en la sabiduría que dispensa con el germen de la inteligencia a todo hombre que viene a este mundo. Nos enseñó en verdad los caminos de Dios, uniendo el testimonio del ejemplo al de la palabra y el testimonio de la sangre al del ejemplo. Y para que su doctrina no sea sólo una luz externa para nuestras almas, sino que se convierta en nosotros en espíritu y vida, en principio de acción recta y fecunda, nos legó su Espíritu, que difunde el amor de Dios en nuestros corazones.

Así, del Padre a nosotros, a través de Jesús, en su Espíritu común, fluye la sabiduría luminosa y ardiente que es la única que responde plenamente a las formidables y sublimes exigencias de nuestro destino.

Al menos es capaz de restablecer el orden, tanto en la sociedad como en las almas, porque al ordenar todas las cosas en relación con Dios mismo, fija a cada ser en su lugar y en su papel, y asegura así la perfecta armonía del conjunto, así como el feliz equilibrio de las partes.

La verdadera justicia, de la que es obra la paz - "opus justitiæ pax", como se complace en recordar nuestro Pontífice en su lema-, presupone esta visión profunda y jerarquizada del mundo. Fuera de esto, el hombre está fatalmente limitado, incluso cuando se exalta: el ideal terrenal que se le asigna enmascara uno mayor; la expansión de la civilización material oprime en él al ciudadano de la ciudad espiritual; la libertad muere y el orden no nace.

Así que el orden presupone, en última instancia, el amor, el vínculo de los seres. Los ajustes dictados desde fuera e impuestos por la coacción siguen siendo vanos si no encuentran en alguna aspiración de las almas una complicidad secreta. Pero ¿qué instinto podría unir a todos los hombres, más allá de tantos rasgos que los diversifican y de los intereses que los oponen, sino el sentido de su comunidad fraternal en Dios? La revelación del Evangelio es el fundamento del verdadero amor, así como de la verdadera justicia, y si el mundo actual nos parece espantosamente despiadado y duro, así como inicuo, esto no deja de ser un mal que sólo la sabiduría cristiana tiene el poder de curar. "Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor", escribió San Juan. Para saber amar, hay que conocer a Dios, y conocerlo por su verdadero nombre, el que nos enseñó Jesús: Padre, el Padre que une a todos los hombres en su ternura y los abre así al amor mutuo.

Con qué ímpetu, si entendemos esto, no deberían concentrarse todos nuestros deseos a favor de nuestra dolorosa y querida humanidad en la súplica que la Iglesia lanza hacia el Cristo esperado en el tiempo de Adviento: "Oh Sapientia... O Oriens... Oh Sabiduría, que procede de la boca del Altísimo, que llega de un extremo a otro del mundo con fuerza y dispone de todo con dulzura, ¡ven y enséñanos el camino de la prudencia! Oh Levante, Esplendor de la luz eterna y Sol de la justicia, ven a iluminar a los que se encuentran en las tinieblas y en la sombra de la muerte.

Pero esta Luz divina ha brillado en nuestras tinieblas, y los hombres no la han recibido. Llegó, esta Sabiduría celestial, y se burlaron bajo un manto de escarnio de aquel en quien habitaba en plenitud desbordante.

La Palabra de Dios se ha hecho oír, y el pueblo, los príncipes, los sacerdotes, se han conjurado para ahogar su voz: Si todavía resuena, a pesar de la cruz, de la lanza, de la piedra del sepulcro y de los guardianes, si ha conseguido por su virtud divina atravesar la muerte, extenderse hasta los confines del universo y hacerse oír por todas las generaciones, atrayendo hacia ella a multitudes de almas rectas y a la santa élite de la humanidad, queda que la gran tristeza del mundo es la ignorancia en la que todavía se encuentra la mayoría de los hombres.

Suprema ingratitud e irreverencia hacia Dios, fuente primaria de todos los males que nos acosan, cerramos nuestros oídos a la Verdad divina, abriéndolos a todas las demás voces, las más burdas, las más vanas, las más falsas, y nos hundimos en la condenación visible.

*¡Veritas*! Ah, cómo se entiende a Santo Domingo, temblando ante los estragos del error y dejándolo todo para ir a hacer que los hombres escuchen de nuevo la Verdad que libera. Cómo se entiende que quienes le siguieron, desde Reginaldo de Orleans y Jordán de Sajonia hasta Pedro de Verona, desde Vicente Ferrier hasta el padre Lacordaire, se convirtieran en su escuela en los "campeones de la fe y en las verdaderas luces del mundo". Cómo comprendemos a las innumerables almas que, movidas por el instinto de una gracia muy especial, se han agrupado a lo largo del tiempo y del espacio en torno a la estrella de su frente, queriendo en todas partes, tanto en la vida conyugal como tras las puertas de los monasterios, en el taller o en el humilde trabajo doméstico, entre los grandes y los pequeños, los fieles y los infieles, hacer brillar la misma virtud luminosa ante Dios y ante los hombres, bajo la salvaguarda de la penitencia!

Qué bien comprendemos la santa ambición que anima hoy a sus hijos e hijas de prolongar en nuestro tiempo su presencia bienhechora y su obra de salvación, y de comprobar así, reviviendo las virtudes de su gran corazón, que ellas representan realmente, en las exaltadas palabras de su septuagésimo octavo sucesor, "la mejor de las fuerzas espirituales que la Europa de hoy, como la de principios del siglo XIII, más necesita para levantar sus ruinas, curar las heridas sangrantes de su pobre cuerpo maltrecho y recuperar su alma perdida[[1]](#footnote-2)".

Más que ningún otro país, el nuestro parece reclamar el beneficio de la influencia dominicana. Nuestra Orden es una de las que tiene el honor de haber sido su cuna; aquí nació, aquí gozó de su mayor prestigio en el siglo XIII, y aquí recobró una nueva vitalidad hace cien años: entre los Maestros Generales que se han sucedido desde entonces, tres de siete son franceses, y veinte de setenta y dos lo fueron anteriormente.

No son hechos de azar. ¿Quién puede dejar de ver el parentesco entre la franqueza del nombre de nuestro país y la verdad que adorna el escudo de los Predicadores? Si nuestra cultura se ha definido por su típica afinidad por la luz, por el heroísmo y por el humanismo, ¿no deberíamos considerar muy francesa esta Orden de médicos y vírgenes, misioneros y mártires, eruditos y artistas? esta Orden cuya gracia original es rica a la vez en la luz que brilló en el rostro de nuestro Patriarca, en la sangre que fluyó sobre su cuerpo flagelado y en la sabiduría misericordiosa con la que salvó a nuestro país de "la más inhumana de todas las herejías[[2]](#footnote-3)".

"Nada se asemeja más al genio francés que el genio dominicano", decía Fr. Lacordaire en su Mémoire pour le rétablissement en France de l'Ordre des Frères Prêcheurs[[3]](#footnote-4) . En el momento en que el genio francés está llamado a mostrarse igual a sí mismo frente a las grandes reconstrucciones que son necesarias, ¿no debería estar presente el genio dominicano, en la plenitud de sus recursos, para prestarle su apoyo? Nuestro amor por Francia y nuestro amor por la Orden se unen aquí en el amor a la Verdad que salva.

¿Qué se necesita para que la familia dominicana responda así a las exigencias particulares de la época y al mismo tiempo a su vocación permanente?

En primer lugar, que todos sus hijos conozcan y amen al Padre del que han nacido, el espíritu que les ha legado, el patrimonio de grandeza y santidad que les ha correspondido a lo largo de los siglos, acrecentado con cada generación por nuevas riquezas, y aquellos de sus hermanos del pasado que les han dejado el ejemplo más luminoso y les ofrecen la ayuda más eficaz: un Santo Tomás de Aquino, una Santa Catalina de Siena, y todo ese ejército de santos y beatos cuyos nombres llenan gloriosamente nuestro calendario.

Sin un contacto espiritual lúcido y ferviente con nuestra tradición, corremos el riesgo de degenerar. Como hijos de Santo Domingo, debemos ser constantemente conscientes de lo que nuestro Padre quería, de lo que nuestros santos hicieron a su paso. Cuanto más cambia el mundo, cuanto más cambia su clima, más debe adaptarse el viejo árbol y hacer crecer nuevas ramas, más es necesario que circule en él la auténtica savia para mantener el vínculo vital entre las últimas ramas y la venerable raíz.

Sólo cumpliremos nuestro papel al precio de esta fidelidad. Sólo aquellos que se inspiren en un verdadero espíritu dominicano podrán ser los difusores de la luz, los defensores de las almas, los formadores de los hombres, los trabajadores por el orden, la concordia y la paz, que el mundo tiene derecho a pedir a la Orden de la Verdad. Predicadores, Monjas, Hermanas de los diversos grupos de la Tercera Orden Regular, maestros, misioneros, hospitalarios, hermanos y hermanas de la Tercera Orden Secular, sólo influiremos en el destino de Francia y de la Cristiandad, como queremos y debemos para el honor de nuestro Padre, si entendemos con toda verdad y amamos con todo fervor "nuestra vida dominicana".

Esto es precisamente lo que el libro del P. Joret nos ayuda a hacer, porque procede de tal conocimiento y amor, consagrado por toda una vida.

A lo largo de toda la obra se revela un conocimiento familiar de la Orden, tanto teórico como práctico, rico en hechos y reflexiones. La historia, la hagiografía y la liturgia están abundantemente explotadas, evocando muy concretamente la fisonomía del Fundador y de la fundación, desde el origen hasta la última generación, de la que uno se complace en ver nombrar de pasada a más de un representante. Pero sobre esta realidad viva y compleja la ha examinado un pensador y un teólogo que sabe analizar, sopesar, ordenar y destacar a la luz de principios muy sólidos.

Nuestros terciarios comprenderán mejor, por ejemplo, su estado de vida, viéndolo exactamente situado en relación con los caracteres sacramentales, con la virtud de la religión y con todo el organismo sobrenatural. La mortificación, mejor explicada desde el punto de vista de las afinidades de la gracia y de la cruz, parecerá más amable a todos, y la percepción más exacta del espíritu que anima a toda la Orden hará más inteligible la economía interna de su vida. Se ofrece aquí toda una pequeña síntesis de la espiritualidad dominicana, precisa y firme al punto, rica y sobria al mismo tiempo, para el mayor beneficio de los que quieren vivirla sin poder dedicarse a largos estudios.

Todo esto se describe y se presenta con amor. El amor de Santo Domingo resplandece en el hermoso capítulo que se le dedica y a menudo en otros lugares. El amor de la Virgen, nuestra fundadora también, no es menos sensible ni menos delicado. El amor de la Orden, "verdadera familia", brilla en cada página, nunca indiscreto, pero siempre tan profundo como lúcido. ¿Y cómo no reconocer en los preciosos comentarios dedicados, entre otras cosas, a la oración dominicana y a nuestro oficio canónico, la experiencia de quien los ha practicado con amor?

Lo que hace que esta presentación tan sencilla sea tan valiosa es precisamente que da testimonio de una vida.

El P. Joret murió menos de un año después de terminarlo. La medida en que había puesto todo su ser en ello, las frases con las que se entremezcló su sueño la misma noche de su muerte lo dicen bien: "Era Nuestra vida dominicana la que estaba rehaciendo en espíritu[[4]](#footnote-5).

No podemos dudar de ello: es en verdad un testamento espiritual el que tenemos aquí, y el de un verdadero Predicador. ¿Cómo no esperar que todos los hijos y amigos de la Orden lo lean, lo mediten, asimilen su contenido de historia y doctrina, y se dejen penetrar por el fervor contenido que lo anima? En la escuela de un maestro tan puramente dominicano, sólo pueden crecer en la estima y el amor por nuestro ideal, y en la voluntad de realizarlo cada vez mejor.

Que así sea, con la ayuda de Dios, y la influencia de la Orden responderá a las profundas necesidades de nuestro tiempo. Santo Domingo volverá a vivir en nosotros, bajo la protección siempre maternal de la Santísima Virgen, para arrancar del error a muchas más almas y llevarlas "de las tinieblas a la luz admirable" de la Sabiduría divina.

El P. Joret no tenía otro sueño cuando escribió este libro. Oigámosle repetir a cada uno de nosotros, con toda su alma dominicana, en nombre de Cristo Salvador y de los hombres en perdición, esta sencilla y urgente consigna que fue una de sus últimas palabras: "¡Sed fieles a vuestra vocación![[5]](#footnote-6)

París, 11 de febrero de 1942.

El padre. A. Motte, O. P  
 Prieur Provincial

## Prólogo

Me dirijo en primer lugar a vosotros, queridos hermanos y hermanas de la Tercera Orden que, en medio del mundo, participáis en nuestra vida dominicana. Mis primeras páginas están dirigidas directamente a usted. Y están precedidas por la propia Regla, que fue compuesta expresamente para ti.

Pero luego, cuando intento caracterizar el espíritu de nuestra familia religiosa, ese espíritu dominicano del que siempre hablamos, que sin duda sentimos, pero que nos cuesta definir con claridad, tengo la ambición de ser útil a todos mis hermanos y hermanas de Santo Domingo, especialmente a las hermanas de la Tercera Orden Regular.

Sea cual sea la rama de la Orden a la que pertenezcamos, debemos ser conscientes de esta gran familia nuestra, de que estamos unidos en el culto al mismo Patriarca, de que estamos imbuidos de su espíritu.

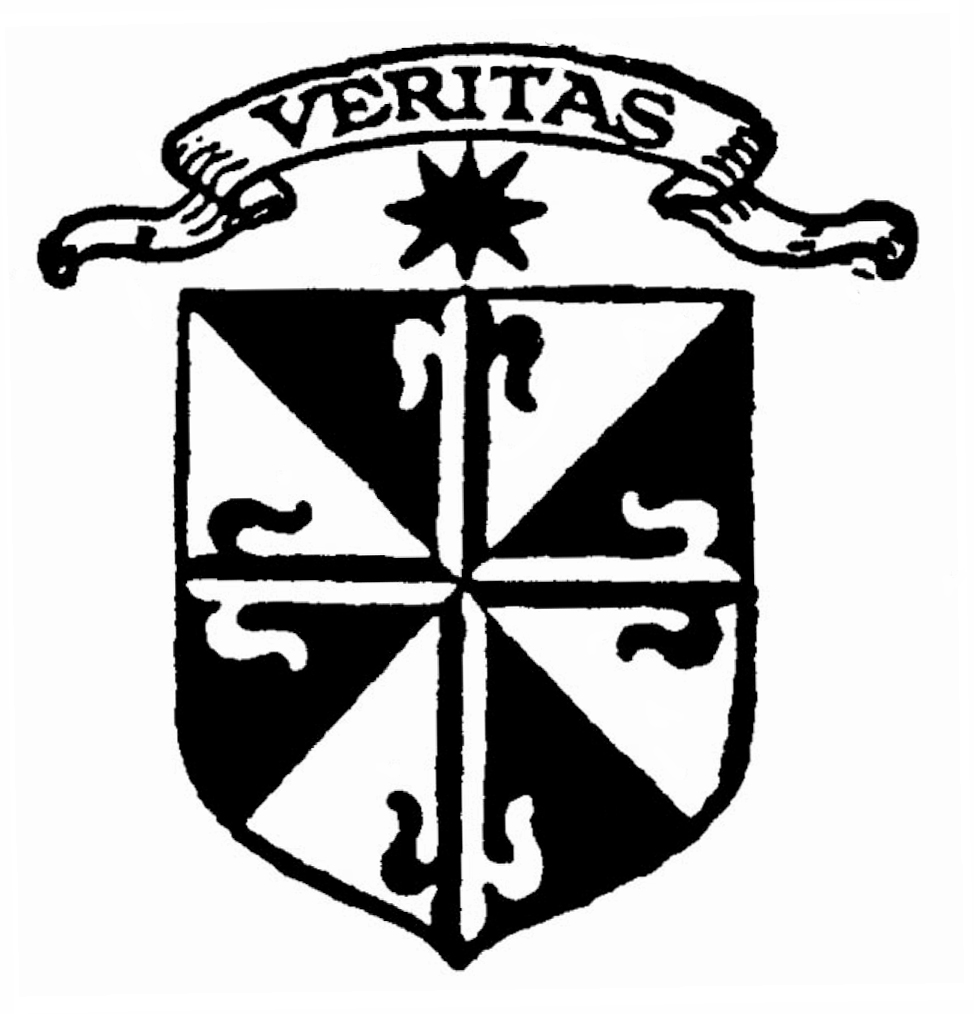
Todos necesitamos saber dónde están los resortes altos de nuestra vida y el modo tradicional de extraerlos, especialmente cómo debe practicar la oración un alma dominicana.

Es el deber de todos nosotros marcar toda nuestra vida con el sello de la verdad. ¡Veritas! Esta prestigiosa palabra, que brilla sobre nuestro escudo, resume toda nuestra norma de conducta.

Al evocar la vida de la gran Orden, donde el espíritu dominicano se realiza con una plenitud especial, no me arriesgo a perder el interés de nuestros terciarios. ¿No pronunció una vez uno de ellos este discurso ante una asamblea de sus hermanos? "No es tanto la Tercera Orden lo que hay que explicar y celebrar ante los potenciales postulantes. Es la gran Orden misma, es Santo Domingo, su ejemplo, su vida, sus hechos, su espíritu. ¿No se define así el verdadero terciario: un alma verdaderamente dominicana, un alma de monje dominico, a quien las razones, las circunstancias, las obligaciones ineludibles no le permiten la observancia de la Regla de la gran Orden? [[6]](#footnote-7)»

Que yo, a través de este pequeño libro, facilite el reclutamiento de nuestra querida Tercera Orden y, más aún, contribuya, a mi modesto modo, a ayudar a todos nuestros hermanos y hermanas de Santo Domingo a vivir en el espíritu de nuestro Padre común.

Passe-Prest, 7 de marzo de 1936.



# Regla de los Hermanos y Hermanas Tercera Orden Seglar de Santo Domingo **[[7]](#footnote-8)**

### I. - Naturaleza y finalidad de la Tercera Orden

1- La Tercera Orden Seglar de los Frailes Predicadores u Orden de la Penitencia de Santo Domingo, llamada también Milicia de Jesucristo, es una asociación de cristianos que viven en el mundo y que, participando en la vida religiosa y apostólica de la Orden de los Frailes Predicadores según una Regla expresamente aprobada para ellos por la Santa Sede, se esfuerzan, bajo la dirección de esta misma Orden, por alcanzar la perfección cristiana.

2- El objetivo de la Tercera Orden es la santificación de sus miembros, es decir, la práctica de una vida cristiana más perfecta, así como la salvación de las almas que se ha de promover, según el modo que convenga al estado de los fieles que viven en el mundo.

3. Para alcanzar este objetivo, además de los preceptos comunes a todos los cristianos y de los deberes de estado propios de cada uno, los medios propuestos son las observancias prescritas en esta Regla, principalmente la oración asidua y, en la medida de lo posible, la oración litúrgica, la práctica de la penitencia, las obras de apostolado al servicio de la fe y de la Iglesia, y las obras de caridad según la propia condición.

4- La Tercera Orden está dividida en asociaciones llamadas Fraternidades. Sin embargo, por una razón particular, uno puede ser admitido en la Tercera Orden sin pertenecer a ninguna Fraternidad.

5. Las fraternidades no pueden ser válidamente erigidas sin el consentimiento de la autoridad episcopal local; en la medida de lo posible, deben estar separadas para hombres y mujeres.

6- Todo lo que se dice de los terciarios, aunque expresado en forma masculina, se aplica igualmente a las mujeres, salvo que lo contrario resulte del contexto o de la propia naturaleza de las cosas.

7. En la medida de lo posible, establézcanse fraternidades de sacerdotes seculares que, bajo la dirección de un Padre de la Orden, se esfuercen por llevar una vida apostólica más perfecta.

### II. - Recepción y requisitos terciarios

8. Sobre todo, ya que la continuidad y perpetuidad del progreso de esta Orden en la perfección depende en gran medida de las buenas disposiciones de los sujetos recibidos, nadie debe ser admitido en la Tercera Orden si no es después de un serio examen y de una prueba suficiente, para que a juicio prudente del Director se compruebe que el postulante es católico, de vida honesta y de buena reputación, que está fuertemente animado por un sincero deseo de tender a la perfección, y que da una fundada esperanza, sobre todo si es joven, de perseverar en su buen propósito. Además, como verdadero hijo de Santo Domingo en el Señor, que sea, a su manera, un celosísimo apóstol de la verdad de la fe católica, y muestre una especial devoción a la Iglesia y al Romano Pontífice.

9. Estas buenas disposiciones son suficientes para que todos los fieles de ambos sexos, clérigos o laicos, solteros o casados (a excepción de los religiosos o laicos comprometidos en otra Tercera Orden), sean admitidos en la Orden de los Frailes Predicadores al final de los dieciocho años, o incluso al final de los diecisiete años con el permiso justificado del Padre Provincial. En el caso de una persona casada, no debe recibirse ordinariamente sin el consentimiento de su cónyuge, a menos que por ambas partes, o incluso por una sola, exista un motivo razonable para hacer lo contrario.

10- Puede recibir la Tercera Orden:

a- El Maestro General de la Orden, o el Prior Provincial dentro de su jurisdicción;

b- El Director de la Tercera Orden legítimamente instituida en su Fraternidad, o su delegado para cada caso particular;

c. Cualquier sacerdote delegado por el Maestro General de la Orden o por el Prior Provincial. Sin embargo, en los lugares donde ya existe una Fraternidad regularmente establecida, nadie puede, sin el consentimiento del Director de esa Fraternidad o sin un permiso especial del Superior que le delega, utilizar los poderes que se le otorgan.

La delegación otorgada por el Maestro General es vitalicia, la otorgada por el Provincial debe ser confirmada por su sucesor.

11. Para la admisión de un sujeto en una fraternidad, se requiere el consentimiento de la misma, además del dictamen favorable del Director.

### III. - Hábito de los Hermanos y Hermanas

12. El hábito completo de la Tercera Orden debe ser de tela de lana común. Consiste en una túnica blanca, un cinturón de cuero atado a la cintura y un manto negro con bonete para los Hermanos, con un velo de lino y una cofia para las Hermanas.

13. Los terciarios llevarán ordinariamente, bajo sus vestimentas seculares, al menos un pequeño escapulario de lana blanca como hábito de la Orden.

14. En las ceremonias religiosas, los Terciarios pueden, con el permiso de la autoridad episcopal, obtenido de una vez por todas, llevar el hábito completo de la Tercera Orden o alguna insignia especial, según las costumbres de la localidad. Si intervienen en un cuerpo, deben caminar con su insignia detrás de la cruz de la Fraternidad.

15. Está prohibido llevar el hábito de la Tercera Orden públicamente, fuera de las ceremonias religiosas, sin la autorización especial del Maestro General de la Orden y el permiso del obispo local.

16. Después de su muerte, todos los Terciarios pueden vestir el hábito completo de la Tercera Orden o incluso el de los Hermanos y Hermanas de la Gran Orden.

17. En cuanto a la vestimenta profana, debe ser la que requiera la edad y la condición de cada uno. Sin embargo, que resplandezca la modestia cristiana; que se destierre de ellos toda vanidad mundana, especialmente en las formas, como corresponde a los siervos de Cristo.

### IV. Forma de recepción en la Tercera Orden y bendición del hábito

18. Después de su período de prueba, el postulante es recibido por el Director o su delegado ante el altar de la iglesia o en otro lugar adecuado, según el ceremonial de la Tercera Orden, en presencia de al menos algunos miembros de la Fraternidad. Pero el postulante puede ser recibido sin testigos si no pertenece a una fraternidad.

19. Una vez recibido legítimamente el hábito, se participa de todos los bienes espirituales de los Hermanos y Hermanas de la Orden.

20. El escapulario debe ser bendecido cada vez que se renueve. La bendición puede ser impartida por aquellos que están autorizados a recibir el hábito, y por todos los sacerdotes de la Orden. En los lugares donde no hay frailes predicadores o directores de fraternidades, cualquier sacerdote aprobado para las confesiones tiene esta facultad.

### V. - Noviciado y profesión

21. Antes de ser admitidos a la profesión, los novicios deben, durante un año de prueba, bajo la dirección de un maestro de novicios, aplicarse al estudio de la Regla, para conocer sus obligaciones personales e impregnarse del espíritu de Santo Domingo.

22. Transcurrido el año de prueba, o incluso antes, si las circunstancias particulares parecen requerirlo, el Novicio será recibido en Profesión por el Director, con el consentimiento de la mayoría del Consejo de la Fraternidad.

23. Los admitidos a la Tercera Orden como individuos pueden ser recibidos en la Profesión, a reserva del prudente juicio de los regularmente habilitados.

24. La profesión consiste en la promesa formal, sin votos, de vivir según la Regla de la Tercera Orden de los Frailes Predicadores.

25- Se hace con la siguiente fórmula: "En honor de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la Santísima Virgen María y del Beato Domingo, yo, N...ante usted, Director y Priora de la Fraternidad de la Tercera Orden de la Penitencia del Beato Domingo establecida en este lugar, que ocupa el lugar del Reverendo Maestro de la Orden, hago profesión de mi deseo de vivir en lo sucesivo según la Regla y forma de vida de los Hermanos y Hermanas de esta misma Orden de la Penitencia del Beato Domingo, hasta la muerte.

26. En cada Fraternidad debe haber un libro en el que se registre el nombre de cada beneficiario, junto con el día de la investidura y la profesión. Los que reciben a los Terciarios individuales deben enviar esta información al Prior Provincial de la región donde el Terciario tiene su domicilio habitual, o al Superior de quien reciben sus poderes.

27. Los Hermanos de la Tercera Orden, después de haber emitido dicha Profesión, que es perpetua, están obligados a perseverar en la Orden y no pueden, sin justa causa, pasar a otra Tercera Orden.

### VI. - Recitación del oficio

28. Los terciarios rezarán diariamente el antiguo Oficio de los Patenóstoles, o el Pequeño Oficio de la Santísima Virgen María según el ritual de la Orden, o el Rosario completo de la Santísima Virgen María, o, si no pueden hacerlo, otro de los Pequeños Oficios aprobados en la Orden, o un tercio del Rosario.

29. En el rezo del Oficio antiguo, los hermanos digan en Maitines 28 *Pater* y *Ave*, en Vísperas 14, y en cada una de las otras horas 7. Digan también el Credo de los Apóstoles *in Deum* al principio de Maitines, antes de Prima y después de Completas. Los maitines suelen rezarse la víspera o por la mañana, las horas pequeñas antes del mediodía, y las vísperas y las completas antes del final del día. Sin embargo, el Oficio puede rezarse en cualquier momento del día, siempre que se respete el orden de las horas.

30. En cuanto a los sacerdotes y a los ordenados, les basta con rezar el Oficio Divino para cumplir esta obligación. Sin embargo, deben rezar una vez al día el responsorio *O spem miram*, con el verso y la oración en honor a Santo Domingo.

31. Los sacerdotes terciarios pueden, con permiso del Reverendo Padre Maestro General, utilizar el Breviario y el Misal según el calendario de la Orden.

### VII. Confesión, comunión y otros ejercicios de piedad

32. Que los Hermanos se acerquen a los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía al menos dos veces al mes, a no ser que estén legítimamente impedidos para ello. Si desean alimentarse con más frecuencia, incluso cada día, del Santísimo Cuerpo de Cristo, su devoción sólo puede ser alabada.

33. Los terciarios se esforzarán cada día por asistir al Santo Sacrificio de la Misa, seguir al sacerdote en el altar con atención y piedad, dedicarse a la oración mental y a las prácticas de piedad que están de acuerdo con el espíritu de la Orden.

34. Especialmente rodearán con su devoción y afecto a la fidelísima patrona de toda la Orden, la Virgen María, y a San José, su esposo, el Beato Patriarca Domingo, la Virgen de Siena, Catalina, patrona de la Tercera Orden, y todos los Santos y Beatos de la Orden.

35. Que permanezcan con gran respeto en las iglesias, especialmente a la hora de los Oficios divinos, y que sean un ejemplo para todos los fieles.

36. Se recomienda encarecidamente que cada Fraternidad haga un retiro de al menos tres días, al menos una vez al año.

### VIII. - El ayuno

37. Además de los ayunos y abstinencias instituidos por la Iglesia, los terciarios que no estén legítimamente impedidos para ello ayunarán en la víspera de las fiestas del Santísimo Rosario, de nuestro Padre Santo Domingo y de Santa Catalina de Siena. Además, de acuerdo con el espíritu de penitencia de la Orden y la antigua Regla, realizarán la loable obra del ayuno todos los viernes del año y de otras prácticas de mortificación, pero con el permiso del Director o de un confesor discreto.

### IX. - Que hay que evitar los placeres mundanos y las salidas

38. Los terciarios no se permitirán salir sin necesidad o por curiosidad. No irán a bailes, ni a comidas mundanas, ni a espectáculos vanos. Si les es imposible abstenerse totalmente de estas cosas, deben saber hacer de la necesidad virtud, y si tienen tiempo, deben pedir permiso al Padre Director o al menos avisarle.

### X. - Respeto debido a los prelados y eclesiásticos

39. Los Terciarios deben tener el mayor respeto a sus Obispos y Sacerdotes y cumplir fielmente sus obligaciones con ellos, según las prescripciones o costumbres de cada país. Que también traten con honor a los demás eclesiásticos según su rango y funciones.

### XI. - Obras de Apostolado y Caridad

40. Siguiendo las huellas del Patriarca Apostólico Domingo y de la seráfica Virgen Catalina de Siena, que todos los terciarios gasten su vida desinteresadamente por la gloria de Dios y la salvación del prójimo con un espíritu de celo ardiente y generoso.

41. Fieles a las tradiciones de nuestros Padres, pondrán su actividad y su palabra al servicio de la verdad de la fe católica, al servicio de la Iglesia y del Romano Pontífice; en todo y siempre, se mostrarán intrépidos defensores de sus derechos. También prestarán su apoyo a las obras apostólicas, especialmente a las de la Orden.

42. Se dedicarán a las obras de caridad y misericordia, según las condiciones del momento y las necesidades del entorno, individualmente o en grupos, según su capacidad y posibilidades, y bajo la dirección de los Superiores.

43. Ayudarán de buen grado a su párroco en las obras de piedad de la parroquia, y especialmente, donde se sienta la necesidad, en la instrucción religiosa de los niños.

### XII. - Visitar y ayudar a los enfermos

44. Los miembros de la Fraternidad deben ser designados para cuidar a los hermanos enfermos. Según las normas establecidas por el Director, los visitarán caritativamente y se ocuparán de que reciban ayuda espiritual y material.

### XIII. - Muerte de los Hermanos y sufragios

45. En caso de fallecimiento de un miembro de la Fraternidad, los demás serán informados con la debida antelación de su muerte, y todos, excepto en caso de impedimento legítimo, asistirán al funeral.

46. Además, dentro de los ocho días siguientes a la notificación del fallecimiento, cada Hermano de la Fraternidad rezará un tercio del Rosario por el alma del difunto, oirá una Misa y ofrecerá la Comunión.

47. Cada día, cada hermano rezará un *Padre Nuestro* y un *Ave*, seguidos del *Réquiem* por los vivos y los difuntos de toda la Orden.

48. Además, que en el transcurso del año, cada Hermano haga celebrar o al menos escuchar tres misas por los Hermanos y Hermanas vivos y difuntos.

### XIV. - Gobierno de tercer orden

49. La Tercera Orden de los Frailes Predicadores está colocada bajo la inmediata dirección y corrección del Maestro de la Orden, de quien, por tanto, dependen tanto las Fraternidades como cada uno de los Terciarios, así como los Directores, en todo lo que en su vida se refiere a la Regla.

50. Además del Maestro de la Orden, los Provinciales, dentro de los límites de su Provincia, son, en virtud de su cargo, responsables de la Tercera Orden.

51. El Maestro de la Orden y los Priores Provinciales tienen derecho a visitar cada Fraternidad, por sí mismos o por medio de delegados, una vez al año, e incluso más a menudo, si es necesario. Todo lo que consideren oportuno en el Señor, ya sea un consejo, una advertencia, una orden, una corrección o incluso la deposición de algún dignatario, debe ser aceptado por todos y por cada uno con espíritu de gratitud y humildad.

52. Los terciarios que no pertenezcan a una fraternidad tendrán como superiores al Maestro General de la Orden o al Prior Provincial; los demás, inscritos en una fraternidad, estarán sometidos a la autoridad del Director y de los demás superiores de la fraternidad.

53. La institución del Director de las Fraternidades establecidas en las iglesias de la Orden está reservada exclusivamente al Maestro General de la Orden o al Provincial. En las iglesias fuera de la Orden, se requiere el consentimiento previo de la autoridad episcopal.

54- El cargo de Director tiene una duración de tres años, al término de los cuales el mismo Director puede recibir una nueva institución.

55. El Director responsable puede, en virtud de su cargo, hacer todo lo relativo a la formación y dirección espiritual de los Cofrades. En los sermones que se les dirijan, se observarán las leyes de la Iglesia.

56. Los Directores seglares enviarán una vez al año al Provincial un informe sobre el estado y la marcha de la Fraternidad confiada a su cuidado.

### XV. - Dignatarios de la Fraternidad

57. Que en cada Fraternidad haya un Prior, un Subprior, un Maestro de Novicios y otros Hermanos encargados o miembros del Consejo.

58. El Consejo de la Fraternidad no debe tener más de doce miembros. Son miembros de derecho: el Prior, el Subprior y el Maestro de Novicios.

59. Cuando se instituye una Fraternidad por primera vez, corresponde al Provincial proveer todos los cargos; y lo mismo ocurrirá después de la disolución del Consejo, que se produciría por el mero hecho de que todos o la mayoría de los Consejeros, por una u otra razón, no pudieran cumplir sus funciones.

60. Los distintos cargos y funciones de los Consejeros durarán tres años; no obstante, cada año un tercio del Consejo será renovado por el Director con los Consejeros restantes. Pero en el año en que se renueven los oficios, se completará primero el Consejo; entonces el Director, con el Consejo así completo, instituirá al Prior y a los demás dignatarios. En caso de desacuerdo entre el Director y el Consejo, se debe consultar al Prior Provincial.

### XVI. Oficina del Prior y otros dignatarios de la Fraternidad

61. El oficio del Prior es velar por la observancia de la Regla. Tendrá mucho cuidado de que nadie, por su forma de caminar, de vestir o de vestir, pueda causar una mala impresión a nadie. Si advierte algún fallo o negligencia por parte de algunos, los reprenderá caritativamente y los corregirá o, si lo considera más oportuno, recurrirá al Director de la Fraternidad.

62- El Subprior sustituye al Prior ausente.

Los demás dignatarios ocuparán los distintos puestos que, según las costumbres particulares, parezcan más adecuados a las necesidades de cada Fraternidad.

63- El Consejo será convocado por el Director, y lo presidirá, siempre que la votación del Consejo sea requerida por el Reglamento, o cuando, según la práctica particular, sea necesario tratar asuntos más importantes.

### XVII. - Reunión de los hermanos

64. Una vez al mes, en el día y la hora fijados, los miembros de la Fraternidad se reunirán para escuchar al Director dirigirles la palabra de Dios, y para asistir a la misa si la hora lo permite.

65. El Director les leerá y explicará la Regla, y les informará de sus deberes, y les corregirá de sus negligencias, como le parezca útil según Dios y la Regla.

También se recitan los sufragios por los vivos y por los muertos, y se da la absolución de la culpa por las infracciones de la Regla.

### XVIII. - Corrección de los hermanos

67. Si alguien ha cometido una falta notable y, a pesar de la amonestación del Director, no se enmienda, que se le castigue más severamente o más ligeramente, según su condición personal y la naturaleza de la falta. También puede ser excluido por un tiempo de la compañía de los Hermanos; incluso puede ser excluido para siempre, pero con el consentimiento del Consejo, si después de una o dos amonestaciones no se ha corregido, y no puede ser admitido de nuevo sin el consentimiento del Consejo.

68. Sólo el Maestro General de la Orden o el Prior Provincial pueden excluir a alguien de la Tercera Orden por motivos graves y, en caso de escándalo grave, pueden hacerlo sin previo aviso.

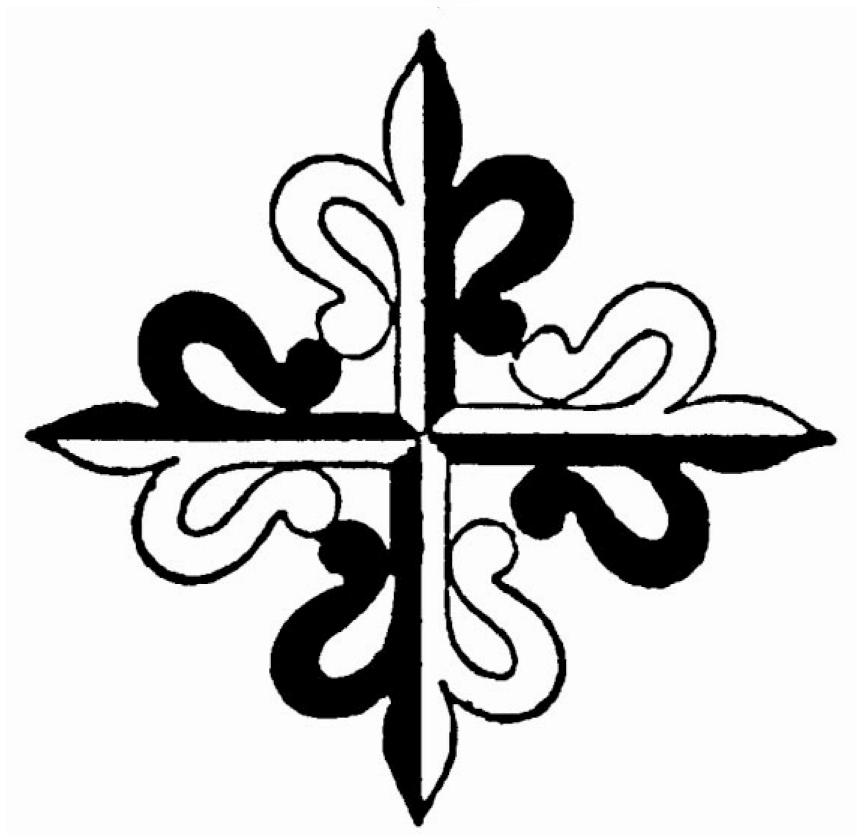
### XIX. - Dispensas

69. El Maestro General tiene la facultad plena de dispensar de cualquiera de las prescripciones de la Regla. Además, el Provincial en su Provincia, el Director en su Fraternidad, o su delegado, en un caso particular o por una causa razonable, pueden dispensar a sus Terciarios.

### XX. - Obligación de esta norma

70. Las prescripciones de esta Regla, además de los mandatos de Dios y de la Iglesia, no obligan a los Hermanos y Hermanas bajo pena de pecado ante Dios, sino sólo a la pena fijada por la Regla o determinada por el Director, según el capítulo xviii.

71. Sin embargo, los Hermanos, recordando su profesión, cumplan fielmente todas las ordenanzas de esta Regla, con la ayuda de la gracia de Jesucristo, nuestro Señor y Redentor, que, siendo Dios, vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Que así sea.



### Decreto

Nuestro Santísimo Padre Pío XI, Papa por la Divina Providencia, en la audiencia concedida al Reverendo Padre Secretario de la Congregación de Religiosos el 23 de abril de 1923, se ha dignado escuchar la petición del Reverendo Maestro de los Frailes Predicadores y ha tenido a bien aprobar y confirmar la Regla de los Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden Seglar de Santo Domingo Ya aprobada por los Soberanos Pontífices Inocencio VII y Eugenio IV, pero ahora adaptada a las exigencias de los tiempos actuales y examinada por la Sagrada Congregación, esta Regla se encuentra en el presente ejemplar, cuyo original autógrafo se conserva en los Archivos de esta misma Congregación. Se reserva en todo a las prescripciones de los Santos Cánones.

Dado en Roma, desde la Secretaría de la Sagrada Congregación de Religiosos, el 23 de abril de 1923.

C. Cardenal Laurenti

*Prefecto*

Maur Serafini

Abad de Saint-Benoît

*Secretario*

# Capítulo La tercera orden

## Artículo I La finalidad de la Tercera Orden

### I llevar a la perfección

El derecho canónico elogia a los fieles que se adhieren a las asociaciones que la Iglesia ha fundado o cuya fundación ha aprobado (canon 684).

Estas asociaciones son de distinto tipo según la finalidad que persiguen. ¿Se han establecido para promover la práctica de alguna obra de piedad o caridad? Generalmente se denominan "uniones piadosas" y, en algunos casos, reciben el nombre especial de cofradías (canon 707). Así tenemos la Obra de la Propagación de la Fe, las Cofradías del Rosario y del Santísimo Sacramento.

Por encima de estas asociaciones, en un grupo bastante aparte, la Iglesia sitúa las Terceras Órdenes seculares. Las Terceras Órdenes Seglares", dice, "son los fieles que, en el mundo, bajo la dirección de una Orden religiosa y de acuerdo con su espíritu, se esfuerzan por alcanzar la perfección cristiana de manera compatible con la vida secular, siguiendo las reglas aprobadas para ellos por la Sede Apostólica" (canon 702).

La diferencia es inmediatamente evidente. Ya no se trata sólo de dedicarse a alguna obra caritativa o piadosa como éstas: apoyar la propagación de la fe con limosnas y oraciones, rezar un rosario cada semana, adorar el Santísimo Sacramento en determinados momentos. Todos estos son trabajos encomiables, y un terciario puede dedicarse a ellos. Pero el motivo de su agregación a la Tercera Orden es la preocupación por su perfección. De este modo, quiere aplicarse con más éxito a la adquisición de la perfección cristiana.

\*

\* \*

Un alma permanece en el mundo. Tal vez pueda salir de ella un día para entrar en una Orden religiosa donde se facilite la conquista de la perfección cristiana: esta es su esperanza.

También puede ocurrir que obstáculos de diversa índole impidan completa y permanentemente la ejecución de su deseo. Por ejemplo, mala salud, "obligaciones ineludibles".

Tal vez ni siquiera sea un deseo. Sólo que le gustaría acercarse a tal o cual Orden, seguir su dirección, impregnarse de su espíritu, sin dejar de estar en el mundo. Cualesquiera que sean las diversas circunstancias en que se encuentren los candidatos a la Tercera Orden, la principal preocupación que debe guiarlos es la de la perfección cristiana.

La Regla de los Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden Seglar de Santo Domingo indica este objetivo en su primer párrafo. Luego vuelve a ella formalmente en la segunda: "El objetivo de la Tercera Orden es la santificación de sus miembros, es decir, la práctica de una vida cristiana más perfecta" (I, 2). Antes de recibir a alguien en una fraternidad, es necesario "que, a juicio ilustrado y prudente del Director, se compruebe que el postulante está fuertemente animado por un sincero deseo de tender a la perfección" (II, 8).

Si, por casualidad, alguien ha sido admitido en la Tercera Orden por un motivo menos grave, bajo la influencia de algún impulso de simpatía, no está perdida toda la esperanza para él y para quienes tienen a su cargo su alma. Vale la pena recordar la reflexión de Santa Catalina de Siena en su Diálogo, a propósito de los que han entrado así en la religión. Lo importante -dice- es que practiquen la virtud y perseveren en ella hasta la muerte. (Sí, lo importante no es tanto empezar bien como terminar bien)... No son pocos los que se han presentado después de haber observado perfectamente los mandamientos, y que luego han mirado hacia atrás, o han permanecido en la Orden sin hacer ningún progreso en la perfección. Las circunstancias o disposiciones con las que han entrado en la barca las he preparado y querido yo, que los llamo de diversas maneras (es Dios quien habla). Pero no es a partir de estas condiciones primarias, una vez más, que se puede juzgar su perfección: depende enteramente del sentimiento interior con el que, una vez en la Orden, se persevera en la verdadera obediencia[[8]](#footnote-9).

\*

\* \*

Todos somos seres imperfectos, seres que carecen de muchas cosas, y tenemos, a lo largo de nuestra vida, la tarea de completarnos, de completarnos plenamente, de perfeccionarnos.

Hacer obras externas, descubrir y organizar el mundo que nos rodea, mediante la colaboración de las ciencias, las artes y la artesanía, es bueno. También es bueno conocer, defender y mejorar esta materia que está tan cerca de nosotros que se hace uno con nosotros, y la salud tiene su propio valor importante. Podremos cultivar el deporte y, sobre todo, respetaremos las normas de higiene. Pero, sobre todo, Dios me encarga que me desarrolle moralmente, que complete el ser que soy en lo más íntimo, lo que es verdaderamente yo. Debo, mediante un esfuerzo continuo y progresivo, hacerme "tal como en mí mismo al fin me cambia la eternidad".

Mi objetivo, mi único objetivo, es éste: llegar a ser perfecta, florecer finalmente en lo que soy sólo en germen. Dejado a mi consejo para este propósito, puedo desviarme de esta dirección. Entonces seré un fracaso, habré perdido mi destino.

Dios concibió mi ser y lo trajo al mundo con la voluntad de que se cumpliera, de que se superara incluso en belleza sobrenatural. La razón y la gracia, por las que participo personalmente de la idea y la voluntad de mi Creador, exigen interiormente que me realice en la perfección, a pesar de todas las tendencias contrarias. Estos me empujan al mal. La voz profunda de mi conciencia exige el bien. Sé lo que eres.

Veremos en qué consiste realmente esta perfección. Pero recordemos por el momento este gran principio que domina y regula todo en nuestra vida de terciario como en toda la vida moral.

No se trata de añadir más prácticas a las que ya tenemos y hacer una lista de prescripciones detalladas. No, queridos hermanos y hermanas de la Tercera Orden, lo que importa por encima de todo es tomar una conciencia más clara, más fuerte, de la finalidad de la vida, tener una mayor preocupación por vuestra perfección.

### II¿Dónde está la perfección?

Entendamos de qué perfección estamos hablando. Si sólo hay una perfección absoluta, hay perfecciones relativas en abundancia, incluso en el orden del espíritu.

He aquí un hombre del que se dice que es perfectamente educado, que domina perfectamente su arte; se alaba la perfección de su ciencia y se proclama, por ejemplo, que es un perfecto teólogo. Se trata de perfecciones relacionadas con objetivos concretos. Significan que en tal o cual punto no le falta nada, que está realizado, que ha llegado al final del desarrollo que es posible en las habilidades de la vida, en este arte o en aquella ciencia.

Pero, ¿qué es todo esto comparado con la perfección absoluta que consiste en la realización de lo que nos constituye esencialmente? Todo lo demás, incluso ser un excelente artista, un gran científico, un eminente teólogo, es una mera chiquillada, comparado con esa perfección que merece ser llamada perfección tout court.

\*

\* \*

Es importante tener una idea correcta de esta misma perfección. No hablemos de ello, nosotros los cristianos, como si se tratara sólo de realizar un ideal que hemos soñado, que los más grandes, los más previsores entre los hombres, han concebido para otros. No todo en esta forma de ver las cosas está mal, y volveremos a ello más adelante. Pero seamos claros y afirmémoslo con fuerza: el fin que debemos perseguir no es un puro ideal. Nuestro fin es un ser concreto, que existe ante nosotros, del que partimos y al que debemos volver. Nuestro fin supremo es idéntico a nuestro primer principio. Existe alguien que nos hizo completos y que nos exige completos. Es Dios quien me ha creado -dijo la beata Osanna de Mantua-, sólo a él debo pertenecer[[9]](#footnote-10). No hay culminación para nosotros si no nos acercamos a aquel que es la fuente de nuestro ser. *Mihi adhærere Deo bonum est.* Mi bien es unirme a Dios. Seré perfecto cuando lo haya alcanzado.

Pero es la caridad la que nos une a Dios, la caridad por la que amamos a Dios con todo nuestro ser y por encima de todo. Aquí es donde reside la perfección. Fuera de ella no hay nada en la vida espiritual. Las demás perfecciones no cuentan[[10]](#footnote-11). Aunque fuera profeta y conociera todos los misterios y poseyera todo el conocimiento, si no tengo caridad -dice San Pablo- no soy nada.[[11]](#footnote-12) La beata Osanna tenía sólo seis años cuando, caminando por las orillas del Po, oyó una voz que le susurraba: "Niña, la vida y la muerte consisten en amar a Dios.

Es por la caridad, y sólo por la caridad, al menos en la actualidad, que nos adherimos a este espíritu puro, a este ser infinitamente perfecto. Llegará el día en que será a través de nuestra propia inteligencia que lo veremos y tomaremos posesión de él para la eternidad. Seguirá un amor inmenso que completará el establecimiento de nuestra dicha. Pero aquí en la tierra, mientras nos falte la luz que revela la belleza divina, nuestro corazón va más lejos que nuestra mente, nuestro amor ya capta inmediatamente a este Dios del que sólo podemos formarnos ideas limitadas. Gracias a la caridad, poseemos en nosotros a nuestro Dios, con la seguridad de verlo cuando llegue el momento. "El que permanece en el amor permanece en Dios y Dios permanece en él[[12]](#footnote-13).

\*

\* \*

También de las virtudes morales hay que decir lo que se ha dicho antes sobre las ciencias o las artes: sólo nos dan perfecciones relativas. Pero estas perfecciones no son menos requeridas, pues no es aceptable que un hijo de Dios sea intemperante, libertino, cobarde, etc. Incluso es conveniente que tenga, en la medida de lo posible, una cultura científica y artística. Es bueno que se desarrolle físicamente. Pero todo esto, que es cada vez más relativo y secundario como perfección, derivará, con orden, de la caridad en la que reside la perfección absoluta. Es el principio de este desarrollo armonioso de todo nuestro ser. Involucra todas las demás virtudes que en conjunto forman el ideal cristiano y humano, y que aparecen como otras tantas manifestaciones de su vida profunda. La caridad es paciente -dice San Pablo-, es mansa; la caridad no es envidiosa, la caridad no es desconsiderada, no se envanece; no hace nada indebido, no busca su propio interés, no se enoja, no tiene en cuenta el mal; no se complace en la injusticia, sino que se alegra en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta[[13]](#footnote-14).

En otro lugar, el mismo apóstol, después de enumerar varias virtudes, la misericordia, la benignidad, la humildad, etc., termina diciendo: "Pero sobre todo tened caridad, que es el vínculo de la perfección[[14]](#footnote-15). Une todas las demás virtudes en una unidad perfecta[[15]](#footnote-16).

Para decirlo mejor, la caridad es la madre de las demás virtudes. No hay virtud que no se origine en su seno por la intención de actuar bien para Dios, que las ordena todas, cada una en su ámbito particular.

Y por eso San Agustín pudo escribir "Ama y haz lo que quieras". "Peter, ¿me quieres? Esta fue la única pregunta que Jesús le hizo a San Pedro, y si le hizo una segunda y tercera vez, fue sólo para repetir la misma petición.

Mis queridos hermanos", dijo Santo Domingo mientras moría, "esta es la herencia que os dejo como verdaderos hijos míos: tened caridad.

### IEl deber de alcanzar la caridad perfecta

La preocupación por la perfección que debe animarnos es la caridad, pues en ella reside la esencia de la perfección espiritual. Por tanto, es a la plena realización de la caridad a lo que debemos aplicarnos. Dios lo ha hecho objeto de su gran precepto: "Amarás al Señor tu Dios".

No podemos amar a Dios tanto como él es amable. Se trata de una perfección que sólo Dios puede alcanzar, pues nadie más tiene la capacidad de un amor infinito. La única perfección que está al alcance de la criatura es amar a Dios con todo el poder que Dios le ha dado. Para ordenarlo, la Sagrada Escritura enumera todas las facultades que tenemos. "Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente. Acumula palabras capaces de designar nuestras facultades, para que sepamos que ninguna de ellas puede escapar a la obligación de amar a Dios. Además, cada uno de nuestros poderes debe dedicarse por completo a ello, y ni una parte de sí mismo tiene derecho a eludirlo. En resumen, todo en nosotros debe estar dedicado por completo al amor divino. No hay excepciones, no hay medidas.

En relación con el fin mismo al que aspiramos, que domina y dirige todas nuestras preocupaciones, ¿cómo podría haber alguna medida que mantener? El médico no pone una medida en la salud que pretende devolver al paciente. En cuanto a los remedios, sí, los da en medida, y es la cura a la que tiende la que fija la dosis. Pero la cura en sí, la quiere absolutamente. Si tiene que ser moderado, es porque no es sólo un médico. El orden de la salud no ocupa todo el campo de su conciencia. La salud no es el fin supremo. Siendo sólo un fin subordinado, se sitúa entre los medios a su vez. Por eso, Blanca de Castilla, que se preocupaba por la vida de su hijo como puede hacerlo una madre, le dijo: "Prefiero verte muerto que culpable de un pecado mortal". El pecado mortal es la ruina de la caridad, es el abandono del fin supremo. Cualquier cosa antes que esto. Vivir en la caridad es nuestro deber absoluto. Nos aplicaremos a ello sin medida.

\*

\* \*

¿Significa esto que debemos dar a Dios nuestro amor hasta tal punto que nos ocupemos sólo de él sin interrupción? Sí, el precepto de Dios se extiende hasta ese punto. Pero no nos obliga a conseguirlo ahora. Eso sólo es posible en el cielo. Pero nuestro deber es esforzarnos por conseguirlo hoy, manteniéndonos en el camino hacia esa meta.

Debemos, al menos, negarnos, por Dios, a detener nuestras indulgencias en cualquier objeto que le sea absolutamente repugnante. La mayoría de los preceptos divinos que se añaden al gran mandamiento tienen esta razón de ser, para prohibir todos los pecados que destruyen la caridad. Pero si se puede decir que esto es suficiente, es a condición de que, mientras se realiza esta perfección elemental, se siga luchando por la perfección total que se alcanzará en el cielo.

La perfección total no está sólo al final, como un regalo que se nos dará sin que tengamos que pensar en ello. Es la meta que estamos obligados a desear siempre y hacia la que debe dirigirse toda nuestra vida. No debemos confundir el objetivo con el fin. Esta confusión la hacen aquellos cuya vida espiritual es toda negativa, que creen que basta con evitar todos los pecados mortales uno tras otro para permanecer en estado de gracia hasta el final. Como si bastara con no caer en los precipicios para llegar a casa! El objetivo debe estar constantemente a la vista como punto de atracción. No es admisible perder el interés por ella, debe ser positivamente deseada.

Este deseo positivo se traducirá en acción. Debemos avanzar hacia el objetivo. Nadie está exento de este deber. Pero en cuanto a la forma de cumplirla, nada está determinado de manera general. El programa cambia según el individuo, e incluso para un individuo puede cambiar de un día a otro. Los preceptos negativos de los que hablábamos antes están claramente delineados, uniformemente para todos y de una vez por todas. Pero el gran precepto positivo de la caridad conserva siempre su flexibilidad y diversifica sus exigencias. Dice a cada persona: "Amarás todo lo que puedas en el estado en que te encuentres[[16]](#footnote-17). Ahora bien, este estado varía.

Varía externamente según las condiciones en las que nos encontramos providencialmente fijados. El matrimonio en el que estamos comprometidos, la orden sagrada que hemos recibido, la carga de almas que hemos asumido, los votos de religión que hemos hecho, la profesión que hemos hecho de seguir la regla de una Tercera Orden, y cuantas otras circunstancias menos importantes, diversifican nuestro estado de vida y, por tanto, el programa positivo de nuestros deberes. Además del deber que se impone a todo el género humano, existen diferencias específicas según los distintos tipos de estado en que se encuentran los hombres. Los terciarios dominicanos, por ejemplo, constituyen una de estas especies.

Y en toda especie, por pequeña que sea, sigue habiendo diferencias, tantas como individuos, diferencias que surgen sobre todo del estado interior en que se encuentra cada uno. En cada alma, la gracia, habiendo alcanzado un cierto nivel, y la caridad, habiendo alcanzado un cierto vigor, tienden, en virtud de su misma vitalidad, a producir actos que corresponden a su poder. Descuidar la realización de estos actos cuando se presenta la oportunidad y cuando ningún motivo razonable justifica su omisión, es escapar por completo al imperio del fin supremo, sustraer un poco de la vida a la atracción de la gran meta, dejar de esforzarse por ella como se debe. El acto que se me propone puede ser calificado en general como una obra de consejo y no de precepto, pero no tengo derecho a desatenderlo en cuanto vea en mi conciencia que me conviene en el estado en que me encuentro. Debo obedecer la invitación que me lleva a ella en mi alma. "No apaguéis el Espíritu", decía San Pablo.

\*

\* \*

El servicio individual puede cambiar de un día a otro. Una omisión que antes estaba justificada, y por tanto no era un pecado venial, hoy sería culpable, porque mi corazón ha crecido. Soy como un viajero que empezó su viaje de niño. Es normal que dé pasos más largos una vez que se convierte en hombre. Progresa según la longitud de sus piernas. Debo amar a Dios con todo mi corazón. Y si mi corazón es más capaz que antes, debe amar más y dar pruebas de ello. Sin duda, no todo acto inferior a nuestra capacidad de amar es defectuoso. Una progresión constante es prácticamente imposible. Además, los actos inferiores a nuestro poder de caridad preparan misteriosamente el futuro florecimiento de un acto más perfecto que determinará un aumento de poder. Sin embargo, con demasiada frecuencia este acto se ha quedado en un nivel inferior debido a nuestra negligencia y somos culpables de ello.

Seamos almas vivas, elevándonos siempre bajo la inspiración del gran objetivo. Oh dulcísimo Jesús -dijo la beata Osanna de Mantua al final de una hermosa oración-, haz que crezca sin cesar en tu amor, que progrese en él con paso firme y constante; que mi corazón se embriague de él, que se inunde de él. Ah! lejos de temer tal sumersión, la reclamo con todos mis deseos y mi único deseo es ser tragado en las profundidades de este abismo.

Una noche, después de los maitines y durante la oración, Sor Adelaida de Rheinfelden, en Unterlinden, oyó una voz que susurraba suavemente en los oídos de su alma: "Yo soy tu último término", y su alma comprendió el significado de estas palabras. Querían decir: "Te he atraído de tal manera, toda tu vida y todos los movimientos de tu corazón, te he consolidado tan eficaz e irrevocablemente en mí, he hecho tu voluntad tan conforme a la mía, que en poco tiempo, cesando tu prueba terrenal, estarás unido a mí, tu término eterno, sin demora, sin obstáculo, inmediatamente y para siempre.

## Artículo II La profesión terciaria

### El CI es una verdadera profesión

El cristiano realiza día a día los actos virtuosos que exige la situación en la que la Providencia le ha colocado. ¿Qué más haría si fuera un terciario?... ¿Es mejor este otro cristiano, que pertenece a una Tercera Orden?

- Dejemos, por Dios, todas las comparaciones entre un hombre y otro. Sólo Dios es el juez. Consideremos únicamente al primero del que ha hablado y comparemos la situación en la que se encuentra en la actualidad y en la que se encontraría si se convirtiera en terciario.

Al menos dos cosas le darían una superioridad desde el punto de vista de la perfección cristiana. En primer lugar, su situación recibiría, debido a su ingreso en la Tercera Orden, una nueva determinación que especificaría sus deberes y los ampliaría. En segundo lugar, se sentiría más estrictamente obligado a estos deberes y correría menos riesgo de faltar a ellos. Así, su profesión le reportaría un doble título de mayores méritos.

Una palabra que la Iglesia ha consagrado caracteriza tanto esta situación mejor como esta obligación más fuerte. El terciario está, por el hecho mismo de su profesión, introducido, fijado, en un estado de vida superior. Y si éste no es todavía el estado en el que se asientan y estabilizan los que hacen el triple voto de religión, al menos lo imitan en calidad y duración.

Ante la perfección a la que debe tender, como todo cristiano, en medio de los deberes de su vida secular, el terciario tiene a su disposición medios particulares que hace tiempo han demostrado su valor y que la Iglesia ha canonizado. Esta es la Regla y la forma de vida de la Tercera Orden de la que forma parte. "Además de los preceptos comunes a todos los cristianos y de los deberes de estado propios de cada uno, hay observancias especiales, principalmente la oración asidua y, en la medida de lo posible, la oración litúrgica, la práctica de la penitencia, las obras de apostolado al servicio de la fe y de la Iglesia, así como las obras de caridad según la propia condición" (I, 3).

Sin duda, un simple cristiano puede, en un día de fervor, hacer similares propósitos, imponerse similares penitencias, realizar idénticos ejercicios religiosos, dedicarse a las mismas obras de apostolado o de caridad. Pero mientras que estos actos serán más o menos improvisados, según el azar de la ocasión y el impulso del momento, y las circunstancias y la propia movilidad del carácter pueden hacer que se abandonen antes o después, el terciario, por una elección largamente meditada y verdaderamente personal, por una decisión tomada un día en el que era altamente él mismo, ha profesado llevar esta vida hasta la muerte.

Yo tendría cuidado de no comparar al simple cristiano que se preocupa por su perfección con un autodidacta y, permítanme que les pase la palabra, con un tinker en la vida espiritual. Pero para el terciario, no hay duda de que está admitido en una escuela normal de espiritualidad y es un profesional de la perfección cristiana. Si es plenamente consciente de su profesión, si se toma en serio la insignia que debe llevar, iba a decir el signo que exhibe, se aplicará continuamente, según los principios y las prácticas de su escuela, para tender a la perfección. "Los hermanos de nuestra Tercera Orden, después de haber hecho esta profesión, que es perpetua, están obligados a perseverar en la Orden. No pueden, sin una razón justa, pasar a otra Tercera Orden" (V, 27). Con mayor razón está prohibido "volver al siglo", según la expresión de la antigua Regla. "Ordenamos que ninguno de los hermanos y hermanas de esta Orden o Fraternidad pueda, después de su profesión, abandonar la Orden o volver al mundo. Sin embargo, se permite pasar a una de las religiones aprobadas donde se profesan los tres votos solemnes.

Entonces, en efecto, uno asciende a una condición de vida más perfecta y se apega más firmemente a ella por el voto religioso de obediencia, que es una promesa hecha a Dios. En la Tercera Orden, no se hace una promesa a Dios mismo, sino un compromiso de honor. Y eso ya es mucho. Incluso en el mundo, quien rompe su palabra es juzgado severamente. Añade que este compromiso es, como el voto de hace un momento, público, regulado por la Iglesia y aceptado oficialmente por ella. Por lo tanto, es grave. No hay que atarse a la ligera.

"Que nadie sea admitido en la Tercera Orden, sino después de un serio examen y de una prueba suficiente, de modo que se compruebe que el postulante... da una fundada esperanza de perseverar en su buen propósito. *Maxime si sit juvenis.* Si es joven, uno será especialmente circunspecto (II, 8). Además, no se puede inscribir a alguien en la Tercera Orden antes de los dieciocho años. A lo sumo, con el permiso del Prior Provincial dado por razones justas, es posible recibir a un postulante a partir de los diecisiete años (II, 9). Finalmente, antes de ser admitidos a la profesión, los novicios deben, durante un año, aplicarse al estudio de la Regla, bajo la dirección de un Maestro, para conocer sus propias obligaciones e impregnarse del espíritu de Santo Domingo (V, 21).

Puedo comprender a la beata Osanna de Mantua, que, habiendo entrado en el noviciado de la Tercera Orden a los catorce años (en aquella época estaba permitido), pospuso su profesión durante cuarenta años. Pero no puedo excusar a quienes, después de haber asumido tales compromisos, un día terminan por no tenerlos en cuenta. Uno no deja una fraternidad como deja de ir a un salón. Y no por haber perdido de vista al religioso que recibió su profesión se libera de la obligación contraída "hasta la muerte".

### IIL la obligación contraída

El Terciario solemnemente "profesó su deseo de vivir en adelante según la Regla y la forma de vida de los Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden de la Penitencia del Beato Domingo" (V, 25).

Estas palabras de la profesión delimitan el conjunto de observancias que se pretende practicar: se quiere vivir según la Regla Dominicana. También especifican la naturaleza exacta de la obligación contraída: uno se compromete según esta Regla.

Ahora bien, la Regla de la Tercera Orden de Santo Domingo termina con una observación muy importante: "Las prescripciones de esta Regla, además de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, no obligan a los Hermanos y Hermanas bajo pena de falta ante Dios, sino sólo a la penitencia fijada en el texto de la propia ley o determinada por el Director según el capítulo XVIII.

Sin embargo, no nos apresuremos a considerar la profesión de terciario como algo pequeño. Lo que acabamos de leer, ¿no se encuentra también en las constituciones de los frailes predicadores y sus hermanas de la gran Orden? En el Capítulo de Bolonia -dice el Beato Humberto de Romanos- Santo Domingo declaró, para consuelo de los pusilánimes, que las reglas mismas no obligaban bajo pena de pecado. Así, Santo Tomás escribe en la Suma Teológica: "Hay una religión, la de la Orden de los Frailes Predicadores, en la que la transgresión u omisión no conlleva en sí misma ninguna falta, ni mortal ni venial, y sólo se castiga con una pena fija. La razón es que se han obligado así a la observancia de este tipo de normas. Este régimen que Santo Tomás encontró tan sabio y que Santo Domingo había inventado, la ley eclesiástica se ha extendido desde entonces a todas las familias religiosas. Por supuesto, el asunto de los tres votos de religión se aparta, así como el caso de un precepto formal impuesto a quien ha hecho un voto de obediencia. Pero esto no existe para los terciarios. Por el contrario, se aplica a ellos mismos lo que sigue en el texto de Santo Tomás: "Queda que pueden pecar, venial o mortalmente, si su conducta procede bien de la negligencia o de la pasión, bien del desprecio[[17]](#footnote-18)[[18]](#footnote-19).

¿Así que los propios terciarios pecarían mortalmente? Sí, en caso de desacato. Negarse a tener la más mínima consideración por esta Regla, que es una auténtica forma de perfección cristiana, aprobada como tal por la Iglesia, y de la que uno mismo ha hecho profesión, es ir directamente en contra del deber de procurar la perfección, cometer una injusticia con la santa Iglesia y comportarse como un apóstata.

Pero tal desprecio es raro, piensa Santo Tomás, incluso en quien falla frecuentemente en su Regla. Una transgresión u omisión -dice- implica desprecio cuando la voluntad de quien la comete se rebela contra la prescripción de la ley o norma, y cuando es esta misma rebeldía la que le hace actuar contra la ley o norma. En cambio, cuando es un motivo particular, como la concupiscencia o la ira, el que le impulsa a violar las prescripciones de la ley o de la regla, no peca por desprecio, sino por otro motivo, aunque repita con frecuencia su falta por el mismo u otro motivo similar. San Agustín también observa que no todos los pecados tienen su origen en el desprecio del orgullo. Sin embargo, la frecuencia de la falta dispone al desprecio.

Si no hay desprecio, el pecado sólo puede ser venial, nunca se convertirá en mortal, y esto debería poner en paz a las almas demasiado tímidas. Sin embargo, existe el pecado venial, más o menos importante, a veces muy leve, pero existe cuando se rehúye voluntariamente y sin ningún motivo razonable la Regla de la que se ha hecho profesión.

¿Por qué, si la Regla no obliga bajo pena de pecado? - Por su propia naturaleza, las prescripciones de la Regla no obligan bajo pena de pecado, se entiende. Pero mi conducta debe ajustarse siempre a las órdenes de mi razón, el reflejo en mí del orden eterno. No debo responsabilizarme de ninguna acción u omisión que mi razón no pueda justificar en vista de mi fin último. Para orientar mejor mi vida hacia su fin supremo, he hecho profesión de esta Regla y, desde entonces, me veo obligado a tenerla siempre en cuenta. Puede ocurrir, por otra parte, que tenga un motivo razonable para no observar una determinada práctica en la actualidad, y que actúe bien al omitirla. Pero si, por el contrario, lo omito bajo la influencia de la pasión, peco contra la virtud que debería haberla disciplinado y hacer reinar el orden racional en mi conducta.

Si no hubo pasión, tal vez hubo una simple negligencia. Me descuido al omitir una oración recomendada por la Regla, o la observo sin el debido cuidado. En cualquier caso, la culpa es mía por no haber ajustado mi conducta al orden de mi razón.

Además, el Terciario debe cumplir la penitencia que la Regla o el Superior le imponen por las transgresiones. A veces se dice que uno está obligado a hacerlo al menos bajo pena de pecado. ¿Por qué? ¿No es un artículo de la Regla como los demás? No más que los otros, no obliga bajo pena de pecado, ya que no se nos dice que sea una excepción. Esta es la enseñanza de Cayetano, que está particularmente autorizado en esta materia[[19]](#footnote-20). Pero también en este caso, una omisión voluntaria, provocada por la negligencia o la pasión, no está exenta de pecado venial. Y menos fácilmente, esta vez, el pecado podría ser mortal, por el desprecio al que está más expuesto quien se niega incluso a cumplir las penitencias que regularmente se le imponen por sus transgresiones.

Qué bien se entiende, pues, el último artículo de la Regla de la Tercera Orden dominicana! Después de haber dicho que sus prescripciones no obligan bajo pena de culpa ante Dios, sino sólo a la penitencia fijada por la Regla o determinada por el Director de la Fraternidad, añade: "Sin embargo, recordando su profesión, cumplan los hermanos fielmente todas las ordenanzas de esta Regla con la ayuda de la gracia de Jesucristo, nuestro Señor y Redentor.

Los terciarios se preocuparán, pues, de releer de vez en cuando, para observarlas bien, las prescripciones de la Regla que abrazaron en el pasado. Tal vez escucharon, el día de su profesión, al Director de la Fraternidad Dominicana dirigirles estas palabras de una antigua fórmula. No dicen más que la verdad: "Recibe, hermano mío, esta Regla como memoria y recuerdo perpetuo de la promesa que has hecho hoy. Sabed que os será representado en el juicio final por los santos ángeles, para vuestra gloria y seguridad si lo habéis observado; pero si lo hubierais descuidado, se volvería contra vosotros en el mismo juicio por vuestros acusadores, y eso para vuestra desesperación y deshonra. Recíbelo, pues, en tus manos, abrázalo en el espíritu, y cuando lo hayas cumplido con tus obras, te servirá para la vida eterna.

### Riesgos y beneficios espirituales

Tal es, pues, la vida del Terciario, que los peligros espirituales a los que está expuesto se reducen al mínimo y las ventajas son inmensas.

Hay riesgos, no tiene sentido ocultarlo. El hecho de que uno se haya puesto en un estado que exige más significa que hay más espacio para el fracaso.

Sin embargo, los fallos particulares de los terciarios sólo pueden ser veniales. Siempre que la Regla me exija hacer algo que Dios o la Iglesia no hayan mandado, no cometeré más de un pecado venial por no observarlo. El caso de desprecio solo es mortal, hemos dicho, pero este caso es raro. Y hay que señalar, además, que no es privativo del Terciario. El simple cristiano, es decir, cualquier hombre que desprecie formalmente un precepto, pone su alma en un estado de anarquía que le[[20]](#footnote-21).

Sin duda, el cristiano más que el infiel, el terciario más que el cristiano, es culpable de ingratitud al cometer este desprecio. Asimismo, el pecado del terciario, más aún que el del simple cristiano, puede ser motivo de escándalo y adquirir así una especial gravedad.

Estos son todos los riesgos espirituales a los que uno se expone al hacer una profesión. En la práctica, son mínimos.

Por el contrario, las ventajas son inmensas y compensan con creces los posibles inconvenientes. ¿A quién se le ocurre declarar malos todos los medios modernos de locomoción rápida, con el pretexto de que a veces dan lugar a accidentes? Para llegar al destino lejano al que quiero ir, el ferrocarril es mejor que viajar a pie. Así es como la Regla de la Tercera Orden me conducirá mejor a mi fin último.

Además, lleva en sí mismo un seguro contra accidentes. A quien lo ha abrazado, podemos, en efecto, aplicar en buena medida las observaciones de Santo Tomás sobre los religiosos. "Su pecado, si es leve, es absorbido, por así decirlo, por las muchas obras buenas que hace. Y si su pecado es mortal, se libera más fácilmente de él. En primer lugar, por su intención, que habitualmente ha dirigido hacia Dios y que, por un momento desviada, se recupera como por sí misma... Así lo hizo el que acababa de decir: "No conozco a este hombre", y que, un poco más tarde, el Señor, habiéndolo mirado, comenzó a derramar amargas lágrimas... Además, sus hermanos le ayudan a levantarse, según este dicho: "Si uno se cae, el otro lo sostiene". Pero ay del que cae, no hay nadie que lo ayude[[21]](#footnote-22).

No seamos como esas almas temerosas que sólo ven los riesgos. Santo Tomás habló antes de todas aquellas obras buenas que absorben los pecados a los que uno está expuesto. El que ha profesado, aunque sin votos religiosos, participa, sin embargo, en la medida en que la profesión lo estabiliza, de las ventajas que la perpetuidad de los votos aporta. La realización de buenas obras es, para él, más segura y meritoria.

Más seguro, de hecho, porque se ha comprometido a ello y, en consecuencia, fallará con menos facilidad.

Pero, ¿es realmente más meritorio? ¿No es más meritorio ofrecer este trabajo a Dios de forma espontánea, con mi libertad aún intacta? - Distingamos. No se actúa por la fuerza cuando se actúa en virtud de una promesa libremente dada. Y por el hecho de haber consagrado tu poder de acción a Dios para siempre, te has sometido a Él mucho más que si sólo le ofrecieras actos sucesivos. ¿No es más generoso el que abandona el árbol sin retorno que el que trae el fruto año tras año? Y entonces, cuando, después de una profunda reflexión, he profesado hacer el bien siempre, mi voluntad se ejercita con un mayor apego a ese bien que si mi acto se improvisa en un movimiento de fervor fugaz y superficial. Además, el voto no impide seguir dedicándose con alegría, si persisten las buenas disposiciones. Incluso en los momentos de tentación y debilidad, hay una cierta satisfacción en sentirse retenido por los compromisos del pasado. Como una persona enferma e insegura que ha sido obligada a someterse a una dolorosa operación hasta el final[[22]](#footnote-23).

Finalmente, al mérito de la virtud particular que ejerzo al hacer tal o cual acción -la virtud de la penitencia, por ejemplo, cuando ayuno- se añade el mérito superior de la alta virtud de la obediencia. Pues esta es la gran ventaja de esta profesión. Al no observar la Regla, no se peca contra la obediencia, y al observarla se tiene el mérito de la obediencia. Si el precepto no entra en juego cuando nos pondría en peligro de pecar, sigue siendo válido para facilitar y conceder el mérito. Y qué mérito tiene! Como enseña Santo Tomás, el mérito de un acto de virtud consiste en que el hombre prescinda de un bien creado para adherirse a Dios. Por lo tanto, después de las virtudes teologales, que precisamente nos hacen adherirnos a Dios, difícilmente se puede ver alguna virtud moral que pueda ser más meritoria que la obediencia. ¿No nos hace despreciar, con el único fin de adherirnos a Dios, el mejor de los bienes creados, es decir, nuestra propia voluntad[[23]](#footnote-24)?

No se me ocurre nadie mejor para comparar a nuestro Terciario que un hijo de familia que trabaja para su padre. Su padre no le obliga. Pero, ¿descuidará el hijo el bien de la casa? ¿Ignorará los deseos del padre que preside este bien? Esto sería mostrar estupidez, mostrarse indigno de su título de hijo y revelar un alma mercenaria y esclava. Por lo tanto, el hijo trabaja, y suele hacerlo incluso más que el criado. Pero su trabajo se hace con la gracia de un voluntario. Pero sigue teniendo todo el mérito de la obediencia. Su obediencia es aún mejor porque parece estar más impregnada de amor, al estar basada en el afecto que siente por su padre y en el interés que tiene por el bien de la casa.

## Artículo III Un estado religioso

Cada profesión nos pone en un estado. La profesión de Terciario como otras. Pero mientras la mayoría de los hombres están establecidos, por el hecho de su profesión, en una situación profana, el terciario está fijado en un estado religioso.

¿Qué quiere decir con el estado religioso? ¿No están en este estado sólo los que hacen los tres grandes votos? Si ampliamos el significado de esta palabra, ¿no deberíamos decir que todo hombre, en cuanto es cristiano, está en estado religioso? ¿Cuál es el lugar especial de los terciarios entre los simples cristianos y aquellos a los que se suele reservar el nombre de religiosos?

Todas estas son preguntas que surgen y a las que me gustaría dar respuesta. No abordándolos uno por uno, sino exponiendo los principios que permiten resolver estos problemas.

En verdad, todo cristiano, desde el día de su bautismo, está fijado en un estado religioso. Pertenece para siempre a la religión de la que Nuestro Señor Jesucristo es el soberano pontífice.

Desde la misma concepción de su humanidad, Nuestro Señor fue ordenado sacerdote. Por el hecho mismo de que la persona del Verbo asumió esta humanidad, fue apartado de los demás hombres, enteramente consagrado a Dios por toda la eternidad, y se le confiaron poderes para que le rindiera el homenaje del género humano y descendiera sobre nosotros las bendiciones divinas.

Es a través del sacrificio de la cruz que la religión de Jesucristo se expresa plenamente. Como todos los sacrificios antiguos no eran más que la figura y la preparación de este sublime Sacrificio, así el sacrificio de la Misa no es más que su recuerdo y su expansión por el mundo hasta el fin de los tiempos. Ahora bien, uno de los objetivos de la institución sacramental es poner a los cristianos en condiciones de participar en este culto eucarístico que, en adelante, constituye el centro de la verdadera religión. Los tres sacramentos, que dejan una huella indeleble en el alma, se encargan de ello[[24]](#footnote-25).

### El carácter sacramental y la virtud de la religión

El carácter sacramental nos da un reflejo de este sacerdocio conferido a Jesús por su unión hipostática. Desde el momento del bautismo, y cada vez más hasta la cúspide del orden, también nosotros somos apartados por el carácter, consagrados al culto cristiano y facultados para participar en él.

Así distinguido de los demás hombres, el cristiano queda fijado en un estado del que nunca saldrá. No ha recibido una mera delegación nominal, externa y revocable. Al igual que la carne de los esclavos y de los soldados estaba marcada con la efigie del amo o del jefe, su alma lleva una huella que no desaparecerá más que ella misma. La gracia, que también afecta al alma inmortal, puede perderse por el pecado. Pero ningún pecado, por grave que sea, puede borrar el carácter. Pues, mientras que la gracia es un bien personal cuya posesión está sujeta a las fluctuaciones del libre albedrío, el carácter participa de la inmutabilidad del sacerdocio de Nuestro Señor, del que es un reflejo en nosotros. Como sacerdote para la eternidad, Cristo nos tiene ahora en sus manos como seres puestos a su disposición y cualificados por su carácter para servir como instrumentos suyos.

Si hay un estado de ánimo que realmente merezca el nombre de estado, es éste. ¿Dónde se puede encontrar esa estabilidad? Y este estado es religioso. Por el carácter que se le ha imprimido para siempre, el alma se encuentra verdaderamente consagrada a Dios en el seguimiento de Cristo mismo. Lleva en su mente un poder de realización práctica que es como el que posee en plenitud el Sumo Sacerdote de la religión cristiana. En el cenáculo, pronunció la palabra con la que se anticipó el gran Sacrificio de la Cruz, que la Misa perpetúa. "Este es mi cuerpo entregado por vosotros, esta es mi sangre derramada por la multitud de los hombres...

"Haced esto en memoria mía", añadió Cristo. Y los apóstoles, así designados para llevar a cabo su acción y puestos en situación de hacerlo, repitieron sus palabras reproduciendo sus gestos. Gracias al carácter sacramental que habían recibido del Señor, se insertaron como de forma natural en su gran actividad sacerdotal, siempre real aunque invisible. Se les veía asumir su actitud, se les oía pronunciar sus palabras, y realizaban, bajo su influencia como Sacerdote Principal, el mismo sacrificio.

Esta función de los apóstoles es continuada por todo sacerdote cristiano. Aparte de este gran momento en el que realiza el rito esencial de la religión cristiana, sigue estando capacitado para ofrecer a Dios el homenaje de los hombres y concederles las gracias divinas que fluyen a través de los diversos sacramentos y de las más sencillas de sus bendiciones.

Si el sacerdote ha recibido la plenitud del carácter sacramental, el propio bautizado ya posee un principio de este poder, que la confirmación reforzará aún más. ¿No es ya una participación en el sacerdocio de Nuestro Señor tener la posibilidad de someterse con conocimiento y fruto a los ritos sagrados celebrados por los responsables del culto cristiano? Digamos que los sacerdotes son, en la sociedad religiosa, agentes de poder, al haber recibido el poder del Señor para actuar en su lugar; pero hay que reconocer que todo bautizado es, al menos, miembro de la sociedad y, como tal, capaz de recibir su parte del bien social amasado por Cristo Jesús.

\*

\* \*

Pero es importante que los cristianos, y con mayor razón los sacerdotes, así apartados de la humanidad, se distingan en todo sentido, que sus almas se eleven a la altura de la consagración que han recibido, que hagan honor a su título y ejerzan dignamente sus poderes.

El carácter religioso exige la virtud de la religión. Lo exige cada vez más a medida que nos vamos marcando con la efigie de Cristo a medida que ascendemos en la jerarquía. Porque no basta con desempeñar un papel en la religión cristiana. Debemos tener el alma de ese papel. Debemos conformarnos íntimamente con aquel cuyas acciones estamos haciendo, y que con todas sus acciones, en toda su vida, honró a su Padre. ¿No es conveniente que también nosotros vivamos todo el tiempo como alguien que una vez celebró o participó en la misa esta misma mañana, y que pronto volverá a hacerlo?

Toda persona lógica se sorprende naturalmente cuando un sacerdote, o incluso un simple cristiano, no tiene la santidad que exige su carácter. Sin duda, la gente del mundo es demasiado severa con aquellos que son hombres pobres como ellos y que tienen que luchar contra los mismos obstáculos acumulados por el pecado. ¿No declaran estos críticos, cuando es necesario, que tales obstáculos son insuperables? En esto exageran más y se van al otro extremo. El mal puede ser superado con la gracia de Dios. Si conocemos estas dificultades, sabemos también que los sacramentos, a la vez que nos consagran al culto cristiano, confieren la gracia de las virtudes y de los dones, y adaptan tan bien esta gracia a nuestras diversas necesidades que remedian todas las miserias derivadas del pecado.

Los maestros de la vida espiritual, particularmente dóciles a los consejos del divino Maestro, han prestado toda su atención a la gran virtud de la religión, que la gracia sacramental debe fortalecer especialmente, y han procurado que sus discípulos sean profesionales de esta virtud, para que florezcan constantemente en sus almas sentimientos conformes a su carácter religioso. Además, puesto que esta virtud de la religión ocupa un lugar verdaderamente central en la economía de la vida espiritual, ya que se beneficia de la influencia inmediata de las tres virtudes teologales y mantiene bajo su dominio todas las virtudes morales, era de esperar que a través de ella se organizara perfectamente toda la vida. La historia de las órdenes religiosas atestigua la excelencia y la fecundidad de esta concepción.

### ILa virtud de la religión y las virtudes teologales

La virtud de la religión nos vuelve hacia Dios, no para unirnos a él como las virtudes teologales, que tienen como objeto a Dios mismo, sino para dirigirnos a él con ciertos actos interiores o exteriores que realizamos para dar testimonio de nuestra conciencia de su incomparable excelencia, y para asumir la actitud de siervo ante su benéfica autoridad.

Por la fe nos adherimos a la verdad de Dios, por la esperanza confiamos en su poder, por la caridad lo amamos en sí mismo y por sí mismo. Así, el ejercicio de las virtudes teologales no es sino un abrazo a Dios, una vida en Dios.

La virtud de la religión encuentra su materia fuera de él, pero se aplica a él. Su objetivo inmediato es ofrecerle culto, darle honor. Por este carácter, que la distingue de todas las demás virtudes morales, se acerca a las virtudes teologales. Como se trata de presentar nuestros respetos a Dios, se beneficia más directamente de su influencia, e incluso se insinúa en estas altas virtudes para poner la nota religiosa del respeto en los actos de nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor.

Desde el primer artículo de su tratado sobre la religión, Santo Tomás se ha ocupado, sin parecerlo y con el pretexto de la etimología, de marcar perfectamente estas relaciones entre las tres virtudes teologales y la religión.

Religión, dice, viene de *relegere*, que significa releer. La religión nos hace *releer* asiduamente, como un libro amado, incesantemente tomado, abierto ante los ojos de nuestra alma, releer y meditar en el mismo buen Dios. "En todos tus esfuerzos, piensa en él", recomienda el Sabio en el libro de los Proverbios. "Tuve cuidado de que el Señor estuviera siempre ante mis ojos", dijo David. "El Señor estaba allí y yo no pensaba en él", gritó Jacob en un gran renacimiento del sentimiento religioso[[25]](#footnote-26). A fuerza de pensar en Dios con fe, nos volvemos como Moisés, de quien la Epístola a los Hebreos dice que parecía ver lo invisible.

Desde Moisés, una gran gracia ha sido otorgada al mundo. El Verbo se hizo carne. El gran libro divino ha sido traducido a nuestro lenguaje humano e ilustrado con imágenes tal y como las necesitábamos para entenderlo y saborearlo. Los hombres han tenido la revelación sensible de lo que es Dios. "Hemos visto, oído y tocado la Palabra de vida", escribe San Juan.

"Yo soy el que es,... Piensa en mí siempre. Nuestro Señor, hablando con Santa Catalina de Siena, pudo repetir la misma definición que Dios había dado de sí mismo a Moisés. Pero hoy tenemos la impresión de que una ternura conmovedora, una simpatía alentadora, brilla en la mirada divina que se posa sobre nosotros y en la que leemos el pensamiento de nuestro Creador y Redentor, su idea de nuestra vida.

A los seis años, Santa Catalina vio a Nuestro Señor en el cielo sobre la iglesia de San Domenico, vestido de Papa, mirándola y bendiciéndola. Durante toda su vida, mantuvo ante los ojos de su alma esta primera página del libro divino, que simbolizaba todo lo que Dios esperaba de ella. Su vocación era dedicarse al servicio de Jesús en la persona del Soberano Pontífice, cabeza de la Iglesia, a través de la Orden de Predicadores.

En esta mirada hacia Dios, llena de respeto soberano y dependencia absoluta, en esta meditación sobre Dios, la religión actúa bajo la influencia inmediata de la fe. Pero veremos que no está menos íntimamente ligada a la caridad.

\*

\* \*

San Agustín pensaba que la palabra religión viene de *reeligere*, volver a elegir. Y como siempre hablamos de Dios cuando hablamos de religión, es a Dios a quien la religión nos hace reelegir una y otra vez. Después de haberlo elegido una vez como el ser amado por encima de todo, lo elegimos de nuevo, tan a menudo como descubrimos una nueva y más profunda razón para amarlo; y comenzamos a elegirlo de nuevo con un vivo sentimiento de arrepentimiento y firme propósito, cuando hemos descuidado su búsqueda o quizás, por un grave pecado, nos hemos alejado de él.

"He pecado contra el cielo y contra ti, Padre, no soy digno de ser tratado como tu hijo, al menos tómame como tu siervo. - Sigues siendo mi hijo", responde el Padre. Pero el hijo estará aún más deseoso, amorosamente deseoso de servir a quien quiere ser su Padre además de su Señor. Este afán en torno a Dios es la devoción, acto fundamental de la virtud de la religión que el fervor de la caridad hace cada vez más vivo.

Como el hijo que se ha alejado de Dios, y mejor aún, el que ha permanecido fiel sentirá que su devoción aumenta a medida que crece su amor filial.

Bajo el impulso de no sé qué resorte secreto se sienten impulsados a buscar incesantemente lo que puede ser agradable a Dios, se multiplican para darle marcas de honor, para ponerse a sus órdenes. "¡Siempre dispuesto a servirte, amado Señor!

Al sentimiento interior, que realiza la esencia de la religión en espíritu y en verdad, se unirán en su momento los diversos gestos en los que el cuerpo expresa las disposiciones del alma y rinde él mismo su tributo de adoración. Los hombres hacen ofrendas a Dios de bienes externos de los que podrían haber conservado el uso, e incluso sacrifican cosas que les son profundamente queridas. No contentos con dar su regalo de día en día, algunos se comprometen de antemano con el futuro mediante votos.

Y estos son hermosos actos de religión impulsados por el amor a Dios, por la caridad.

\*

\* \*

Si adoptamos otra etimología, de nuevo propuesta por San Agustín, religión derivaría de *religare*, conectar. De hecho, la religión nos conecta con Dios Todopoderoso. Sabiendo lo débiles que somos y lo mucho que necesitamos ayuda, es a él a quien nos apegamos, buscamos su alianza antes que cualquier otra. Y hacemos bien en hacerlo, porque él es el principio inconmovible, el punto de apoyo inconmovible, por el que no sucumbiremos. "Mi bien es aferrarme a Dios y poner mi esperanza en él.

Conectarnos así con Dios es obra de la virtud teologal de la esperanza, como la relectura fue oficio de la virtud de la fe, y la reelección, función de la virtud de la caridad. Y lo que seguirá a este tiempo será, en primer lugar, la práctica asidua de la oración.

Después de la devoción que hemos mencionado, la oración ocupa el primer lugar entre los actos de religión. Así como nuestra voluntad se sometió devotamente a Dios, esta vez es nuestra inteligencia la que se somete a Él, implorando la ayuda necesaria. La oración es un acto religioso, pero directamente inspirado por la esperanza.

También por medio de los sacramentos, recibidos devotamente, junto con la oración, el alma recurre religiosamente a la omnipotencia divina, que es el gran motivo de nuestra esperanza. La frecuentación de los sacramentos pertenece en primer lugar a la práctica de la religión cristiana.

Así, la virtud de la religión se beneficia de la proximidad y del resplandor de las virtudes teologales para ejercer perfectamente los actos que le competen.

### IILa luz de la religión y las virtudes morales en el estado religioso

Además de los actos que la caracterizan propiamente y que produce por sus propios recursos, la virtud de la religión, tomando la delantera de las demás virtudes morales, puede hacer de todas las obras de nuestra vida, cualesquiera que sean, una liturgia perpetua. "Ya sea que comas o bebas, lo que hagas, hazlo todo para la gloria de Dios.

Para ser llamado un hombre religioso, podría ser suficiente adorar a Dios de vez en cuando por medio de ciertos actos, por ejemplo, asistiendo a misa todos los domingos. Sin embargo, el nombre de religioso está reservado, dice Santo Tomás, para ciertos hombres que dedican toda su existencia al culto de Dios y para ello se liberan de las vergüenzas del mundo[[26]](#footnote-27).

El nombre de Religiosos les conviene por excelencia: son el tipo mismo de "religiosos". Porque no se contentan con participar, aunque sea cada mañana, en el sacrificio que nuestro Sumo Sacerdote renueva en el altar, ni con añadirle algún día alguna ofrenda, o incluso algún voto particular. Se ofrecen como un holocausto a Dios, sin reservar nada para el presente ni para el futuro. Cualquier bien que tengan, lo sacrifican a Dios Todopoderoso[[27]](#footnote-28). Porque ¿qué le queda al que renuncia a todos los bienes terrenales, al disfrute corporal e incluso a su propia voluntad por Dios? Hemos reconocido aquí los tres votos que constituyen la base del estado religioso en el pleno sentido de la palabra. Constituyen en sí mismos, y por partida doble, actos sobresalientes de la virtud de la religión, siendo al mismo tiempo un sacrificio de holocausto, en el que la víctima se consume por completo, y votos que comprometen todo el resto de la vida. Ofrecen todo para siempre.

Gracias a esta ofrenda que no se reserva nada para sí misma, gracias a esta promesa que compromete toda la existencia, todos los actos que uno haga en adelante estarán revestidos de un carácter religioso. Ya son religiosos en su misma fuente, esa voluntad consagrada por el voto de obediencia y que ordena todo lo demás.

A los votos se añade, para asegurar su práctica y perfeccionarlos si es necesario, separando más al religioso del mundo y poniendo los detalles de sus días al servicio de Dios, todo un sistema organizado de vida regular. Una obra lentamente madurada por la tradición monástica y que cada patriarca adaptó al fin de la Orden por él fundada: el hábito, la clausura, el silencio, el oficio coral, el estudio de la ciencia sagrada, los trabajos penitenciales, el modo de comer, de recrearse, de entregarse al sueño. Se llaman observancias, y debemos tener cuidado, si queremos entender el significado de esta palabra, que observancia significa originalmente respeto. No se trata de cumplir, en vano, una serie de prescripciones, sino de hacerlo para honrar a Dios. Por otra parte, hay que señalar [[28]](#footnote-29)que el término observancia sólo se aplica a las prescripciones de una ley religiosa. Se observan por consideración a Dios, que siempre está presente, para mostrarle atención, reverencia o dependencia. Así, todo, incluso el silencio, se convierte, en palabras de las Constituciones dominicanas, en una hermosa ceremonia litúrgica.

El terciario dominico "participa en la vida religiosa de la Orden de los Frailes Predicadores" (I, 1). Esta es la consecuencia de la profesión que hizo "en honor de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo". Aunque esta profesión no incluye ningún voto, sin embargo establece en "un orden sagrado" a quien la hizo. A partir de entonces, quedó sometido a los superiores y tuvo que seguir una norma. Esta regla contiene un conjunto de observancias, elegidas de tal manera que hacen que su vida entre en el siglo del propio espíritu del estado religioso.

"Pido que me den... para llevarme a la tumba... la Regla de la Orden, firmada por mis superiores, que se encontrará en mi bolsa de viaje. La duquesa de Alençon, que fue quemada viva en el Bazar de la Caridad y cuya vida ejemplar fue largamente apreciada por los Terciarios de Santo Domingo, había escrito estas líneas en su testamento. Nunca se separó de la Regla de la Tercera Orden, ni siquiera cuando viajaba. Lo había utilizado, con las explicaciones de sus superiores, durante el noviciado preparatorio a la profesión, y lo conservó desde entonces para ajustar su vida religiosamente.

El Terciario, como el Religioso de la gran Orden, reza su Oficio Divino "siete veces al día" y tal vez "se levanta en medio de la noche" para volver a realizarlo. Ni siquiera hay un hábito característico del estado religioso en el que ha entrado que el terciario no haya recibido también y deba llevar en adelante. Con la creación de la Tercera Orden", dice el padre Lacordaire, "Domingo llevó la vida religiosa al seno del hogar y a la cabecera del lecho nupcial.

"Protegerse del contagio del mundo" forma parte de la religión, según Santiago. Sin duda, esto es obra de la virtud de la templanza o de otras virtudes similares. Pero la virtud de la religión eleva esta obra a la dignidad que la caracteriza[[29]](#footnote-30). Nos impulsa a excluir de nuestra vida todo lo feo, todo lo frívolo, todo lo vano[[30]](#footnote-31), y a poner en su lugar la honorabilidad que el Dios en cuya presencia estamos quiere encontrar en ella, para extraer de ella la gloria.

Hay toda clase de virtudes morales para moderar los impulsos de nuestra lujuria, para darnos valor a pesar de nuestros temores y para regular nuestras relaciones con los demás. Por encima de estas virtudes de la templanza, la fortaleza y la justicia, está la prudencia, que determina y ordena los actos que deben realizarse en cada orden. Pero aún más alta que esta virtud del gobierno, la gran virtud de la religión se eleva para impregnarla y, a través de ella, difundir todas nuestras otras virtudes morales.

El honor de Dios, que contempla constantemente y por el que se preocupa el alma, es una poderosa ayuda para tomar decisiones razonables y mantener resoluciones firmes. El respeto a la Presencia Divina, ¡qué freno a las pasiones! El pensamiento de que Dios puede estar orgulloso de nosotros, ¡qué estímulo para luchar por un ideal elevado y perseguirlo desinteresadamente! Bajo la influencia de la caridad que tanto la anima, la virtud de la religión hace sonar constantemente en los oídos del alma el grito de San Pablo: ¡Todo por la gloria de Dios! Y nos impulsa constantemente hacia alturas que de otro modo no alcanzaríamos[[31]](#footnote-32). En una vida así llevada, cualquier obra de renuncia o devoción, como las de refrenar la lengua o cuidar de los huérfanos, de las que habla expresamente Santiago, se convierten en verdad en "una religión pura y sin mancha ante nuestro Dios y Padre[[32]](#footnote-33)".

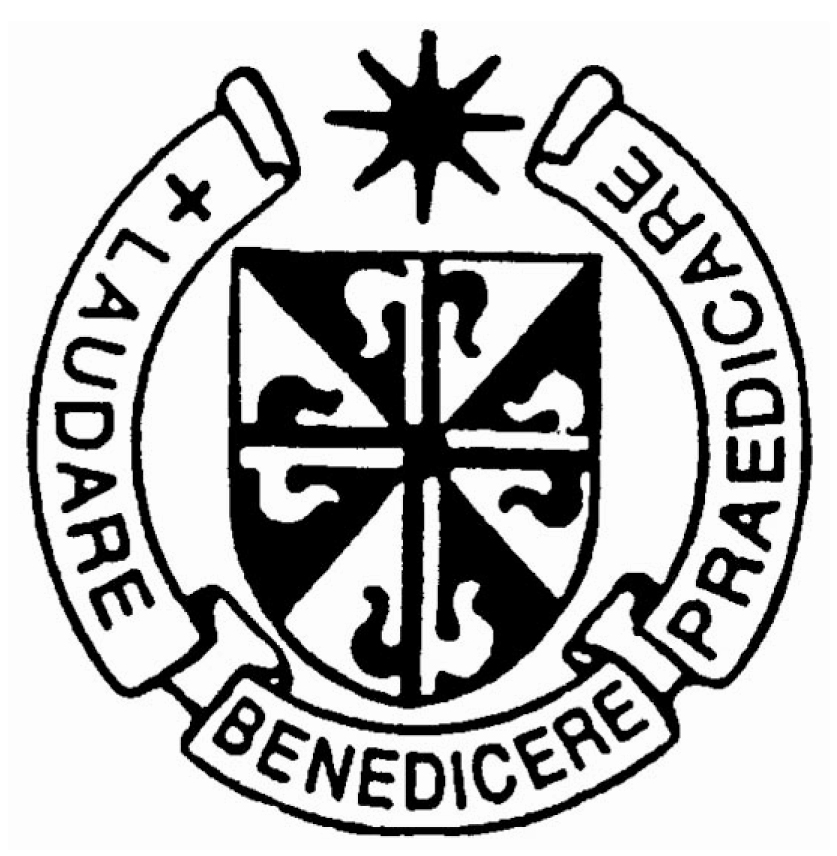
La docilidad a los mandamientos de Dios no es suficiente. Uno se embarca en el camino de los consejos evangélicos. El terciario, que no puede hacer los tres votos, se inspira al menos en su espíritu para hacer sacrificios en estos mismos asuntos. Dios es tan preferible a toda riqueza, a todo placer, a toda independencia. Por él, para honrarlo, nos desprendemos de los bienes terrenales.

No más de estas grandes preocupaciones de previsión, que son doblemente excesivas, porque no contamos lo suficiente con Dios y demasiado con el dinero. Cada vez habrá menos afán de lucro y, sin embargo, no se perderá el tiempo sin un trabajo útil. Sabremos gastar cada vez mejor en interés de todos, recordando que la propiedad nos fue dada por Dios para facilitar la explotación, pero no para reservarnos los frutos. Hay que saber regalar lo que es superfluo. Y si a veces falta lo necesario, acogeremos la verdadera pobreza que nos llega providencialmente.

Por otra parte, uno se acostumbrará a una vida austera en la que la alegría sólo existe en el contenido, no se busca con pasión ni se saborea en el ocio, sino que se saborea sólo y cuando Dios lo da, sin que se haya pedido, apenas deseado.

Finalmente, sentiremos tan bien que Dios es el Maestro, nos mantendremos tan cuidadosamente en el camino de su señorío, que obedeceremos siempre a su misma autoridad, condescendiendo con la de los superiores visibles. Y si es nuestro deber ejercer un mandato, lo haremos con espíritu de obediencia a sus órdenes.

Así entendida, la religión, dice Santo Tomás, se identifica con la santidad, pues no sólo dispone el cumplimiento de las funciones propiamente cultuales, sino que abarca toda la vida y la organiza en la perfección, siendo para ello el mejor instrumento de la virtud de la caridad[[33]](#footnote-34).



# Capítulo INuestra familia religiosa

## Artículo I Una verdadera familia

### I La Orden de Santo Domingo

El niño que llega a la existencia no nace sólo de la unión de un padre y una madre, es el fruto de toda una sociedad que se ha formado y extendido durante mucho tiempo a su alrededor. Como ha vivido de la sustancia de la madre, sigue viviendo dentro de este grupo humano. Después de varios años de inconsciencia en los que permanece confundido en la masa, si se eleva gradualmente al sentimiento de su individualidad, no será para aislarse de sus semejantes. Sólo vegetaría corporal y espiritualmente. Por el contrario, tendrá que esforzarse por sancionar y realizar mejor esa vida social que su razón ha entendido como necesaria. Para lograr su perfecto desarrollo y encontrar por fin la felicidad, el individuo humano necesita permanecer constantemente unido a sus hermanos. No es bueno que el hombre esté solo, dijo el Creador.

Ahora bien, es el hombre, tal como está constituido normalmente, el que Dios ha tomado para elevarlo al estado sobrenatural. En la institución de este nuevo orden, Dios no podía, por falta de continuidad en sus designios, contradecir la aspiración natural en el corazón de su criatura y negarse a responder a la necesidad que siente. Así, la Iglesia católica no es otra cosa que una realización social de la religión, expresamente querida y preparada por el propio fundador divino del cristianismo. Todo el Evangelio lo atestigua, a pesar de lo que puedan pensar los protestantes. Y cuando leemos los numerosos pasajes de las epístolas en los que San Pablo habla del cuerpo místico de Cristo, es fácil ver que tiene en mente, en primer lugar, esta reunión de hombres en una corporación bien organizada en la que deben ayudarse mutuamente, cumpliendo cada uno sus funciones particulares según el lugar que ocupa y colaborando todos juntos para el bien común. Se entiende que cada uno vive por la gracia del líder. Pero es la comunidad de esta participación, la solidaridad de todos los miembros de Cristo y la ayuda que deben prestarse mutuamente, lo que preocupa especialmente a San Pablo.

Como la Edad Media era verdaderamente cristiana, además de profundamente humana, cultivaba este espíritu de asociación en todas partes. La cultivó desde el punto de vista civil, y sabemos cómo florecieron los gremios. Lo cultivó desde el punto de vista religioso, y la Orden de Santo Domingo es uno de los más bellos éxitos de este movimiento. Dentro de una patria común se pertenecía a una u otra corporación según el servicio temporal al que se dedicara. Nuestra Orden es una corporación espiritual donde los miembros de esta inmensa sociedad que es la Iglesia se agrupan en una comunidad más íntima. No quieren dejar esta Iglesia, fuera de la cual no hay salvación. No pretenden elevarse por encima de ella. Permanecen dentro de ella. Sólo ellos forman un grupo especialmente homogéneo. No podrían compararse mejor que con una familia real en medio de una gran ciudad. Y la propia Iglesia no puede sino beneficiarse de contar con esas familias, que están más vivas porque sus miembros están más unidos entre sí.

Cuanto más y mejor se asocian las almas, más y mejor se protegen contra sus debilidades individuales y se rescatan del desánimo que acecha en su relativo aislamiento. Si sólo encuentran personas débiles como ellos, sus voluntades simpáticas se apoyan y refuerzan mutuamente. Pero cuánto más si se sienten rodeados de almas enérgicas que les muestran el camino y los arrastran. Informados y estimulados por los líderes, entusiasmados y apoyados por una emulación fraternal, finalmente lo dan todo. ¿Por qué no debería hacer lo que hacen mis hermanos y hermanas? Sí, puedo, mi superior religioso y mi director espiritual me lo dicen y me muestran los medios.

La unión tiene la ventaja adicional de permitir la división del trabajo. Los individuos que se agrupan, dedicándose cada uno a una parte especial de la tarea común, obtienen un resultado muy superior a la suma de todos los que producirían por separado. Santo Domingo pensó en ello en la concepción de su Orden, cuyas diferentes ramas se complementan, e incluso en la organización de cada uno de sus conventos.

\*

\* \*

Entre los dominicos no se contempla el aislamiento, ni siquiera por periodos, como entre otros religiosos, los franciscanos o los carmelitas, por ejemplo. Domingo se instaló en medio de una ciudad populosa, e hizo de su casa de Predicadores una verdadera ciudad y no una mera aglomeración de individuos. Para él, el convento perfecto no es aquel en el que cada uno cumple con todo lo que exige la Regla. El objetivo se consigue de forma colectiva. Hay un reparto previsto por las Constituciones y organizado por el superior. Concede a cada uno las dispensas necesarias en ciertos puntos para que pueda dar mejor el fruto especial que se espera de él.

La propia Orden se forma en el universo como una gran ciudad. Desde el principio, el núcleo de la Orden se sembró en la tierra de Prulla, y ya estaba claramente especificado. Bajo el nombre de "santa predicación", incluía un monasterio de hermanas contemplativas, cerca del cual los frailes tenían su base. Las prolongadas oraciones de estas hermanas y su vida de inmolación en el claustro compensaban lo que los hermanos, tantas veces arrastrados por el torbellino del mundo, no podían lograr. Era un contrapeso, del lado de la contemplación, para equilibrar la vida mixta de los Predicadores.

Había otra, del lado de la acción, a la que los hermanos sólo podían dedicarse con moderación si querían permanecer fieles a la suma de la vida monástica, canónica y de estudio, fijada por su fundador. Ya en 1206, los laicos se habían reunido, a petición del obispo Foulques, amigo de nuestro Beato Padre, bajo el nombre de "Milicia de Jesucristo", verdaderos caballeros que se distinguían también por la túnica blanca y el manto negro y cuyo objetivo era defender la fe, los derechos de la Iglesia y todos los intereses católicos. Esta caballería se benefició de la guía de Santo Domingo. Introducido en Lombardía, floreció allí, y el Papa Gregorio IX, en 1235, recomendó al Beato Jordán de Sajonia, primer sucesor de Santo Domingo, que se ocupara cuidadosamente de su dirección espiritual. Con el Beato Raimundo de Capua (en la *Vida de Santa Catalina de Siena*), esta "Milicia de Jesucristo" suele considerarse como la primera forma de la Tercera Orden.

Pero también inauguraron, y con mayor seguridad, la vida de los terciarios dominicos, aquellos otros laicos que, sufriendo el relajamiento de la moral cristiana a mediados de siglo, agrupados bajo el nombre de "penitentes" o "continentes", asistían a la iglesia de los Predicadores, Se inspiraron en sus observancias religiosas, les ayudaron con su amistad, sus bienes, su poder temporal, y a cambio se beneficiaron de su ayuda espiritual, de sus autorizados consejos, del ejemplo de sus virtudes, y así multiplicaron por diez su acción benéfica en el mundo. Cuando la "Milicia de Jesucristo" ya no tenía razón de ser como orden militar, se dejó absorber por estas cofradías de tipo ligeramente diferente, para combatir el mal y promover el bien sólo con armas espirituales.

El Maestro General, Muño de Zamora, sexto sucesor de Santo Domingo (1285), para constituir definitivamente la Tercera Orden, se limitó a unificar y perfeccionar los reglamentos que desde hacía tiempo estaban en uso en aquellas cofradías de penitencia que la influencia de los conventos dominicos había atraído desde el principio y que habían quedado bajo la dirección de los Predicadores.

La misma se había organizado bajo la influencia franciscana. En las quejas que el clero de Inglaterra dirigió al rey Enrique III hacia 1255 contra los frailes predicadores y menores, encontramos este reproche: "Han ideado nuevas cofradías en las que entran hombres y mujeres en tan gran número que apenas es posible encontrar a alguien que no pertenezca a ellas.

Probablemente sea una exageración. Incluso se formaron otras fraternidades que se mantuvieron independientes. Pero, aparte del beneficio sobrenatural que todos estos penitentes podían encontrar al agruparse en un territorio, a la sombra de una capilla, las cofradías que acabamos de oír criticar de manera inapropiada, las de Santo Domingo en particular, tenían todas las ventajas que les daba el ingreso en una Orden como la de los Predicadores. Es una "Orden sagrada", animada por un espíritu que la Iglesia ha aprobado siempre como de la mejor calidad cristiana, mientras que otros grupos, nacidos de la misma buena intención, fueron pronto sospechosos de herejía, sufrieron las condenas de la Iglesia y perecieron miserablemente. Qué gracia es pertenecer a esas fraternidades dominicanas que han triunfado en la prueba de siete siglos, sentirnos conducidos en el camino del cielo por todos los santos que nos han precedido allá arriba en el fervor de este espíritu, vernos sostenidos por una multitud de padres, hermanos y hermanas que aún viven en la tierra!

### II Solidaridad dominicana

Al pertenecer a una Orden como la de Santo Domingo, se disfruta de las ventajas que toda asociación produce naturalmente en cada uno de sus miembros. No insisto en el reparto y la especialización del trabajo que permiten a toda la Orden llevar a cabo su inmensa y compleja labor.

En pocas palabras, sólo recuerdo el apoyo moral que les ha dado el ejemplo de los hermanos que se han unido, la luz y el valor que han extraído de las enseñanzas de los maestros autorizados que presiden y dirigen su vida espiritual, el beneficio que obtienen de la incomparable herencia dejada en la tierra por los venerables antepasados en los que se han convertido. Qué patrimonio ha acumulado la familia a lo largo de tantos siglos!

Leemos todos estos libros que explican los orígenes y la historia de nuestra Orden, la vida de los santos que la han ilustrado, el pensamiento de sus doctores, con tanto provecho como alegría. Para alimentar nuestras almas, sólo tenemos, si se me permite decirlo, que comer el buen pan de nuestra casa y beber el vino de nuestra viña.

Y esas imágenes artísticas que nos muestran los rasgos de nuestro Padre Santísimo y de los mejores de sus hijos e hijas, ¡qué hermosa galería de retratos, de los que es bueno y útil rodearse y que nos ayudan a no olvidar! Felices de haber tenido a un Fra Angelico para pintar estos queridos rostros, para mostrarnos a nuestros santos participando en esas grandes escenas del Evangelio que debemos revivir tras sus pasos, y entrando con los ángeles en la beatitud del paraíso donde esperamos unirnos a ellos.

Pero me gustaría explicar un poco algunos efectos maravillosos de carácter sobrenatural que sólo se realizan en fraternidades religiosas como la nuestra. En estas sociedades, nos merecemos de verdad los unos a los otros, rezamos eficazmente por los otros, satisfacemos estrictamente los pecados de los otros. Y la muerte misma no pone fin a esta benéfica comunicación que la Iglesia llama comunión de los santos.

\*

\* \*

Aprovechar el mérito de los demás es algo más que recibir un estímulo psicológico del espectáculo de sus buenos ejemplos, que nos empuja a imitarlos, es obtener en nosotros una especie de valor añadido por el mero hecho de las buenas obras que realizan.

Sin duda, cada uno merece el aumento de la vida sobrenatural para sí mismo. Así, el fruto se da a la propia planta de la que surge la savia, y el conocimiento se da sólo a la mente que se ha aplicado al estudio. El acto de otros no puede disponer formalmente mi alma a la infusión de la gracia santificante.

Pero hay un mérito menor, aunque real, que es comunicable. Dios está naturalmente inclinado a extender a los amigos de los que le aman el placer que tiene para ellos. Es justo que Él haga la voluntad de los que viven en el cumplimiento de su voluntad. Pero, ¿no desean éstos que todos los miembros de su familia espiritual sean santificados? Por lo tanto, Dios lo convierte en su propio deseo. Por ellos, envía a todas las almas unidas a ellos la ayuda presente que, si no la resisten, provoca una conversión, una mayor santificación.

Así, la caridad, a la vez que produce un aumento de vida en un alma a medida que se ejercita, conduce también, por estas diversiones, a la perfección de todos los que están cerca de ella. Entre los miembros del mismo cuerpo místico de Jesucristo, especialmente entre las células más íntimamente vinculadas entre sí, nos beneficiamos recíprocamente de nuestras buenas obras. Ni siquiera es necesario que nos formemos una intención expresa al respecto, aunque es útil para estimular nuestros esfuerzos y distribuir sus frutos.

La beata Estefanía era hija de un excelente cristiano, terciario de nuestra Orden, y su padre la llevó consigo cuando fue a pedir consejo a su director espiritual, el beato Mateo Carreri. Sabemos cuánto le beneficiaron los méritos de estas dos almas. El beato Mateo le dijo una vez que ella sería su heredera. Heredó, en efecto, su ardiente caridad y su participación en los sufrimientos de Nuestro Señor. Llevaba los sagrados estigmas en su cuerpo y participaba cada viernes en la Santa Pasión.

\*

\* \*

A la intención de hacer méritos por los demás se puede añadir la oración. Y la oración añade un nuevo valor al mérito. El mérito se basaba en la propia justicia de Dios. La oración, además, apela a su misericordia para que distribuya las limosnas de sus gracias.

En sus cartas a la beata Diana y a sus hijas en el monasterio de Bolonia, el beato Jordán de Sajonia les recomienda con confianza que recen por la Orden, para que los frailes crezcan en número y en virtud. Algún tiempo después, les informó de los magníficos resultados de su oración. "Alegraos y dad mil gracias al Padre de todos los bienes... Presa del disgusto al ver que había predicado durante mucho tiempo en vano, o más o menos, a los estudiantes de la Universidad, pensaba marcharme, cuando de repente Dios se dignó sacudir los corazones de un gran número y hacer fructificar el ministerio de mi palabra por la efusión de su gracia. Diez ya han tomado el hábito. Más tarde, escribió: "Tus oraciones y las de las hermanas han sido maravillosamente atendidas, nuestros hermanos se multiplican por todo el mundo y crecen por doquier en número y en méritos."

La teología nos dice que la oración sólo es infalible si se trata de nosotros mismos. Porque somos nosotros mismos los que con nuestra oración humilde, confiada y perseverante nos ponemos en condiciones de recibir los dones de Dios. Pero los otros, en este caso, son uno con nosotros, pertenecen a la misma familia espiritual, han llegado a ella y permanecen en ella con los mismos sentimientos. Rara vez se interponen en el camino de las gracias que pedimos para ellos y para nosotros mismos.

\*

\* \*

En la medida en que nos esforzamos por hacerlo, nuestras oraciones y buenas obras tienen un tercer valor, llamado satisfactorio, y éste es reversible de uno a otro sin ninguna pérdida. Estrictamente hablando, es el momento en que podemos soportar el castigo por los pecados de nuestros hermanos en su lugar. Sustituimos sus actos por los nuestros, pagamos por ellos y el acreedor divino queda satisfecho. Santo Tomás llegó a señalar que Dios es menos exigente cuando la pena se ofrece por otro que cuando el culpable paga por sí mismo, porque la caridad, que da valor sobre todo a la satisfacción, suele ser mayor cuando consentimos en darnos por otro.

Me gustaría citar aquí extensamente una página conmovedora del formulario utilizado en algunas fraternidades para la profesión. En nombre de la Sede Apostólica y del Reverendo Padre General, el Director de la Fraternidad afirma solemnemente que el nuevo hermano participará "en las buenas obras que se realizan ante Dios, ejercidas y practicadas en nuestra Orden, cualesquiera que sean, dondequiera y por quienquiera que sean". Que os beneficiéis -dice- de los sacrificios de todos nuestros sacerdotes, de las oraciones de todos nuestros hermanos que cantan las alabanzas de Dios de noche y de día, de las de los hombres apostólicos que evangelizan, dentro y fuera de la cristiandad, a los herejes y a los idólatras: de sus sudores, de sus peregrinaciones y viajes, de las pruebas de los jóvenes, de los votos de las vírgenes, de las lágrimas de los penitentes y de los trabajos de nuestros hermanos laicos...".

\*

\* \*

No contento con derramar sobre el nuevo fraile las bendiciones espirituales que le aportan los miembros vivos de la Orden, invoca sobre su alma las gracias que le concederán todos los bienaventurados del cielo, entre los que menciona a los más ilustres, en primer lugar a nuestro Patriarca, luego a los mártires de la fe, a los grandes obispos, a los santos confesores, a las gloriosas vírgenes y a la innumerable multitud de los que celebramos el día de los santos dominicos. Todos ellos siguen siendo de la Orden a la que estamos unidos. Sólo los miembros atrapados en pecado mortal son separados de nuestra corporación por la muerte. Pero los santos que Dios ha recibido en la beatitud están más que nunca entre nosotros. Se preocupan por sus hermanos en la tierra, interceden por ellos, rezan. Y Dios nos bendice en consideración a sus méritos así como a sus oraciones.

Nuestro Padre Santo Domingo lo dijo al morir: Te seré más útil allí arriba que aquí abajo. *O spem miram quam dedisti!* Qué maravillosa esperanza nos has dado aquí! Padre, ayúdanos con tus oraciones... *Pie Pater Dominice, tuorum memor operum...* Oh dulce Padre, muéstranos tus méritos ante el Juez Soberano.

Las vidas de las almas dominicanas que han sido favorecidas con auténticas visiones pueden ser leídas con ventaja. Estos favores pretenden manifestar lo que nos ocurre a todos de forma invisible. Santo Domingo, acompañado por uno u otro de nuestros santos, se muestra ante ellos. La mayoría de las veces, viene a buscarlos en su última hora. Las grandes etapas de su vida espiritual también están marcadas por estas apariciones. A veces, para las beatas Catalina de Racconigi y Lucía de Narni, por ejemplo, preceden incluso a su entrada en la Orden, donde estas almas están predestinadas a santificarse. ¿Y por qué no mencionar el consolador caso del beato Antoine Neyrot? De la apostasía en la que cayó entre los musulmanes, pasó al martirio, gracias a San Antonino, que una vez le dio el hábito religioso en el convento de San Marcos y que se le apareció desde la altura de la gloria para exhortarle al arrepentimiento.

Todos los años, pecadores como somos, recitamos en el oficio de Todos los Santos, y especialmente en la fiesta de todos los santos de nuestra Orden, un hermoso responsorio, cuyo final es el siguiente: "¡Que sus méritos vengan en ayuda de nosotros, que estamos impedidos por nuestros propios pecados! Que su intercesión nos disculpe mientras nuestras miserables acciones nos acusan! Y tú, Señor, que les concediste la palma de la victoria, no nos niegues a nosotros el perdón de nuestras faltas, para que por fin nos asociemos con ellos en lo alto.

Varias veces al año se nos da la absolución general, en fraternidad o individualmente en el confesionario, para completar la obra de perdón de nuestros pecados remitiendo el castigo que merecen. Debemos esta absolución a nuestros santos del cielo. Han trabajado tanto aquí en la tierra, cuando tenían tan poco para satisfacerse, que han amasado un tesoro inagotable del que se benefician en primer lugar los que se unen a su familia.

Si el purgatorio es necesario a pesar de todo, al final de nuestra vida terrenal, nuestros hermanos del cielo y los de la tierra nos seguirán siendo útiles a través de esta maravillosa colaboración que nos revela la doctrina de las indulgencias.

En efecto, la Iglesia, apoyándose en el tesoro de los santos, ha vinculado a ciertas oraciones y obras indulgencias totales o parciales que pueden aplicarse desde aquí a los propios difuntos. Este rico medio de serles útil se añade a todas las obras satisfactorias que podemos ofrecer por ellos como por nuestros hermanos vivos, y a los sufragios que la Regla determina. Démosles esta hermosa limosna. Otros nos harán el mismo servicio más adelante.

### III Vida de fraternidad

Si uno fuera un terciario aislado en el mundo, sin adscripción a ninguna fraternidad, sin un director elegido entre los frailes predicadores, todavía habría un gran beneficio en entrar en la Orden de Santo Domingo, ya que todos esos beneficios sobrenaturales que hemos enumerado permanecerían sin embargo con nosotros. Aunque separados de cualquier entorno dominicano, estaríamos en comunión con la gran vida invisible de la Orden.

Por eso la Regla establece que se puede ser admitido en la Tercera Orden sin pertenecer a ninguna fraternidad (I, 4). Incluso en estas condiciones, la recepción del hábito confiere inmediatamente la facultad de participar en todos los bienes espirituales de los hermanos y hermanas de la Orden (IV, 19).

Una persona que vive en un país donde la Fraternidad Dominicana no está establecida puede así aprovechar la visita de un Fraile Predicador para entrar en la Tercera Orden de Santo Domingo. Otro, que vive cerca de una Fraternidad, puede sin embargo tener una razón especial para no pertenecer a ella. Corresponde a quien ha recibido los poderes de los superiores de la Orden juzgar el valor de esta razón. La Regla confía en su prudencia tanto para la admisión al hábito como para la profesión que seguirá, una vez pasado el tiempo de prueba (V, 23).

Pero quien pretenda seguir siendo un Terciario aislado, cuando puede ingresar en una Fraternidad, demostraría que no entiende lo que es la Tercera Orden. En el Código de Derecho Canónico, se define como "una asociación de cristianos". Y sólo hay que leer el Reglamento para ver lo que pide a este respecto. Estos cristianos, que se han agrupado para buscar mejor la perfección, se ponen bajo la dirección de la Orden (I, 1), es decir, están normalmente en contacto con el convento vecino de los frailes predicadores, del que reciben la dirección necesaria. Tienen un director que suele pertenecer a este convento. Es ante este Director, que ocupa el lugar del Reverendo Maestro General de la Orden, que se hace la profesión.

El Maestro General y el Prior Provincial tienen derecho a visitar cada Fraternidad, por sí mismos o por delegación, una vez al año, e incluso más a menudo si es necesario. Todo lo que consideren oportuno en el Señor, ya sea un consejo, una advertencia, una orden, una corrección o incluso la deposición de algún dignatario, debe ser aceptado, por parte de la Fraternidad y de cada uno de sus miembros, con espíritu de gratitud y humildad (XIV).

El Director, instituido por el Maestro General o el Prior Provincial, "puede, en virtud de su cargo, hacer todo lo que se refiere a la formación y dirección espiritual de los cohermanos". Una vez al mes, se reúnen para recibir sus instrucciones, las explicaciones de la Regla que les dará, los consejos, las reprimendas, los castigos incluso que le parezcan útiles, las dispensas también, y finalmente la absolución de las faltas. Juntos asisten a la misa, rezan el oficio, rezan por las intenciones recomendadas y rezan los sufragios por los difuntos (XIV, XVII-XIX).

El Director está asistido por un consejo, que incluye un Prior, un Subprior y un Maestro de Novicios, cuya institución y funciones están previstas en la Regla. Todos deben colaborar, cada uno a su manera, en la edificación de los miembros de la Fraternidad (XV-XVI).

Sólo los perfectos son aptos para la vida solitaria, dice Santo Tomás. Al ser perfectos, pueden ser autosuficientes. Pero los demás tienen todo el interés en asociarse para recibir las enseñanzas, los ejemplos y las correcciones que son tan útiles para quienes desean alcanzar la perfección espiritual[[34]](#footnote-35).

¿Es porque son perfectos que tal o cual persona se abstiene de frecuentar la Fraternidad? ¿No es más bien porque cierta persona, que está al mando, no cuenta con su simpatía, porque el padre X. ya no es director? ¿Y no es esto, por el contrario, un signo notable de imperfección?

¡Este Padre ya no es Director! Pero "¿qué importa Pedro, o Pablo, o Apolos? Sólo Dios, Cristo Jesús y nuestro Padre Santo Domingo importan, y los demás son igualmente sólo sus delegados. Santa Catalina de Siena besaba los pasos de los frailes predicadores que pasaban por allí, fueran quienes fueran.

¿Te disgusta esta gente? Haz los sacrificios que exige la caridad cristiana, allí como en todas partes. Id a las reuniones, y cuando hayáis asistido bien a la misa y hayáis rezado juntos, no podréis albergar ningún mal sentimiento contra la persona que, a vuestro lado, está comulgando con el mismo Cristo, que hace los mismos acentos hacia el mismo Padre, Santo Domingo, y a quien disteis el beso de la paz el día de la investidura.

En estas reuniones familiares se aprenden las formas de pensar, rezar y actuar que constituyen el espíritu de nuestra Orden; se conocen sus recuerdos, tradiciones y costumbres, todas ellas cosas venerables que los mayores transmiten a los jóvenes; se comunican noticias interesantes sobre las manifestaciones de la vida actual; y se experimenta lo que dice el salmo: es bueno y dulce vivir en hermandad.

Allí se conocen las diversas necesidades de la gran familia dominicana, a cuál de sus intenciones es importante rezar, cómo se puede ayudar. Cada uno ofrece su devoción, cada uno trabaja según sus posibilidades. Estos pueden prestar servicios de carácter intelectual, participar en el propio apostolado, catear a un adulto convertido, por ejemplo. Los que mantienen la sacristía, tejen humildemente medias, preparan una venta de caridad, o lo que sea. La devoción es impersonal. No es para el padre fulano, es para el convento, para el noviciado, para la provincia... Y si el trabajo que uno ha hecho pasa desapercibido, uno acepta este autodescubrimiento con modestia, feliz de haber mostrado a Santo Domingo el reconocimiento al que tiene derecho por nuestra parte.

Si llega el día en que las necesidades te aparten de la Fraternidad, te impidan participar en sus reuniones, te priven de los consejos del Padre que te dirigía, dirás, como Enrique de Colonia a Jordán de Sajonia, al recordar el tiempo en que habían soñado con estar juntos (*¡Stemus simul!* ): "¿Dónde está ahora el 'estemos juntos'? Tú estás en Bolonia, y yo en Colonia...". Sin embargo, siguiendo el ejemplo de estos santos, permanecerás en comunión espiritual con tus seres queridos ausentes y encontrarás allí un verdadero consuelo.

Imitarás a la beata Villana di Botti, que tanto amaba la iglesia dominicana de Santa María Novella, donde se entregó a Dios y rezó durante mucho tiempo. Cuando ya no pudo ir allí, subió a lo alto de una torre de su palacio para ver el campanario desde lejos. Así volverás a menudo en espíritu a la iglesia del convento desde la que la vida dominicana ha brillado y sigue brillando en tu alma[[35]](#footnote-36).

## Artículo II El culto a nuestro Patriarca

Para ilustrar las consideraciones a las que nos hemos aplicado hasta ahora, he elegido ejemplos de nuestra familia religiosa; estas consideraciones no son menos apropiadas para todas las Terceras Órdenes. Ha llegado el momento de dejar atrás las generalidades y determinar qué distingue a la familia a la que pertenecemos de las demás. Ahora se trata de caracterizar la Tercera Orden Dominicana.

Santo Domingo es su Patriarca. Este es el principio fundamental. Volveremos a él una y otra vez para aprender de qué espíritu debemos ser. ¿No es el espíritu de nuestro Bendito Padre el que debe animarnos? Pero sobre todo, debemos contemplar a Santo Domingo en su función de Patriarca y darle el honor que este título exige.

*Honora patrem,* lleva el cuarto precepto del decálogo. Este precepto nos inculca el respeto debido a toda grandeza, especialmente cuando es santa, la sumisión debida a cualquier superior, especialmente cuando nos hemos comprometido solemnemente a obedecerle, la piedad filial debida a un padre, especialmente cuando es nuestro padre en el orden espiritual. ¿No es Santo Domingo todo esto para nosotros? Es un gran santo entre todos, es el superior al que hemos prometido fidelidad, es el padre de nuestra alma. Por eso le debemos respeto, sumisión y piedad filial. Qué dulce es para nosotros, particularmente dulce en este caso, cumplir con el cuarto mandamiento de Dios!

### La grandeza de Santo Domingo merece el respeto de todos

Era grande entre los hombres. ¿De qué tipo de grandeza? ¿Grandeza del poder temporal? ¿Grandeza de inteligencia y genio? ¿Grandeza de la virtud y santidad? ¿En cuál de estos tres órdenes de grandeza, que Pascal nos enseñó a distinguir bien, debemos colocar a Santo Domingo? Por derecho de nacimiento, el poder temporal era suyo. Su abuelo había construido un torreón en la cima de Caleruega para defender el país de las incursiones de los moros. Al pie de su fortaleza, bajo su autoridad, se habían instalado gentes que formaban una aldea cuya administración presidía el señor de Guzmán.

Podía, como su padre, dirigir a sus hombres en una cruzada contra los moros que asolaban el sur de España, imitando a su amigo, Simón de Montfort, líder de la cruzada contra los albigenses, que infestaban el sur de Francia. Incluso se vio a los religiosos compartiendo el liderazgo de la cruzada con Simón. Varios de ellos también fueron nombrados obispos. Estos poderes y honores, a pesar de las numerosas peticiones, Domingo los rechazó hasta el final. Cuando fundó su Orden, incluso intentó en varias ocasiones traspasar sus funciones de Superior General a otro. Desdeñó "la grandeza de la carne" y todo lo que se le parece.

Domingo es grande en esa grandeza superior que es la grandeza del espíritu. Antes de que naciera, Juana de Aza fue favorecida con una visión que predijo el futuro de su hijo: vio salir de su vientre a un perro que llevaba una antorcha en la boca y que recorría el mundo para iluminarlo. De joven, un día se le aparecerá a su madre con una estrella brillante en la frente. Otros volverán a ver esta estrella más tarde, incluida la hermana Cécile. Es una tradición, que Fra Angelico nunca dejó de seguir, representarla como el atributo distintivo del rostro claro de nuestro Padre.

De que logró estos hermosos símbolos, la historia está ahí para atestiguar, y encuentro la afirmación original de ello incluso en el gran diccionario de Pierre Larousse, quien pudo escribir: "Santo Domingo fue en Europa el primer ministro de instrucción pública. Es cierto que, a través de él mismo y de sus hijos, repartidos por toda Europa e incluso más allá, se ocupó de la instrucción del mundo.

Pero fue sobre todo con la ciencia de Dios con la que quiso instruir al cristianismo, en una época en la que se hundía en la ignorancia y la herejía. Otros sólo vieron armas para hacer volver a los albigenses a la verdad católica. Trató de hacerlo a la luz del razonamiento, en conferencias públicas y charlas privadas. La primera vez que se encontró con el hereje, en la persona del anfitrión con el que se había alojado en Toulouse, pasó toda la noche convenciéndole de su error. Cuando salió el sol, otra luz había surgido, ahuyentando la oscuridad de esa alma. Fue una noche famosa en la que se reveló la vocación de Domingo, su vocación de predicador y fundador de los Predicadores. Los hijos espirituales que formaría a su imagen serían "los campeones de la fe y las luces del mundo", según la profecía del Papa que aprobó su Orden.

\*

\* \*

El más magnífico elogio que se ha hecho a nuestro Patriarca, Santa Catalina de Siena, lo escuchó del propio Padre Eterno y se puede leer en su famoso Diálogo. Domingo", dice Dios Padre, "se hizo cargo del Verbo, mi único Hijo... Él mismo era una luz que daba al mundo a través de María. Tengo dos hijos -continuó en otra ocasión-, he engendrado al primero por el acto generativo de mi naturaleza y al otro por una adopción llena de encanto y amor. Y el santo vio en una visión a Domingo emanando del corazón del Padre eterno mientras la Palabra salía de sus labios... Contempló a ambos... Incluso en su rostro, Domingo se parecía a Nuestro Señor. Sin duda, no fue el rostro de carne de su bendito Padre enterrado en la muerte lo que la Santa vio, sino el rostro de su alma, si se me permite decirlo. Por un favor divino, la fisonomía espiritual del santo Patriarca se le manifestó de tal manera que golpeó vivamente su imaginación. Mi Hijo por naturaleza -dijo el Padre Eterno- dedicó toda su vida, todas sus acciones, todas sus enseñanzas y ejemplos, a la salvación de las almas. Domingo, mi hijo adoptivo, puso toda su pasión, todo su empeño, en liberar a las almas de las ataduras del error y del vicio. Salvar almas es el fin principal por el que plantó y regó su Orden. Por eso os digo que en todos sus actos puede ser comparado con mi Hijo por naturaleza.

En verdad, no sé si algún hombre se acercó más que Santo Domingo a la clase de grandeza que irrumpe en la vida del Verbo encarnado. Lea los testimonios recogidos bajo juramento para el proceso de canonización. Sólo los citaré palabra por palabra.

*Zelator animarum, zelator maximus animarum, así es* como un testigo tras otro describe a nuestro Bendito Padre. *Zelator salutis generis humani",* dijo Guillermo de Montferrat, uno de los que más acceso tuvo a él. Fue a la salvación de toda la raza humana a la que se aplicó su vehemente celo. A todos los fieles, a los incrédulos e incluso a los propios condenados -dice el hermano Ventura- extendió su caridad. Lloraba profusamente cuando pensaba en ellos. Todos los pecados de los que era consciente le torturaban, *peccata aliorum cruciabant eum.*

Pasó la mayor parte de la noche en oración en la iglesia, *pernoctans in oratione,* y se le oía proferir gritos angustiosos que recordaban a los de Getsemaní. "¡Señor, ten piedad de tu pueblo! ¿Qué será de los pecadores? Por ellos se flageló hasta la sangre, después de darse disciplina a sí mismo; y comenzó una tercera vez por las almas del purgatorio. Luego reanudaba su oración, apoyando su frente en el altar cuando el sueño lo alcanzaba.

Todos los días, en el convento, exhortaba a sus hermanos con una emotiva predicación. Toda alma atormentada por la tentación encontró en él su consuelo. Ya sea en una casa extranjera, con un invitado y su familia, o en medio de los grandes, los príncipes o los prelados, en todas partes abundaba en discursos y ejemplos que provocaban el desprecio del mundo y el amor a Dios. A lo largo de los caminos, por los que tanto viajaba, no podía encontrarse con nadie sin ocuparse de anunciarle o hacer que le anunciaran la palabra del Evangelio. Un día, cuando no conocía la lengua de sus compañeros de viaje, su ardiente celo obtuvo un milagro del cielo para hacerse oír por ellos. Mientras tanto, estudiaba los Libros Sagrados que llevaba en su mochila, meditaba, gesticulando como si hablara con alguien, y sobre todo pensaba con amor en Aquel cuya función redentora perseguía. Adelante", dijo a sus hermanos, "y pensad en nuestro Salvador. Así, sólo hablaba de Dios o con Dios, siguiendo el ejemplo de Jesús, y quiso que esta regla de vida quedara escrita en las constituciones de su Orden.

Así vivió Santo Domingo, identificado de alguna manera con Cristo, con ese Cristo que el Evangelio nos muestra como incesantemente establecido en la intimidad de su Padre, con ese Cristo cuya preocupación por la salvación de toda la humanidad, a la que incorpora miembro a miembro, no le abandona ni un instante. Nada menos que el gran apóstol pudo decir: "Ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí". En realidad, se llamaba bien *Dominicus*, es decir, el hombre del Señor. Como el domingo es el día del Señor entre todos los días, así Domingo es el hombre del Señor Jesús entre todos los hombres. Por lo tanto, todo cristiano debe a Santo Domingo un gran respeto, algo de ese respeto religioso con el que se rodea al propio Cristo, ya que este gran santo es una imagen tan viva de él.

### Santo Domingo, nuestro legislador , tiene derecho a nuestra sumisión

Entre todos los cristianos, distingo a las almas dominicanas. Estas almas, sobre todo, deben tener en su interior un verdadero culto a Santo Domingo.

Doce años después de la muerte de nuestro Padre, el Papa Gregorio IX, que había estado muy cerca de él, al enterarse en qué humilde tumba habían quedado sus restos, reprochó severamente a los Frailes Predicadores por no haber honrado suficientemente a su Padre. "Conocí a este hombre como un hombre apostólico y no dudo que será asociado en el cielo con la gloria de los santos apóstoles... No tengo más dudas de su santidad que de la de los apóstoles Pedro y Pablo", dijo en el momento de su canonización.

Si nuestros primeros hermanos tuvieron la excusa de haberse dejado guiar por la misma humildad de nuestro Padre, no dejaron por otra parte de someter sus almas a todas las indicaciones que su alma les imprimía. Y esta era una forma superior de adorarle de verdad. Siguieron haciendo una profesión de obediencia en sus manos, si se me permite decirlo.

Tras ellos, decimos: "Hago profesión y prometo obediencia a Dios, a la Virgen María y a nuestro Beato Padre Santo Domingo...". Todos los que hacemos votos religiosos en la Orden de Predicadores hablamos así. Después de nombrar a Santo Domingo, nombramos al superior visible que lo representa en la actualidad. Otros sucederán al que sostiene nuestras manos en las suyas mientras hacemos nuestros votos. Pero por encima de estos superiores pasajeros, está el que permanece para siempre. Los sucesivos superiores nos mandarán según la Regla y las Constituciones. Pero esta Regla fue elegida por Santo Domingo; estas Constituciones fueron formuladas por él primero. Si se les han añadido desarrollos, si incluso han sufrido adaptaciones, la sustancia al menos y el espíritu siguen siendo idénticos.

El Concilio de Letrán acababa de prohibir la fundación de nuevas órdenes religiosas, cuando Santo Domingo llegó de Languedoc para presentar sus planes al Papa. El Soberano Pontífice fue inmediatamente convencido e invitó a nuestro Padre a elegir una de las Reglas que ya existían. El antiguo canónigo de Osma eligió la Regla de San Agustín, que le dejaba libertad para añadir las Constituciones que había concebido.

Con qué cuidado las escribió! La concepción era tan clara que nunca habrá ninguna discusión seria entre sus hijos sobre la verdadera idea del fundador. Otras órdenes se han dividido en varias ramas, cada una de las cuales interpreta la idea del Padre común a su manera, que considera mejor que las demás. Nuestra Orden, en sus 700 años de existencia, nunca ha experimentado tales divisiones. Tras periodos de fervor, ha tenido periodos de tibieza. Pero como un alma se renueva en el curso de un retiro, la Orden ha revivido cada vez su fervor original penetrando de nuevo en la concepción religiosa de su legislador, sometiéndose a este superior mayor que Dios le ha dado para siempre.

La propia Regla de la Tercera Orden es, al menos en espíritu, la obra de Santo Domingo. Pues la Regla publicada en 1923, con la aprobación de Pío XI, no es más que una adaptación a nuestro tiempo del texto que el Maestro General Muño de Zamora había publicado en 1285, bajo la aprobación de Honorio IV, y Muño de Zamora sólo había codificado costumbres que provenían del propio Santo Domingo.

Para la Tercera Orden, como para la gran Orden, Santo Domingo es el que siempre tenemos que tratar. Recordemos la historia que cuenta Raimundo de Capua en su vida de Santa Catalina de Siena. Encontramos el equivalente en las vidas de la Beata Paloma y la Beata Estefanía. La joven Catalina tuvo un sueño en el que le pareció ver a varios santos patriarcas y fundadores de diversas órdenes, y entre ellos al beato Domingo. Todos y cada uno de estos santos la instaron a elegir, para aumentar sus méritos, una de sus religiones, en la que pudiera prestar al Señor un servicio más aceptable. Dirigiendo su mirada y sus pasos hacia el Beato Domingo, vio que el santo Patriarca salía enseguida a su encuentro, llevando en una mano el hábito de las llamadas Hermanas de la Penitencia del Beato Domingo, de las que había muchas en Siena. Se acercó a ella y la consoló con las siguientes palabras: "¡Dulce hija mía! ¡Tengan valor! No temas ningún obstáculo, porque seguro que te pondrás el hábito que deseas.

Al igual que ella después, nosotros mismos hicimos "la profesión de querer vivir según la Regla y la forma de vida de los Hermanos y Hermanas de la Orden de la Penitencia del Beato Domingo hasta la muerte". Sin merecer el nombre de voto, este compromiso es, sin embargo, de gran importancia, y se traduce para nosotros, como decía antes Raimundo de Capua, en un aumento de los méritos y en un servicio mejor aceptado por el Señor.

¿Por qué? Porque nos hemos establecido bajo la autoridad de Santo Domingo para vivir según su Regla, y desde entonces el valor de nuestra vida se incrementa a los ojos de Dios por el mérito de la virtud de la obediencia e incluso de la obediencia religiosa.

Santo Tomás expuso los principios fundamentales de la virtud de la obediencia en un artículo de la Summa. En primer lugar, señala cómo los seres naturales se someten en todos sus movimientos a las grandes fuerzas cósmicas que los gobiernan y sacan de ellas vigor y fecundidad. En efecto, véase la tierra, por ejemplo, cuando gira alrededor del sol y recibe de él, más o menos según su inclinación hacia él, el calor que le da a su vez verdor, flores y frutos. Los hombres deben someterse así a las autoridades de las que dependen, entrar en su mente y ejecutar su voluntad. Es por esta sumisión que permiten que sus vidas produzcan lo que Dios espera de ellos. Me parece -dijo un sabio de Grecia- escuchar una armonía celestial que las estrellas emiten en el silencio de la noche, mientras siguen obedientemente sus leyes. Más deliciosa es la armonía espiritual de una sociedad humana donde cada uno se subordina cuidadosamente a la autoridad de la que depende. Este es el orden divino en toda su belleza.

La Regla dominicana permite que nuestras almas se ajusten lo más perfectamente posible a este orden divino que se exige en todas partes. Nos une, en medio del orden general creado por la Providencia, en un Orden especialmente sagrado. *Ordo sacer Prædicatorum.* Sagrada, porque la obediencia es elevada por la religión, la obediencia es religiosa. Es a Dios mismo a quien obedecemos directamente, y bajo el gobierno divino, es Santo Domingo quien administra siempre esta sagrada Orden, por medio de superiores visibles que sólo nos repiten y aplican sus preceptos y consejos.

Sabemos cómo, entre las diversas órdenes sagradas aprobadas por la Iglesia, la de Santo Domingo se distinguió desde el principio por esa amplitud que todas han tenido que imitar finalmente. Si la obediencia religiosa es delicada y estricta, no es con un espíritu de temor servil, sino por un sentimiento de amor. Santa Catalina, en una conocida página de su Diálogo, celebraba la prudencia de nuestro Beato Padre al redactar las Constituciones de su Orden. Dios mismo habla a Santa Catalina, que le escucha embelesada: "Así es como tu padre Domingo ha dispuesto su barca. No quería que su Regla fuera vinculante bajo pena de pecado mortal. Soy yo, la verdadera luz, quien lo iluminó en este sentido. Mi Providencia tuvo en cuenta la debilidad de los menos perfectos. Domingo estuvo así de acuerdo con mi Verdad, no queriendo que el pecador muera, sino que se convierta y viva. Y así su religión es toda amplia, toda alegre, toda fragante. Es en sí mismo un jardín de delicias.

No convirtamos, como dice el santo, este jardín de las delicias en un páramo sin cultivar, descuidando esta Regla o distorsionándola según nuestras concepciones personales. La fidelidad a las Constituciones dominicanas, en virtud de la obediencia, en un sentimiento de religiosidad y bajo la inspiración del amor, es el modo correcto de honrar al gran santo que fundó nuestra Orden y preside su destino.

### Santo Domingo, nuestro Padre, nos exige piedad filial

Un día, entonces, hicimos una profesión de obediencia a Santo Domingo. Pero podría habernos respondido aquel día, como hizo Nuestro Señor a sus apóstoles: "No sois vosotros los que me habéis elegido, sino que soy yo mismo quien os ha elegido, yo que no sólo soy vuestro superior desde hoy, sino vuestro Padre, vuestro verdadero Padre, desde siempre.

Tenemos muchos superiores, y de muchos tipos. Pero "si tenéis miles de maestros", escribió San Pablo a los Corintios, "no tenéis muchos padres". En Cristo Jesús os he engendrado, trayéndoos el Evangelio.

A la vida dominicana, que es nuestra forma personal de vida cristiana, hemos sido engendrados por Santo Domingo, nuestro Bendito Padre. De su intervención secreta nació nuestra vocación.

Jordán de Sajonia llevaba diez años estudiando en París cuando llegó Santo Domingo. El joven fue a conocer al fundador de los Predicadores e inmediatamente recibió una impresión indeleble de él. Sólo más tarde tomaría el hábito de la Orden del Beato Reginaldo, y sólo vería a Santo Domingo una vez, y muy brevemente. Sin embargo, lo llamaría con emoción "el Padre de su alma".

Santo Domingo ya no es de este mundo. Pero sigue actuando para comunicar a los demás, en virtud de una misteriosa paternidad, la forma de vida de la que es fuente. Me gustaría citar este hecho de la vida del Beato Santiago de Mevagna. Era todavía joven cuando se le apareció Santo Domingo: "Lleva a cabo, hijo mío, el plan que has concebido en tu mente, porque te he elegido por orden del Señor y estaré siempre contigo.

Así es para cada uno de nosotros. Cuando todavía no éramos plenamente conscientes de este anhelo que surgía en nuestros corazones y nos dirigía hacia la Orden de Predicadores, Santo Domingo estaba allí para despertarlo.

El niño sólo reconoce a su padre en una etapa posterior. Un día, su mirada se fija finalmente en una figura enérgica hacia la que insiste la madre que lo lleva en brazos. Acaba diciendo "¡Papá! El día que hicimos nuestra profesión dominicana, también reconocimos a nuestro Padre, Santo Domingo.

Es más nuestro Padre que el que nos engendró corporalmente. Así como el alma prevalece sobre el cuerpo, Santo Domingo prevalece sobre nuestro padre terrenal.

En realidad, incluso en lo que respecta al cuerpo, no somos muy dependientes de nuestros padres. No saben nada del niño que les va a nacer. Y qué asombro, alegre o doloroso, cuando asisten al espectáculo de esta joven vida que difiere de la suya incluso más de lo que se parece. Nuestra existencia está ligada a muchas otras causas que a nuestros padres. Esto es tan cierto que pueden morir sin afectar a nuestro capital vital. En definitiva, sólo tenemos un padre verdadero, un solo padre, en el sentido más amplio de la palabra, nuestro Padre del cielo. Si desapareciera, no podríamos sobrevivir a él ni un minuto. Toda nuestra existencia está suspendida en la suya.

Esta inmensa Paternidad, que incansable y generosamente nos lleva a todos en su seno, fuera de la cual no hay nada, la Paternidad divina se asocia con hombres elegidos y predestinados que sirven de intermediarios entre ella y las diversas familias religiosas. Y así, en la innumerable ciudad de los hijos de Dios, hay grupos de almas especialmente relacionados, gobernados por patriarcas a los que Dios confía el cuidado de formarlos. En la cepa única se injertan las ramas maestras que dan los pequeños brotes, y de una rama a otra las flores y los frutos pueden variar en calidad.

Somos ramas que vienen de Nuestro Señor a través de esa rama maestra que es Santo Domingo, y nuestra vida es, así, una variedad de esa vida cristiana, tan compleja que ninguna persona puede realizarla en todo su esplendor. Somos hijos del patriarca Domingo, a quien Dios predestinó al magnífico papel de formar para él una familia aparte en la gran ciudad cristiana.

Sí, si toda gracia dada a los hombres es cristiana, para nosotros toda gracia es, además, dominicana. Nos configura según el espíritu de esta sagrada Orden que Santo Domingo concibió con la asistencia del Espíritu de Jesús. Nos viene tanto de Santo Domingo como de Jesús, ambos inclinados hacia nosotros con perpetua atención y dedicación, en el mismo sentido de paternidad.

Se nos da abundantemente en el seno de la Iglesia católica y en ese ambiente dominicano que proporcionan los conventos y las fraternidades de nuestra Orden, igual que un niño recibe la vida y la educación de sus padres en ese entorno social que se llama patria, familia.

Ay del pobrecito que abandona su entorno vital antes de formarse, que se escapa de los cuidados del padre que Dios le había dado para alimentar y desarrollar su vida! Ay de la flor y del fruto recién nacido que se separan de la rama principal por la que les llegó la savia del vigoroso tronco! Puede parecer que te acercas a Cristo, puedes pretender hacerlo mejor dejando a Santo Domingo. Como la flor se marchita, como el fruto verde se marchita, una vez que ha caído al pie del árbol, el alma que su vocación injertó en la rama dominicana vale poco si se separa de ella.

Feliz, tres veces feliz, el que permanece unido a esta fuente de vida, de la que tantos santos han bebido. "¡Padre, qué bueno es en ti!", dijo un niño pequeño sorprendido por una tormenta en medio del campo y que se había acurrucado bajo el abrigo de su padre. También nosotros apreciamos, en medio de las dificultades y las tormentas de la vida, este cobijo dado a nuestras almas, esta seguridad que nos aporta la Orden de Santo Domingo, este vigor de vida espiritual, esta dulzura del jardín de las delicias del que hablaba Santa Catalina de Siena y que nos haría creer, en ciertos días, que hemos encontrado el paraíso terrenal. Pero, tanto en los días difíciles como en los días de alegría, sigamos convencidos de que estamos ahí.

Es allí donde, tras el tiempo de prueba, encontraremos la dicha celestial. "Hijos de Santo Domingo, ¿cuál será nuestro lugar en el esplendor de los santos? En Dios, sin duda, en Cristo, que lo será todo para nosotros; en María, siempre Madre, allá arriba como aquí en la tierra; y luego, no dudo en añadir, en Santo Domingo, en el corazón mismo del glorioso Patriarca. Los dones de Dios son realmente sin arrepentimiento. Las leyes establecidas por él se desarrollan en una armonía y fidelidad garantizadas por su infinita sabiduría. Nuestra gloria, allá arriba, será la coronación misma de esa gracia en la que fuimos predestinados y concebidos. Predestinados en Santo Domingo, seremos glorificados en Santo Domingo. La Familia Dominicana, desde toda la eternidad querida y organizada por Dios para un fin especial, dentro de la inmensa familia de Cristo, después de haber cumplido su papel providencial en el tiempo, se encontrará allá arriba en la integridad de su primera predestinación, es decir, en Santo Domingo, vivificada por su gracia patriarcal, transformada en las efusiones de su gloria, cobijada de nuevo en ese mismo corazón donde Dios puso sus orígenes y donde, después de haber dibujado su vida en el tiempo, debe saborear el descanso eterno y, en él y con él, cantar la alabanza sin fin[[36]](#footnote-37). »

Esto es lo que ya pensaba el hermano Éverard, antiguo archidiácono de Langres. Acababa de ser admitido en la Orden por el Beato Jordán, cuando éste tuvo que partir hacia Lombardía. Llevó consigo a su discípulo, que estaba muy ansioso por ver a Santo Domingo allí. Sin embargo, en el camino, el Hermano Everard cayó enfermo y pronto se quedó sin fuerzas. Es para quienes el nombre de la muerte es amargo que debe ocultarse -dijo el moribundo-; en cuanto a mí, no temo ser despojado de esta miserable envoltura corporal, con la esperanza de ir al cielo. No tenía más que un deseo, ver el rostro de nuestro santo Padre Domingo; pero he aquí que Dios me llama a sí mismo; voy donde el Padre y los hijos se encuentran en la presencia del Eterno.

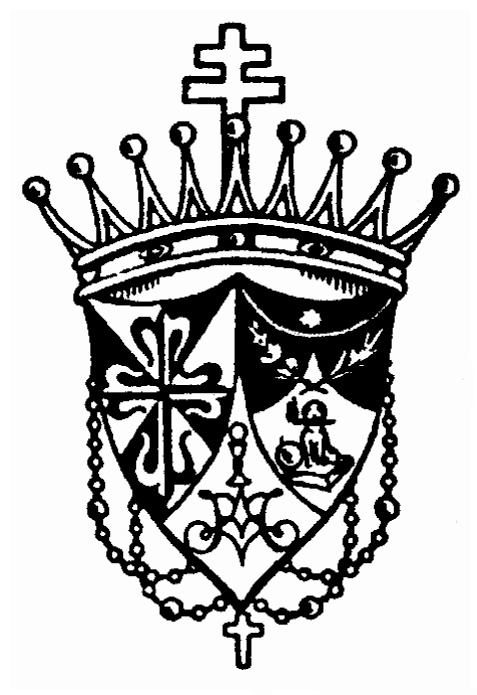
Mientras esperamos que se realice esta gran esperanza, cultivemos en nuestros corazones una verdadera piedad filial hacia nuestro Padre. A la actitud de sumisión que hemos dicho que debemos observar hacia él y hacia todos los que tienen autoridad sobre nosotros, debemos añadir un profundo sentimiento de amor, veneración y reverencia. La piedad filial incluye todo esto.

La reverencia es un gran respeto, mezclado con una especie de miedo. Nuestro temor reverencial será el de no ser dignos de nuestro Santísimo Padre, como aquellos religiosos de Bolonia que se apartaron de su espíritu y a los que un día se les apareció Santo Domingo cuando cantaban: *¡Ora pro nobis, beate Pater Dominice!* - No me llaméis padre, ya no os reconozco como hijos míos.

La veneración es un gran respeto teñido de afecto. Hemos visto este hermoso sentimiento muy vivo en el alma del Hermano Everard, a quien acabamos de oír hablar, como en la del Beato Jordán y en la de aquellos hijos de Santo Domingo cuyo testimonio citamos en el proceso de canonización.

Además de esta veneración y reverencia, debemos dar al que es nuestro Padre en Dios una parte especial de la caridad debida a Dios mismo, el Padre del cielo.

Por lo tanto, reverenciemos, veneremos profundamente y amemos con gran afecto a nuestro Bendito Padre, Santo Domingo.



## Artículo III El espíritu de Santo Domingo

### I espíritu de una orden

Si hay Congregaciones religiosas que se distinguen sólo por el lugar donde nacieron, o por una devoción particular cuyo nombre llevan y que practican con mayor esmero, la Orden de Santo Domingo es una de las que, en el momento de su aparición, formaba una especie verdaderamente nueva en la Iglesia. Es una Orden muy especial. Sin duda, los elementos que entran en su composición no son todos originales, pero su organización, al menos, es el resultado de una concepción original.

Esta organización se manifiesta plenamente en la primera Orden, la de los Frailes Predicadores. El fin está claramente determinado, aunque sea complejo, y los medios están perfectamente jerarquizados en función de este fin. Como toda Orden religiosa, tiende a lograr en cada uno de sus miembros la perfección de la caridad. Sin embargo, esto toma la forma de contemplación. El amor a Dios impulsa al alma dominicana a fijar la mirada de su inteligencia en Él. El fraile predicador no se aplica a esta contemplación con el único fin de abastecer su predicación. La contemplación es para él un verdadero fin, que hay que buscar por sí mismo, el más alto de los fines, la inauguración, ya aquí abajo, de la vida eterna.

Pero si la contemplación no es un simple medio de apostolado, si la vida de unión con Dios marca la cumbre de la vida dominicana, el apostolado, sin embargo, toma su fuente de ella. Nuestra contemplación debe ser desbordante y desembocar en la acción apostólica.

Por ello, compartiremos con los demás los frutos de nuestra contemplación. Esta comunicación adoptará muchas formas, siendo las principales la enseñanza de la ciencia sagrada, la predicación doctrinal y la dirección espiritual.

Así, para nosotros, la contemplación y el apostolado son realmente dos fines, no paralelos y fortuitamente unidos, y menos aún subordinados el uno al otro, de modo que la contemplación se hace para el apostolado, sino fines de los que el segundo deriva de la abundancia del primero, de modo que la contemplación dominicana se extiende naturalmente al apostolado.

Todo debe someterse a este complejo fin. La pobreza, la castidad y la obediencia, estos tres grandes medios fundamentales, a los que se añaden las diversas observancias de la vida monástica y canónica, adquieren su propio matiz con respecto a este objetivo, al que deben adaptarse de la manera más perfecta posible, y, para ello, ser apretados o relajados según el caso.

Por muy útiles que sean, los votos y las observancias son medios más bien negativos. Nos separan del mundo y nos liberan de sus seducciones y preocupaciones. Pero el Hermano Predicador, así liberado y protegido, se aplicará a los grandes medios positivos por los que debe trabajar hacia su objetivo. Estos medios son la oración coral y, sobre todo, el estudio religioso. Con ellas alcanzaremos inmediatamente la contemplación y el apostolado al que estamos dedicados.

Esto es, en resumen, la vida dominicana en su perfección.

\*

\* \*

Así como en cada hombre hay un espíritu que es la forma sustancial del compuesto humano y que ha presidido su organización, hay un espíritu dominicano que ha formado este complejo conjunto, mantiene las correctas relaciones entre sus diversos elementos y anima toda nuestra vida. Esforcémonos por dejar claro este espíritu.

De este modo, prestaremos un servicio especial a nuestros terciarios, que deben impregnar toda su conducta de este espíritu, para ser fieles a la Orden de la que forman parte. Les será difícil encontrar en su Regla la mayoría de los elementos que acabamos de enumerar como fines y medios de la vida de los Predicadores. Por el contrario, las diversas prescripciones de esta Regla, tomadas en su contenido material, no difieren sensiblemente de las de otra Orden Tercera o de ciertas asociaciones piadosas. Ninguna de estas observaciones debería sorprenderles. Es por el espíritu que anima todas sus observancias que deben distinguirse de otros grupos y adaptarse a la gran Orden de Santo Domingo.

La Iglesia lo entiende así y ve una incompatibilidad entre las distintas Terceras Órdenes, así como entre la profesión religiosa en una Orden y el estado de terciario en otra. Un religioso franciscano no puede ser terciario dominico, ni una misma persona puede pertenecer a la vez a las Terceras Órdenes de San Francisco y de Santo Domingo (II, 9).

El espíritu de estos diversos grupos no es el mismo, aunque es igualmente cristiano. En Nuestro Señor, el espíritu cristiano ha florecido en su plenitud. Las diferentes órdenes religiosas hacen hincapié en tal o cual característica del modelo divino. Cada uno da su propia nota. De todas estas notas, la Iglesia extrae una rica armonía que intenta reproducir la belleza perfecta de Cristo Jesús, a quien nadie puede representar enteramente.

Que nadie sea tan gordo, tan estrecho de miras, como para despreciar el papel asignado a los demás. (¿Acaso el ojo desprecia al oído? ¿Acaso la boca habla para burlarse del pie que sangra sobre las piedras del camino?) ¡Pero también que cada uno sea fiel a su propio papel y, para cumplirlo bien, que penetre en su espíritu!

El espíritu dominicano está constituido por los principios, las máximas, los motivos, las tendencias, los sentimientos y los gustos según los cuales hay que conducirse habitualmente en la Orden de Santo Domingo, sea cual sea la rama de esta Orden a la que se pertenezca, sea cual sea la condición de vida en la que se encuentre.

Qué variados son los trabajos de las distintas congregaciones de nuestra Tercera Orden Regular! Y ¡qué diferentes son los estados de familia y las profesiones civiles de nuestros terciarios! Pero "como todo espíritu posee las prerrogativas de la naturaleza espiritual, que son la simplicidad y la libertad (es decir, la posibilidad de realizarse de formas infinitamente variadas), quien tiene una participación en un espíritu puede reclamar la plenitud y la perfección total de ese espíritu, sea cual sea el tipo de vida al que esté llamado. Por otro lado, podemos, desgraciadamente, realizar todas las actividades externas que exige nuestra Orden sin vivir su espíritu, o podemos creer que se limita a ciertas formas, con exclusión de otras, que sin embargo no son menos dominicanas[[37]](#footnote-38).

Al novicio que la Orden de Santo Domingo ha admitido en su seno para que asuma el espíritu de la familia que lo ha adoptado.

### ¿Dónde encontrar el verdadero espíritu de nuestra Orden?

Es Dios quien mejor nos revelará este espíritu con el que debemos animar nuestra conducta. Por lo tanto, nada puede compararse con la oración humilde, confiada y perseverante para proveer a nuestra alma. Las tres Personas que dijeron: Hagamos al hombre a nuestra imagen, también se aconsejaron para concebir el espíritu especial que debía encarnarse en todos los miembros de nuestra Orden, sin fijarse ni hacerse pesado en ninguno de ellos. En la mente de Dios sólo se lleva el espíritu dominicano en su pureza. El Padre lo expresa en su Palabra, ambos lo aman en su Espíritu de amor. La visión celestial nos dará la alegría de tomar conciencia de ella y de complacernos en ella.

A continuación, lo contemplaremos en aquellos seres donde mejor se ha realizado esta idea que Dios concibió. Y en primer lugar en Santo Domingo, nuestro Padre.

El Sumo Pontífice, Pío XI, escribió a los Superiores de las Órdenes regulares el 19 de marzo de 1924: "Ante todo, exhortamos a los religiosos a considerar como modelo a su fundador particular, a su Padre legislador, si quieren participar cierta y abundantemente de las gracias que emanan de su vocación. En efecto, cuando estos eminentes hombres crearon sus institutos, ¿qué hicieron sino obedecer a las inspiraciones divinas? Por consiguiente, el carácter que cada uno quiso imprimir a su sociedad, todos los que pertenecen a ella deben llevarlo dentro de sí para permanecer fieles a este punto de partida. Como excelentes hijos, pongan, pues, todo su cuidado y pensamiento en honrar a su Padre legislador, observando sus prescripciones y advertencias, e impregnándose de su espíritu.

Por lo tanto, el espíritu de Santo Domingo, tal y como nuestro Bendito Padre llegó a conocerlo él mismo poco a poco y finalmente a desentrañarlo, debe penetrar en nosotros. Sólo en los últimos años de su vida vemos a Santo Domingo, por fin dueño de sus ideas, concebir claramente su Orden. Hasta entonces, era una inspiración que Dios había puesto en él, ya dominante e inalterable, sin duda, pero misteriosamente escondida en el fondo del alma del hijo de Juana de Aza, del estudiante de Palencia, del canónigo de Osma, del embajador del Rey de España. El final al que llegó por su docilidad a la influencia divina coincide con la idea que Dios había tenido de él desde el principio.

\*

\* \*

Sin embargo, como el Padre se expresa en su Palabra eterna, Domingo tuvo un hijo que formuló su pensamiento con una precisión y fuerza que nunca será superada. He nombrado a Santo Tomás de Aquino, la Palabra de nuestro Padre. No tenemos escritos de Santo Domingo. Los testigos de su vida en el proceso de canonización hablaron de las notas con las que cargó sus libros, de las tesis que escribió contra los herejes, de las preciosas cartas que dirigió a sus hermanos para orientarlos según sus principios... Todo esto se ha perdido, ¡ay! Pero para consolarnos, tenemos las obras de Santo Tomás.

El ardor invencible que el hijo de los Condes de Aquino, ya recibido en una abadía benedictina, puso en la Orden de Santo Domingo, donde se realizaba el ideal conforme a sus gustos, lo encontró de nuevo para defender triunfalmente este ideal amenazado por los ataques de Guillermo de San Amour y otros maestros de la Universidad, y lo conservó hasta su muerte para vivirlo a la perfección. Nadie estaba mejor preparado que este magnífico intelecto para expresar lo que debe ser nuestro espíritu. Tomemos la Suma Teológica, estudiemos la parte moral, que es más nueva, más potente y más completa que la parte dogmática, y todo en ella acaba definiendo la Orden concebida por Santo Domingo y que Santo Tomás sitúa en la cima de la jerarquía de las Órdenes religiosas[[38]](#footnote-39).

Además, él mismo, a través de su enseñanza teológica, dejó una huella indeleble en el espíritu dominicano. El que el Beato Suso llamaba "el querido Santo Tomás, el Maestro, la luz clara" tuvo una profunda influencia en toda la espiritualidad de los Predicadores. El espíritu dominicano y el espíritu tomista son uno y el mismo, desde ahora, para el más humilde terciario como para el maestro de teología. Leamos la vida de esta mantellata sienesa del siglo XIV, "una de las almas más asombrosamente sencillas que se han acercado a Dios". "Por muy ignorante que sea, Santa Catalina de Siena está imbuida del mismo espíritu (que Santo Tomás). Bajo su lenguaje ingenuo, que se parece al del Roman de la Rose, el pensamiento devoto que inculca exhala el perfume del más puro tomismo[[39]](#footnote-40).

\*

\* \*

Después de Santo Domingo y Santo Tomás, es la mayor figura de nuestra Orden. Vino al mundo en un momento en que la familia de Santo Domingo, como toda la cristiandad, experimentaba un notable declive de la vida religiosa, y ejerció una profunda influencia en un grupo de Predicadores que se convirtieron, entre sus hermanos, en los promotores de un movimiento de reforma. Después de su muerte, a la edad de treinta y tres años (1380), su hijo espiritual y confesor, Raimundo de Capoue, que llegó a ser Maestro General, trabajó para restaurar la antigua disciplina. Siguiendo el ejemplo de Raimundo de Capua y sus colaboradores, siempre llamamos a Santa Catalina de Siena nuestra madre.

Ya que hemos comparado a nuestro fundador y a nuestro gran doctor con el Padre y el Verbo, bien podemos decir de ella que cumple, en la trinidad dominicana, el papel del Espíritu Santo. Se podría abusar del intelectualismo tomista conformándose con un bello y lógico sistema de abstracciones filosóficas y teológicas. Esta humilde mujer de gran corazón, a la que el Espíritu Santo colma de sus favores místicos, nos ayuda a mantener en el espíritu de nuestra Orden el fervor del amor apegado a la realidad, a la realidad divina. Es esta realidad divina la que debemos concebir, es a ella a la que debemos consagrarnos, a ella debemos dar testimonio ante el mundo. Santa Catalina no puede ser tomada como excusa para poner en segundo plano la preocupación por la verdad que Santo Tomás, después de Santo Domingo, puso en primer plano. Como ellos, es soberanamente intelectual y razonable.

Muchos otros santos, beatos y venerables, han definido y vivido el ideal dominicano, desde el siglo XIII hasta hoy. Citaremos muchos de ellos a lo largo de estas páginas. Pero es sobre todo a estas tres grandes almas a las que debemos recurrir para conocer las notas características de nuestra vida, los principios y sentimientos que deben dirigir nuestra conducta, en definitiva, lo que hemos llamado nuestro espíritu.

### III¿En qué consiste el espíritu dominicano?

Una palabra resume nuestro espíritu, ese "grito de armas" que domina el escudo marcado con la cruz blanca y negra, *¡Veritas!* Somos la caballería de la verdad.

Para otros, es *Pax*, es *Caritas*, es *Gloria Dei*. Nada de esto debe ser ajeno a un alma dominicana, pero es por el camino de la verdad que llegará allí, es bajo el aspecto de la verdad que considerará todo. La Verdad combina y vivifica los elementos que tiene en común con otras espiritualidades cristianas. El gusto por la verdad será el principal sentimiento de nuestra alma.

Cuando cantamos, en una suntuosa letanía, las alabanzas a nuestro Padre, cada tarde al volver de la procesión al altar de nuestra Reina, la Virgen María, llamamos a Santo Domingo la luz de la Iglesia, el doctor de la verdad, decimos que derramó la bebida de la sabiduría y que su predicación difundió la gracia. Y si añadimos que era una rosa de la paciencia, un marfil de la castidad, esto no es más que el acompañamiento de su vocación fundamental de hombre consagrado a la verdad. Abrazó la fe como San Francisco abrazó la pobreza[[40]](#footnote-41). Mientras que San Benito quería que "nada fuera preferible a la alabanza divina", Santo Domingo puso el estudio en el primer plano de su vida y de la nuestra. San Bruno dejó las escuelas para irse a la más salvaje soledad y encerrarse allí; Santo Domingo fundó sus conventos en medio de la ciudad, especialmente en los centros universitarios, para estudiar y enseñar allí. San Bernardo, de acuerdo con San Agustín, quiere que el monje se dedique durante mucho tiempo al santo trabajo de las manos; Santo Domingo no temerá suprimir del todo este trabajo para dedicarse únicamente a la obra del espíritu.

Todo lo que conserva de las antiguas observancias está dominado y regulado por la preocupación por la verdad. Francisco de Asís, poniendo la pobreza por encima de todo, regañó a un joven discípulo que quería estudiar teología, con el pretexto de que necesitaría libros y que, al hacerlo, le faltaría pobreza. Domingo, en cambio, concibió la pobreza como una liberación de las preocupaciones terrenales, para favorecer la aplicación de la mente al estudio, y permitió a sus seguidores poseer, como él, los libros que son los instrumentos de la ciencia. Domingo, el antiguo canónigo de Osma, siempre apegado a la oración coral, redujo sin embargo el tiempo dedicado al Oficio Divino en beneficio del estudio.

Fray Juan de Navarra, que había conocido íntimamente a nuestro Padre, testificó solemnemente en el proceso de su canonización que éste recomendaba a *menudo* a los frailes, de palabra y por carta, el *estudio constante de la* teología y de la Sagrada Escritura. Santa Catalina de Siena, en su *Diálogo*, escuchaba con alegría al Padre Eterno alabando este amor a la ciencia que caracterizaba la barca de Santo Domingo. Nuestra Orden es la primera -señaló Humberto de Romanos- que ha unido el estudio a la vida religiosa de esta manera, *prius habuit studium cum religione conjunctum* *[[41]](#footnote-42)*.

No es el placer de cultivar nuestra mente lo que inspirará nuestro trabajo intelectual, es el amor a Aquel que es la verdad misma, es el amor a Dios. Domingo busca a Dios en los libros sagrados donde se ha revelado. Domingo, siempre en los caminos que llevan a Roma, busca a Dios cerca del Maestro infalible de la doctrina sagrada.

"¿Qué es Dios?", preguntaba sin cesar el pequeño niño en el que se despertaba la vocación dominicana, y que trabajaría hasta el final de su vida para construir la Suma del conocimiento humano sobre este objeto divino. Nuestro espíritu -decía Santo Tomás- debe tender incesantemente a conocer a Dios cada vez más[[42]](#footnote-43).

Santa Catalina de Siena nos recomienda abrir de par en par el ojo de nuestra inteligencia en Dios, donde encontramos, como alumna, la santa fe. Incluso los simples terciarios deben ser, en conjunto, más cultos, más intelectuales que los demás cristianos, y sobre todo ninguna alma dominicana digna de ese nombre preferirá los ensueños sentimentales a las certezas de la fe.

El estudio debe, pues, elevarnos a Dios y llevarnos a la contemplación de sus perfecciones, de su gobierno, de su actividad en nosotros. Esta contemplación será la realización suprema de ese gusto por la verdad que caracteriza al alma dominicana. Incluso aquellos que no pueden dedicarse a meditaciones largas y profundas tendrán que aplicarse a ello. Para ayudarles, Santo Domingo inventó el Rosario con la contemplación de los misterios cristianos al alcance de todos. El padre Lemonnyer se complace en constatar que fueron los maestros de teología quienes, en el siglo XV, restauraron y propagaron esta admirable devoción[[43]](#footnote-44).

\*

\* \*

Si Santo Domingo puso el estudio de la ciencia sagrada por encima de cualquier otro medio, no quiso sacrificar la oración litúrgica por ello. En esto vio con razón el gran método auténticamente fijado por la Iglesia de Jesucristo para elevar el alma a Dios. Así que, precisamente por el gusto por la verdad, se apegó a ella. El Oficio Coral, con la Misa Mayor en su centro, le parecía un conjunto perfecto de ritos y fórmulas extremadamente favorables para el florecimiento de esas intuiciones contemplativas que el estudio ha preparado y que es fácil prolongar después en oraciones secretas. Esto se desarrollará en las siguientes páginas.

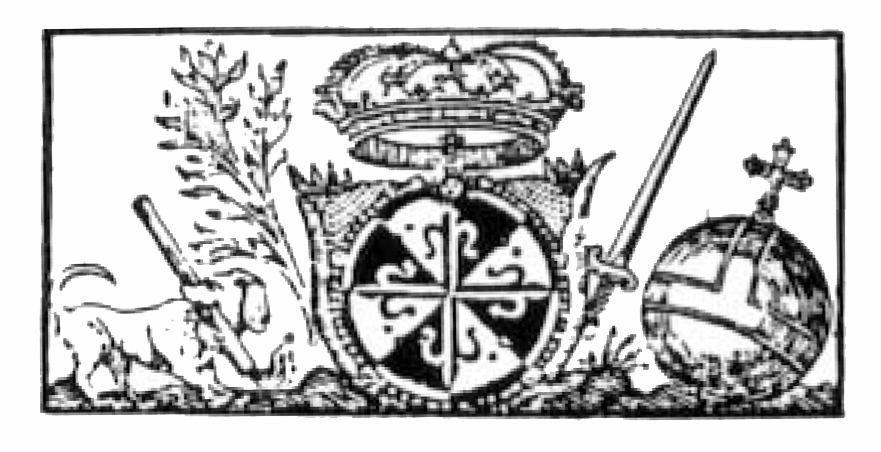
También se explicará cómo esta apreciada verdad, una vez conocida y contemplada con amor, debe marcar toda nuestra conducta. Para vivir la verdad, para propagar la verdad, para defender la verdad, nos aplicaremos con celo ardiente.

Ocupada plenamente en Dios y en su primacía absoluta tanto en el orden de la acción como en el de la oración, y conociéndose sólo en Dios, según el consejo de Santa Catalina, el alma dominicana está atenta a seguir la gracia que Dios le da por medio de Jesucristo Nuestro Señor y de Nuestra Señora la Virgen María, para realizar la idea de su Creador. La virtud intelectual de la prudencia, de la que Santo Domingo dio el mejor ejemplo en toda su existencia y en la organización de su Orden, y a la que Santo Tomás, en la Summa, dedicó un largo tratado que contrasta con las pocas páginas que le dejaron los demás moralistas, Esta virtud que Santa Catalina, como digna hermana de Santo Tomás, también recomendaba tanto bajo el nombre de "santa virtù della discrezione", la prudencia, digo, es decir, la justa apreciación de lo que hay que hacer para portarse bien, juega un papel capital en la vida de un alma dominicana. "Hacer la verdad con caridad", estas palabras de San Pablo podrían ser su lema.

Siguiendo las huellas de Santo Domingo, siempre dispuesto a predicar la verdad o a defenderla, y afiliado a la Orden de Predicadores que el Papa, al aprobarlos, llamó "los campeones de la fe y las luces del mundo", toda alma dominicana, incluso en la Tercera Orden, se preocupará por iluminar a los que están privados de la verdad o por vengarla cuando es atacada.

Además, nadie puede ser admitido en la Tercera Orden si no ha sido informado con precisión de sus sentimientos ortodoxos y del celo con que propaga y defiende, según sus medios, la verdad de la fe católica. En ausencia de estas disposiciones, no se puede considerar que un sujeto tenga vocación dominicana. Y es al desarrollarlas que uno se mostrará como un verdadero hijo de Santo Domingo (II, 8).

En la hora de su muerte, Santo Domingo rezó por sus hijos, siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor en su última noche, y él también prometió continuar su oración en beneficio de ellos allá arriba. Esta oración de nuestro Patriarca podría resumirse en las palabras de la oración suprema de Nuestro Señor: "*Sanctifica eos in veritate:* ¡Santifícalos en la verdad!



# Capítulo ILas altas fuentes de nuestra vida

## Artículo I La Virgen María, patrona de los Predicadores

"Toda obra buena viene de Dios, todo don perfecto tiene su primer origen allá arriba, con el Padre de las luces, ese sol supremo que brilla, inmutable, en su esplendor. Dios nos ha engendrado gratuitamente por medio de la palabra de la verdad. Esta es la fuente más elevada de nuestra vida dominicana. Lo que el Apóstol Santiago dice sobre los cristianos en general, ¿cómo no va a aplicarse especialmente a la Orden Dominicana? Una Orden cuya vocación en la Iglesia es difundir la luz de la verdad y que, habiendo florecido en Santo Tomás, ha permanecido agrupada en torno a él durante siete siglos para ser iluminada por su doctrina e iluminar con ella al mundo, tal Orden, sin duda, desciende del Padre de las luces cuyo esplendor no conoce ni la noche ni el eclipse. Fue engendrada y es preservada por su palabra de verdad. Nuestra vida, en la medida en que es dominicana, es un flujo perpetuo de la vida divina.

Pero sabemos que, puesto que el pecado ha creado un verdadero abismo entre Dios y la humanidad, había que construir un puente sobre este abismo -a Santa Catalina de Siena le gustaba esta imagen- para permitir que la humanidad se uniera a la divinidad, un acueducto a través del cual el hombre recibiera la comunicación de la vida de Dios. Nuestro Señor Jesucristo, que une a Dios y al hombre en su persona, es el único mediador. Sólo en él hay salvación. Por eso Santo Tomás, al componer la *Suma Teológica*, después de haber mostrado en la primera parte cómo todo procede de Dios, y en la segunda cómo todo debe volver a él, dedicó una tercera parte a Aquel que se hizo nuestro camino.

Ahora, junto a Jesús e inseparable de él, encontramos a la Virgen María. Sólo se reconoce a sí misma como sierva del Señor: "*Ecce ancilla Domini*", dice. En realidad, es la hija predilecta del Padre eterno. El Hijo de Dios la tomó como madre cuando tuvo que asumir la naturaleza humana. Y el nuevo Adán ve en ella a la nueva Eva cuando da su vida por la salvación de todos los hombres.

Está allí, bajo el árbol de la vida, la mística esposa del Redentor. *Amissus uno funere, Sponsus, Parens et Filius",* canta un himno de la Iglesia. Este crucificado es su Padre, es su Hijo, es también su Esposo. La sangre divina fluye y se agota, la semilla de todos los cristianos, que ella llevará como en el vientre de una madre hasta que nazcan a la vida celestial. Entre Dios y nosotros, pobres pecadores, duplica dulcemente la mediación de Jesús, cuya gracia la llenó primero. Ella se adhiere a todos sus designios para la humanidad, ya que aceptó conscientemente traerlo al mundo como Salvador. Como mujer y madre, se le confía especialmente el cuidado de la misericordia y colabora con él en nuestra salvación. Lejos de poner fin a su actividad y a su oración, su asunción al cielo y su coronación en la gloria no hicieron más que dar a su intercesión medios maravillosos de los que no habría podido disponer aquí en la tierra. Nada de lo que se dice sobre su intervención materna en la fundación y conservación de nuestra Orden puede sorprendernos. Y es respondiendo a ella con devoción filial, siguiendo el ejemplo de todos nuestros santos, como podremos vivir perfectamente nuestra vida dominicana.

### I La intervención de María en favor de nuestra Orden

Al principio de estas deliciosas *Vidas de los Frailes,* que son nuestros propios *Fioretti*, recogidas a petición del Beato Humberto de Romans, cuarto sucesor de Santo Domingo, Gérard de Frachet cuenta cómo la propia Virgen obtuvo de su Hijo la Orden de los Frailes Predicadores.

Estas cosas se les escapan a los historiadores. Sólo registran los fenómenos aparentes y la secuencia de acontecimientos visibles. No conocen las causas ocultas que presidieron su secuencia. Los teólogos, iluminados por las luces de la fe, pueden evocar estas influencias secretas de un mundo invisible que interviene en nuestra historia. También a las almas santas, Dios les ha dado a veces la visión de estos misterios.

Humberto de Romans y Gérard de Frachet, hermanos y contemporáneos de Santo Tomás, fueron ellos mismos excelentes teólogos. También habían recibido las confidencias de las almas santas... Y esta es la doble razón que explica el comienzo de estas *Vidas de los Hermanos*.

Si examinamos con diligencia los misterios de las divinas Escrituras -dice el autor-, reconoceremos claramente que Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, es con su Hijo la atenta mediadora y piadosísima auxiliadora del género humano.

"Temiendo que los pecadores perezcan, rechazados de la faz de Dios, aplaca la severidad de la justicia divina con el patrocinio de sus oraciones y confiere muchas cosas útiles al mundo por la instancia de sus súplicas.

"Entre todas estas gracias, la fundación de una Orden tan grande y famosa no fue la menos notable. Sus oraciones lo obtuvieron de la misericordia de Dios, para la salvación de los hombres, como nos consta por la revelación de muchos.

Poco después de la fundación de los Predicadores, un santo monje contó que había visto, durante un éxtasis, a la Madre de las misericordias rezando a su Hijo. Le imploró que esperara a que la raza humana hiciera penitencia. El Señor se negó varias veces a acceder a la petición de su santa Madre, y como ella seguía insistiendo: "Madre mía", le dijo al fin, "¿qué más puedo o debo hacer por los hombres? Les envié a los patriarcas y a los profetas, y apenas se enmendaron; vine a ellos, les envié a los apóstoles, y los mataron como a mí sin piedad. Les envié mártires, maestros y confesores en gran número, y permanecieron impasibles ante su voz. Sin embargo, como no quiero negarles nada, les enviaré mis Predicadores, a través de los cuales serán iluminados y purificados." Una visión similar fue contada a Humberto de Romans por un cisterciense de gran edad y mérito, que concluyó así: "La creación de vuestra Orden se debe a las oraciones de la gloriosa Virgen.

El mismo Santo Domingo, mientras estaba en Roma para la fundación de nuestra Orden, vio a la Virgen presentarle a su Hijo enojado: "Este es mi siervo fiel", dijo, "él proclamará al mundo la palabra de salvación".

Leyendas, se puede decir. Tal vez, pero yo respondo que las leyendas a menudo transcriben realidades profundas en símbolos, al igual que estas visiones mismas, si Domingo y estos dos monjes fueron realmente favorecidos por Dios. Preocupada por todas las necesidades del mundo, y especialmente por la aniquilación de las herejías (*cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo*), ¿cómo no iba a intervenir la Santísima Virgen en un momento crítico en el que el cristianismo estaba en gran peligro, y no haber suscitado esta Orden para salvar la fe?

Con qué cuidado maternal la Virgen María rodeó a la naciente Orden! Ella nunca dejó de apoyar a Domingo en su trabajo, como cantamos en el prefacio de la Misa de nuestro Bendito Padre: "*Ipse enim Genitricis Filii tui semper ope suffultus.* Apoyado siempre por la Madre de Dios, domó las herejías con su predicación, instituyó campeones de la fe para la salvación de los pueblos y ganó innumerables almas para Cristo.

A estos caballeros de la verdad, María misma les ha proporcionado su armadura. Ella les ha proporcionado el escudo que debe protegerlos eficazmente y les ha dado la espada que llevan a su lado como instrumento principal de sus conquistas. Hablo del escapulario y del rosario. El gran favor hecho a la Orden en la persona del Beato Reginaldo no puede ser cuestionado. Jordán de Sajonia, que nos lo cuenta, se lo dijo el propio Santo Domingo. Reginald, la esperanza de la naciente Orden, estaba a punto de morir antes de entrar en ella. Domingo se puso a rezar. Vio a la Virgen presentarse ante el enfermo y, tras ungirlo y curarlo, "le presentó todo el hábito de la Orden". A partir de ese momento, nuestro escapulario sustituyó a la sobrevesta de los canónigos regulares y nuestro hábito se convirtió en lo que es hoy. *Ordinis vestiaria,* la sacristía de nuestra Orden, es el nombre dado a la Virgen en recuerdo de este gran acontecimiento.

¿Hubo también una aparición de la Virgen María a Santo Domingo en la que le dijo "Ve y predica mi Rosario"? Sí, según una antigua y respetable tradición. En muchas ocasiones, en sus encíclicas, León XIII ha repetido que Santo Domingo recibió de la Madre de Dios la misión de difundir por todo el mundo esa saludable devoción a la Virgen que se llama Rosario. En cualquier caso, hay dos hechos ciertos. Por un lado, la Virgen María se apareció con un rosario en sus manos en la gruta de Lourdes para recomendar esta devoción al mundo. "Por otra parte, esta devoción, dice León XIII después de tantos otros Papas, es propiedad propia de la familia dominicana. Corresponde a los frailes predicadores enseñarlo al mundo católico. Sólo el sucesor de Santo Domingo tiene derecho a instituir las Cofradías del Rosario. Si estamos de acuerdo con estos dos hechos, debemos reconocer que nada los describe mejor que la pintura reproducida en todas partes, que representa a la Santísima Virgen entregando el Rosario a Santo Domingo.

\*

\* \*

Son grandes beneficios generales que atestiguan el patrocinio que la Virgen ejerce sobre nuestra Orden. Pero ¡cuántos favores particulares se relatan en nuestras antiguas crónicas, favores que sólo son ejemplares conocidos entre tantos otros que permanecieron en secreto!

Ella despierta las vocaciones dominicanas. Le dijo a Tancredo, un caballero de la corte de Federico II: "Entra en mi Orden". Otro, que se cree que es Humberto de Romans, le pidió que le dirigiera a la Orden que más le convenía; fue llevado a los Predicadores.

En todas las etapas de la vida, el religioso tiene asegurado su apoyo. Un joven hermano, en el que reconocemos al que se convertirá en Alberto Magno, tiene la tentación de volver al siglo. Ella lo retiene. Tomás de Aquino solía invocar su ayuda. Una vez le confió al Hermano Reginald que la Virgen se le había aparecido para darle la seguridad de que su vida y su doctrina estaban bendecidas por Dios. Pedro de Verona, mientras discutía con un hereje, sintió que la duda invadía su alma. Asustado, se dirigió a la Santísima Virgen. "Le dijo: "Pedro, he rezado por ti para que tu fe no desfallezca. El Breviario menciona otra palabra que consoló a San Jacinto en medio de sus inmensas labores apostólicas. " El Breviario menciona otra palabra que consoló a San Jacinto en medio de sus inmensos trabajos apostólicos: "Alégrate, hijo mío Jacinto, porque tus oraciones son agradables a mi Hijo y, por mi intercesión, se te concederá todo lo que le pidas. Gerard de Frachet cuenta la historia de un religioso desanimado en vísperas de partir en misión a los cumanos. Un piadoso recluso le consoló diciéndole que había visto a religiosos de diversas órdenes cruzar tranquilamente un gran río por un puente, y a otros nadar penosamente, arrastrando esquifes cargados de pasajeros a través del agua. Estos otros eran los Predicadores. A veces corrían el riesgo de ser engullidos. Pero la Virgen María se inclinó hacia ellos, los sostuvo y los condujo a la orilla, donde disfrutaron de una alegría inexpresable con los que habían remolcado.

Varios frailes, en varias ocasiones, y Santo Domingo en primer lugar, vieron a la Santísima Virgen pasearse por el dormitorio por la noche y bendecir uno a uno a los frailes que dormían.

Deleitado en espíritu ante Dios, nuestro Padre Santo Domingo vio de nuevo a Jesús sentado, con la Virgen a su derecha, vestido con una capa de color zafiro. A su alrededor, en el cielo, vio una multitud de religiosos, pero ninguno de sus hijos. Y lloró. Pero Jesús le consoló diciendo: "He confiado tu Orden a mi Madre. Y María, abriendo de par en par su capa, mostró a su fiel servidor la innumerable multitud de Predicadores puestos bajo su especial cuidado.

Por supuesto, todos los demás religiosos, todos los simples cristianos, desde el momento en que se incorporan a Cristo Jesús, son hijos de aquel que dio a luz su cabeza. Habiendo colaborado, por la gracia de Dios, en la encarnación de Aquel que es la cabeza, continúa su obra contribuyendo con la misma gracia a la santificación de todos los miembros sin excepción. Por todo lo que ha merecido aquí abajo. En el cielo, donde ha tenido su asunción, está dotada de un conocimiento que le permite abrazar su mundo con una mirada maternal, y su corazón es lo suficientemente grande como para interesarse por todos y cada uno. Es desde el amor de esta Madre que podemos decir realmente:

Todos tienen una parte y todos la tienen toda.

Pero si nadie está excluido de su solicitud, nosotros hemos recibido la particular seguridad de estar envueltos por ella. Esto es lo que debemos retener para nuestra edificación de todos estos rasgos que se acaban de recordar y que forman la parte más conmovedora de nuestro Evangelio dominicano.

La fiesta del patrocinio de la Santísima Virgen, que nuestra Orden celebra el 22 de diciembre, recuerda tantos favores destacados, y la colecta para esta fiesta está redactada así: "Oh Dios, que quisiste que la Orden de los Frailes Predicadores fuera instituida para la salvación de las almas bajo el especial patrocinio de la Santísima Virgen María y que fuera colmada de sus perpetuas bendiciones: concede a nuestras súplicas que, celebrando hoy su conmemoración y protegidos por su ayuda, alcancemos la gloria celestial.

Santo Domingo, después de esta visión que tuvo del destino celestial de su Orden, "volvió en sí", dice Thierry de Apolda, "y dio la señal de Maitines con la campana. Los frailes se levantaron inmediatamente. Terminados los maitines, convocó a los frailes al cabildo y les dirigió un gran y hermoso sermón para exhortarles a amar a la Virgen Madre.

"¡Qué amor y qué alabanza no debemos dar a esta excelentísima Virgen, dignísima Madre de Jesucristo y Madre nuestra más bendita! A ella nos confía la divina Majestad, bajo sus alas somos protegidos, con su mano somos bendecidos; ¡nos inunda con el rocío de sus gracias, nos expande, nos preserva, nos salva con su intervención!"

### II La devoción de nuestra Orden a María

Rodrigue de Cerrat, cronista del primer siglo de la Orden, nos cuenta que Santo Domingo confió el cuidado de su Orden a la Santísima Virgen y la eligió como patrona. Los hechos que hemos relatado no podían sino confirmarle cada vez más en su idea y en su confianza.

Cuando nuestro Beato Padre había reunido, con gran dificultad, a las monjas dispersas por Roma en San Sixto, y, para darles la reforma que necesitaban, las había persuadido de abrazar la disciplina dominicana, les llevó la imagen de la Virgen que habían venerado más allá del Tíber, la antigua Virgen de San Lucas, la imagen milagrosa que, llevada por la ciudad en tiempos de epidemia, había puesto fin a la peste. Así que una noche, acompañado por dos cardenales, vino a buscar a la Virgen. Como el pueblo romano era hostil a este movimiento, guardias armados los protegieron, llevando antorchas en sus manos. "Era un espectáculo impresionante ver esta procesión nocturna con antorchas, especialmente al cruzar el Tíber; Domingo con su túnica blanca, con su capa negra, llevando la imagen sagrada, los dos cardenales con sus túnicas rojas rodeándolo, los tres descalzos, la luz de las antorchas reflejándose en las aguas del río: Santo Domingo, el apóstol del *Ave María*, trayendo a Roma a la Virgen de los Apóstoles, Nuestra Señora del Rosario, sobre sus hombros[[44]](#footnote-45).

"Jordán de Sajonia, que sucedió a Santo Domingo, conociendo, dice Gerardo de Frachet, la solicitud de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora, respecto al progreso y cuidado de la Orden, pretendió gobernar sólo con su ayuda.

La historia nos ha conservado algunos rasgos conmovedores de su devoción a María. "Le gustaba rezar por la noche ante su altar, rezando el *Ave María a* menudo y lentamente", escribe el mismo cronista. El hermano Berthold tenía curiosidad por saber cómo le rezaba. Y el Maestro le explicó, entre otras cosas, su método de honrar a la Virgen recitando cinco salmos, cada uno de los cuales comenzaba con cada letra de su nombre. "Esto es un ejemplo, hijo mío", añadió. ¿Por qué no dio otras más sencillas? En aquella época habríamos sabido exactamente lo que era el Rosario.

Jordán de Sajonia fue también quien instituyó la solemne procesión hasta el altar de la Virgen, que hacemos cada tarde mientras cantamos la *Salve Regina*. Sabemos cómo las vejaciones diabólicas de las que sufrían los frailes en aquella época, especialmente en París y Bolonia, cesaron con esta oración de todos, dirigida a la que aplastó la cabeza de la serpiente. A las maquinaciones diabólicas siguieron manifestaciones radiantes de la Santísima Virgen para consagrar la costumbre que acababa de establecerse en su honor.

"¡Cuántas lágrimas de devoción -escribe el propio Jourdain de Saxe- han brotado con motivo de esta alabanza a la Madre de Cristo! Qué dulzura no se extendió en las almas de los que la cantaron y de los que la escucharon! Qué corazones no ablandaron la dureza o inflamaron el afecto! ¿No es razonable que atribuyamos a la Madre del Redentor el placer que sentía por estos cantos, el deleite que sentía por esta alabanza? Un hombre de Dios, gran religioso y digno de fe, me dijo que muchas veces, cuando los frailes cantaban *Eia ergo, advocata nostra*, veía a la Madre del Señor postrada ante su Hijo y rezando por la conservación de la Orden. Señalamos aquí estas cosas para que aumente cada vez más el piadoso ardor de los frailes en el canto de las alabanzas a la Santísima Virgen.

El sábado se dedicó por completo a él. Salvo algunas excepciones, toda la Oficina estaba reservada para él. Y Humbert de Romans explica las múltiples razones de ello. Una hermosa secuencia, que se cantó ese día en la iglesia, los resume perfectamente:

Jubilemus in hac die

Quam Reginæ Cœli piæ

Dicavit Ecclesia.

El sábado es el día en que el Señor descansó, y la Virgen es el tabernáculo donde descansó. Ese día se completó la obra de la creación natural; en María se realizó la obra de la renovación de la naturaleza por la gracia.

A través del sábado debemos pasar del viernes, día de la penitencia, al domingo, día de la alegría. Y así, sólo a través de la Mediadora se puede pasar de las penas de este mundo a las alegrías del cielo.

Recordemos aquel gran sábado, cuando el pequeño rebaño de los discípulos de Cristo había perdido la fe y la esperanza, y éstos se habían refugiado en el corazón de María.

Por último, es un hecho que los sábados responde especialmente a nuestras oraciones y realiza con mayor frecuencia sus milagros[[45]](#footnote-46).

\*

\* \*

Si el sábado era el gran día de la Virgen, todos los días los frailes vivían una devoción a ella que los primeros cronistas gustan de describir y celebrar. En cuanto se levantaron para los maitines, comenzaron a recitar los maitines de su oficio, de pie en el *dormitorio.* Luego corrían a su altar para rezarle individualmente, antes del gran Oficio. Cuando terminaron los maitines, volvieron de nuevo, esperando el día. Por la noche, después de las Completas, que terminaban con las de Nuestra Señora, ya que los Maitines habían sido precedidos por sus Maitines, se reunían en el altar de Nuestra Señora. A veces formaban una triple fila y le rezaban, recitando *el Ave* lentamente, acompañada de genuflexiones. Así, su día comenzó y terminó a sus pies.

En sus celdas tenían su imagen con la de Jesús crucificado, para mirarla a menudo y así reavivar su devoción por ella. Santo Tomás de Aquino, al escribir sus obras, gustaba de escribir a menudo en el margen: *Ave, María,* como todo el mundo puede ver en el precioso manuscrito de la Suma contra los Gentiles que salió de la mano del gran doctor. Nuestros predicadores -señala Humbert de Romans- no dejan de alabarla, bendecirla y predicarla al mismo tiempo que a su Hijo[[46]](#footnote-47). Basta con leer las lecciones del breviario sobre la fiesta de nuestros santos y beatos para ver mencionada una y otra vez su devoción a María. Varios de ellos, San Jacinto, por ejemplo, y el Beato Aimón, obtuvieron la gracia que el gran teólogo Cayetano deseaba con tanto ahínco: morir el día de su Asunción.

La Virgen era la Señora de sus pensamientos. Estos caballeros de nuevo cuño habían entrado en la Orden de Santo Domingo con la intención de ganarse las buenas gracias de esta incomparable dama. Sólo en la Orden de los Frailes Predicadores", escribió Bernard Gui, "se hace voto de obediencia a la Santísima Virgen María. Esta profesión era la sublimación religiosa del homenaje del caballero a su dama. Esta dilatación, este ardor por el combate, esta devoción a las causas nobles que los caballeros podían sacar de tal sentimiento, el Hermano Predicador la encontró en la consagración que había hecho de sí mismo a Nuestra Señora, la Virgen María. El amor terrenal, que se había prohibido a sí mismo, fue sustituido ventajosamente por este fervor superior, que lo conmovía sin perturbarlo ni ablandarlo. El hombre de la doctrina, inclinado sobre sus libros todo el día, ya no corría el riesgo de secar su alma, ni el apóstol de ser demasiado áspero, demasiado tenso, demasiado violento en su acción, pues la devoción a la Virgen, muy viva en el fondo de sus corazones, desprendía una fuente de ternura que no cesaba de fluir. Y así fue como su vida espiritual se creó como un clima beneficioso en el que sus sentimientos se simplificaron, se calmaron y florecieron.

Además, los santos de nuestra Orden rivalizan con los nuestros en su devoción a la Madre celestial. Fue con *avemarías* que la pequeña Catalina de Siena comenzó sus prácticas piadosas a los cinco años; fue a la que trajo a Jesús al mundo que le pidió a Nuestro Señor que fuera su esposo a los siete años; y más tarde fue María la que se apareció con su Hijo y le pidió que se casara con Catalina en la fe, presentándole su mano. En las vidas de Santa Rosa, Santa Catalina de Ricci, la Beata Bienvenida Bojani, la Beata Catalina de Racconigi y muchas otras, encontramos rasgos similares. Para todos ellos, María es la dulce y tierna Madre a la que no se cansan de venerar con cariño y a la que se someten de corazón.

La venerable Isabel del Niño Jesús, cuya influencia espiritual fue grande en el siglo XVII, al ser nombrada priora de las Hijas de Santo Tomás en París, proclamó que la Santísima Virgen sería la verdadera priora del monasterio. En señal de homenaje, puso en manos de esta augusta soberana dos llaves de plata y un corazón con los nombres de todas sus hijas. Una devota imagen de la Virgen ocupaba, en todos los lugares habituales, el lugar reservado a la Priora, pues la Madre Isabel quería ser sólo la Subpriora de María, a la que pretendía subordinar totalmente su autoridad. El *Año Dominicano* añade que esta costumbre se conservó en su monasterio.

No importa cuál sea la expresión externa de esta sumisión, pero en cada alma de un superior de nuestra Orden debe existir tal sentimiento. Sin duda, Santo Domingo la tenía cuando llevó solemnemente la imagen de la Virgen a San Sixto. Y el padre Lacordaire quedó penetrado por ella cuando, después de haber practicado las observancias de la vida dominicana bajo los ojos de Nuestra Señora de la Quercia y ligado ante ella por los votos de religión, pidió al padre Besson que reprodujera su imagen: "La haremos nuestra patrona -dijo- y la llevaremos con nosotros a todas partes hasta el día en que podamos instalarla en nuestro primer convento francés". Así es como Nuestra Señora de la Encina se convirtió en la patrona del convento de Nancy.

Quién puede decir las innumerables *Avemarías que* nuestra Orden ha elevado a María! Los ha unido en series de 150 para igualar el número de salmos y formar así el salterio de María que es nuestro Rosario. Los convirtió en el acompañamiento de la contemplación de los grandes misterios de nuestra salvación, en los que la Virgen desempeñó un papel tan importante junto a su Hijo. Agrupó a los fieles de todo el mundo en cofradías para que el Rosario se rezara en todo el mundo, en público o en privado, en las iglesias y en los hogares. Organizó una guardia perpetua de día y de noche, en la que las almas se turnaban hora a hora para alabar y rezar a María por medio del Rosario.

\*

\* \*

¿Cómo podemos caracterizar esta devoción a la Virgen, cuyas múltiples manifestaciones acabamos de mencionar? Fue un culto religioso como sólo merece esta incomparable criatura, de la que nuestro Cayetano pudo decir que "toca los confines de la divinidad". ¿Acaso no es la misma Madre de Dios, introducida en el orden de la Encarnación, colocada, dice León XIII, "por encima de todo lo más bello en los tres órdenes de la naturaleza, la gracia y la gloria[[47]](#footnote-48)".

La profunda reverencia por esta dignidad única de la Virgen María se expresaba en todas esas *avemarías*, acompañadas de genuflexiones, que tanto gustaban a nuestros primeros hermanos.

El *Ave* era entonces sólo eso, una manifestación de profunda reverencia, pues aún no incluía la segunda parte, añadida posteriormente.

Pero a tal reverencia se añadía naturalmente la sumisión total a quien combinaba tan sublime majestad con la autoridad soberana sobre las almas. Al decir "Nuestra Señora", nuestros padres reconocían que eran siervos de sus dominios, caballeros al servicio de su señorío. ¿No se habían comprometido solemnemente con ella el día de la profesión, y no era en su nombre que los superiores de la Orden gobernaban?

Me gusta la dependencia

Para depender mejor del Salvador,

cantó nuestro beato Luis María de Montfort, que practicó y predicó la santa esclavitud de María. Con la segunda parte del *Ave* de nuestro Rosario, ¿qué otra cosa hacemos que someternos sin cesar al soberano del cielo y de la tierra, cuya súplica es todopoderosa allá arriba para colaborar con Jesús en nuestra salvación, ahora y en la hora de nuestra muerte?

Además de esa profunda reverencia y confiada sumisión, había una piedad filial y una exquisita intimidad en la devoción de nuestros santos hacia María.

De piedad filial, porque la Madre de Jesús es también nuestra Madre, para nosotros que nos salvamos sólo como miembros de Jesús. El beato Luis María de Montfort ha escrito algunas páginas poderosas sobre este tema en las que se eleva al nivel del gran apóstol Pablo, y que lo convierten en el doctor de la maternidad de la gracia. Por el hecho mismo de haber concebido voluntariamente a nuestro Salvador, concibió y sigue dando a luz a toda la humanidad, que la Cabeza divina ha incorporado.

A esta piedad filial se unía una exquisita intimidad. Si una madre, incluso muy respetada y devota, no es necesariamente amiga de sus hijos, esta Madre celestial fue verdaderamente la amiga predilecta de sus hijos, que vivieron con ella en comunión de pensamiento, de amor y de vida, y que nos enseñó, a través de la contemplación de los misterios del Rosario, el modo de imitarlos.

La dilección de esta amistad entre Dios y nosotros, que es la caridad, no tiene un objeto más querido después de él y de nosotros mismos que esta bendita mujer entre las mujeres, más cercana que ninguna otra al Dios al que se dirige primero nuestra caridad, más cercana que ninguna otra a nuestro ser de gracia al que luego amamos con caridad. Por todos lados, ella es la primera en ofrecerse a nuestra amistad sobrenatural. *Santa mamma regina!"* decía Savonarola, y más a menudo decía *¡Mamma mia!*

Y esta es la razón profunda de todas estas *Ave Marías*, repetidas durante días y días. El padre Lacordaire lo entendió bien. "El amor sólo tiene una palabra, y al repetirla una y otra vez, nunca se repite.

Es a través de esta compleja devoción que nos pondremos, como nuestros santos, en posición de beneficiarnos del patrocinio de la Santísima Virgen María sobre nuestra Orden.

## Artículo II El Salvador Jesús, nuestra cabeza vivificadora

Nuestra devoción a la Virgen no debe, no puede, desvirtuar la que exige Nuestro Señor. Sólo Él es el fundamento de nuestra vida. Sólo Él es el camino, y nadie llega al Padre si no es a través de Él: después de Él y sólo en Él, la Santísima Virgen es la mediadora; su mediación procede de la de Jesús, que se dio a sí mismo su Madre para ayudar en la obra de nuestra santificación, después de haberla elegido para darlo a luz. Esta primera elección implicó todo lo que siguió en los planes eternos. María colabora así con él, nuestra Cabeza, en la realización de este gran cuerpo místico compuesto por todos los miembros que viven de la gracia capital de Cristo. Pero ella misma es la primera en vivirlo, y su influencia sólo tiende a hacer que nos adhiramos bien a esta Cabeza. Si acudimos a ella, atraídos por su bondad -y urgidos por Jesús que nos dice: "Aquí tienes a tu Madre"- es, en definitiva, para oírle repetir una y otra vez: "Haced lo que él, Jesús, os diga".

Consideraremos a Nuestro Señor sucesivamente en su realidad histórica, en su realidad mística y, finalmente, en su realidad eucarística, y veremos cuál debe ser nuestra devoción a Él desde este triple punto de vista.

### INotre-Seigneur en su realidad histórica

Por encima de todo, un alma dominicana quiere conocer a Cristo Jesús como se mostró al mundo. No le interesan las leyendas; es el Cristo de la historia el que busca descubrir, en la verdad de su vida, sus palabras y sus obras.

De ahí el culto de todas las almas verdaderamente dominicanas por el santo libro del Evangelio, estudiado y meditado con esmero.

Nuestros maestros, encabezados por Santo Tomás, han escrito comentarios que nos ayudan a descubrir los tesoros que esconden estas páginas y a penetrar en el secreto de las palabras más pequeñas.

Para hacer una representación de la existencia histórica del Señor, no falsa, sino lo más real posible, situándola en su contexto, para evocar mejor el objeto de su fe y, por lo mismo, avivar su caridad, varios de nuestros beatos han podido cumplir el deseo, común a todos, de peregrinar a los Santos Lugares. Ver esos horizontes de líneas bellas e inmutables en los que Jesús posó su mirada, ese lago que su barca atravesó en todas direcciones, esos campos que cruzó mientras hablaba con sus discípulos, ese pozo junto al que se sentó, esas flores, esos árboles, esos pájaros que fueron objeto de sus parábolas, besar con adoración esa tierra de Getsemaní en la que corrió su sangre, esa roca en la que su Cruz se alzó sobre el mundo, la piedra del sepulcro en la que fue depositado para descansar muerto... Sin duda, ese deseo y su realización no son sólo nuestros. Pero es interesante observar aquí hasta dónde han podido llegar los dominicos franceses de nuestro tiempo en esta dirección.

En 1882, el padre Mathieu Lecomte también fue a Palestina y concibió la idea de establecer una casa en Jerusalén donde los veteranos del apostolado pudieran ir a meditar al atardecer de sus vidas. Una serie de circunstancias providenciales y la voluntad del Soberano Pontífice, León XIII, llevaron a los Padres, reunidos en el lugar del martirio de San Esteban, a perseguir un segundo objetivo, en el que no había pensado el primer fundador. El convento de San Esteban se convirtió pronto, con el padre Lagrange, en la famosa École Biblique, donde se da a conocer el auténtico rostro de nuestro Salvador en todos los sentidos a través del estudio convergente de documentos y monumentos. El padre Lecomte sólo había traído su Biblia de un solo volumen. El primer dinero disponible se gastó en la compra de los ocho volúmenes que incluyen las obras de San Jerónimo. ¿No queríamos trabajar en su espíritu y continuarlo? Y, poco a poco, la biblioteca se fue enriqueciendo con todos los libros necesarios.

La cuestión bíblica fue planteada contra la Iglesia por la ciencia protestante y racionalista.

Lagrange y sus colaboradores hicieron por la crítica lo que Santo Tomás había hecho por la filosofía de Aristóteles. Demostraron que, cuando se utiliza con discernimiento, lejos de derribar nada de nuestros dogmas, también puede convertirse en un instrumento admirable para justificarlos. Y todas las mentes independientes debían rendir homenaje a su búsqueda desinteresada de la verdad.

Pronto "uno se dio cuenta de cuánta luz podía aportar a la interpretación de los Libros Sagrados un contacto prolongado con el suelo, con los restos de ciudades y monumentos antiguos, con los habitantes, con todo el antiguo Oriente. No es el menor de los encantos de *L'Évangile de Jésus-Christ* del P. Lagrange que da la impresión de una comunión prolongada e íntima con la tierra de Jesús[[48]](#footnote-49).

Cuando la *Revue Biblique* publicó los resultados de las excavaciones en Antonia en 1933, "el Santo Padre no ocultó la profunda alegría que la recuperación de estas venerables piedras, impregnadas de los más conmovedores recuerdos de la Pasión, había dado a su corazón en este año del Jubileo de la Redención[[49]](#footnote-50).

Esta preocupación por la verdad histórica en la contemplación de Nuestro Señor puede decirse que siempre ha estado presente en nuestra Orden. No hay nada que no sea estrictamente auténtico en las escenas cuya meditación se nos propone durante el Rosario. Y cuando nuestro Beato Álvarez de Córdoba, a su regreso de Tierra Santa, construyó uno de los primeros Vía Crucis (a principios del siglo XV), tuvo el mismo cuidado en establecer las diferentes estaciones. Estos fueron: 1° la agonía, 2° el arresto de Jesús, 3° su flagelación, 4° su coronación de espinas, 5° la escena del *Ecce Homo*, 6° el acarreo de la cruz, 7° la crucifixión y muerte, 8° finalmente, Jesús fue bajado de la cruz y entregado a su Madre.

Pero, ¡cuánto satisfacen nuestra preocupación por la verdad las obras recientes que acabamos de recordar! Si no todos podemos acercarnos al estudio directo de estas grandes obras, no olvidemos que cualquier comentario serio sobre nuestros libros sagrados depende hoy claramente de ellas.

\*

\* \*

Una ciencia, incluso bastante avanzada, de la historia de Jesús seguiría siendo de escaso valor para nuestra vida espiritual, si no introdujéramos en nuestra lectura y meditación de la Sagrada Escritura todo lo que la fe cristiana y el estudio de Santo Tomás nos enseñan sobre la personalidad y la psicología de Nuestro Señor.

Este hombre, que era el Hijo de Dios en persona, tuvo en su alma humana, y desde el primer momento, la visión de la esencia divina. Y porque en las realizaciones de la actividad creadora que se desarrollan a lo largo de la historia no hay nada que no concierna al Salvador del mundo y al Juez universal, porque no hay criatura que no esté sometida al Dios-Hombre, debemos concluir que Dios le dio el poder de descubrir en sí mismo, como en su causa primera, a todos los seres que han sido, que son o que serán. No insisto en esta verdad incontestable. Ni siquiera hablo de esas ideas infusas que el espíritu de Jesús recibió de Dios para conocer en su totalidad y en detalle a todos los seres de su reino. Es un hecho que el divino Maestro, cuya historia leemos en los libritos de San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, cuyo rastro seguimos en Palestina desde la casa de Nazaret hasta la colina de la Ascensión, ya tenía su mente amorosamente fijada en cada uno de nosotros.

Nos esperaba, en el regazo de su Madre, en su establo de Belén, donde, a su vez, los pastores y los sabios vinieron a contemplarlo. Vio a los pastores que venían de la campiña vecina, vio claramente a los Magos en su país lejano que más tarde emprenderían su viaje. Mucho más tarde y desde mucho más lejos, pero siempre bajo la mirada de su alma, nos pusimos en marcha, con nuestro rosario en los dedos. Los piadosos Reyes Magos", dijo Santo Domingo a sus hermanos, "al entrar en la casa, encontraron al Niño con María, su Madre. Ahora es cierto que también encontramos al Hombre-Dios con María, su sierva. Acudamos, pues, a adorarlo y postrémonos ante él[[50]](#footnote-51).

Con qué devoción nuestro Padre Santo Domingo leyó todas las palabras de Nuestro Señor que recogió San Mateo! Nunca se separó de este Evangelio. Cuando viajaba, lo sacaba de su bolsa y lo abría piadosamente. Lo meditó en su celda. Besó estas páginas que conmovieron su corazón como una carta dirigida a él por su amigo más tiernamente querido.

Cuando Fray Angélico representaba a nuestro Padre Bendito sentado, con el Evangelio en la mano, junto al Cristo ultrajado, o arrodillado al pie de la Cruz con los ojos levantados sobre Jesucristo que le mira, no hacía más que hacer sensible una realidad espiritual, el encuentro del pensamiento de Jesús viviendo en la tierra y el pensamiento de Santo Domingo.

En el siglo XVII, la Madre Françoise des Séraphins escribió: "Hablo con Jesucristo sobre las palabras del santo Evangelio, según lo que estas palabras se presentan a mi espíritu, haciendo mis actos interiores y mis peticiones según lo que me llevan a hacer... Mi manera de actuar con el Hijo de Dios es hablarle como lo haría si fuera visible, y tomo como tema de mis conversaciones con él las palabras de su santo Evangelio, en las que encuentro mucha materia para prolongar mi oración[[51]](#footnote-52).

Si se hojean los grandes volúmenes *del Año Dominicano,* se verá, en casi todas las páginas, a las almas piadosas de nuestra Orden reviviendo, en el curso de los tiempos litúrgicos, toda la vida de Nuestro Señor. Siendo conscientes del amor que Jesús les ha mostrado en la realización de estos misterios, parece que están presentes en persona. En 1232, en la víspera de Navidad, el beato Jordán de Sajonia escribió a su hija espiritual: "Querida Diana, ten valor, consuélate en el Señor y en el divino Niño que va a nacer para ti. Y San Luis Bertrán, en la misma fecha, habiendo ido a una parroquia a predicar al día siguiente, no tuvo el valor de usar una cama esa noche. Se dirigió al establo y, arrodillado sobre la paja, permaneció allí en contemplación.

El regreso del tiempo dedicado a la Redención los conmueve aún más. La Madre Catalina de la Pasión, de las Hijas de Santo Tomás, en París, escribe estos sentimientos que todos nuestros santos estigmatizados han experimentado tan profundamente. "Quiero mirar sólo a Jesús en la cruz. Jesucristo inclina su cabeza para dar el beso de amor; está atado a la cruz para esperarme resignado; su costado fue atravesado para abrir el camino a su corazón[[52]](#footnote-53).

Muchas veces, en favor de nuestros santos, Nuestro Señor ha realizado milagros que atestiguan esta verdad. Ya no hay tiempo para separar a este Cristo que nace, muere y resucita de sus discípulos del siglo XIII o del XX.

Una noche de Navidad, la Beata Bienvenida recibe al Niño Jesús en sus brazos. Sobre el beato Santiago de Mevagna que, arrodillado a los pies del crucifijo, gimió por miedo a no ser salvado, brota un chorro de sangre del costado de Jesús. A la beata Gertrudis de Herckenheim, que el día de Pascua aún derramaba lágrimas por la Pasión, se le aparece Nuestro Señor: "¿Por qué lloras en el día de mi Resurrección y de mi triunfo? Hoy he resucitado verdaderamente del sepulcro, y no sólo yo, porque también tú has resucitado para vivir eternamente conmigo en la gloria. Y sabemos cómo, el día de su Ascensión, Jesús, respondiendo al gran deseo de la pequeña Imelda, vino a tomar y llevar su alma en una comunión milagrosa.

### II Nuestro Señor en su realidad mística

Los hechos conmovedores que hemos recordado dejan claro que Cristo Jesús no es para nuestros santos una mera figura del pasado, desvanecida después de haber arrojado su brillo sobre la historia. Sigue vivo en su impresionante personalidad, dominando a la raza humana y gobernando el mundo entero.

"El lema de nuestra devoción a la santa humanidad -dijo el P. [[53]](#footnote-54)Clérissac- podría ser 'Subió al cielo para llenarlo todo'. La atracción, la gravitación, todas las fuerzas que, en nuestro sistema solar, actúan sobre este pequeño planeta, no tienen más realidad que la energía divina que, a través de las sagradas llagas de Nuestro Señor, nos llega incesantemente."

Demasiado pocos cristianos son conscientes del gran poder que nuestro Señor tiene sobre nosotros y de nuestra dependencia de él. No comprendemos cuánto vivimos en él, *en Christo Jesu*. Este es el misterio de Jesús que San Pablo nunca dejó de predicar al mundo y que Santo Domingo, nuestro Padre, que no se separó de las Epístolas del gran Apóstol más que del Evangelio de San Mateo, meditó durante toda su vida.

Hay dos maneras de entender esta vida en Cristo Jesús, una que puede llamarse la vía débil, que desdibuja y minimiza la enseñanza de San Pablo, y la otra, la vía fuerte, la que evoca el pasaje del P. Clérissac que acabamos de leer. No tengamos miedo de ir más allá de la verdad. Con demasiada frecuencia nos quedamos cortos.

Sí, nos quedamos cortos con la verdad cuando vemos en Nuestro Señor sólo un Maestro al que escuchar y un Modelo al que imitar. "Por su doble grandeza, dice excelentemente el padre Bernardo, Cristo nos engloba en sí mismo. Es único. Domina y vivifica a todo su pueblo. Por la grandeza de su ser, que es el ser mismo del Hijo de Dios, asume en sí mismo a todos los de su raza. Por la riqueza de su vida espiritual, puede comunicarles toda su gracia en este mundo, con su gloria en el otro. Para que él sea realmente todo en todo y nosotros seamos creados en él. Dios, que ya había compuesto todo en su Verbo eterno, el Cristo preexistente, ha recompuesto todo en su Verbo encarnado, primero el Cristo mortal y ahora el Cristo inmortal. En él se reúnen ahora todo lo divino y todo lo humano. Es como un gran ser soberano y como un gran contenedor espiritual. Toda la plenitud habita en él y nosotros estamos comprometidos con esa plenitud... Sin él no existimos, hasta el punto de que es él quien ha reconstituido nuestro destino y ha merecido nuestra gracia. Pero, por otra parte, él sin nosotros no está completo, y es frustrarle una porción de sí mismo retirarnos de su influencia, pues somos su complemento, como dice San Pablo, y él es quien se completa en todos en todos los sentidos.

"Tener esta persuasión y este sentimiento profundo de que Jesucristo continúa en cada uno de nosotros, he aquí la fuerte y, sin duda, la única manera exacta de adherirse a él. El Apóstol me enseña... que soy uno con mi Salvador sobre el modelo de un cuerpo vivo, natural y físico. Imaginemos un cuerpo "lleno de miembros pensantes". Jesús es la cabeza, pero una cabeza que está presente en todos los miembros de su cuerpo por el pensamiento muy distinto que tuvo en el pasado y que sigue teniendo hoy de cada uno de ellos, por la acción que ejerce sobre ellos con o sin intermediario y por el cuidado con que los rodea. Una cabeza, por así decirlo, extendida por todo el cuerpo, no sólo por la presencia divina que insinúa, sino también por la presencia humana que acabamos de esbozar. Y en este gran cuerpo místico, que forma el Cristo total, yo, cristiano, soy un miembro que no tiene ser, vida y movimiento sino en el cuerpo, por el principio que lo anima y para los fines que persigue[[54]](#footnote-55).

\*

\* \*

Esta doctrina, así resumida con fuerza por uno de nuestros teólogos contemporáneos, ha sido sostenida por todos nuestros teólogos desde el inicio de nuestra Orden. En tiempos del Beato Jordán, cuando el demonio atormentaba a los frailes, una vez gritó airadamente por boca de un fraile poseído: "He aquí que los encapuchados disputan si Cristo es la Cabeza de la Iglesia. Peter Lombard, en sus *Sentencias,* fue muy breve en este tema. Pero al comentarlos, San Alberto Magno trata la cuestión con una insistencia que muestra la importancia que le concede. Recibimos la gracia de Cristo no por imitación y semejanza -dice-, pues entonces podríamos recibir la gracia de Pedro y Pablo, sino por la influencia que Cristo ejerce en nosotros, una influencia similar a la que el alma ejerce en el cuerpo[[55]](#footnote-56)...". Finalmente, Santo Tomás le da (a esta cuestión) su forma definitiva", escribe el padre Mersch, S.J. "Sus sucesores, sus comentaristas, no añadirán mucho. Los tomistas, hay que decirlo en general, serán particularmente fieles al tratar la gracia de la Cabeza. Los escoceses, siguiendo al sutil doctor, no suelen decir nada al respecto. Los autores de la Compañía de Jesús, cuando vengan después, también serán breves, al menos los anteriores al siglo XIX[[56]](#footnote-57). Cómo no vamos a estar orgullosos, nosotros los tomistas y dominicos, cuando luego leemos, en la misma docta obra, las siguientes líneas: "Los autores que tienen (sobre el Cuerpo Místico) las afirmaciones más enérgicas: Santo Tomás, Cajétan, Médina, Nazario"? Los cuatro son de nuestro país.

Ahora bien, lo que los teólogos enseñaban de esta manera, lo vivían todas las almas de nuestra Orden. Toda la vida de Santa Catalina de Siena es una ilustración de esta doctrina. Cuando Jesús toma el corazón de Catalina y lo sustituye por el suyo, cuando se apodera de la voluntad de nuestra Santa para darle la suya, son fenómenos extraordinarios, sin duda, pero sólo muestran lo que sucede en ella constantemente, y más o menos en todo el "cuerpo místico de la Santa Iglesia", por utilizar los términos que ella también empleaba. Cuando la cabeza de Nicolás Tuldo, el joven condenado a muerte al que ella asiste, cae, es la sangre de Jesús la que sigue fluyendo, y ella mira religiosamente las gotas que han brotado sobre su túnica blanca.

En un momento en el que en todas partes hay un movimiento de retorno a este realismo cristiano, nosotros, hijos de una Orden que siempre ha sido fiel a él, no debemos dejarnos vencer.

Con la ayuda de nuestro Rosario, cada día, y cada año al recorrer el ciclo litúrgico, al recordar los grandes acontecimientos de la vida de Jesús, elevémonos por encima del plano en el que se sitúan los historiadores, aunque sean respetuosos con la divinidad de Cristo. Y veamos lo que realmente hay, una serie de misterios en los que todo ha sido planeado y deseado. Todo tiene un significado simbólico que hay que saber penetrar para ajustarse a él. Todo lo que precedió al último aliento de Jesús tiene un valor meritorio para nosotros[[57]](#footnote-58). Finalmente, todo es para nosotros una causa eficiente de vida, incluso lo que siguió a su muerte. Estamos enterrados con él, nuestra resurrección procede de la suya, ya estamos en el cielo en él, y por él lo alcanzaremos definitivamente. Hablando así, sólo resumo la enseñanza de Santo Tomás en la tercera parte de la Summa.

Adherámonos a Cristo, siempre vivo, ahora presente a la derecha del Padre, desde donde reza por nosotros, desde donde actúa en nosotros, con una eficacia de la que todos los rayos, antaño desconocidos y que la ciencia ha logrado captar hoy, sólo proporcionan una débil imagen. Que vivamos con el suficiente recogimiento para ser perfectos receptores de todas esas ondas que difunden su pensamiento, como nuestra venerable Esprite de Jesús, que oía constantemente a Jesús decirle: "Te estoy mirando". Que obedezcamos obedientemente a todos los impulsos que su corazón nos comunica, para que cada uno de nosotros, en nuestro propio estado, realice su idea de nosotros, y así trabajemos por nuestra parte en la realización de su cuerpo místico.

En lugar de buscar la perfección por iniciativa propia y según un plan personal, tratando de imitar a Jesús virtud por virtud, prefiramos el método que se apoya sólo en su plan y en su gracia, y en el que nos contentamos con esforzarnos por escuchar sus llamadas y obedecer todas sus exigencias. ¡Ah, esto no está exento de dificultades! También es necesario un examen, frecuente y profundo. ¿En qué punto me encuentro? ¿Cuál es mi principal preocupación? ¿La acción de Jesús me encuentra atento, disponible, obediente? ¿No me he negado formalmente, o al menos he sido inerte, a sus santas sugerencias? Entonces me estimulo, rectifico mi intención, me adapto a la obra actual de la gracia en mí. Este examen no se realiza una o dos veces al día, sino cien veces al día. Siempre que salimos del automatismo para tomar conciencia de nuestra vida, es de esperar que lo hagamos de esta manera[[58]](#footnote-59).

### Nuestro Señor en su realidad eucarística

La acción de Jesús, de la que hemos hablado, se hace perceptible a veces, llegando a nosotros por medio de ciertos signos sagrados que Nuestro Señor utiliza para tocar nuestro cuerpo y, a través de él, marcar y santificar nuestra alma. Me refiero a aquellos sacramentos por los que somos incorporados visiblemente a nuestra Cabeza.

Fieles aquí también a toda nuestra tradición dominicana, veamos en estos sacramentos algo más que meros signos evocadores de los méritos de Nuestro Señor. Son los canales a través de los cuales nos llega su gracia. Son los instrumentos que utiliza para configurarnos y conformarnos a él. Gardeil, tras recibir la Extremaunción, dijo lo feliz que se sentía al ver completada su incorporación a Cristo de esta manera.

Especialmente en los sacramentos que se utilizan con frecuencia y a diario, es importante no olvidar la presencia de Nuestro Señor. Esta presencia sólo es virtual en el sacramento de la penitencia. Sin embargo, Jesús hace sentir su verdadera influencia, no sólo en el sacerdote que absuelve y aconseja, sino en el propio penitente.

Examinemos, pues, nuestros pecados, en el espíritu que hemos dicho más arriba, bajo la mirada que fijó Pedro el renegado en el tribunal del pretorio. Para que nuestra contrición sea perfecta, unámonos al odio que Jesús sentía por la culpa de todo pecado, viendo en él una ofensa a Dios. Por último, unámonos a su voluntad de tomar sobre sí, para expiarlo, todo el castigo que estos pecados merecen. Teniendo en cuenta estos sentimientos, cuántos de nuestros hermanos, sobre todo en los primeros tiempos, recurrían diariamente al sacramento de la penitencia. Hoy, la Regla nos obliga a confesarnos al menos dos veces al mes.

Cada quincena, entramos así en nuestro interior para sacar a la luz nuestros apetitos de honor, de placer, de comodidad y de pereza, que buscan una sombra favorable para su desenfreno. Nos damos cuenta de nuestras contaminaciones positivas, nuestros pecados de omisión y su causa. Tenemos que ver todo esto con la suficiente claridad como para denunciarlo a alguien. La persona que nos escucha no tiene interés en equivocarse; juzga sin prejuicios. Además, es competente y nos ayuda a discernir mejor el mal y a encontrar el remedio. Qué ejercicio tan saludable! Es imposible en estas condiciones deslizarse insensiblemente hacia los pecados graves, imposible sobre todo dormirse en ellos. Tenemos que despertar de nuestra tibieza y avanzar hacia la perfección. Periódicamente, a intervalos bastante cortos, se rompe la fuerza de inercia que se opondría a nuestro progreso. Nos mantenemos alerta para practicar las virtudes.

Este esfuerzo psicológico, que cualquier educador recomendaría, se ve reforzado, no lo olvidemos, por la gracia de Cristo que llega automáticamente en la recepción del sacramento de la penitencia. Nos invade con mayor vehemencia cuanto más nos hemos puesto en presencia de nuestro Salvador y nos hemos unido a él para conocer mejor nuestras faltas, arrepentirnos de ellas, expiarlas y tomar resoluciones útiles. Todos serán penetrados por su inspiración[[59]](#footnote-60).

\*

\* \*

Hay otro sacramento al que, gracias a Dios, podemos acercarnos más fácilmente que nuestros hermanos mayores. La Regla nos anima a recibir la Sagrada Eucaristía todos los días. Allí Cristo Jesús está realmente presente. Entra en contacto con nosotros de forma muy real a través de su propia sustancia. Ya no es la influencia lejana de antes, como la luz y el calor que nos envía el sol. Cuando comulgo -decía Santa Rosa de Lima- me parece que un sol desciende a mi pecho.

Oculto bajo la apariencia de pan, Jesús se convierte en nuestro alimento. Todo lo que el alimento produce en nuestra vida corporal -explica Santo Tomás-, el sacramento de la Eucaristía lo confiere a nuestra vida espiritual. La preserva, alejándola del pecado mortal. La aumenta, y el crecimiento puede tener lugar sin límites hasta la perfección de la unión eterna con Dios. Él la restaura, reparando la pérdida de fuerza que los pecados veniales traen diariamente. Por último, proporciona a nuestra alma un bienestar espiritual al que la satisfacción corporal de una buena comida no puede compararse. Y todo esto se explica sin metáforas por el hecho de que la Eucaristía estimula en nosotros el fervor de la caridad. Jesús, por su contacto con nuestros corazones, es como una llama que enciende un fuego. Así, de día en día, nuestras comuniones pueden marcar el progreso de nuestra ascensión espiritual, desde el principio, cuando se trata de luchar contra el pecado para no morir, hasta la unión transformadora en la que, así como Jesús vive por el Padre y para el Padre que lo envió, quien lo come sólo vive por él y para él.

¿En qué condiciones se pueden conseguir estos maravillosos resultados? Es en la medida en que uno se acerca a la Eucaristía con dignidad, dijeron algunos. Es en la medida en que uno se acerca a ella con frecuencia, dijeron los demás. El primero hizo hincapié en las disposiciones que permiten comulgar dignamente, el segundo en la eficacia automática de la Eucaristía, que aumenta la gracia con cada comunión, y surgieron dos corrientes en la Iglesia. El primero parecía triunfar en el pasado, mucho antes que los jansenistas. Desde el siglo IX hasta el XIII, que vio nacer a nuestra Orden, las comuniones fueron cada vez más escasas. Los teólogos insistieron en la pureza y las virtudes requeridas de antemano. Uno se asombra -dice el abad Vernet- al leer en la Regla de Santa Clara, confirmada por Inocencio IV (1253), que las clarisas sólo tienen siete comuniones al año[[60]](#footnote-61).

Según la observación del mismo autor, las Constituciones de las Hermanas Dominicas establecen que pueden comulgar quince veces. Eso es un poco más. Pero aquí Santo Tomás alaba la comunión diaria en términos notables. Enseña que es útil para todos aquellos en los que aumenta el fervor de la caridad sin disminuir el respeto. El amor y el temor", dice, "están igualmente relacionados con la reverencia, el amor que insta a la comunión diaria, el temor que invita a la abstención en ocasiones; pero el amor y la confianza, a los que la Escritura nos invita constantemente, deben ser preferidos al temor[[61]](#footnote-62).

Cuando, en el siglo siguiente, Santa Catalina de Siena pidió comulgar muy a menudo, el Beato Raimundo, su confesor, accedió a sus deseos, y como la gente murmuraba, señaló que ella seguía puntualmente la doctrina de Santo Tomás comulgando casi todos los días y a veces absteniéndose de hacerlo, para acercarse al sacramento con mayor reverencia y devoción.

La llamada de los místicos de nuestra Orden que imitan a Santa Catalina de Siena, y la autoridad de nuestros teólogos fieles a Santo Tomás, ejercen una gran influencia para el retorno a la comunión frecuente. "Tauler, aludiendo al tiempo de las antiguas hermanas dominicas, decía que si la comunión quincenal les había bastado, tiempos menos buenos y almas menos fuertes exigían más comuniones[[62]](#footnote-63).

Este movimiento, como sabemos, no fructificó hasta principios del siglo XX, cuando Pío X abrió a todos el acceso diario a la Santa Mesa.

\*

\* \*

La segunda de las dos corrientes que hemos distinguido es, por tanto, la que triunfa hoy. ¿Por qué los resultados no son más evidentes? Será Santo Tomás quien nos lo explique. Nadie ha podido resolver esta cuestión mejor que él, con todos los matices deseables.

Si el carácter bautismal y el estado de gracia son suficientes para que la comunión sea válida y no sacrílega, y para que se nos conceda automáticamente un cierto crecimiento sobrenatural, éste es muy mínimo y se reduce a nuestras aptitudes, sin llegar al acto, si comulgamos con distracción. Además, si la distracción es voluntaria, hay una falta, y esta falta puede tener consecuencias desastrosas para nuestra alma que no se compensan con el mínimo aumento de aptitud sobrenatural que acabamos de mencionar. ¿No aumenta tal pecado en nosotros las malas disposiciones naturales que un día pueden llevarnos a perder la gracia? En particular, nos falta el respeto religioso. El temor de Dios disminuye poco a poco en nuestra alma. Casi inevitablemente, llegaremos a un punto en el que perderemos el capital sobrenatural que se ha amasado inútilmente y que ha quedado en nosotros casi improductivo. Entonces nos encontraremos desprovistos de todo y presa de nuestras malas inclinaciones. A esto pueden conducir años de comunión tibia, repetida día tras día. Somos como el jardinero que injerta un arbusto y al mismo tiempo fomenta el crecimiento de una planta silvestre.

¿Qué hacemos entonces? ¿Debemos abstenernos de comulgar hasta que hayamos adquirido la virtud necesaria? No. Sólo se requiere el estado de gracia. No es necesario, como se ha enseñado durante demasiado tiempo, desprenderse de todo pecado venial deliberado. Esta purificación será el fruto mismo de la comunión frecuente, dice Pío X: "Es imposible que, comulgando cada día, no se libere poco a poco de los pecados veniales y del apego a estas faltas. Pero es a condición, dice Santo Tomás, de que se comulgue devotamente, es decir, que acercándose a la Santa Mesa con una atención de fe y un afán de amor, se ponga respetuosamente a disposición de Nuestro Señor para hacer su voluntad. En la medida en que, en el momento de recibir la Comunión, te establezcas en estos sentimientos, la Comunión produce en ti una verdadera reforma real, y así producirá gradualmente los admirables frutos que Nuestro Señor y la Iglesia esperan de ella.

Si no ves estos resultados en ti mismo, si, por ejemplo, no eres capaz de suprimir un determinado apego desordenado, cuidado, la razón es probablemente que estás comulgando de forma rutinaria y distraída. Por lo tanto, aplícate a despertar la devoción en tu corazón. Nada contribuye mejor a ello que la meditación sobre la bondad y los beneficios de Dios contrapuestos a tu miseria y a la necesidad que tienes de someterte a Él. En la práctica, bastará con seguir bien la misa desde el principio, bien con la ayuda de la letra del misal, bien uniéndose de forma general a nuestra adorada Cabeza que en el altar rinde su homenaje a su Padre y que nos atrae a esta consagración de nosotros mismos a Dios por él, con él y en él.

Puede ser bueno, para romper la rutina y despertar nuestra alma, abstenerse de la comunión a veces. Todo lo que estimula el deseo santo y expande el corazón prepara para una comunión fructífera. Para tener la luz", dice Santa Catalina de Siena, "cada uno trae su propia vela, más o menos fuerte. Es a través del santo deseo, enseña, que nuestra vela aumenta de volumen y recibe una mayor luz". Cuanto más grande es la embarcación que se lleva al mar", comenta Luis de Granada, "más agua trae de vuelta". El océano es inagotable; es nuestra capacidad la que está limitada, y a menudo, por nuestra culpa, excesivamente limitada.

Para honrar a este océano de gracias y fuente de luz, Cristo Jesús realmente presente en la Eucaristía, algunas congregaciones de nuestras Hermanas han organizado en sus conventos una guardia continua de adoradores. El P. Tomás Stella fundó, en 1538, en nuestra iglesia de Santa María de la Minerva, la Cofradía del Santísimo Sacramento, que hoy se extiende por todo el mundo. Pero, sobre todo, Santo Tomás compuso el Oficio del *Corpus Christi,* que es una obra maestra universalmente admirada, especialmente aquellos himnos que el Papa Benedicto XIII consideró "incomparables y casi divinos". Cuando las cantamos a coro en las procesiones solemnes o en la ceremonia más íntima de un saludo, cuando meditamos en silencio su *Adoro te*, durante una visita solitaria a la Hostia del Sagrario, ¡que la alegría de pensar que estamos utilizando un bien de familia ayude a que nuestra devoción a Nuestro Señor florezca y crezca constantemente!

## Artículo III La Santísima Trinidad

Jesús mismo es sólo el camino. Pero no se para en un camino. Uno pasa a través de él para llegar a la meta. La meta suprema a la que nos conduce Jesús se identifica con el primer principio, desde el que se puso a buscarnos: es la Santísima Trinidad. Desde la Santísima Trinidad hasta la Eucaristía, por la que Cristo Jesús, realmente presente en la tierra, hace partícipes a los hombres de su vida, éste es el camino por el que el amor divino desciende hasta nosotros. De la Eucaristía a la Trinidad, éste es el camino ascendente por el que el amor divino nos arrastra, de comunión en comunión, hasta participar en la vida de los Tres, en la eterna beatitud[[63]](#footnote-64).

Si esto es así, un alma cristiana debe tener en su corazón una especie de nostalgia y una gran esperanza. Como un niño que nunca ha visto a los padres a los que debe su nacimiento, pero que lleva en su interior la firme confianza de que los volverá a encontrar al fin, se preocupará por ellos, y recogerá cuidadosamente todo lo que le ayude a formarse una idea de este Dios en tres Personas, que es el principio de su existencia y el fin de su destino.

Desgraciadamente, demasiadas almas, entre las mejor intencionadas, se contentan con pensar con miedo en la Ley divina que se nos impone como condición de salvación, y no se complacen en meditar en la vida íntima de Dios. Hablan de él como los judíos antes de la venida de Nuestro Señor, si no como los filósofos de los últimos siglos. Para estos últimos, Dios no es más que una abstracción. Para ellos, Dios era como una sola persona formidable, aislada en el trono de su eternidad. Pero sabemos que la naturaleza divina se cumple en tres Personas, que son el Padre, el Hijo y su Espíritu de amor, y no es posible que nuestra conducta no se vea afectada por ello.

El venerable cardenal Mercier, dirigiéndose a sus sacerdotes durante un retiro, les reprochaba que no hicieran "este misterio de la Trinidad... el objeto predilecto de su oración, el fundamento de su vida, la preocupación dominante de su enseñanza[[64]](#footnote-65)". Los sacerdotes pertenecientes a nuestra Orden no deben ser objeto de los mismos reproches, ni nuestros terciarios deben carecer de gusto por tales temas de meditación. Santa Catalina de Siena, nada menos que Santo Tomás, ya no los reconocería como propios.

\*

\* \*

Sigamos, pues, al divino Maestro con los primeros discípulos. Veámoslo en vivo y escuchémoslo. Manifiesta gradualmente al Padre en el cielo. Se revela como un Hijo de Dios, muy aparte, el unigénito al que el Padre le comunica todo. Por último, al final de su vida, habla de otro consolador que, junto con el Padre, enviará para recordar sus enseñanzas y conducirlos a la verdad. "Id y enseñad a todas las naciones y bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Santo Tomás, a su vez, nos ayudará, por analogía con la vida de nuestro espíritu, a concebir algo de la vida íntima de este Espíritu soberano que toma conciencia de sí mismo y se ama. Lo hace con tal plenitud que este conocimiento y este amor dan como resultado personas en él que son similares e iguales en todo a la fuente de la que emanan. Desde toda la eternidad, Dios se conoce a sí mismo y se expresa completamente en una sola idea, que es su Palabra, su imagen perfecta, su Hijo. E inmediatamente el Padre y el Hijo, contemplando su indivisible perfección en el otro, se enamoran mutuamente con un amor en el que toda su sustancia sigue presente... Nuestro gran doctor, dictando sus pensamientos sobre este magnífico tema, entró en éxtasis y no se dio cuenta de que la vela que tenía en la mano le estaba quemando los dedos.

Santa Catalina, la humilde terciaria, que ni siquiera había aprendido a leer y escribir, no dictó nada más claro y ferviente que sus elevaciones a la Santísima Trinidad. "¡Oh Trinidad eterna, una sola Deidad! Una esencia en tres personas Eres una vid con tres ramas, si me permites decirlo. Hiciste al hombre a tu imagen y semejanza, para que, por las tres potencias que posee en una sola alma, llevara el sello de tu Trinidad y de tu Unidad. Por estas tres facultades no sólo se asemeja a ti, sino que se une a ti. Por la memoria, se asemeja y se une al Padre, a quien se atribuye el Poder. Por la inteligencia, se asemeja y se une al Hijo, a quien se atribuye la Sabiduría. Por la voluntad, se asemeja y se une al Espíritu Santo, al que se atribuye la Clemencia y que es el Amor del Padre y del Hijo.

Es en el secreto de la vida trinitaria donde hemos sido conocidos y predestinados. San Pablo escribió esto al principio de su carta a los Efesios. Santa Catalina lo dice con otras palabras. En el día en que se celebra la Anunciación, nuestra Santa se expresa así: "Oh Trinidad incomprensible, en el gran consejo eterno tu sabiduría vio todo lo necesario para la salvación del hombre, tu misericordia lo quiso y hoy tu poder lo ha realizado. Así, en este consejo, el Poder, la Sabiduría y la Clemencia se han puesto de acuerdo para salvarnos...

Es en el misterio de la Santísima Trinidad donde estamos llamados a vivir eternamente para gozar de la misma beatitud de Dios, asociándonos por nuestra inteligencia a la generación del Verbo y por nuestro amor a la procesión del Espíritu Santo. Después del gran éxtasis de octubre de 1378, en el que Catalina había recibido tantas luces y en cinco días dictó el *Diálogo*, gritó: "Oh Trinidad eterna, oh Deidad, naturaleza divina, Deidad que diste tanto precio a la sangre de tu Hijo, Trinidad eterna, eres un océano sin fondo, en el que cuanto más me sumerjo, más te encuentro, más te busco de nuevo. El alma nunca está satisfecha de ti; se llena de ti en tus profundidades, pero sin saciar nunca su sed, pues sigue deseándote, oh Trinidad eterna, quiere verte en tu luz. Como el ciervo suspira tras el agua viva de los manantiales, así mi alma desea salir de la oscura prisión del cuerpo para verte en verdad. Oh, ¿hasta cuándo estará tu Rostro oculto a mis ojos, Trinidad eterna?

Al participar ahora en la vida de la Trinidad, que habita personalmente en ellos para justificarlos, los predestinados avanzan hacia su glorificación. Sintiendo en sí misma la presencia vivificante de las tres Personas divinas, la mente de Santa Teresa no descansó, según nos cuenta, hasta que un teólogo de la Orden de Santo Domingo le explicó que verdaderamente la misma Santísima Trinidad habita en el alma en estado de gracia[[65]](#footnote-66). Nuestra Orden siempre contó con tales teólogos para explicar esta doctrina en profundidad a las almas fervorosas, comentando los artículos de Santo Tomás sobre las misiones divinas.

Que todos la vivamos, a ejemplo de nuestra madre Santa Catalina, tanto en los actos de nuestra piedad privada como en los ejercicios de nuestro oficio litúrgico.

\*

\* \*

Sobre todo nuestro oficio litúrgico reina la Santísima Trinidad. El Adviento está especialmente dedicado al Padre, que envía a su Hijo para salvarnos. Desde la Navidad hasta la Ascensión, seguimos al Hijo a través de sus diversos misterios. Luego viene Pentecostés y la misión del Espíritu Santo. Finalmente, como fiesta culminante, llegamos al domingo de la Santísima Trinidad. Y así como la primera parte del año nos lleva a ella poco a poco, toda la segunda parte está en nuestra liturgia dominicana sólo el tiempo después de la fiesta de la Trinidad.

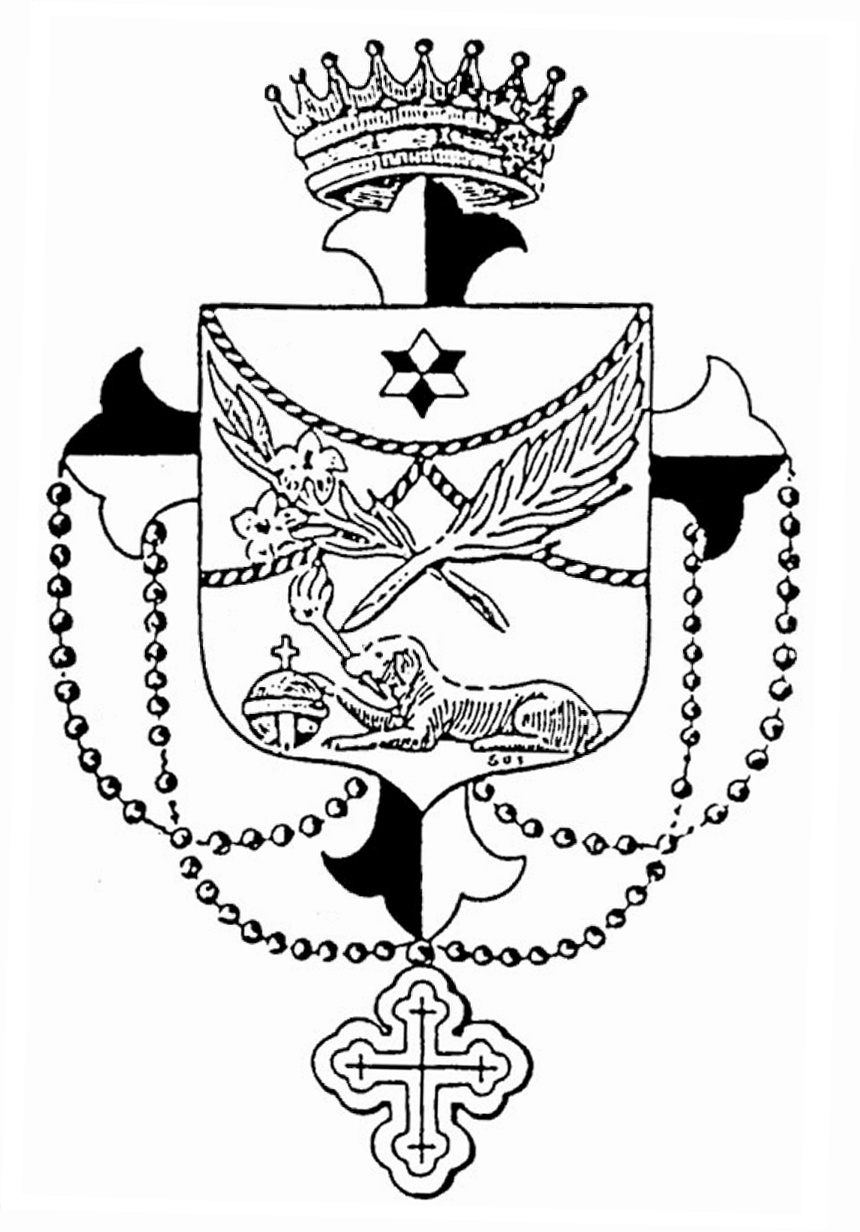
En la vida de nuestro venerable Bartolomé de los Mártires, se dice que después de los Maitines de la Santísima Trinidad, absorto en la contemplación de este misterio, ya no podía encontrar su celda. Volvió al dormitorio como un ciego, repitiendo con admirable unción la última antífona de Laudes: "*¡Ex quo omnia, per quem omnia, in quo omnia, ipsi gloria in sæcula!* De él proceden todas las cosas, por él vienen todas las cosas, en él están contenidas todas las cosas. A él la gloria por los siglos de los siglos.

Dos prácticas nos resultarán especialmente queridas y, mientras las observamos con fervor en el Oficio Divino, nos gustará volver a ellas con devoción en nuestra vida privada: la señal de la cruz y el *Gloria Patri*.

Por la señal de la cruz profesamos pertenecer a Cristo, único mediador, y nos configuramos con él en su misma actitud de Redentor, pero es para actuar con él en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Qué hermoso gesto inaugural antes de emprender cualquier acción significativa! Nos comprometemos decididamente con la intención misma de estos tres que nos han predestinado y que, presentes en nosotros, apoyan nuestros esfuerzos.

¿Qué fórmula más hermosa podría haber para poner el sello final a nuestras obras que "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo"? Nos unimos no sólo a todos los que en la tierra alaban a la Santísima Trinidad, sino también a la gloria que Él encontró en sí mismo antes del principio de las cosas, y que seguirá encontrando allí cuando ya no haya tiempo. Esta es la gloria que esperamos compartir en el cielo.

A Santo Domingo le gustaba hacer la señal de la cruz. Cuando viajaba, se le podía ver desde lejos firmando piadosamente. Asimismo, escribe Thierry d'Apolda, "recomendaba a los frailes que se humillaran ante la Santísima Trinidad cuando decían solemnemente: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Y esta forma de inclinarse profundamente (que hemos conservado en nuestra liturgia) fue la primera de sus devociones.



# Capítulo IV Nuestro oficio canónico

## Artículo I La liturgia dominicana

La Regla de la Tercera Orden propone "la oración asidua y, en la medida de lo posible, litúrgica" como medio principal para alcanzar nuestro objetivo de santificación individual y de irradiación apostólica (III, 3). Y más adelante, en el capítulo sobre el rezo del Oficio, determina que el Oficio de la Santísima Virgen María debe rezarse "según el ritual de la Orden" (VI, 28).

¿Así que la Orden tiene un ritual litúrgico particular? Sí, basta comparar nuestros libros de Oficios con los del Rito Romano para ver que no siempre coinciden. Del mismo modo, cuando se asiste al Santo Sacrificio de la Misa, uno se da cuenta rápidamente de que los Padres Dominicos no celebran como los demás sacerdotes.

Algunas personas se sorprenden por esto. Algunos, que, como nosotros, no tienen ninguna razón especial para acoger con simpatía todas las costumbres de nuestra Orden, se escandalizan incluso al ver que nos singularizamos de esta manera. ¿Por qué no entrar completamente en la unidad?

¿Unidad? Nuestra Orden fue la primera en sentir la necesidad de ello. Y es por haberlo conseguido primero por lo que hoy destaca entre los demás. La Iglesia romana, además, no quiere ver sacrificadas esas riquezas que, incluso en Occidente, son fruto de las diversas liturgias que allí florecen, y entre las que la liturgia dominicana ocupa un lugar especial.

Al principio de la Orden", dice Humbert de Romans, "había mucha diversidad en la Oficina. Los frailes que Santo Domingo había dispersado tan rápidamente, en agosto de 1217, por todos los países de la cristiandad, tuvieron que adaptarse a las liturgias de los lugares donde se habían establecido, que variaban considerablemente de un país a otro.

La Orden pronto sintió los inconvenientes de esta diversidad. Los religiosos, por razones de estudio, de predicación o de gobierno, pasaban con frecuencia de un convento a otro, de una nación a otra. Qué difícil fue adaptarse a una nueva liturgia cada vez! Los frailes que se reunían para un capítulo general estaban acostumbrados a las mismas inclinaciones en el coro que Santo Domingo les había enseñado, pero no los mismos salmos, ni las mismas lecciones, ni las mismas antífonas y respuestas para el Oficio. En la misa, las diferencias eran aún mayores.

Para obviar este inconveniente se decidió proceder a la unificación. Los propios fieles, los que frecuentaban nuestras iglesias, sentirían una verdadera satisfacción durante sus viajes al encontrar en todas partes en la casa del Predicador las mismas ceremonias que conocían y amaban. Un símbolo vivo de la fraternidad católica, más íntima entre los que se unieron a la familia dominicana.

La unificación no fue fácil y tardó veinticinco años en completarse. Según el padre Mandonnet, "la primera tentativa se hizo ciertamente antes de 1235 y probablemente después de 1230. Esta primera constitución de la liturgia dominicana siguió siendo la base de las reformas posteriores, que no parecen haberle aportado ninguna modificación esencial[[66]](#footnote-67).

Sin embargo, la obra, tal y como se produjo, no satisfizo a todo el mundo. ¿Quién se sorprenderá? El Capítulo de 1245 nombró a cuatro religiosos de las provincias de Francia, Inglaterra, Lombardía y Alemania para corregir y armonizar el oficio. Colaboraron en Angers, y los tres Capítulos Generales de 1246 a 1248 aprobaron su trabajo. Sin embargo, como la obra había suscitado numerosas quejas dentro de la Orden, el Capítulo de Londres de 1250 ordenó a los cuatro correctores que se reunieran de nuevo en Metz para revisar su trabajo.

Humberto de Romans, provincial de Francia, que había participado en la revisión de la liturgia llevada a cabo en su provincia y en la que había tenido que colaborar, fue elevado en 1254 a la jefatura de la Orden e hizo que el Capítulo General le encargara "toda la ordenación del Oficio Eclesiástico". En el Capítulo de París de 1256, Humberto escribió su encíclica anual a la Orden, en la que anunciaba la realización de la reforma litúrgica. Un volumen monumental, obra maestra del arte parisino del libro a mediados del siglo XIII, fue compuesto para ser el modelo al que debían ajustarse todas las copias. Depositado primero en el colegio de Saint-Jacques de París, la casa más importante de la Orden, se encuentra hoy en Roma, en el archivo general de los Frailes Predicadores.

En 1267, el Papa Clemente IV aprobó nuestra liturgia. Desde entonces, no ha sufrido ningún cambio importante. Cuando San Pío V, en 1570, impuso el Breviario y el Misal romanos a toda la Iglesia, hizo una excepción con las liturgias que tenían doscientos años de antigüedad. Esta era precisamente la liturgia dominicana.

\*

\* \*

Se ha dicho que nuestra liturgia se inspiró en el Oficio Galicano, y más concretamente en el parisino. Al haberse unificado en Francia y bajo la influencia del francés Humbert de Romans, no hay razón para sorprenderse. Pero algunas de nuestras costumbres que encontramos en la liturgia galicana pueden haber llegado a ella desde la antigua liturgia romana. En cualquier caso, de los trabajos del padre Laporte y del padre Rousseau se desprende que la liturgia dominicana es esencialmente romana. Las peculiaridades que encontramos en él son sobre todo usos antiguamente seguidos en las basílicas romanas, y que no se han conservado en el breviario y misal propios de la curia pontificia, de los que procede el ritual romano actual.

Los Hermanos Menores, buscando también la unificación de su liturgia, adoptaron este Misal y Breviario de la Curia Romana. No contentos con adoptarlas, las adaptaron a su modo de vida y las popularizaron en todo el mundo. Estos libros, así reelaborados por los franciscanos, fueron impuestos por el Papa Nicolás III en las iglesias de Roma en 1277, hasta que se hicieron obligatorios en todas partes bajo San Pío V. Así, varias costumbres claramente romanas desaparecieron de Roma, pero permanecieron aquí.

Los ritos de la misa dominicana, en particular, "se han mantenido muy cerca de los antiguos ritos basilicales y han conservado su majestuosa simplicidad[[67]](#footnote-68)". El introito es realmente el canto de entrada. El celebrante y los ministros no se dirigen hacia el altar hasta que el coro haya retomado el introito. El celebrante permanece sentado en el banco desde las oraciones hasta el canto del Evangelio. Es allí donde, después de la epístola, el subdiácono viene a adornar el cáliz. En la misa baja, lo hace el sacerdote nada más llegar al altar, antes de comenzar la misa con el *Confiteor*. El sacerdote ofrece tanto el pan como el vino. Tras la consagración, reza con los brazos extendidos, casi en forma de cruz. Se pueden observar otras diferencias siguiendo la misa en el misal.

El Oficio también tiene sus peculiaridades: por ejemplo, los cinco salmos *Laudate* para las primeras vísperas de las fiestas de todos los días, un responsorio después del capitular, varios himnos y antífonas, especialmente los de las Completas de Cuaresma, "que la Orden de los Frailes Predicadores ha sabido conservar como tantas otras cosas bellas", escribe un liturgista[[68]](#footnote-69). Después de los laudes en el Oficio de Tinieblas, cantamos en coro dramáticas y conmovedoras invocaciones a Cristo. Nuestra *Libera* también se ve aumentada con versos conmovedores.

Los dos coros se turnan para estar de pie y sentados durante la salmodia, para recordarnos que la Orden es a la vez activa y contemplativa. Esta salmodia no debe prolongarse. Breve, sucinta, viril, esta es la manera que pretendía el propio Santo Domingo. Las inclinaciones profundas vuelven a menudo, especialmente en cada *Gloria Patri*, para postrar todo nuestro ser ante Dios y darnos el sentimiento religioso de su excelencia soberana y de nuestra dependencia.

Dos pequeñas líneas para terminar este artículo. La beata Catalina de Racconigi, sufriendo por no saber leer, obtuvo del cielo el poder de leer el Oficio litúrgico dominicano, pero nada más, "Nuestro Señor testificando por esta restricción", dice Juan de Réchac, "que ya que era hija de la Orden, no debía usar más oraciones y oficios que los de la Orden".

El beato Juan Dominici, que tanto se esforzó por poner fin al gran cisma de Occidente, no creía que estuviera perjudicando la unidad de la Iglesia al aferrarse a nuestro ritual particular. Y cuando se le ofreció el cardenalato, aceptó sólo con la condición de mantener la liturgia de la Orden.

## Artículo II La misa y el oficio

### El Santo Sacrificio

"Los terciarios se esforzarán por asistir todos los días al Santo Sacrificio de la Misa y por seguir al sacerdote en el altar con atención y piedad. Así lo dice la Regla (VII, 33). Vuelve a hablar de ello en relación con la reunión mensual de la Fraternidad, prescribiendo que se aproveche la reunión para oír misa juntos (XVII, 65). Preciosas recomendaciones cuya brevedad no debe ocultar su importancia.

El sacrificio es el acto más hermoso de la religión. Y la Misa es el Santo Sacrificio de nuestra religión cristiana, la continuación y expansión a través de los tiempos, a través del mundo, del Sacrificio que nuestro Sumo Sacerdote ofreció a su Padre al morir en la Cruz.

Como hicieron los primeros hijos de Adán, según el relato bíblico, como hacen todavía los pueblos más primitivos, y como debe hacer toda alma religiosa en cualquier grado de civilización material que haya alcanzado, buscamos una ceremonia simbólica para expresar a Dios nuestra religión.

Elegimos lo que mejor representa nuestra existencia, el pan con un poco de vino. ¿No es esto el producto de nuestro trabajo diario? ¿No es este nuestro alimento diario? Sí, trabajamos perpetuamente para ganarnos el pan, y con ese pan mantenemos constantemente nuestra vida. Luego vamos a los templos que hemos erigido a nuestro Creador. Habiendo retirado un poco de este alimento humano de todo uso profano, lo consagramos a Él en un hermoso gesto de ofrenda. En vasos de oro el sacerdote eleva el pan y el vino al cielo. Y esto significa que nuestra existencia depende exclusivamente de Dios y que nos complace reconocerlo.

Cuando los pastores, con los mismos sentimientos, ofrecieron un cordero de su rebaño, llegaron a inmolarlo y reducirlo a cenizas. Este holocausto expresó de la mejor manera posible que no somos nada ante Dios. Toda nuestra vida es un regalo de su bondad. Además, al haber abusado de este don por nuestras faltas, somos indignos de que nos lo siga dando. Sí, Dios podría haber pedido a Abraham que sacrificara a su propio hijo y a sí mismo. Pero se contentó con un holocausto simbólico.

\*

\* \*

Un día, sin embargo, un niño pequeño, sostenido en las manos de su madre como un altar, entró en el Templo de Jerusalén y se ofreció a Dios su Padre, para ser verdaderamente sacrificado en lugar de todas estas víctimas inferiores. Más tarde, Juan el Bautista dijo de él, señalando a la multitud: "He aquí el Cordero de Dios, que lleva sobre sí todos los pecados del mundo. Como cabeza de toda la humanidad, como lo había sido Adán, Jesús, queriendo salvar lo que el otro había perdido, se ofreció en nombre de todos nosotros y derramó toda su sangre en el altar de la Cruz.

Dirigió este gran drama como una santa liturgia. "Este es mi momento... Lo que tienes que hacer, hazlo rápido... Buscáis a Jesús de Nazaret, soy yo, dejad que los demás se vayan... No tendrías poder sobre mí, tú que me condenas a muerte, si no te lo hubieran dado desde arriba. Se entrega a los verdugos que son los instrumentos inconscientes de sus designios, y él mismo ofrece su alma a Dios, lanzando un gran grito que domina todos los de los corderos de la Pascua que se sacrificaban a la misma hora en el Templo judío.

Oh, el grito de esta sangre derramada, que se eleva al cielo, ¿cómo podemos expresar su profundo significado? "Padre, aquí estoy, el verdadero Rey de todos estos hombres, como está escrito en mi cruz; reconozco que sólo tú posees el ser, y que, pecadores, no tenemos razón de ser; por eso, tomando sobre mí todos los pecados, desde el de Adán hasta el último del mundo, acepto la muerte para expiarlos todos. Este fue el acto de amor religioso y satisfactorio que, elevándose por encima de los crímenes de los verdugos y de los sufrimientos de Jesús, fue agradable al Padre celestial. Y fue porque previó esto desde la creación del mundo que miró con complacencia, rodando por la inmensidad, este pequeño globo del que se elevaba hacia Él el perfume de tal incienso. Todos los demás planetas y todos los soles no cuentan al lado de esta humilde tierra.

Fue en previsión de este Sacrificio que Dios acogió a los de la antigua Ley; y desde el día en que aquél se consumó, no quiso otros sino para recordarlo, perpetuarlo y difundirlo.

El propio Jesús se encargó de ello. Aquella noche en que fue traicionado -dice San Pablo- instituyó la Eucaristía. Su muerte estaba en su mente, inspiraba cada una de sus palabras y gestos. "Ansiaba hacer esta Pascua con vosotros antes de sufrir mi Pasión", dice al comienzo de la Última Cena, y cuando Judas sale a consumar su crimen, grita: "Ahora el Hijo del Hombre ha sido glorificado y Dios ha sido glorificado en él. Entonces, tomando el pan en sus santas y venerables manos, y mirando al cielo, dio gracias y dijo: "Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Luego tomó la copa de vino y dijo: "Esta es mi sangre, que se derrama por muchos para el perdón de los pecados. Sopesemos todas estas palabras, que hacen lo que dicen, y veamos que Jesús se presenta a sus discípulos en la misma actitud de su Sacrificio de la Cruz. Bajo la apariencia de pan y vino, su cuerpo está como desangrado por un lado, y por el otro se derrama su sangre. El gran Sacrificio se realiza ya por una misteriosa anticipación.

Ahora bien, lo que la Última Cena anticipó, lo perpetuará la Misa, esa Misa que los apóstoles y sus sucesores celebrarán por la orden que Cristo les dio aquel día: "Haced esto en memoria mía...". "Anunciaréis siempre la muerte del Señor", escribió San Pablo a los Corintios unos quince años después. Del mismo modo que Jesús, en la última noche de su vida, había puesto ya a los discípulos en presencia del sacrificio redentor que se consumaría al día siguiente, la consagración eucarística reunió a los corintios y a todos los cristianos de todos los tiempos en presencia del mismo sacrificio.

La Misa, como la Última Cena, nos lleva a la cumbre del Calvario. El sacerdote es el mismo en la Última Cena, en la Cruz, en nuestras iglesias. Es el propio Jesús. El que vemos en el altar es sólo su ministro. Calificado por el carácter de la orden para servir a Cristo, le presta su espíritu, su voz, sus manos. Todo sucede como en la Última Cena. *Gratias agamus Domino Deo nostro.* Y la oración de acción de gracias, que dio nombre a la Eucaristía, continúa. Sobre el pan y el vino que hemos traído al altar, se pronuncian palabras graves. ¿Por quién? Por el hombre que encontramos en la calle, por el que llamamos Padre X., Padre Y.... Sí, pero sobre todo por Jesús que habla con su propia boca y que hace su propio cuerpo de nuestro pan y su propia sangre de nuestro vino.

Nuestro Señor, verdaderamente presente en nuestro altar, bajo la apariencia de una víctima inmolada, continúa el mismo acto de amor que fue expresado tan elocuentemente en su muerte en la Cruz. Dios, desde las alturas de su eternidad, ve a la vez el humilde sacrificio de la misa a la que asistimos y aquel en el que su Hijo murió de verdad, y aplica a nuestras almas los méritos que Jesús ganó de una vez para toda la humanidad.

Pero la condición es que asistamos a esta misa en espíritu y no sólo en cuerpo, que estemos atentos a ella, siguiendo con devoción en el altar al sacerdote que sube en nuestro nombre. Cuando ofrezca este pan y este vino, no olvidemos que es nuestra misma vida la que representa, apliquémonos religiosamente a hacer pasar toda nuestra alma por este ofertorio, y Jesús ocupando el lugar de nuestra pobre oblación simbólica, nuestra alma será atraída por él, con él y en él, formando el conjunto un solo homenaje, magnificado, espléndido, digno de Dios al fin y aprobado por él.

Nuestros santos tenían un sentido de estos misterios. El beato Marcolin, cuya vida se había convertido en una oración continua y que permanecía incesantemente absorto en Dios, sólo recuperaría el uso de sus sentidos para escuchar la campana que sonaba en el momento de la elevación. Luego, volviendo en sí, corría a postrarse ante el Santísimo. Nuestro Padre Santo Domingo derramó abundantes lágrimas desde el momento de la consagración hasta la comunión. Los frailes que le servían en la misa los veían resbalar por los ornamentos sagrados. "Uno no esperó al otro. No menos viril que él, un Santo Tomás, un San Vicente Ferrier, también lloró al celebrar la misa.

En una época en la que "los sacerdotes y los religiosos no decían misa todos los días, Santo Domingo, por devoción, ya había adoptado la práctica de la celebración diaria. Fue fiel a ella incluso cuando viajaba, y sabemos que fomentó esta santa costumbre, pues el 6 de mayo de 1221 obtuvo del Papa la autorización para que sus frailes celebraran en un altar portátil. El fundador de los Predicadores contribuyó así de manera muy eficaz a introducir el uso de la misa diaria en la Iglesia[[69]](#footnote-70).

Si nuestra salud o nuestros deberes de estado nos impiden ir a la iglesia todas las mañanas, que nuestra alma acuda al menos en el momento en que la campana advierte al país circundante del misterio divino que allí se está realizando. Pero si podemos, aunque sea levantándonos media hora antes, no dejemos de asistir al Sacrificio divino que dará a toda nuestra jornada su orientación religiosa.

Imitemos, si se nos permite este favor, el afán de nuestros primeros hermanos por servir a la misa. "Era a quien pedía el honor de asistir al celebrante", dice Gerard de Frachet. Al propio Santo Tomás le gustaba dar las gracias sirviendo otra misa.

Cuando asistimos a la misa como cuerpo el día de la reunión mensual, es importante que todos participemos en la santa liturgia. Cómo podemos permanecer allí como meros espectadores, cuando somos los actores del gran drama. Este sacrificio no es sólo del sacerdote, sino también nuestro. *Orate, fratres, ut meum ac vestrum sacrificium...* Ya no somos catecúmenos. Nuestro carácter bautismal nos capacita para unirnos al ministro sagrado para ser ofrecidos por él y para ofrecernos a nosotros mismos. Como signo de esta participación, debemos tomar parte en el *Confiteor* al principio y en todo el diálogo que tiene lugar durante la Misa, recitando el *Gloria*, el *Credo*, el *Sanctus* y el *Agnus* con el sacerdote. Todos nosotros, miembros de la misma Fraternidad, en comunión con la Santísima Virgen, con Santo Domingo, con todos nuestros santos, y especialmente con aquellos a quienes recordamos en este día, *communicantes* et *memoriam venerantes*, dejémonos llevar por Nuestro Señor, en él y con él, en el más bello movimiento de religión y de amor a Dios que pueda concebirse.

Finalmente, después de que la comunión eucarística haya sellado esta santa liturgia, iremos a nuestros deberes, que serán como la continuación de nuestra misa. "Yo, que he participado en el Sacrificio divino, ¿puedo permitirme esto? No. Entonces que esto quede excluido de mi vida. ¿No debería, por el contrario, incorporarse a ella? Sí, porque es un sacrificio que Cristo Jesús quiere unir a los suyos y transformar, como la gota de agua que cayó en el vino se convirtió en vino, y el vino se convirtió en la sangre de Jesús mismo.

Si no nos es dado, como a tantos de nosotros, derramar toda nuestra sangre por Cristo de una vez, ofrezcámosla al menos día a día y gota a gota. Cuenta Gerardo de Frachet que un hermano que acompañaba a San Pedro de Verona en la predicación le pidió que le enseñara una oración. Esta -respondió- es la que más me encanta y conmueve: cuando resucito el Cuerpo de Cristo o lo veo resucitar por otros sacerdotes, ruego al Señor que no me permita morir nunca más que por la fe. Siempre he rezado esta oración.

\*

\* \*

### II El oficio de la misa

La misa es el centro del culto católico. Hubo incluso una época en la que abarcaba la totalidad del culto. Hoy sigue dominando y organizando toda nuestra Oficina en torno a ella.

Sería interesante seguir el movimiento de concentración de la liturgia en la misa durante los primeros tiempos de la Iglesia, y luego, a lo largo de los siglos, la formación de las distintas horas canónicas, que se separan de la misa sin dejar de girar en torno a ella. Evocar en unas páginas toda esta historia no será inútil para ayudar a nuestros terciarios a comprender nuestro oficio y a desempeñarlo bien.

Los primeros cristianos de Jerusalén siguieron asistiendo al templo a las horas oficiales de oración: por la mañana (a la tercera hora), al mediodía (que era la sexta) y al atardecer (la novena). Al igual que los piadosos israelitas alejados de la Ciudad Santa, como Daniel exiliado en Babilonia, también subían a su habitación superior para rezar a las mismas horas. Un día, a la hora sexta, San Pedro aparece rezando en la terraza de Simón el curtidor en Jope. Nuevos pensamientos deben haber ocupado su alma. ¿No fue la hora en que Jesús fue crucificado, como no lo fue la hora de su muerte, y la tercera la hora de la venida de su Espíritu Santo? Pronto la *Didaché* recomendaría recitar el *Padrenuestro* tres veces al día.

Los judíos dispersos por todo el mundo también se reunían en las sinagogas, especialmente el sábado. Una reunión se celebró por la mañana y otra por la tarde. La reunión de la mañana fue, con mucho, la más importante. No había sacrificios ni oblaciones como en el templo único, sino canto de salmos, lecturas de las Sagradas Escrituras seguidas de un comentario y, finalmente, oraciones. Jesús había participado en esas reuniones en Nazaret. San Pablo fue allí a predicar el Evangelio. La obstinación de la mayoría de los judíos le obligó a renunciar a ella.

Así que los cristianos se reunieron en la casa de uno de ellos para asistir a su liturgia. Una liturgia similar a la de los judíos: salmos, lecturas comentadas, oraciones. Sólo se cantaban preferentemente los salmos relativos al Salvador, y se añadían nuevos himnos. A los libros del Antiguo Testamento se unieron poco a poco nuevos escritos redactados por los apóstoles de Cristo Jesús, que se leían no menos religiosamente. Los comentarios fueron inspirados por el espíritu del Señor. El *Pater era la* oración habitual.

Pero un rito distinguía sobre todo a los cristianos, un rito que se convertiría en el núcleo de toda su liturgia. Consistía en reproducir los gestos sagrados que el Salvador había realizado en la Última Cena: tomar el pan, bendecirlo y partirlo, decir las mismas palabras de Jesús. En Jerusalén, nos dicen los primeros capítulos del libro de los Hechos, realizaban esta *fracción del pan por la* noche en casas particulares.

Entre los seguidores del cristianismo en todo el mundo, ésta era la gran ceremonia del día de reposo. Mientras que entre los judíos la asamblea de la mañana había sido siempre la principal, entre los cristianos la reunión de vísperas, que era la del rito eucarístico, era naturalmente la más frecuentada. Pronto, por diversas razones, fue el único que se atendió.

¿El otro servicio iba a desaparecer? No, porque se añadió a la Cena Eucarística, que también necesitaba preparación. Por otro lado, la comida, que dio lugar a abusos ya señalados por San Pablo, fue finalmente suprimida. La mesa se convirtió en nada más que un altar. Reunidos en torno a ella, la gente cantaba y rezaba mientras esperaba la oblación. Así se formó el anticipo, que en nuestro rito dominicano la presentación del vino y el agua desde el principio soldó al resto de forma más completa, pero que sin embargo parece bastante distinto del Santo Sacrificio. Además, la reunión se prolongaba hasta bien entrada la noche, para conmemorar en particular la resurrección del Salvador, y así el rito eucarístico pasaba del sábado al día siguiente, que se llamaba día del Señor, o domingo. Aunque en algunos aniversarios la gente seguía velando durante toda la noche, pronto se conformó con reunirse antes del amanecer como algo normal.

Así, el anticipo no es otra cosa que el Oficio concentrado que se exige a todo cristiano cada domingo por la mañana. Si es un pecado mortal faltar al Santo Sacrificio llegando a la iglesia después del ofertorio, el pecado, aunque venial, no es insignificante si no se llega a tiempo para participar en las lecturas y oraciones preparatorias.

\*

\* \*

Ahora veremos florecer la Oficina en torno a la misa. Después de las persecuciones romanas, cuando se construyeron magníficas basílicas, se formaron grupos de almas fervorosas para asistir a la vigilia dominical con mayor asiduidad, e incluso para hacer esta vigilia diariamente. En las iglesias, los laicos de buena voluntad, los "ascetas", las "vírgenes", se reunían durante la noche, y los clérigos presidían la salmodia. A partir del siglo V, todo el salterio se distribuía a lo largo de la semana. Un día, señalémoslo de paso, fue la misma preocupación la que distribuyó todo el salterio de la Virgen, es decir, las 150 *Avemarías* agrupadas por decenas, a lo largo de la semana para los cofrades del Rosario.

Después de los maitines, señalados por el primer canto del gallo, las alabanzas divinas se entonaban al amanecer (Laudes). Al anochecer, cuando la estrella Vesper comienza a brillar y se enciende la lámpara, se celebra un nuevo servicio (Vísperas o Lucernario). Los monjes en su convento también se reunían a tierce, sexte y none. Finalmente, entre ellos nacieron los ejercicios de Prima y de Completas, que eran la oración del levantamiento y la distribución del trabajo, la recomendación del alma a Dios antes del descanso nocturno. Así se cumplieron en la Iglesia las palabras del salmista: "Siete veces al día te alabo, Señor.

Durante la segunda mitad del siglo VII, comenzó a difundirse la costumbre de unir el Oficio diario de la Santísima Virgen al ordinario[[70]](#footnote-71). Se compuso sobre el mismo modelo, y también fue similar en sus diferentes horas al anticipo.

Los maitines, sobre todo, contienen los mismos elementos que la antigua vigilia del servicio eucarístico, del que el prólogo es el resumen. Encontramos la salmodia, las lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento, la homilía, los responsorios y, finalmente, el *Te Deum*, un canto de acción de gracias como el prefacio y el canon de la misa. Lo único que falta es la consagración. La oración con la que finaliza cada hora nos remite también a la oración eucarística, pues es ofrecida como ella al Padre, por Jesucristo Nuestro Señor, en la unidad del Espíritu Santo.

Los dominicos y las dominicas, después de levantarse para los maitines, comenzaron inmediatamente el oficio de la Virgen, y con este oficio terminaron las completas de la noche, coronando el conjunto con *la Salve Regina.* Los domingos y días festivos, e incluso todos los días de Adviento y Cuaresma, los terciarios gustaban de acudir a sus iglesias para participar en este Oficio. Pero su propio Oficio consistía en recitar diariamente *Paters* y *Aves* correspondientes a las diferentes horas canónicas. Al ser la mayoría analfabetos, no podían hacerlo mejor.

Para no perder el precioso tiempo que requiere el estudio, Santo Domingo, según el Beato Humberto de Romanos, quería que comenzáramos a rezar los Maitines de la Santísima Virgen mientras nos vestíamos. Hoy en día las necesidades de estudio no han hecho más que aumentar, y la actividad externa nos ocupa tanto más cuanto menos numerosos son los obreros apostólicos. Por eso Pío X suprimió, incluso para nosotros, la obligación del Oficio diario de la Santísima Virgen, que los sacerdotes seculares no rezaban desde hacía varios siglos.

Un pensamiento debe consolarnos, y es que al mismo tiempo el nivel de educación ha subido entre nuestros Terciarios y que la mayoría de ellos prefieren ahora rezar el Oficio de la Santísima Virgen en lugar de los Patenôtres. Esta es incluso la norma en muchas congregaciones de la Tercera Orden. Se aplicará con mucho más cuidado si se piensa en sustituir a los Padres en esta función. Así, gracias a nuestros Terciarios, la Orden permanece siempre fiel a unir al gran Oficio el pequeño Oficio de la Santísima Virgen, su augusta patrona. Esto es exactamente lo que recitaban los primeros frailes predicadores. Un detalle lo demuestra. El *Ave María* al principio y al final de cada hora no termina con el *Sancta Maria* que se introdujo más tarde y se encuentra en el Rito Romano.

Que nuestros Terciarios, al igual que nosotros, cuiden de mantener todo su Oficio en íntima conexión con la Misa. Que sea el escenario del Santo Sacrificio. Las distintas horas canónicas comparten el día. Maitines, Laudes, Prima y Tercia preparan gradualmente el alma para la misa. La sexta, la nona, las vísperas y las completas son como una extensión de esto. En los conventos, todo este Oficio se canta alrededor del altar. Cuando no podemos hacer lo mismo, dejemos que nuestros pensamientos y nuestros corazones se dirijan al menos hacia el tabernáculo, y que toda la secuencia de horas nos ayude a comulgar con las disposiciones del Verbo Encarnado, nuestro Sumo Sacerdote, nuestra hostia salvadora, que se inmola ante nosotros en el Santo Sacrificio y se comunica con nosotros para atraernos perfectamente a su religión.

Para recompensar a Santa Catalina de Siena por vivir en tales sentimientos y para penetrar en ella más profundamente, Jesús venía a veces visiblemente a rezar las horas canónicas con ella...

### IIIExcelencia de nuestra Oficina

Decimos "Nuestra Oficina", y con ello queremos decir que de todas nuestras funciones ésta es la más importante. Es nuestra Oficina por excelencia.

También se le llama "el Santo Oficio", porque nuestras otras ocupaciones, por muy importantes que sean, son más o menos profanas, aunque todas deban estar dirigidas a la gloria de Dios, pero ésta es esencialmente una alabanza divina.

Incluso decimos "el Oficio Divino". De hecho, nuestra Oficina es divina. Dios es entonces el objeto que ocupa nuestra mente y nuestro corazón. Ocupación divina. Dios mismo no hace nada más grande que contemplarse y amarse a sí mismo. Crear y gobernar el mundo no cuenta para él en comparación con este acto que constituye su vida íntima desde toda la eternidad. Del mismo modo, hay que decir que crear la más bella obra de arte humana o trabajar por la civilización del mundo tiene poca importancia para nosotros en comparación con este magnífico uso de nuestras facultades. No podemos aspirar a nada más perfecto que unirnos a Dios con el pensamiento y el amor.

Esto puede hacerse fuera de la Oficina, sin duda. Pero en ningún lugar lo hacemos mejor que en nuestra Oficina. Porque, en ese momento, no estamos abandonados a nuestras facultades personales, a nuestro pobre discurso humano. Es el mismo Espíritu de Dios el que se insinúa en nuestra alma y la utiliza como un instrumento bien afinado para el culto divino, es el mismo Espíritu de Dios el que pasa por nuestros labios para celebrar la alabanza divina.

El Espíritu de Dios ha encontrado en medio del tiempo, en la humanidad del Salvador Jesús, el instrumento perfecto de la alabanza divina. David, a quien nuestros santos han amado tanto y que tantas veces interviene con Nuestro Señor en los desposorios espirituales u otros favores concedidos a nuestros santos, David sólo era la figura de Cristo cuando expresaba en sus salmos los diversos sentimientos de su alma. Así que Jesús los hizo suyos desde su infancia en la sinagoga de Nazaret. En el templo de Jerusalén, le gustaba oírlas con más cuidado. En la Última Cena cantó los salmos del hallel. Y sus palabras supremas en la cruz fueron entonar el salmo *Deus, Deus meus,* que su alma tuvo que continuar en un tono bajo y que su estado de crucificado realizó exactamente, como si David lo hubiera visto con sus propios ojos muriendo en aquellas torturas.

Incorporados a Jesús por el carácter sacramental que nos da el poder de participar en el culto que él rinde a Dios, sacamos de la comunión eucarística la gracia de hacerlo cada vez más dignamente. Reunámonos, si no en la realidad como nuestros hermanos de la iglesia conventual, al menos en el espíritu, en torno al altar donde se renueva cada mañana el Sacrificio del Calvario, y, en unión con nuestro maestro de coro, con la misma intención que él, celebremos la alabanza divina.

Hay salmos que sólo son adecuados para él; y los decimos como si le prestáramos nuestra voz, como hace el sacerdote en la consagración eucarística. Hay muchas más que sólo nos convienen a nosotros; pero las dice también con nosotros, él que es la Cabeza de todos nosotros, él que derrama su espíritu por todos sus miembros y los identifica consigo mismo.

Un sacerdote que fue el honor de nuestra Tercera Orden, el hijo espiritual de la Madre Agnès de Langeac, M. Olier, escribió unas espléndidas actas para el Santo Oficio de las que extraigo estos pasajes Olier, escribió para el Santo Oficio unas espléndidas actas de las que extraigo estos pasajes: "Dios mío, que te deleitas y te complaces en Nuestro Señor Jesucristo, que es el único que te rinde, por la virtud de tu divino Espíritu con que fue colmado, todo lo que los santos profetas y patriarcas, todo lo que los apóstoles y sus discípulos, todo lo que los ángeles del cielo y los santos de la tierra te han rendido de honor y de alabanza; expresa en nuestras almas y en toda tu Iglesia lo que sólo él te rinde perfectamente en el cielo. Deja que la Iglesia, oh Señor Jesús, expanda lo que has encerrado en ti solo, y que exprese fuera de sí esa religión divina que tienes para tu Padre en el secreto de tu corazón, en el cielo y en nuestros altares[[71]](#footnote-72).

Toda la Iglesia le debe a Dios un tributo de alabanza y necesita hacerle súplicas. Pero ¡qué pocos de sus fieles participan en el cumplimiento de este gran deber! La mayoría de ellos, aunque lo piensen, tienen poco tiempo para ello. Así que algunos de ellos son elegidos, exentos incluso de los cuidados humanos, y consagrados a esta función. Representan a toda la Iglesia ante Dios.

Nosotros, los miembros de la Orden de Santo Domingo, estamos entre ellos. Nuestras monjas viven, como los Padres, bajo la Regla Canónica de San Agustín. Nuestras monjas, que son realmente canonesas", escribió el padre Lemonnyer[[72]](#footnote-73), "están especialmente designadas por la Iglesia para celebrar el Oficio Divino en el coro. ¿Pero los terciarios? Los terciarios deben, en la medida de lo posible, participar en el espíritu de la Orden. Santa Catalina de Siena, como sabemos, se sentía muy atraída por el rezo de las horas canónicas. Un número determinado de *Pater ocupó el* lugar del Oficio Eclesiástico para los terciarios analfabetos. Hemos visto cómo el Oficio de la Santísima Virgen era más que eso, una parte real de ese Oficio. La Primera y la Segunda Orden estaban obligadas a ello, y ahora es la Tercera Orden la que lo realiza de buen grado. A Santa Catalina le gustaba reunirse con los frailes de San Domenico, y también le gustaba levantarse por la noche y comenzar sus oraciones cuando las de ellos terminaban y descansaban.

*Virum canonicum auget in apostolicum,* dice la Iglesia de nuestro Beato Padre Santo Domingo. Se convirtió en apóstol sin dejar de ser canónigo. Este es el complejo espíritu de su Orden. Y el apostolado al que se dedican los frailes predicadores es una razón más para participar en la gran oración de la Iglesia. Cuando se ha experimentado lo necesaria que es la oración para el verdadero éxito de la predicación, se comprende por qué Santo Domingo, a pesar de las dificultades del Oficio Coral para Predicadores, estaba absolutamente decidido a conservar esta obligación para ellos, y encargó a las Hermanas que colaboraran en este apostolado a través del mismo Oficio. Es la intención apostólica de su oración lo que merece sobre todo su nombre de Hermanas Predicadoras. También los terciarios, que tienen derecho a este nombre, tienen el deber de contribuir a la santa predicación añadiendo su Oficio de oración.

Por lo tanto, aunque estemos aislados en la recitación de nuestro oficio, tiene una utilidad pública. La Orden, toda la Iglesia, alaba y reza por nuestra boca. Señor, podemos decir como el sacerdote en el altar, no mires mis pecados, sino la fe de tu Iglesia, de la que soy intérprete.

\*

\* \*

Procuremos, sin embargo, realizar este Oficio digna, atenta y devotamente, siguiendo las tres palabras de la oración que se nos aconseja decir al principio, *digna, espera y devoción*.

Con dignidad, es decir, en una actitud marcada por el respeto ante la Majestad de Dios. Con qué cuidado se regulaba esta actitud en el ceremonial dominicano! Uno se arrodilla, se pone de pie, se sienta, se levanta, se inclina más o menos profundamente en el nombre de la Santísima Trinidad, de Jesús, de María, de Domingo, observa las pausas en medio de los versos. Estas reglas deben seguirse en el rezo del Oficio en el coro. Sin embargo, siguiendo el ejemplo de San Raimundo, hay que conformarse con ellos incluso en lo particular.

Atención: estemos lo más atentos posible al significado de las palabras que pronunciamos. "Piensa en tu corazón lo que dice tu boca", recomienda San Agustín en su Regla. Estemos atentos sobre todo -dice Santo Tomás- al Dios al que nos dirigimos[[73]](#footnote-74). Debemos cuidarnos de ser como esos sacristanes de los que hablaba el Beato Jordán de Sajonia, tan acostumbrados a pasar delante del altar que ya no se dan por enterados. Despertemos en los lugares adecuados, especialmente en el *Gloria* y en algunos de los versos más queridos y sabrosos. La beata Osanna de Mantua, que atestigua en sus cartas un raro conocimiento de las Sagradas Escrituras, lo debía sobre todo al Oficio litúrgico con el que alimentaba su mente. A este respecto, cabe señalar que, para el rezo privado del Oficio de la Santísima Virgen, se puede utilizar una traducción a la lengua vulgar aprobada por la autoridad legítima.

Devoción: más que una inteligencia atenta, hay que llevar al Oficio un corazón ferviente, una voluntad deseosa de rendir homenaje a Dios. Se cuenta en las Vidas de los Hermanos que uno de ellos vio un día a la Santísima Virgen llamando al deber a los que rezaban descuidadamente sus Maitines: "*¡Fortiter! Fortiter"*, dijo. "¡Más alto! Con espíritu". La venerable madre Antonieta de Sainte-Croix († 1619), monja del monasterio de Sainte-Catherine, fundado en Toulouse por el padre Michaelis, estuvo toda su vida tan cordialmente aplicada a cantar las alabanzas de Dios, que no fue demasiado sorprendente encontrar, varios años después de su muerte, su lengua todavía fresca como si acabara de morir, habiendo querido Dios con este prodigio mostrar cuán agradable le había sido la devoción de esta hermana.

Si se recita así de bien, nuestro Oficio diario nos proporciona un excelente medio de progreso moral. Para demostrarlo, bastaría con mostrar su gran valor meritorio. ¿No es un excelente ejercicio de amor a Dios y, por lo mismo, una fuente de vida para todas las virtudes morales que anima la caridad? También podríamos recordar su eficacia para obtener cada día las gracias reales que estimulan, sostienen y hacen fructificar nuestros esfuerzos hacia el bien. Me contentaré con subrayar una ayuda muy concreta que el Oficio, junto con la Santa Misa, nos aporta naturalmente. Con Jesús en la Misa, con María durante el Oficio, con los santos cuya memoria recordamos cada día en el Oficio y en la Misa, nos mantenemos en una sociedad edificante que dificulta el pecado y facilita la práctica de la virtud.

Charles Péguy había soñado, se dice, con un hermoso poema que no tuvo tiempo de ejecutar: Un hombre tentado de cometer un gran pecado iba a escribir una carta con esta intención. Pero justo cuando iba a ponerle fecha, consultó el calendario y, al ver que era el día consagrado a cierto santo, sintió lo odioso de su acción y dio un paso atrás. El día siguiente fue otro día de fiesta, igualmente prohibitivo. Y así sucesivamente... Sin salir de nuestro calendario dominicano, también tenemos cada día santos que nos dan su saludable aviso, siempre que conozcamos sus vidas y estemos atentos a escucharlos.

¿Qué es este libro que nunca dejas? -preguntó el beato Francisco de Capillas, el mandarín que estaba a punto de presidir su martirio y que buscaba la fuente de la fuerza que mostraba el confesor de la fe. Léanos un poco. Francisco lo abrió al azar y se encontró con el martirio de Santa Catalina de Alejandría, patrona de nuestra Orden. Poco después, él mismo iba a escribir con su sangre una nueva página de nuestro breviario y la primera del martirologio chino.

\*

\* \*

Esta moraleja que nuestra Oficina nos predica cada día está lejos de ser desagradable. Hay, para los que entienden, una belleza incomparable en esta selección de poemas religiosos, en esta secuencia de alabanzas y súplicas que evocan los sublimes coloquios entre Dios, Jesús o María, y las grandes almas que son el honor de la humanidad.

El lirismo de los salmos nunca ha sido superado, y a pesar de la traducción latina, a veces defectuosa, conservan el valor esencial de su ritmo, pues éste existe sobre todo entre las ideas, los sentimientos, las imágenes, que se responden en expresiones paralelas, que se hacen eco unas de otras, por así decirlo, como rimas; y, por lo general, la salmodia coral acentúa y multiplica el encanto de este paralelismo.

Finalmente, aunque los himnos del Oficio de la Santísima Virgen no caracterizan las diversas horas con el mismo cuidado que los del gran Oficio, las partes sucesivas de este pequeño Oficio corresponden, del mismo modo, a los diversos momentos del día y de la noche, y, cuando se recitan a tiempo, con exactitud, se les puede aplicar las palabras del Sabio: "Como un fruto de oro en una bandeja de plata es una buena palabra dicha en el momento oportuno".

## Artículo III La continuación de las Horas

### I La oficina nocturna

La noche ha llegado. Es la hora del descanso después de todos los trabajos del día. Los fieles que han asistido a las Completas en las iglesias conventuales o que se han unido a ellas desde lejos con su oración vespertina, han podido decir a aquellos a quienes la Iglesia encarga oficialmente la oración canónica, este último salmo de la liturgia del día: "*Ecce nunc benedicite Dominum*, a ti te corresponde seguir bendiciendo al Señor. Vosotros que estáis en la casa de nuestro Dios, durante la noche levantad las manos hacia el santuario y bendecid al Señor.

Los hombres y mujeres religiosos rezarán, pues, en lugar de todos aquellos que aprovechan la noche para descansar en la inconsciencia y el olvido de Dios, por no hablar de los que abusan de la noche para ofenderle.

Algunos de nuestros conventos se levantan justo a medianoche, cumpliendo al pie de la letra la palabra del salmista: "*Media nocte surgebam ad confitendum nomini tuo:* en medio de la noche me levanté para alabar tu nombre, Señor". Otros van al coro a las 2 o a las 3. A Lacordaire le hubiera gustado fijar el servicio nocturno a las 4 horas y terminarlo al amanecer con los laudes, lo que hubiera estado en consonancia con la antigua tradición cristiana. En muchos conventos, por el contrario, el tiempo de Maitines y Laudes se toma desde las primeras horas del descanso nocturno.

A los terciarios les gusta unirse a sus hermanos y hermanas en la oración a diferentes horas de la noche.

La oscuridad cubre la tierra. El hombre está naturalmente invadido por un terror secreto. Siente cada vez más su debilidad. Aquí está solo, rodeado de misteriosos poderes capaces de aplastarlo silenciosamente. Instintivamente, se refugia en el pensamiento del Creador que tiene todas las fuerzas del mundo en su mano. El salmo *Venite exultemus* nos invita a confiar en el Dios todopoderoso y bueno por el que se guía nuestra vida, al tiempo que nos prohíbe severamente desconfiar de él. Si nos permitimos desconfiar, seremos castigados como los judíos, que no pudieron entrar en la tierra prometida, y perderemos nuestro destino eterno.

Es tanto más fácil elevar el alma a Dios cuando las sombras y el silencio parecen borrar la realidad de todas esas pobres cosas tan llamativas y ruidosas que forman nuestro estrecho horizonte del día. En esta hora, levantando la mirada hacia el cielo infinito, nos ponemos en presencia de Aquel que es el único que existe verdaderamente. "Los cielos declaran la gloria de Dios", dice uno de los salmos que vamos a recitar. Lo proclaman de día con mil voces resonantes. Lo repiten en confianza por la noche. Noche querida por las almas contemplativas. Noche favorable a los secretos divinos susurrados al oído del corazón.

Otro de los salmos de nuestros Maitines es el salmo por excelencia de la noche. David, que era pastor y había velado tantas veces por su rebaño, gritó:

Cuando contemplo los cielos, obra de tus dedos,

La luna y las estrellas que has colocado allí,

Lo que el hombre debe recordar,

¿El hijo del polvo para que te importe?

Nuestro Señor también disfrutó del ambiente religioso de la noche. Por la noche, subió a las cumbres, como para estar más cerca del Padre en el cielo. Ascenso simbólico. Subamos a la cumbre espiritual de nuestra alma, unámonos a ese Cristo transfigurado en el Monte Tabor en medio de su oración, o desfigurado en el Monte de los Olivos mientras también oraba. Compartamos su intención de glorificar al infinitamente santo Padre celestial, al tiempo que clamamos por la misericordia del mundo pecador. *Domine, in unione illius divinæ intentionis qua Ipse in terris laudes Deo persolvisti, has tibi horas persolvo.*

\*

\* \*

Después de los versos introductorios del Oficio, nos inclinamos profundamente y decimos *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto*. Este es el fin de nuestro Oficio Divino desde el principio, puesto ante los ojos de nuestra alma. Para que permanezca siempre en nuestra perspectiva, esta *Gloria* volverá periódicamente y en particular al final de cada uno de los salmos. Estos serán los momentos elegidos para reorientar nuestra intención, y si es necesario para despertar nuestra alma. Se cuenta en la vida del venerable Bartolomé de los Mártires, que cuando rezó el *Gloria* sintió tal ardor en su alma y experimentó una alegría tan viva, que la expresión de su rostro se transformó por completo.

A continuación, la invitación determina el objeto de nuestra adoración y alabanza. *Regem Virginis Filium...* El Rey, Hijo de la Virgen, ven, adorémoslo. Aunque estemos solos en nuestra habitación, formamos parte de un coro invisible, compuesto por todos nuestros hermanos y hermanas, y nos exhortamos unos a otros a presentar nuestros respetos al Verbo encarnado en el seno de María.

El salmo *Venite exultemus fue* elegido para desarrollar el invitatorio. Pero esta invitación, que se repite después de cada una de sus estrofas como un estribillo, no deja de aportar nuevas determinaciones al salmo y de aplicarlo a nuestro Oficio. En este preciso papel que se le asigna, nos inspirará, por su primera parte, un gran deseo de alabar a Dios como se merece, y, por la segunda, una viva aprensión de abusar de las gracias divinas cumpliendo nuestra santa función con un corazón indiferente. Las almas disipadas no entrarán en el lugar de descanso divino del que habla nuestro salmo. No serán agraciados con esa unión mística que es en la tierra un anticipo del cielo.

El himno suele exponer el misterio que se celebra, que el invitador ha resumido en una breve fórmula. Nuestro himno, en una serie de antítesis, fija la atención de nuestra mente y los afectos de nuestro corazón en la encarnación del Dios Todopoderoso en el seno de la humilde Virgen María:

¡La madre feliz! Esta es su función

Para contener en el arco de su vientre

El artesano celestial que sostiene el mundo

Entre los dedos de su mano.

\*

\* \*

Los tres salmos que forman el cuerpo de nuestros Maitines están tomados del primer nocturno del Gran Oficio de la Virgen. En el Rito Romano, los de la segunda y tercera se utilizan de la misma manera. De tres en tres, comparten la semana. Si podemos lamentar la ausencia, en nuestro pequeño Oficio Dominicano, del salmo *Eructavit,* que, mejor que ningún otro, se adapta a la Santísima Virgen, debemos alegrarnos de repetir cada día estos tres salmos, que se encuentran entre los más bellos del salterio.

El primero canta al Dios Todopoderoso que hizo al hombre rey de la creación. El siguiente salmo celebra al Señor por haber producido el sol, que ilumina la naturaleza material, y por haber dado a los hombres su santa ley, que ilumina las almas. El último salmo tiene también un doble tema: expone las cualidades requeridas para la admisión al nombramiento que Dios da a los hijos de Israel en su templo, y evoca la entrada triunfal de Dios en este mismo templo. En Jerusalén, era un canto procesional. Dos coros se respondieron mutuamente, primero subiendo por las laderas de Moriah, luego desde el exterior hasta el interior del templo, como hacemos en la puerta de nuestras iglesias el Domingo de Ramos[[74]](#footnote-75).

Además de este significado literal, nuestros tres salmos contienen un significado espiritual. Es decir, las realidades significadas por su misma letra representan realidades superiores que el Espíritu Santo tenía en mente cuando inspiró al escritor sagrado. Él mismo nos lo asegura a través de otras páginas de la Sagrada Escritura o de la voz de la Iglesia.

El hombre, al que Dios había hecho rey del mundo, cayó. Pero un nuevo Adán ha llegado. Él es Cristo Jesús. Como dice la Epístola a los Hebreos, ha sido rebajado un poco y durante un tiempo por debajo de los ángeles. En el Huerto de los Olivos, en esta misma hora en la que estamos rezando, un ángel debe consolarlo. Pero cuando su Pasión termina, es coronado con gloria y honor, y todo se somete a su imperio para siempre. Y es a través de él que, a pesar de nuestra decadencia, llegamos a ser capaces de gobernar el mundo. Todo es nuestro y será para nuestro beneficio, si somos de Cristo. Por eso debemos repetir con todo nuestro corazón el estribillo de este magnífico canto: Señor, Señor nuestro, ¡qué glorioso es tu nombre en el vasto universo!

En el siguiente salmo, según la interpretación de la Iglesia en la liturgia navideña, el sol simboliza a Jesús. Sale como un novio de su casa, el vientre de la Virgen, donde se ha casado con nuestra naturaleza, y todo el género humano disfruta del resplandor de su luz y su fuerza.

El último salmo también tiene un significado místico. Celebra la entrada triunfal de Nuestro Señor en el cielo y, para empezar, en nuestro propio corazón, donde se inaugura la gloria celestial por la gracia. Las puertas que dan acceso a ella son el intelecto y la voluntad. Que se abran en la fe, en la confianza y en el amor, ante el Rey de la gloria que ha vencido los poderes del mal. Busquemos ahora el rostro de Dios, cuya revelación nos establecerá un día en la felicidad eterna. Esforcémonos por cumplir las condiciones de pureza que Dios establece para sus favores espirituales.

Después de los salmos, nos dirigimos a la Virgen María. Al convertirse en la Madre del Salvador, fue, por ese mismo hecho, la Madre de la gracia. *Maria, mater gratiæ.* Por eso es nuestra Madre en la vida sobrenatural. Ella continúa en nosotros, miembros de Cristo, colaborando en el desarrollo de la vida que comenzó en su seno el día de la Anunciación.

El Oficio no es más que una secuencia de alabanzas y oraciones a la Madre divina. Es sencillo, es filial, es conmovedor para nuestro corazón y para el suyo. Las lecciones son especialmente dulces y acariciadoras para el corazón maternal, y nuestro corazón de hijo de María se deleita con estos pequeños poemas.

Todo termina con el *Te Deum*, que muy probablemente era originalmente una fórmula de acción de gracias que acompañaba a la consagración de la Eucaristía, algo así como lo que ahora llamamos el prefacio y el canon de la Misa. Es bien sabido que el canon no se fijó invariablemente al principio. Este *Te Deum nos* remonta, pues, a los primeros siglos de la Iglesia, cuando los cristianos cerraban la vigilia litúrgica, base de nuestro Oficio nocturno, con la fracción del pan. Se les acusó de ser una raza que rehúye la luz. Pero sabemos, como ellos, que en la noche, que es propicia al recogimiento, brilla una luz superior para nuestras almas.

Los maitines deben ser para nosotros como una misa espiritual, nuestra misa vespertina, donde preparamos nuestras almas para la misa de la mañana.

### Oración matutina del IIL

Se ha convertido en costumbre unir los Maitines y los Laudes, que juntos forman el Oficio nocturno, y la Regla de nuestra Tercera Orden observa que este Oficio puede rezarse por la tarde o por la mañana. La tarde es más adecuada por los Maitines, la mañana es más adecuada por los Laudes. Según se considere la primera o la segunda parte de este Oficio, se preferirá uno u otro momento. Pero también es posible separarlos y, habiendo rezado Maitines antes de ir a dormir, volver a poner Laudes al despertar. Pío X, que autoriza esta separación, ha señalado en su reforma del breviario cómo los maitines deben concluirse con la oración de laudes en este caso.

En la antigüedad, cuando, por una u otra razón, los maitines terminaban antes del amanecer, los laudes no comenzaban hasta que salía el sol. Este es un punto de la Regla de San Benito (cap. VIII), que era especialmente aplicable en las largas noches de invierno. San Juan Crisóstomo ya había alabado a los ascetas y a las vírgenes que, permaneciendo en el mundo, se reunían en la iglesia para la santa vigilia al primer canto del gallo. "Ellos alaban a Dios con los ángeles, sí, con los ángeles, mientras nosotros, los hombres del mundo, seguimos descansando o medio despiertos, pensando sólo en nuestros miserables planes. Sólo al amanecer descansan, y de nuevo, en cuanto sale el sol, comienzan a rezar de nuevo y a realizar sus laudes matutinos[[75]](#footnote-76).

Una palabra con la que comienza uno de los salmos, al menos en el texto latino, marca el tono de todo el Oficio: "*Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo:* Oh Dios, Dios mío, me despierto a ti al amanecer. Esta es la palabra que nos gustará decir como oración eyaculatoria cuando salgamos del sueño. Lo saborearemos de antemano para aplicarle toda nuestra alma en el momento de la salmodia.

\*

\* \*

En el Gran Oficio, desde que intervino Pío X, los salmos de Laudes varían de un día a otro. En el Pequeño Oficio de la Virgen seguimos recitando los salmos que, antes de esta reforma, se habían convertido prácticamente en una práctica diaria en el Gran Oficio, y que ahora, como en los primeros tiempos, son poco más que los salmos de Laudes del domingo. Si hay ventajas en la variación diaria, es difícil, por otra parte, encontrar cada día, para alabar a Dios, una opción tan excelente, tan apropiada, como la que tenemos. Podremos juzgar.

La noche termina. El alma piadosa se despierta con los primeros rayos del día.

Toma conciencia de todas las criaturas que la rodean, así como del Creador que las hizo y las renueva constantemente. Se siente reanimada por la actividad de Aquel que nunca duerme. Durante toda la noche, Dios ha velado por ella y la ha recreado de alguna manera.

Un alma humana tuvo una vez la intuición de esta gran obra mejor que cualquier otra, es el alma de Cristo Jesús entrando en el mundo, *ingrediens mundum, según la* palabra de San Pablo. Dijo a su Padre: "Me has dado un organismo corpóreo; aquí estoy, para usarlo para hacer tu voluntad.

Debemos unirnos a estas disposiciones de nuestra Cabeza, prestar nuestra alma a la influencia que emana para nosotros de la suya, y celebrar con ella al Dios que reina sobre sus criaturas en su soberana belleza. *Dominus regnavit, decorem indutus est.*

La estabilidad de la tierra firme, los grandiosos y regulares vaivenes del mar, nos dan una idea de su perfecta inmutabilidad, así como de su incesante y nunca monótona actividad.

Pero la Iglesia, que él fundó y que ninguna tormenta puede destruir, nos da una visión aún mejor de su poder y santidad.

El segundo salmo es un canto de júbilo. El alma, que se despierta toda limpia y fresca, pero sobre todo feliz de sentir a Dios presente, grita de alegría. Se dirige a todo el mundo. *Jubilate Deo omnis terra.* Tres llamadas a la alegría, motivadas por otras tantas razones, seguidas de una triple invitación a alabar a Dios, igualmente motivada, así es este salmo. Se asemeja al *Venite exultemus del* comienzo de Maitines y cumple la misma función.

Así que aquí estamos, con estos dos primeros salmos, colocados en la presencia de Dios e invitados a bendecirlo.

Con la tercera, tenemos la expresión perfecta de nuestra oración matutina. Oh Dios, Dios para el que fui hecho y al que puedo llamar mío, Dios mío, ¡cómo te busca mi alma! ¡Cómo tiene sed de ti! Este anhelo está en la raíz de toda verdadera oración; es este anhelo el que nos lleva por la mañana al santuario para contemplar a Dios y dirigirse a su misericordia; es este anhelo el que nos permite continuar nuestra oración a través de todas las actividades de la vida cotidiana hasta la hora del descanso nocturno.

*Adhæsit anima mea post te.* Mi alma se ha unido a ti. Gracias a ti, no teme nada.

\*

\* \*

El alma humana no está sola. Aquí llama a todas las criaturas a bendecir y alabar al Señor con ella. Es aquí donde el título de esta parte de nuestra Oficina encuentra su justificación. Estos son verdaderos laudes. *Laudes* significa alabanza.

Un alma dominicana recordará con provecho a Santa Rosa de Lima abriendo la puerta de la casa de su padre a primera hora de la mañana para ir a su ermita. En cuanto entró en el jardín, gritó: "Árboles, plantas, hierbas y flores, ¡bendigan a su Creador! Este celo agrada al Señor, que muestra su satisfacción con un notable milagro. Inmediatamente todas estas criaturas insensibles se agitan y compensan con su movimiento la voz que les falta. Los árboles agitan sus ramas, los arbustos inclinan sus tallos hacia el suelo como si adoraran a su Creador.

Si intentamos recitar la *Benedicite* con el fervor de Santa Rosa.

Las criaturas celestiales, las terrestres, son a su vez convocadas a participar en la alabanza divina. Les prestamos un alma para celebrar al Señor, o más bien nos hacemos intérpretes de los que no tienen alma para dar gracias a ese Creador al que nos ayudan a conocer mejor. Pero entre las criaturas hay algunas que son inteligentes como nosotros, algunas incluso más que nosotros, dotadas de diversas cualidades que las hacen aptas para este oficio. A ellos, a los ángeles del cielo, a los sacerdotes de la tierra y a todas las almas santas de arriba y de abajo, les pedimos que nos ayuden a dar dignas gracias al Señor.

Ni las flores ni las frutas se mencionan en el *Benedicite*. Pero aquí, en el capitulum, se designa a la Santísima Virgen bajo la imagen de la vid, cuya flor da un perfume tan penetrante y que da los mejores frutos. Y esto es un hermoso complemento de la *Laudato* y la *Benedicita*.

Tras el himno a la Mediadora celestial, el *Benedictus* de Zacarías vuelve a expresar los mismos sentimientos. Este cántico, que la Santísima Virgen pudo haber oído cantar al padre del Precursor, agradece al Dios de Israel por haber cumplido sus grandes promesas. Ha enviado su luz divina desde lo alto, una luz difícilmente comparable con la de nuestro sol naciente. El Mesías viene a iluminar a los que están sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Dirige sus pasos hacia el camino de la paz.

Observemos aquí de nuevo que en el himno a la Santísima Virgen, hace un momento, se hablaba de ella como la aurora que abre la puerta al sol. Todo es mañana en estos laudes.

Y tú, hijo mío -añadió Zacarías, mirando al pequeño Juan Bautista-, irás delante de la faz del Señor para preparar sus caminos, para dar a todos el conocimiento de la salvación que el sagrado corazón de nuestro Dios nos concede.

Santo Domingo fue otro gran precursor. Nuestro Señor le encomendó la misión de preparar su venida al mundo. Y es con esto en mente que lo recordamos aquí, y luego a sus hijos, todos los santos Predicadores. Por eso rezamos para que los apóstoles sigan siendo siempre numerosos y celosos en nuestra Orden, y para que seamos los primeros en seguir sus enseñanzas. También es costumbre hacer una memoria especial del santo de nuestra familia religiosa, que se celebra en esta fecha, entre Santo Domingo y todos nuestros santos.

Con los laudes termina la parte de nuestro oficio que pertenece a la noche y que es sobre todo contemplativa. El día ha llegado con todas las labores que favorece. Dichosos los Predicadores cuya actividad no es más que la salida de su contemplación, y cuya vocación es revelar a Dios a las almas para que éstas puedan contemplarlo fácilmente a su vez. Felices incluso los terciarios, si, fieles al espíritu de la Orden, tratan de conservar, a través de todo, el recuerdo y la necesidad de la contemplación divina. Recordando los laudes de la mañana, cuiden de hacer buen uso de toda criatura para continuar en sus diversos empleos el *Benedicite* que sus labios han pronunciado. De lo contrario, las alegres alabanzas darían paso a los gemidos de una naturaleza violada por los pecadores, esos gemidos que el alma de San Pablo percibió.

Es para ofrecer modelos para nuestra actividad que, en el gran Oficio de Predicadores, se lee el martirologio, en el que se citan nuestros santos y beatos en el orden del día. A esto se añade la lectura de un pasaje del Evangelio o de la Regla que debe regir toda nuestra vida como regía la de ellos. En Navidad, un padre da incluso una homilía. Este es el último vestigio de una costumbre que existía para muchas fiestas al principio de nuestra Orden[[76]](#footnote-77). Entre los viejos monjes, el abad daba sus piadosas recomendaciones y distribuía a cada uno el trabajo del día.

Todos los santos enumerados en el martirologio llevaron una vida cristiana perfecta, o incluso una vida dominicana, y la terminaron con una muerte preciosa ante Dios. Los invocamos para que nos ayuden a imitar su valor, su paciencia, su trabajo perseverante, y, sostenidos por ellos, invocamos insistentemente a Dios para que nos ayude, pidiéndole que dirija desde arriba toda nuestra actividad durante las horas siguientes.

Estas dos ideas de invocación e imitación se entrelazan en estas extensiones del Oficio que comienzan con *Pretiosa*. Se dicen después de la prima en el ritual romano, como en el pasado con los monjes. En nuestro país, siguen los laudes.

Lo menciono, aunque este apéndice no existe en el Oficio de la Santísima Virgen, porque en el pasado, como sabemos, a nuestros Padres les gustaba permanecer en la iglesia en silencio después de estas lecturas y oraciones públicas, y nuestros Terciarios tienen una gran oportunidad de entrar en su espíritu inspirándose en *la Pretiosa* para la oración mental de la mañana.

### ILas pequeñas horas del día

Cuando sale el sol, el hombre va a su tarea

Para trabajar hasta la noche.

Así canta un salmo. Y el propio Jesús citó este proverbio: "Hay que trabajar mientras hay luz. Tanto en invierno como en verano, los antiguos dividían el día en doce partes, que eran más largas o más cortas según la estación. "¿No hay doce horas en el día?", dijo Nuestro Señor. Sólo la hora sexta era invariable, cayendo a mediodía. La tercera hora estaba más o menos cerca de las 9 de la mañana, y la novena, de las 3 de la tarde.

Para santificar estas doce horas, se nos invita a volver al Santo Oficio cada tres horas, interrumpiendo nuestra laboriosa actividad con breves oraciones. Estos momentos sagrados son la primera hora del día (prime), la tercera (tierce), la sexta (sexte) y la novena (none). Se recitan tres salmos en cada momento, como para santificar cada una de las tres horas que ordena esta parte de nuestro Oficio. Y todos estos salmos son los llamados "salmos graduales", es decir, los salmos de las subidas, cánticos breves y deliciosos que los peregrinos bíblicos cantaban mientras subían por el camino de Jerusalén.

Todos somos peregrinos en la tierra, de camino a la Jerusalén celestial. Nuestros padres eran muy aficionados a estos salmos graduales y los mantenían recitados incluso en ciertos días en los que se suprimía el pequeño oficio diario de la Santísima Virgen. En nuestro Rito Dominicano las tenemos todas y las comenzamos a la hora de Prima, a diferencia del Rito Romano, que las toma sólo a la Hora de Tercia y por lo tanto omite tres.

Muchos no tienen el tiempo libre para cantar su Oficio exactamente de tres horas a tres horas. Algunos incluso se verán obligados a veces a recitar las cuatro partes del Oficio del día a la vez. Pero, todos los que puedan hacerlo, tomen conciencia de separarlos para entrar mejor en el espíritu de la Iglesia. Aprovecha ciertos momentos de descanso para tomar tu pequeño libro de oraciones. Vea a esas personas con las que se encuentra, en casa, en la calle y en el andén de espera, en el coche, en la oficina o en el taller, mientras se lanzan sobre el periódico que les trae las últimas noticias. Una noticia tan monótona que casi siempre es la misma. Mientras ellos se disipan en la lectura de la crónica del tiempo que pasa, recogeos en los graves pensamientos de la eternidad. Lee estos tres pequeños salmos que renovarán la orientación de tu alma hacia su fin último, y llama, tanto para empezar como para terminar, a tu Madre celestial en tu ayuda.

Para recibir esta ayuda y renovar esta orientación, tenemos una necesidad urgente y reiterada. Si sólo se tratara de hacer un trabajo moderado en un determinado recuerdo... Pero son los negocios, las preocupaciones, los cuidados, las distracciones de todo tipo. En medio de estas horas llenas de ruido, presas de ambiciones, lujurias, frivolidades, disgustos, preocupaciones, debemos intercalar un poco de calma y oración. Ya no tenemos nuestra alma pura y libre de Laudes, sino un alma que ha sido atrapada en el ajetreo del día y se siente arrastrada por el movimiento de una vida agitada, un alma agitada y disipada, cansada y tentada. Guardemos al menos unos momentos aquí y allá para llevarlo a la presencia de Dios e invocar la gracia necesaria.

*Deus in adjutorium meum intende!* ¡Oh, Dios, ven en mi ayuda!

\*

\* \*

Desde el principio, el cristiano ha tenido que enfrentarse al mundo, y no le cuesta entrar en los sentimientos del salmista: En toda la tierra soy un exiliado, entre gente que no habla mi lengua y no tiene mi espíritu, en todas partes tengo que sufrir y luchar (Sal. 119). Pero mientras camino aquí en la tierra, confío en el Dios Todopoderoso que vela por mí continuamente y que guardará mi alma de todo mal (Sal. 120). (Salmo 120) Y me alegro al pensar en la Jerusalén celestial, donde finalmente encontraré la felicidad al final de mi peregrinación. Estos son, en definitiva, los salmos de Prime.

La hora del Tercer Día nos encuentra ya comprometidos en las muchas dificultades que cada día renueva. A continuación, tres salmos nos enseñan qué actitud debe tener nuestra alma en medio de la prueba: debemos elevar nuestros ojos con fe al Padre celestial (Sal. 122), darle gracias por librarnos del mal que nos abruma (Sal. I23), y afianzarnos en la confianza de que su protección erige en torno a nosotros una muralla inexpugnable (Sal. 124).

Podremos saborear el capitulario y los responsorios: la Santísima Virgen, que descansa allá arriba en la ciudad santa, goza allí de un poder maravilloso y hace que nos beneficiemos de él rezando por nosotros que la invocamos.

A mitad del día, todos llegan a casa y se reúnen alrededor de la mesa familiar. Una agradable coincidencia: es la hora de Sext. El Salmo 125, una de las joyas del salterio, recuerda el regreso del exilio. El Salmo 126 comienza: "Si el Señor no construye la casa, es en vano que uno trabaje para construirla. Y el Salmo 127: "Bienaventurado el que reverencia al Señor y anda por sus caminos. Del trabajo de tus manos te alimentarás. Tu mujer será como una vid fructífera en el hogar de tu casa. Tus hijos serán como los retoños del olivo alrededor de tu mesa.

No hace falta decir que estos salmos tienen también un significado espiritual que deleitará a los corazones consagrados a la virginidad, a las almas que trabajan solas con la esperanza de cosechar la alegría eterna. En obediencia a la voluntad divina, encuentran la fecundidad de sus esfuerzos cotidianos y anhelan esa casa del Padre, donde nos reuniremos en torno a la Madre que Dios nos ha dado. A esta Madre celestial y a su gran familia espiritual aluden la capitula y la nota responsorial: "Dios la ha hecho habitar en su tabernáculo... Por siempre", dice María, "habito en medio de la asamblea de los santos.

Por último, aquí no hay ninguno. Es la hora pesada en la que se carga el peso del día y el calor. Es la hora peligrosa en la que el que los Padres del Desierto llamaban el demonio del mediodía viene a tentar a las almas. Y el asco se apodera de nuestro destino, de nuestro deber estatal. Soñamos con otra cosa, tal vez con placeres demasiado bajos para nosotros, tal vez también, una sutil tentación, con bellas obras que nos superan.

*Sæpe expugnaverunt me a juventute mea!* Oh sí, han luchado contra mí desde mi juventud, estos demonios (Sal. 128)! *De profundis,* desde el fondo de mi miseria, te grito, Señor... Si observas las faltas, Señor, ¿quién podrá mantenerse en pie (Sal. 129)? Oh Señor, mi corazón no se exalta en la búsqueda de fantasías. Humildemente, filialmente, me abandono a tu voluntad como un niño destetado en el seno de su madre (Sal. 130).

Estas pocas notas son suficientes para evocar los exquisitos salmos de las horas pequeñas. Se pueden saborear con la ayuda de una buena traducción. Es mejor, si el tiempo es escaso, dejar una u otra de estas Horas cuando el momento ha pasado, que recitarlas todas apresuradamente y en cualquier momento, sin alimentar nuestra alma.

\*

\* \*

En todo momento del día, lo más importante es estar unidos a nuestro Señor. Al final del Evangelio de Marcos dice que los discípulos salieron al mundo y que el Señor siguió trabajando con ellos. Cada uno tiene su tarea aquí en la tierra. Hagámoslo todos con la ayuda de Cristo, comprendiendo por su gracia lo que espera de nosotros para la realización de la gran obra cristiana. Seamos sus testigos en todas partes, "en Jerusalén, en Judea, en la misma Samaria y hasta los confines de la tierra".

Una mañana, a la hora de la primicia, el Señor resucitado apareció en la orilla del lago y dijo a sus discípulos, que llevaban horas trabajando sin éxito: "¡Echad la red a la derecha de la barca! Y la red se llenó. Gracias a la ayuda de Jesús que responde a nuestra oración, nuestro trabajo será fructífero y producirá frutos eternos.

También él, Jesús, había trabajado durante su vida, durante los treinta años de su vida oculta, los tres años de su predicación evangélica, los tres días de su Pasión. A la hora de la tercia, el divino obrero de Nazaret siempre estaba trabajando duro en su taller o con sus clientes. A la hora de sexta, cansado de un encargo apostólico, se sentó un día junto a un pozo de Samaria y habló de cosas celestiales mientras iban a buscar la comida. A la hora de Ninguno, terminó penosamente su inmensa obra: habiendo visto que toda su tarea estaba terminada, entregó su alma en manos de su Padre.

Sea cual sea el asunto de nuestro deber estatal, apliquemos nuestra alma a él para poder terminar nuestro día y nuestra vida.

### IVAlabanza de los Vespertinos

Originalmente, el servicio dominical comenzaba el sábado por la noche y se prolongaba hasta la mañana siguiente en una santa vigilia, y esto continuaba durante mucho tiempo en ciertas fiestas importantes, especialmente en la Pascua. Nuestro servicio del Sábado Santo, en el que primero se bendice el fuego y se enciende la gran vela para iluminar a la congregación, lleva las huellas de esta antigua costumbre. Pero pronto, para las vigilias dominicanas ordinarias, y más aún para las diarias, era al primer canto del gallo cuando comenzaba el Oficio de la noche.

Por eso había un servicio nocturno separado a la hora en que brilla la estrella *Vesper* y la lámpara (*lucerna)* debe estar encendida. Vísperas o lucerna era el nombre de este oficio.

Más tarde, San Benito adelantó la hora de las Vísperas. Quería que la comida, que normalmente seguía, se tomara a la luz del día. Así que los monjes necesitaban otra oración inmediatamente antes de acostarse. Así nacieron las Completas, el último Oficio, lleno de contrición por las faltas del día. La función de las Vísperas era, por el contrario, dar gracias a Dios por todos los dones recibidos. Era la contrapartida de los laudes de la mañana, que agradecían a Dios los beneficios de la noche. Así como San Benito introdujo el canto del *Benedictus* en Laudes, añadió el *Magnificat* a los salmos de Vísperas.

La preocupación por unirnos a Nuestro Señor debe acompañarnos en cada hora del Oficio. ¿Cómo responderemos esta vez? Me viene a la mente una palabra del Evangelio, la verdadera palabra de la ocasión, *advesperascit*: "*Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit.* El día declina, estamos en la hora de las vísperas, quédate con nosotros, Señor. Fue al Cristo resucitado a quien hablaron los dos discípulos que regresaban de Jerusalén a su pueblo de Emaús, cuando llegaron con él a la puerta de su casa.

Se acabó la jornada de trabajo, ese día que representa toda la vida laboral. Al jefe que ha terminado su obra en la cruz y que nos precede al descanso eterno, le pedimos que permanezca con nosotros, o más bien nos esforzamos por permanecer con él. Queremos estar donde él está, en lugar de quedarnos donde estamos nosotros. Ha resucitado, ha entrado en la casa de su Padre para disfrutar de su gloria y prepararnos un lugar allí. En nuestros corazones se despierta la esperanza de reunirnos con él allí al final de nuestros trabajos. Y ya, en el pensamiento y en el deseo, estamos allí con él, como todos esos santos cuya espléndida actitud evoca nuestra liturgia dominicana en el común de los Confesores (3º responsorio de Maitines). Que nuestra alma los imite especialmente en la hora de las Vísperas.

\*

\* \*

El primer salmo que se recita es el conocido *Dixit Dominus,* con el que comienzan las Vísperas de los domingos y de casi todas las fiestas. Se cita muchas veces en el Nuevo Testamento, y por Nuestro Señor mismo, que lo aplicó a sí mismo. Cristo es hijo de David, pero también superior al propio David, que le llama "mi Señor". Porque es el hijo de Dios que lo engendró antes del amanecer del primer día del mundo.

Una vez convertido en hijo de David por la Encarnación, Dios le invita a ocupar su lugar, incluso como hombre, a su derecha en el cielo: *Sede a dextris meis.* Desde allí ejerce su reinado sobre toda la tierra, sosteniendo el valor de los que le son fieles, mientras espera que aplaste a sus enemigos. Por lo tanto, es rey, rey de toda la creación, como se manifestará gloriosamente en el juicio final, cuando las cabezas de los que se opongan a este soberano sean quebradas.

Pero él es sacerdote además de rey, como Melquisedec, rey de Jerusalén, era también sacerdote del Altísimo. Melquisedec había ofrecido pan y vino como sacrificio. Bajo tales apariencias, Cristo ofreció su sacrificio en la Última Cena y lo sigue ofreciendo a través de las manos de sus ministros.

Así, el primer salmo de Vísperas, como el de Laudes, nos sitúa en la presencia del Señor establecido para siempre en su trono celestial. Ahora nos toca a nosotros alabarlo. *Laudate, pueri, Dominum:* alabad al Señor, vosotros sus siervos. Desde el amanecer hasta el atardecer, en las Vísperas y en los Laudes de la mañana, ¡alabad el nombre del Señor! Dos razones para esta alabanza: su grandeza y su misericordia.

Saber que Jesús cantó este salmo antes de la Última Cena nos facilita decirlo en unión con él. Dios se inclina hacia los humildes para elevarlos a su gloria. Lo hizo por Jesús: *exinanivit seipsum, propter quod Deus exaltavit illum.* Lo hizo por María, como ella canta en su *Magnificat*. Lo hará por nosotros.

*Lætatus sum.* Por la noche, como una especie de anticipo del descanso eterno, repetimos el salmo que dijimos por la mañana para dirigir toda nuestra actividad hacia Dios. Qué alegría es pensar que iremos a la casa del Señor! En torno a Jesús, en torno a María, se forma la ciudad de los elegidos.

*Nisi Dominus.* Vuelve otro salmo de las horas pequeñas. "Sin mí no podéis hacer nada", dijo Nuestro Señor. Sólo con la ayuda de Dios podemos conseguir vivir bien. Pero, ¡qué fecunda es la vida de quien sigue fielmente las inspiraciones de la gracia!

Un nuevo salmo de alabanza para terminar: *Lauda, Jerusalén, Dominum.* En el éxito, no olvidemos de quién viene. Glorifiquemos al Señor. Es él quien nos establece ahora en la seguridad y la paz; es él quien nos satisface con la flor del trigo mediante la comunión. Demuestra su poder en el orden físico por medio de tantos fenómenos asombrosos que se realizan según sus órdenes. Lo muestra en el orden moral mediante los mandamientos que ha dado a su pueblo con su gracia para observarlos.

\*

\* \*

Después de haber saludado y rezado a la nueva Eva del himno, que colabora con el divino Adán en nuestra salvación, tomamos prestadas las palabras de su *Magnificat* para completar nuestras alabanzas vespertinas. Que nos preste especialmente la ayuda de su alma. La mayoría de estas palabras son reminiscencias de ciertos salmos o cánticos que la Santísima Virgen solía cantar como nosotros. Pero al recomponerlas, ¡qué alma nueva ha puesto en ellas la que ya era la Madre de Cristo! Se hunde más que nunca en su humildad nativa para proclamar que sólo el Todopoderoso ha hecho en ella las grandes cosas que llevarán, después de su prima Isabel, a todas las generaciones a proclamarla bienaventurada. Sólo Dios es grande: *Magnificat anima mea Dominum.*

Lo que hizo por mí", añade Mary, "lo hace por todos. Si despide con las manos vacías a los orgullosos que se creen ricos, llena de bendiciones a los pequeños que confiesan su miseria.

Al final de nuestra jornada, sobre todo si vemos que hemos hecho algún progreso, que hemos producido algún bien, asentemos nuestra alma en esta humildad y expresemos nuestra acción de gracias a Dios. Tú has hecho el bien en nosotros, Señor.

### V Compline

A menudo rezamos las Completas después de las Vísperas, procurando reservar el rezo de Maitines para el momento previo al sueño.

Sabemos que San Benito, antes de las Vísperas, tuvo que inventar las Completas. Cuando llegaba la hora de descansar por la noche, los monjes se reunían en una gran sala para la lectura espiritual. Muy a menudo las conferencias de Casiano (*Collationes*) proporcionaron el material. Un poco de bebida, que se tomaba durante esta lectura por aquellos que la necesitaban, es el origen de lo que se llama la *colación* en los días de ayuno, así como la breve lección de Completas en el gran Oficio es un remanente de esta lectura espiritual.

*Tu autem, Domine, miserere nostri.* Con estas palabras concluyó el lector cuando el Abad dio la señal de levantarse. *Adjutorium nostrum in nomine Domini",* dijo, y enseguida siguieron las oraciones de Completas, empezando por el *Pater* y el *Confiteor*.

Así es como termina la colación que va acompañada de una lectura espiritual todavía en nuestros conventos dominicos, y como comienzan las Completas del gran Oficio. Los del Pequeño Oficio de la Santísima Virgen fueron añadidos sin interrupción, y por eso no tienen la lectura breve ni el resto del preámbulo que contiene el Gran Oficio. Me pareció bien, a pesar de todo, recordar esta historia. Todos nuestros Terciarios deben estar interesados en ello, pues les gusta, cuando pueden, asistir a nuestras Completas, y se han encargado de rezar la parte de este Oficio que para nosotros ya no es obligatoria, las Completas de Nuestra Señora.

Que se preocupen también de proporcionar a sus almas, no menos que a sus cuerpos, el alimento necesario mediante la lectura espiritual. El propio Santo Tomás se deleitó con las conferencias de Casiano mencionadas anteriormente. Con mayor razón, las almas que no poseen su conocimiento de las cosas de Dios deben recurrir a los libros de espiritualidad.

Las Completas del Pequeño Oficio ni siquiera tienen el *Confiteor*. Sin embargo, nuestros terciarios deben ponerse en el estado de ánimo que la Confiteor exige y *amplía*. El *Converte nos, Deus,* con el que comienza esta última parte de su Oficio, presupone obviamente este estado.

¡Ay! Sólo Dios, en el atardecer de los días de la creación, pudo ver que todo lo que había hecho era bueno. La alegría que siente un buen trabajador cuando realmente ha terminado una buena obra, la alegría que siente un alma cristiana cuando ha hecho la voluntad de Dios durante todo el día, ¡qué pocas veces la conocemos! Nunca la poseemos a la perfección. Cuántos pecados se cometen de pensamiento, palabra y obra! ¡Y cuántas omisiones! Debemos reconocerlo y confesarlo a aquellos a quienes debemos honor por nuestra profesión, a nuestro Padre Santo Domingo, a la Santísima Virgen María y a Dios sobre todo.

"*Conviértenos, Deus...* Vuélvenos a ti, oh Dios, nuestro Salvador. - Y aparta de nosotros tu ira".

Como este día, nuestra vida misma tendrá su tarde, precursora de la oscuridad de la tumba. Hoy hemos vuelto a ver la rapidez con la que pasamos de los Laudes al amanecer a la hora de la Sexta, que marca el punto álgido de la luz, y a la de Ninguna, donde ya está en franca decadencia. Poco después, las Completas se susurran en la oscuridad y preceden al sueño. Del mismo modo, desde la infancia hasta la edad madura, y luego hasta la decrepitud y la muerte, ¡qué corta es nuestra vida! Cada uno de nosotros puede decirse a sí mismo que la muerte está cerca y con ella ese terrible juicio que decidirá repentinamente nuestra vida futura. Nuestro Saint Louis Bertrand siempre temblaba ante este pensamiento. Siguiendo su ejemplo, establezcámonos cada noche en el arrepentimiento de nuestros pecados, pero también en la confianza en Dios, que quiere salvarnos, *Deus salutaris noster.* En resumen, que nuestras almas estén en el estado de ánimo que nos gustaría tener en nuestra última hora. Hagamos de nuestras Completas diarias una preparación, no sólo para nuestro sueño nocturno, sino para nuestro descanso eterno.

\*

\* \*

No tenemos, en las Completas de la Virgen, la antífona *Miserere mei, Domine,* con su tono lastimero y doloroso, que respira tan fuertemente con la compunción, ni ese hermoso acto de abandono a la Providencia, el salmo *Qui habitat*, que San Basilio había elegido para la oración vespertina de sus monjes y que era el primer núcleo de las Completas. Todavía se recita en el Gran Oficio los domingos y las fiestas. Pero el Pequeño Oficio, en el ritual dominicano, está formado por los tres últimos salmos graduales.

El primero recordaba a los peregrinos de Jerusalén el voto y la oración de David por un templo para Dios en el monte Sión, y la respuesta de Dios al bendecir ese voto y cumplir maravillosamente esa oración con la promesa del Mesías. Hay muchas adaptaciones de este salmo al santuario de nuestra alma, a nuestros templos de piedra donde se levanta el tabernáculo de la Eucaristía, a la Iglesia católica formada por piedras vivas y cuya construcción se completa magníficamente en el cielo. Nos gustaría adaptarlo a la Orden fundada por Santo Domingo, que es como nuestra capilla familiar en la gran Iglesia de las almas. Es un lugar de culto perpetuo a Dios. Que los sacerdotes se revistan de santidad y todos los fieles vivan en la alegría.

El segundo salmo expresa esta alegría de la fraternidad dominicana, en la que se sigue fortaleciendo la hermosa fraternidad cristiana, de la que la comunidad judía era sólo una pálida figura.

En la tercera, nuestros Terciarios se dirigen a sus hermanos de la gran Orden, contando con ellos para que continúen en medio de la noche la alabanza divina a la que las necesidades de los deberes de estado y del descanso nocturno no les permiten entregarse. También se dirigen a nuestros santos del cielo, que ya no conocen el sueño y nunca interrumpen el *aleluya del que* habla San Juan en el Apocalipsis.

\*

\* \*

Sería bueno que nuestros terciarios conocieran también esta secuencia de piezas selectas: antífonas, capitulares, versos, oraciones, que conforman el incomparable encanto de las Completas del Gran Oficio, y especialmente aquellas antífonas e himnos que sólo nuestra Orden ha conservado para el tiempo de Cuaresma y Pascua. Santo Tomás no podía sin llorar cantar la *Media vita*: En medio de nuestra vida estamos en la muerte. ¿A quién podemos acudir sino a ti, Señor, que estás justamente enojado con nosotros?

Cuando nuestros primeros Padres prolongaban las Completas con oraciones privadas, estas santas palabras les inspiraban necesariamente. Pero también se inspiraron en el pequeño himno a la Santísima Virgen *Virgo singularis*, y en la antífona *Sub tuum præsidium*, con su oración, que se añadieron a sus Completas en el pasado y que siguen siendo la suerte de los Terciarios. Por último, el bello cántico de Simeón pertenece a ambos Oficios y provoca las más benéficas reflexiones.

*Nunc dimittis servum tuum, Domine,* suspiró el santo anciano. Iba a morir en paz, ahora que podía ver con sus ojos la verdadera luz en medio de las sombras que envuelven al mundo. Esta canción nocturna, aunque tan breve, es un esplendor. Cuando pensamos en lo que hemos dicho sobre el día, la imagen de la vida, y del sueño, que nos recuerda la muerte, ¡qué podría ser más conmovedor que estas breves estrofas a la hora de Completas!

Cuando se encendía una luz para iluminar la asamblea litúrgica, se adoptó pronto la costumbre de ver en ella el símbolo de Cristo, "nuestra luz y nuestro verdadero día, que para nosotros elimina las tinieblas de este mundo y prefigura ya en la fe la luz radiante de la eternidad". Cito el himno de las Completas de Cuaresma en el ritual dominicano. Los griegos cantan cada noche un himno en honor a "la luz gozosa de la santa gloria del Padre inmortal, el celestial, santo y bendito Jesucristo". Todo el mundo conoce el *Exultet* triunfal de la Vigilia Pascual en el mismo sentido. La misma idea se expresa, cada día y en todas partes, en el último verso del *Nunc dimittis*.

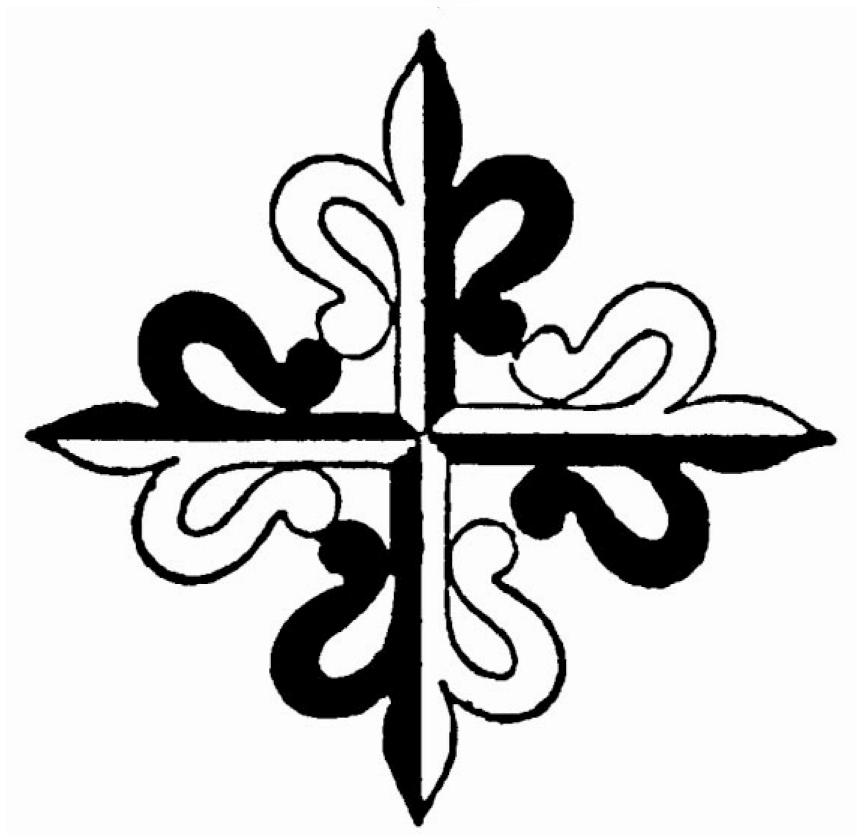
\*

\* \*

Finalmente, la *Salve Regina* cierra las Completas. En nuestros conventos, este es un rito obligatorio. Nuestros terciarios están encantados de añadirlo a su Oficina de la Virgen. La costumbre de cantar esta antífona se remonta a la fundación de la Orden. Ya lo hemos mencionado. Una verdadera persecución diabólica se desató contra los frailes, especialmente en Bolonia y París. El Beato Jordán de Sajonia, sucesor de Santo Domingo, ordenó que se cantara la *Salve* todas las noches después de las Completas. Inmediatamente cesó la persecución. Pero la práctica estaba aún más establecida. La gente, especialmente los terciarios, se agolpaba en las iglesias de los Predicadores para ver a los frailes salir del coro y bajar a la nave cantando la *Salve Regina*. Una canción melancólica como un lamento, pero sin ninguna sensiblería. Una seria procesión de almas que se van gimiendo en este valle de lágrimas, pero a las que una esperanza celestial consuela y reconforta. ¿No es la Reina del Cielo una Madre de la Misericordia? Ella mira a sus hijos exiliados, se convierte en su abogada ante Dios. Un día les mostrará a su Hijo. Y el pensamiento de esta visión, que les hará eternamente felices, les produce ya una exquisita dulzura.

Al llegar al altar de la Virgen, los frailes se arrodillan mientras cantan *Eia ergo, advocata nostra*. Entonces, uno de ellos se desprende para rociarlos con agua bendita, a todos, uno por uno, tal como la Santísima Virgen, bajo la mirada de Santo Domingo, recorrió una noche las celdas rociando a cada uno de los frailes dormidos. *O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria.* Al pronunciar este amado nombre, los frailes se inclinaron profundamente, como si un gran soplo de amor filial los doblegara a la vez.

Los terciarios que no tienen la ventaja y la alegría de participar en esta ceremonia conventual querrán pensar en ella por la noche, ya sea recitando la *Salve* o tomando un poco de agua bendita para signarse antes de dormir.



## Artículo IV Oración por nuestros muertos

Queridos hermanos y hermanas terciarios, habéis entrado en una Orden que rinde culto a los muertos. Te beneficiarás de ella, y la Regla te pide, mientras tanto, que contribuyas a ella con tu parte. Por eso quiero que asista a las ceremonias que preceden, acompañan y siguen a la muerte de uno de los nuestros en un convento normal.

Un antiguo procesional del siglo XIII contiene una prosa con una hermosa melodía que fue compuesta para nuestros hermanos gravemente enfermos[[77]](#footnote-78). Invita al paciente a esperar el gran paso con serenidad, con alegría incluso: "Oh, dulce hermano, si te vas, que tu corazón no sufra.

Y la prosa continúa. Sólo podemos alegrarnos", dice, "de que hemos escapado de un naufragio y hemos llegado a puerto en una tabla de salvación; todos nuestros hermanos que rodean al Beato Domingo se alegrarán allá arriba y darán la bienvenida al nuevo elegido en su seno". Los ángeles lo llevarán y lo consolarán en la hora del gran paso. El buenísimo Dios enjugará sus lágrimas y, entre las almas santas, lo admitirá en el paraíso, donde florece una eterna primavera...

Fra Angelico ha representado todo esto en uno de sus cuadros más dulces. Los ángeles de la guarda se presentan asombrados a los nuevos elegidos, los abrazan fraternalmente y los conducen en una graciosa ronda en medio de los parterres. Santo Domingo se desliza sobre la hierba y se eleva con un noble movimiento, introduciendo a uno de sus hermanos en la luz divina.

"No te preocupes más por la ciencia -ni por tener que dejar el estudio- porque pronto conocerás todas las cosas -considerándolas en la primera causa-.

"Tal vez para la gloria de Dios - esperabas hacer grandes obras, - pero a su Providencia - no debes presumir.

"Jesús, que conoce mejor - lo que es correcto para los elegidos, - hará con vosotros, en su misericordia, - lo que es más útil para vosotros.

Sería una pena que ya no supiéramos saborear estos bellos sentimientos, estas evocaciones arrebatadoras, y encontrar en ellas un cordial cuando llega la hora de la muerte. Sin embargo, esta hora es espantosa, espantosa para el cuerpo que se debate en las luchas supremas, espantosa también para el alma, porque hay otros destinos posibles después de la muerte. Nadie está absolutamente seguro de llegar al cielo. Al menos existe el Purgatorio y sus espantosas purificaciones. En 1921 se introdujo en nuestro misal una misa para los moribundos. Es de una inspiración diferente. Es un grito de súplica a la misericordia de Dios por una pobre persona cuyos miembros están sufriendo y cuya alma está atribulada. "Señor Jesucristo, que has proporcionado a la humanidad los remedios de la salvación y los dones de la vida eterna, mira favorablemente a tu sierva cuyo cuerpo está enfermo y revive el alma que has creado, para que, por la intercesión del Beato José, esposo de tu santísima Madre, pueda, en la hora de la muerte, ser presentada sin mancha de pecado a ti, su Creador, por la mano de los ángeles..."

En su camilla, el enfermo entra en agonía. Inmediatamente se da la señal en el claustro y en todo el convento con la tabla de la Semana Santa, y los hermanos llegan de todas partes recitando el *Credo*, un acto de fe en la vida eterna y en todos los misterios que nos dan acceso a ella. Los primeros en entrar comienzan a recitar las letanías de los santos y los demás se suman a sus invocaciones a medida que se unen a ellos. Nuestros santos canonizados son invocados expresamente, uno tras otro, para liberar el alma de nuestro Hermano, que también es la suya, de la suprema angustia. Luego, si la muerte tarda en llegar, el sacerdote que preside puede decir en nombre del moribundo las hermosas protestas de fe, esperanza y contrición contenidas en nuestra procesión y las admirables oraciones a Cristo moribundo en la cruz y a la Virgen compasiva con su sufrimiento. Por último, puede leer la Pasión, para que el moribundo una su sacrificio al del Salvador. Cuando llega el último momento, dice: *Proficiscere anima christiana...* y recomienda el alma a Dios.

Nuestras rúbricas no mencionan la venerable y apreciada costumbre de cantar la *Salve Regina* junto al lecho de nuestros moribundos. Sin embargo, nuestro breviario lo menciona en la fiesta del Beato Sadoc y sus compañeros. Cuando todos los frailes del convento de Sandomir fueron martirizados por los tártaros mientras terminaban las Completas con el canto de la *Salve*, esta costumbre recibió su consagración por adelantado. Esta *Salve Regina*, la santa canción de cuna de nuestras almas antes del sueño de cada noche, la cantamos para nuestros hermanos en la hora de su último sueño. Un sueño aparente que en realidad es el gran despertar. Con más ardor que nunca, pedimos a la Madre de la Misericordia, en esta última Completa, que nos muestre, al final de este destierro, a Jesús, el fruto bendito de su vientre.

Finalmente, el alma ha dejado el cuerpo. El sacerdote dice "*Subvenite.* Venid en su ayuda, santos de Dios; venid a su encuentro, ángeles del Señor; tomad su alma y ofrecedla en presencia del Altísimo..."

El difunto es enterrado con su hábito de coro, al que se adjunta la estola si es sacerdote. El oficio de la recomendación del alma se completa. Entonces, los hermanos toman el salterio al principio y lo cantan cerca del difunto hasta el momento en que va a ser llevado a la iglesia. Sin embargo, la campana suena a muerte. La procesión de toda la comunidad precede al difunto, que es llevado al centro del coro. Se coloca allí, frente al altar. Los hermanos continúan la recitación alternada de los salmos, interrumpiendo sólo a la hora de las horas canónicas.

\*

\* \*

Tan pronto como sea posible, *quanto*, dicen las Constituciones, se envían mensajes para avisar a quien deba pagar sufragios por el difunto. Porque el difunto no sólo tiene derecho al largo servicio fúnebre que se celebra solemnemente en torno a sus restos en la iglesia, a todas las hermosas oraciones propias de nuestra Orden que luego se recitan ante su tumba, a la *Libera* que, durante ocho días, después de la cena, se canta por él. Cada religioso-sacerdote de su convento le debe tres misas, y todos los de su provincia, una misa[[78]](#footnote-79). Y no me refiero a las oraciones que rezan los hermanos laicos, ni a los salmos que recitan los clérigos que aún no son sacerdotes: todo el salterio para un difunto del convento, los siete salmos de penitencia si sólo pertenece a la provincia.

Con el mismo espíritu de asistencia espiritual, la Regla de la Tercera Orden exige que, dentro de los ocho días siguientes a la notificación de la muerte de un miembro de la Fraternidad, cada Hermano o Hermana rece la tercera parte del Rosario, oiga una Misa y ofrezca la Comunión (XIII, 46).

¿Eso es todo? ¡Oh, no! Ni mucho menos. El difunto, sea cual sea la rama de nuestra familia a la que pertenecía, se encuentra ahora entre los difuntos de nuestra Orden por los que nunca dejamos de rezar y celebrar Oficios y Misas.

Cada año, cada convento ofrece veinte misas, cada sacerdote ofrece treinta misas y cada clérigo recita treinta veces los siete salmos de penitencia. Nuestras hermanas de la Gran Orden y las de la Tercera Orden Regular también aportan su gran parte de misas y sufragios para ayudar a los difuntos de toda la familia dominicana. En cuanto a los terciarios seculares, deben ofrecer tres misas al año (XIII, 48).

Cada semana, excepto cuatro durante el año, en todos nuestros conventos, se celebra una misa conventual, seguida de una procesión, por nuestros difuntos. A esta misa se añade todo el oficio de difuntos, y se ruega a los superiores que la fijen a una hora que permita participar a todos los hermanos, incluso a los que habitualmente están exentos del oficio coral. Los ausentes cumplen su obligación individualmente.

Por último, todas las tardes, tras la puesta de sol, la campana conventual tintinea durante mucho tiempo, invitando a la gente a rezar por los muertos. Los terciarios no deben dejar pasar un día sin rezar un *padrenuestro* y un *ave* seguidos de un *réquiem* (XIII, 47).

Cuando se acerca el mes de noviembre con la fiesta de los difuntos, en la gran Orden de Santo Domingo seguimos obligados a pensar especialmente en nuestros hermanos y hermanas, así como en los familiares admitidos a los favores de la Orden. Cada sacerdote debe celebrar tres misas por ellos, y cada clérigo debe recitar el salterio, entre el día de San Dionisio y el de Adviento.

Acabo de nombrar a los familiares. También nuestros bienhechores, como se desprende de las oraciones en el Oficio y en la Misa, se benefician de todos estos sufragios. Además, todos los días, antes de la cena y de la cena, recordando que debemos esta comida a su generosidad, recitamos el *De profundis*.

Nuestros padres y madres, por los que se reza una oración especial en la misa y en el oficio, siguen participando de estos favores espirituales. Parece que se les considera algo así como miembros de nuestra Orden una vez en el otro mundo. Al igual que la madre de Santo Domingo es tratada litúrgicamente a la manera de los benefactores de la Orden, por lo que le dirigimos el verso: *ora pro nobis, beata Joanna,* - así nuestros padres han sido asimilados de alguna manera a los miembros difuntos de la familia dominicana.

Por último, todos los que están enterrados en nuestro cementerio -un privilegio antaño muy envidiado- se benefician de nuestras oraciones, y en particular del *De profundis* que las Constituciones nos piden recitar al cruzar el claustro de los muertos.

Cada uno de estos cuatro grupos de difuntos cumple años en todos nuestros conventos. Para ellos, se celebra entonces una misa con su oficio, lo que obliga seriamente a todos los hermanos que están vinculados al breviario. El cumpleaños de nuestros padres cae el tercer día después de la Purificación; para los benefactores y los Familiares, es el día después de la octava de San Agustín; para nuestros Hermanos y Hermanas, el 10 de noviembre; para todos los que yacen en nuestros cementerios, el 12 de julio.

\*

\* \*

Y así es continuamente cada día, cada año. No es sólo porque la muerte se cobra constantemente nuevas víctimas que repetimos estas oraciones y misas. Mientras no estemos seguros de que nuestros difuntos están fuera del purgatorio, ofrecemos sufragios por ellos. Cada mañana, en el coro, el lector nombra a los que murieron en esa fecha y están inscritos en el martirologio. Entonces, después de haberse unido a todos nuestros santos desconocidos (*alibi aliorum plurimorum*), celebramos su preciosa muerte ante Dios. Pero luego viene otra conmemoración, la de todos nuestros otros difuntos, a la cabeza de los cuales nombramos a los Maestros Generales de la Orden cuyo aniversario es, y suplicamos a Dios que entren por fin en el descanso eterno con los santos del cielo. Para quien no ha sido beatificado por la Iglesia, para el propio Humberto de Romans, que murió en 1263, a pesar del título de beato que se le suele dar, se sigue diciendo el *De profundis*.

Sí, es ventajoso morir en la familia dominicana, aunque sólo se sea un simple terciario, y tenía razón el proverbio que corría sobre esto en los círculos religiosos del pasado. "¡Morir en la casa de los frailes predicadores! Este era el sueño de quienes creían firmemente en la felicidad eterna y en las condiciones que ésta implica.



# Capítulo VLa oración dominicana

## Artículo I La tradición de nuestra Orden

Desde el principio de nuestra Orden, era costumbre añadir a la oración coral cantada en común "oraciones secretas" y "santas meditaciones", en las que cada uno, libremente, elevaba su alma a Dios.

Nuestro Bendito Padre había dado el ejemplo, y una antigua crónica, que Thierry d'Apolda puso como apéndice a su vida de Santo Domingo, describe su manera de rezar, tal como la observaban los frailes que se escondían por la noche en un rincón sombrío de la iglesia para poder verlo, o que viajaban con él y tenían todas las facilidades para vigilarlo y escucharlo en los caminos o en las casas de sus huéspedes.

Su forma de rezar era muy humana. Dios nos ha hecho de alma y cuerpo. Santo Domingo no creía, como algunos parecen pensar ahora, que la oración sólo podía ser perfecta si el alma se aplicaba a ella con total desprecio de su cuerpo. Su alma, por el contrario, se sirvió de sus miembros para acercarse a Dios con mayor devoción. Las miradas, la lectura y ciertas actitudes son útiles para excitar la mente y mover el corazón. Su padre, San Agustín, lo dijo bien[[79]](#footnote-80). El alma, en cambio, reacciona sobre el cuerpo, y el desbordamiento de sus sentimientos se vierte y se traduce en palabras y gestos. Además, el cuerpo, al igual que el alma, debe rendir homenaje a Dios, y el cuerpo debe unirse al alma, para que también pueda satisfacer dolorosamente los pecados en los que ha participado. Estas son las razones que Santo Tomás desarrollará, [[80]](#footnote-81)y que Santo Domingo habrá obedecido de antemano. Añadamos que su temperamento castellano explica en parte la extraordinaria vehemencia que le imprimió, y que sólo se entregó a la exuberancia de la que citaremos ejemplos en la soledad y en la noche.

Una de sus maneras era estar ante el altar, inclinando profundamente la cabeza y los hombros ante su Cabeza, Nuestro Señor. Consideró su condición de esclavo y la excelencia de Jesucristo, y le mostró el respeto debido con todo su cuerpo. A menudo rezaba totalmente postrado, repitiendo: "Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador", o versos de los salmos como: "No soy digno de alzar mis ojos al cielo". Mi alma se humilla en el polvo. Esta postración, así como la inclinación profunda en la que se bajan los codos a la altura de las rodillas, forman parte, como sabemos, de la liturgia dominicana.

Otras veces, Santo Domingo, volviendo su rostro hacia el crucifijo, lo miraba fijamente, doblando sus rodillas repetidamente, hasta cien veces. A veces, desde las Completas hasta la medianoche, se levantaba y se arrodillaba por turnos. Imploró la misericordia de Dios para sí mismo y para los pecadores, lanzando a veces verdaderos gritos. De repente se detuvo, como si estuviera sorprendido, encantado con la admiración, radiante de felicidad. Y sus genuflexiones reflejaban el ardor de su alma.

También estaba ante el altar erguido, con las manos extendidas frente a su pecho en forma de libro abierto, como si hubiera estado leyendo piadosamente. Luego, al parecer, meditó en su oración sobre los oráculos de la Sagrada Escritura.

A veces unía sus manos y las mantenía con fuerza ante sus ojos. O los guardaba y se los ponía sobre los hombros, como en la misa. En ocasiones especiales, incluso extendía los brazos y los sostenía fuertemente en cruz como el Salvador en el Calvario. A menudo se le podía ver de pie, levantando las manos por encima de la cabeza como una flecha lanzada al cielo con un arco bien tensado. Después de una oración así, si tenía que corregir o predicar, parecía un profeta.

Anteriormente vimos cómo Santo Domingo mezclaba algo de meditación con sus oraciones. A veces, también dominaba la meditación. Pero era tan santo que aún merecía el nombre de oración. Y así, la antigua crónica continúa diciendo: "El santo Padre Domingo tenía otra forma de rezar, hermosa, devota y graciosa. Después de las horas canónicas y de la acción de gracias que suele seguir a las comidas, el Padre, sobrio en la comida, pero saciado del espíritu de devoción que había sacado de las palabras divinas cantadas en el coro o en la mesa, se dirigía rápidamente a un lugar solitario, en su celda o en otro lugar, para leer y rezar en silencio, a solas consigo mismo y con Dios. Se sentaba tranquilamente y abría un libro, armándose con la señal de la cruz. Entonces leía, y su alma sentía una dulce emoción como si hubiera oído al Señor hablarle... Pasaba de la lectura a la meditación, de la meditación a la contemplación...

"También mantuvo esta misma forma de hacer las cosas cuando, al viajar, atravesó alguna región solitaria... Por delante de los demás, o más a menudo por detrás, rezaba a lo largo del camino y el fuego se encendía en su meditación. De esta manera había adquirido la plenitud de conocimientos de la Sagrada Escritura que se admiraba y que hacía la fuerza de su predicación".

\*

\* \*

Ya sea en el camino, cuando Santo Domingo les decía: "Id y pensad en Nuestro Señor", o en el convento después de Maitines y más aún después de Completas, mientras esperaban para ir a descansar, los frailes también rezaban y meditaban siguiendo el ejemplo de su bendito Padre.

Eligieron un lugar en la iglesia que les convenía. Éste rezaba a la sombra de una columna, con los ojos bajos; otro, frente a una imagen sagrada a la que miraba. Algunos se pusieron de pie. Otros se postraron durante mucho tiempo o hicieron una genuflexión. Otros visitaron diferentes altares. Los suspiros perforaron el silencio... Los asuntos habituales de la mañana pusieron fin a estas oraciones. Al anochecer, después de cierto tiempo, el Beato Padre los obligó a todos a ir a descansar. Se quedó solo para prolongar su oración.

Estas oraciones privadas y santas meditaciones son prácticas de devoción", diría pronto Humbert de Romans. Lo son en dos sentidos. En primer lugar, porque no son impuestas por la Regla, sino que provienen de la libre voluntad de cada persona. En segundo lugar, porque suelen recurrir a la devoción de los afectos santos... Hay que aplicarse con fervor a las oraciones secretas, pues son un signo manifiesto de santidad, y sería difícil encontrar a alguien que se perdiera o no progresara en la religión después de haberse dedicado a ellas[[81]](#footnote-82).

Sí, esto era una fuente de viva devoción. Por eso los primeros Hermanos se aplicaron asiduamente a ello y por eso siempre nos ha gustado seguir su ejemplo. El uso de la oración después de Completas ya era semioficial en la época del Beato Humberto. Una de las principales razones que aduce para frecuentar las Completas es "el fruto que se recoge en las oraciones secretas que, según nuestra costumbre, se le anexan". Incluso fija al sacristán el tiempo que debe dejar pasar antes de dar la señal de salida, más o menos el tiempo que se tarda en rezar los siete salmos de penitencia y las letanías[[82]](#footnote-83).

Fue más de dos siglos después, en 1505 para empezar, cuando los Capítulos Generales regularon la práctica de la oración mental. En ese momento, un movimiento en esta dirección estaba tomando forma en varios lados, especialmente en los Países Bajos y en España. Y este es el resultado en nuestro país. Hubo un nuevo ejercicio comunitario, realizado en silencio, en el coro, dos veces al día, durante media hora cada vez. La media hora vespertina siguió siendo la preferida, y hasta 1868 era obligatorio que siguiera al canto de Completas. Nadie estaba exento regularmente de esto. Si alguien, por la razón que fuera, no asistía, debía compensarlo por su cuenta, so pena de no tener participación en los méritos y buenas obras de la Orden en ese día. Sólo los viajeros y los enfermos estaban excusados. Recientemente, se añadieron a éstos todos los demás a los que se les impediría legítimamente asistir, y el tipo de excomunión que se acaba de mencionar se abolió en cualquier caso. Pero para el resto, la normativa, ya centenaria, sigue más o menos vigente. Hay que señalar que se admite expresamente que el rezo del Rosario en común cuenta para la mitad de la media hora de la oración de la tarde.

Las diversas Constituciones de las monjas dominicas son más o menos similares a las nuestras en este punto. Para los terciarios que viven en el mundo, la Regla les pide simplemente que se apliquen a la oración mental en la medida de lo posible (VII, 33).

Incluso entre los religiosos y religiosas, a pesar de las normas mencionadas, la oración dominicana conserva siempre una gran libertad de ritmo. Cada uno ocupa esta media hora sagrada a su manera, que varía de un individuo a otro y de un día a otro. Nunca ha habido un método recomendado oficialmente. Sólo hay algunos principios generales, a los que se puede recurrir según los diversos objetivos que uno se proponga, y luego consejos dictados por la experiencia, consejos particulares sobre ciertos errores que hay que evitar, ciertos medios que hay que tomar, para pasar este tiempo de silencio de manera fructífera. Santo Tomás sigue siendo siempre el Maestro al que se remite, el que formuló y sacó a la luz el pensamiento dominicano. Sólo podemos beneficiarnos si le consultamos directamente.

Hay al menos cuatro ejercicios para ocupar esta media hora, que pueden ser autorizados por él y para los que ha establecido claramente las reglas, cuatro ejercicios bien distintos, que ponen en juego diferentes funciones de nuestro organismo sobrenatural y tienden a fines diferentes, aunque no están desvinculados e incluso se generan mutuamente. Aquí están en su orden progresivo: oración secreta, meditación religiosa, meditación contemplativa, contemplación mística.

La oración secreta es una elevación de nuestra alma a Dios, para pedir su ayuda, en un pequeño discurso que más o menos improvisamos.

La meditación religiosa -a diferencia de la meditación moral, de la que también hablaremos- introduce en estas oraciones secretas prolongadas reflexiones sobre Dios y sobre nosotros mismos, para persuadirnos de la necesidad de recurrir a Dios, para convencernos de ponernos bajo su autoridad, y para dar así mayor valor religioso a nuestra petición de ayuda divina.

Esta meditación, que antes tenía como objetivo someterse a Dios religiosamente, tendrá entonces como objetivo mirarlo con amor sin más, sabiendo bien que lo demás se dará por añadidura: se volverá contemplativa.

Las gracias místicas pueden prolongar y acentuar esa contemplación a la que aspiraba nuestra meditación y que sólo lograba con actos muy breves.

Luego está la oración jaculatoria, que difunde la oración por toda nuestra vida.

Por último, veremos cómo el Santo Rosario, que la Virgen María nos ha dado, resume todas estas formas de oración y, por tanto, es adecuado para todas las almas, sea cual sea su estado.

Pero, en las diversas formas que pueda adoptar, nuestra oración sólo será auténticamente dominicana si se nutre, por un lado, de una doctrina sólida y, por otro, de la liturgia de la Iglesia. Esto es lo que hay que establecer en primer lugar.

## Artículo II Los fundamentos de nuestra oración

### I Un fondo doctrinal

Reservar un tiempo para la oración cada día, a pesar de las dificultades que encontramos en nuestro entorno y en nosotros mismos, en las preocupaciones que nos ocupan y las distracciones que nos acosan, en nuestra pereza y despreocupación, requiere fuerza de voluntad. También se necesita fuerza de voluntad para fijar nuestra atención durante mucho tiempo en objetos sobrenaturales: a veces es una batalla espiritual que se ha comparado con la batalla de Jacob con el ángel.

Pero esta buena voluntad no es suficiente. En vano, para tener éxito, recurriría a métodos hábiles, pasaría por varios preludios, nos llevaría de un punto a otro, aplicaría a su vez nuestros cinco sentidos y nuestras diversas potencias, todas estas divisiones, todas estas industrias, todas estas recetas no darían nada que valiera la pena, si la mente no estuviera primero provista de un fondo doctrinal capaz de alimentar la oración.

Nuestras jaculatorias mismas no serían más que palabras más o menos vacías, y nuestros ramos espirituales no serían más que flores secas encontradas por la mañana en un libro de meditaciones, artificialmente variadas de un día para otro y sin ninguna influencia en nuestra vida... Todo ello debe ser la expresión viva y personal de un sentimiento profundo, provocado por un gran pensamiento que nos es querido, que permanece durante mucho tiempo, quizá siempre, el mismo, y del que toda nuestra vida se verá iluminada y estimulada.

El alma dominicana, más que ninguna otra, debe estar ávida de estas grandes ideas. Apenas nuestro Padre Santo Domingo reunió a sus primeros hijos, los condujo a los pies de un maestro de teología. Y sabemos el lugar que da al estudio en las Constituciones, colocándolo en el primer lugar de la lista de medios de nuestra vida religiosa. Antes que una necesidad de apostolado, es una necesidad de contemplación. Nuestro apostolado, además, consiste ante todo en comunicar al prójimo un objeto de contemplación. Compartimos con él lo que hemos contemplado, para que a su vez lo contemple: *Contemplata aliis tradere contemplanda.*

*¡Veritas!* Debemos discernir y profundizar en la gran verdad divina. Este Dios al que amo y al que debo amar cada vez más, quiero conocerlo en su belleza para amarlo mejor. ¿Qué es Dios?", preguntó el que iba a ser el hijo más grande y perfecto de Santo Domingo, siendo todavía un niño. Y toda su vida trabajó para formular la respuesta. Nadie le ha superado desde entonces. Es de sus obras de donde todos nos nutrimos, directa o indirectamente, para conocer el objeto amado de nuestra contemplación.

Recordamos el cuadro de la Crucifixión en San Marcos de Florencia. En ella, Fra Angelico representó, entre otros santos, detrás de San Francisco de Asís de rodillas y con los ojos bañados en lágrimas, a Santo Tomás de Aquino de pie, con el rostro contraído por el esfuerzo de un pensamiento concentrado. No contento con conmoverse ante las heridas sangrientas del Crucificado, penetra lo más posible en el misterio del Hijo de Dios encarnado por misericordia para expiar nuestras faltas en la cruz y reconciliarnos con su Padre. En esta vista, dibuja una profunda emoción, que se expresa en la conmovedora expresión de sus rasgos. Este es el tipo de nuestra contemplación dominicana.

No es la agitación de muchas ideas lo que hace la excelencia en la oración. Sólo se necesita un pequeño número. Pero que estén bien elegidos y perfectamente asimilados, gracias a una larga rumiación, para que se presenten a la mente de forma muy sencilla.

\*

\* \*

¿De qué se trata? Se trata, en todo caso, de ponerse en presencia de Dios mismo, de entrar en contacto con él, ya sea, en primer lugar, para hablarle y rezarle, o, en última instancia, para unirse a él afectivamente. Todas las ideas fructíferas que hemos mencionado pueden remontarse a la triple presencia divina. Dios está presente de tres maneras: presencia de inmensidad en todas las cosas, presencia de intimidad en nuestra alma en estado de gracia, presencia de unidad en Nuestro Señor Jesucristo.

Presencia de la inmensidad. Se ha comparado a Dios con una esfera espiritual cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia no está en ninguna.

Dios está en todas partes por su poder, como un rey cuyo poder absoluto se extiende hasta los confines de su reino. Dios está en todas partes con su presencia, como el rey en su habitación, donde ve con sus ojos todo lo que sucede. Dios está en todas partes por su propia esencia, como el rey en el trono donde se sienta.

No son más que pobres comparaciones. Dios está más íntimamente presente en todas las cosas que el rey en su propio trono. Porque Dios no es una mera yuxtaposición. Dios es espíritu y, como tal, está enteramente presente en todo lo que hace, como nuestra alma lo está en todo el cuerpo que anima. Y puesto que es él quien crea y conserva constantemente el ser mismo, es decir, lo que hay de más profundo en todas las cosas, Dios es enteramente lo más íntimo posible con todo.

Él está allí con la plenitud de sus perfecciones, todas las cuales, más o menos, se manifiestan en algún reflejo. De modo que en todo, un alma educada y meditabunda puede encontrar ocasión de contemplar los diversos atributos de Dios, su sabiduría, su amor, su justicia, su misericordia, su providencia, su poder infinito.

Dios está presente en todas partes en su inmensidad, pero sólo permite a unos pocos disfrutar de su presencia de intimidad. Este es el privilegio de las almas en estado de gracia, y se realiza gradualmente desde la condición del niño pequeño traído de la fuente y que ha recibido en su alma dormida la capacidad de unirse a Dios mismo, hasta la del bienaventurado que ha llegado al final de este maravilloso destino, que ve a Dios como se ve a sí mismo y lo ama como se ama a sí mismo.

Mediante la actividad de la gracia, participamos en la vida misma de la Santísima Trinidad. "Mi Padre te ha revelado esto, oh Simón Pedro, que acabas de confesar tu fe. Sí, Dios Padre extiende a nuestra inteligencia este conocimiento que toma de sí mismo en su Palabra eterna, y entonces participamos por caridad en el amor del Padre por su Hijo y del Hijo por su Padre, este Amor que es el Espíritu Santo en persona.

Oh santa y adorable Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tú estás haciendo tu cielo en mí, y me bastará descubrirte allí en una visión clara para entrar por fin en tu bienaventuranza y encontrar mi cielo en mí mismo. Atraerme más y más a tu intimidad. Dame a vivir más y más de tu vida.

Una tercera presencia divina es la presencia de la unidad, que fue otorgada a un solo hombre, Jesucristo Nuestro Señor. En él, la naturaleza humana se une en persona con la naturaleza divina. Dios une todas las cosas por su poder creador, los justos en la tierra y los bienaventurados en el cielo se unen a Dios y lo abrazan de alguna manera, pero sólo Jesús es uno con Dios, es Dios mismo en persona.

Si el Hijo de Dios se encarnó, fue para incorporarnos a todos en él como en una Cabeza, y es así como esta presencia divina nos toca a todos. Recordemos las explicaciones dadas anteriormente sobre este tema.

Este Jesús, que dejó en la historia la huella de treinta y tres años vividos en Palestina, pensó en mí desde entonces, predicó por mí y por mí murió. Debo leer y meditar su Evangelio con amor, como una carta que me dicta y que finalmente llega a su dirección.

Este Jesús, que dejó la tierra para vivir en un lugar adaptado a este cuerpo glorioso que los apóstoles pudieron ver y tocar durante los cuarenta días del tiempo de Pascua, sigue cuidando de mí como de todos sus miembros que permanecen aquí en la tierra. Vivo bajo su mirada. Puedo decir que la pulsación del Sagrado Corazón envía perpetuamente vida espiritual a mi alma. Y su Madre, unida a él en el misterio de su vida terrenal, continúa en la vida celestial colaborando con él para mi salvación. El Rosario asume esta doctrina.

La Santa Eucaristía recuerda y prolonga entre nosotros la vida de Jesús en la tierra y nos da el medio seguro de unirnos a su vida en el cielo. Es en el sagrario y en la comunión donde mejor disfrutamos de esta tercera presencia divina, que es verdaderamente única y singular.

¿Podemos ver cómo todos los dogmas que generan la vida cristiana se resumen en esta triple presencia divina?

Dame un alma que, mediante el estudio y la reflexión, haya hecho que estas verdades le sean familiares. Cuando simplemente se pone en presencia de Dios, a menudo se encuentra la quintaesencia de todas estas verdades a la vez en la oscura intuición que tiene del ser divino, gracias a la fe viva, gracias especialmente a los dones del Espíritu Santo, y su corazón se une a Dios en toda su misteriosa realidad, prolongando el contacto y asumiéndolo en la medida de lo posible.

Por muy simplificada que esté, esta oración es el florecimiento de un rico fondo doctrinal que hemos asimilado. En nosotros, como en la Trinidad que nos transforma en su imagen, el amor procede del Verbo, *Verbum spirans amorem*.

### Inspiraciones IILitúrgicas

Si es bueno añadir la oración mental al culto público que rendimos a Dios participando en la Misa y en los demás Oficios que componen la liturgia de la Iglesia, no es conveniente que ambos sean tan distintos como para oponerse y excluirse. Por el contrario, ambas oraciones deben unirse y complementarse.

El sacerdote que recita volublemente su breviario sin aplicar su alma a Dios y a los pensamientos que las palabras expresan, satisface el precepto eclesiástico en grado sumo. Presta su boca a la Iglesia que reza a través de él, pero su propia vida sobrenatural no se beneficia de ello, por no haber sabido unir la oración vocal a la mental. Se trata de una pérdida diaria y, en última instancia, incalculable.

Tal vez se apresure a leer su breviario y luego se dirija a una oración mental de su elección, creyendo erróneamente que allí sólo encontrará una fuente de vida. Pero la oración mental aislada de la liturgia corre el riesgo de perder gran parte de su valor vital. El tema y las fórmulas que nos ofrece la Iglesia, con todas las garantías de ortodoxia y con tanta riqueza espiritual, suelen ser preferibles a lo que encontraríamos personalmente.

Fuera del ciclo litúrgico, ¿qué tema elegiríamos? Si ese día hemos tenido la oportunidad de hacer un estudio teológico, de leer algún libro beneficioso para nuestra piedad, si los acontecimientos providenciales provocan en nosotros reflexiones saludables, es posible que un excelente tema de meditación se presente naturalmente a nuestra mente. Pero lo normal es que nos dejemos llevar por nuestros propios medios, o que algún manual regule nuestras meditaciones diarias. Y sin embargo, en el ciclo litúrgico, la Madre Iglesia presenta a nuestra contemplación las grandes verdades cristianas en perfecto orden y nos traza a través de las estaciones el camino seguro de nuestra renovación espiritual.

Y entonces nuestra piedad debe permanecer homogénea. Las direcciones divergentes serían perjudiciales para su vitalidad. Ahora bien, si hay días en el curso del año que no llevan la impronta de un carácter litúrgico bien definido y en los que nuestra alma conserva una cierta libertad de oración, la mayoría de las veces este carácter litúrgico está claramente marcado. En este caso, para ser fieles a la inspiración de la Iglesia, para participar en sus oficios con la mente y el corazón como es debido, y para celebrar dignamente los santos misterios, nuestro primer deber es suscitar en nosotros los pensamientos y los afectos correspondientes a las lecturas, las oraciones y los actos que realizamos.

Además, en el ambiente de estos días litúrgicos, las ceremonias, el color de los ornamentos, la decoración, los cantos, todo favorece el florecimiento de esos estados interiores. Pero, ¿cómo podemos entonces poner en circulación en nuestra alma una corriente completamente diferente de reflexiones y sentimientos? Estaríamos divididos contra nosotros mismos. Tal dualismo sería perjudicial para nuestra vida de oración, así como para nuestra vida litúrgica. Ambos estarían anémicos, a menos que se sacrificara uno u otro. Veremos, por ejemplo, que las almas sacerdotales, que mantienen por encima de todo la oración mental de su elección, caen en la rutina y el formalismo en lo que respecta a la liturgia. Para evitar este peligro, hagamos coincidir el ritmo de nuestra vida de oración con el de la Iglesia. La liturgia es, en palabras de Pío X, "la primera e indispensable fuente del verdadero espíritu cristiano".

\*

\* \*

La Iglesia nos ha preparado excelentes fórmulas, así como un tema de oración. La mayoría de las almas gimen por su incapacidad de hablar con Dios como se habla con los seres queridos en la tierra. No saben cómo improvisar los discursos que deben pronunciar ante ese interlocutor invisible y mudo. Es para ayudarles que los libros se han multiplicado tanto desde que la media hora de meditación entró en las costumbres de las almas devotas, presentándoles fórmulas ya hechas, coloquios piadosos de los que sólo tienen que apropiarse.

Pero antes había, todavía hay dos libros oficiales de meditación en la Iglesia de Dios, el Breviario y el Misal. Ninguno de los dos supera al otro. El principal de los dos, el misal, se traduce a todas las lenguas y se pone a disposición de todas las almas cristianas. Contiene las expresiones más perfectas que el Espíritu Santo ha inspirado. La Iglesia los ha escogido con gran cuidado y los ha dispuesto armoniosamente para despertar en nosotros algo de las saludables emociones que tantos santos han extraído de ellos a lo largo de los tiempos. Sugerirá a nuestras almas las actitudes de perfecta corrección y los sentimientos amorosos que Dios se complace en encontrar en sus siervos e hijos. Este es "el único método auténticamente instituido por la Iglesia para asimilar nuestras almas a Jesús".

\*

\* \*

En términos prácticos, conviene que nuestra oración preceda, acompañe y prolongue la oración litúrgica, tanto si ésta incluye todas las horas distribuidas metódicamente a lo largo del día, desde Maitines a Completas, como si se reduce a la Misa, que constituye su parte esencial.

Antes, hay que prepararse con alguna lectura o meditación para comprender la importancia de los actos que se van a realizar, para entrar en el espíritu del tiempo o de la fiesta, para penetrar en el sentido de las palabras y de las ceremonias litúrgicas. Es el momento de leer ciertos comentarios que a veces son necesarios, de ver por uno mismo cómo las distintas partes de la Misa se iluminan unas a otras, de buscar la clave de estas distintas enseñanzas en la Colecta que, además, las aplica a nuestras almas.

Durante el Oficio, durante la Misa, saborearemos, contemplaremos, tendremos impulsos del alma hacia Dios, según la oportunidad que nos brinden las fórmulas y los gestos rituales. ¿No hay en esto un gran sacramental por el que la Iglesia provoca en nosotros las disposiciones que tiene del Espíritu de Jesús? San Agustín nos habló de las fervientes oraciones que le inspiraba la liturgia. "¡Cómo he llorado, Dios mío, bajo la fuerte emoción de tus himnos y cánticos, voz melodiosa de tu Iglesia! Estos sonidos llegaron a mi oído, y a través de ellos la verdad se derramó en mi corazón, y dieron lugar a sentimientos de ardiente piedad, y las lágrimas fluyeron de mis ojos, y estas lágrimas fueron una dulce alegría para mí[[83]](#footnote-84).

En el pasado, después de cada salmo, la gente se detenía unos momentos para dar rienda suelta a la meditación personal o a la oración secreta. El *Gloria Patri* y las antífonas han tomado el lugar de estos silencios. Cuando el sacerdote cantaba *el Oremus*, era también para invitar a la oración silenciosa. *Flectamus genua*", dijo el diácono, y la congregación postrada rezó mentalmente. A continuación, el sacerdote pronuncia en voz alta una breve fórmula que resume y concluye las oraciones de todos. El *Pater noster* murmurado en silencio, en una reverencia, al final de las horas, es todavía un vestigio de estas antiguas prácticas.

Que no se piense que la oración mental se ha vuelto imposible hoy en día durante el Oficio Litúrgico. Los laboriosos razonamientos de ciertas meditaciones, sí, pero no esas vivas y prontas intuiciones, esas afectuosas miradas de fe, esos actos de amor y religión que constituyen la mejor de nuestras oraciones. Cuando el Oficio es cantado por dos coros, cada uno tiene suficiente libertad para aplicarse. Cuando se canta la misa, la melodía y los silencios facilitan a su vez las efusiones del alma. ¿Quién no se ha conmovido con las súplicas insistentemente repetidas del *Kyrie*, las aclamaciones del *Gloria* y el *Sanctus*, al participar en una misa conventual? Y si el Oficio se reza individualmente, si asistimos a una misa baja, ¿quién nos impide detenernos para saborear un pensamiento y llenar nuestra alma de un sentimiento de devoción?

Finalmente, después del Oficio, cuyas diferentes horas marcan nuestro día y lo santifican, especialmente después de la Misa, nuestra alma retendrá ciertas impresiones que alimentarán nuestra contemplación. Los textos que se multiplican en el transcurso del Oficio, especialmente los de la Misa, pueden reducirse a unos pocos pensamientos clave que se repiten a menudo de diversas formas y que se graban en una mente atenta. Un verso esencial permanecerá quizás en nuestra memoria, y volveremos a ser conscientes de él de vez en cuando, y saltará de nuevo en la oración jaculatoria. Hemos dicho cómo, en el primer siglo de nuestra Orden, los frailes gustaban de prolongar secreta y libremente, mediante ardientes coloquios con Dios, el Oficio litúrgico en el que se encendía el fervor de su caridad.

Luis de Granada, en su tratamiento de la oración, nos aconseja que nos preparemos para ella recitando alguna oración vocal, y señala con razón que estas oraciones vocales son más útiles cuando son rítmicas. Podemos modularlos en nuestra imaginación y nuestra alma saboreará mejor las cosas de Dios gracias a este tipo de encanto. Pero qué es esto, sino un remanente o imitación de la hermosa liturgia, cuya influencia benéfica en la vida de oración se pone de manifiesto una vez más.

## Artículo III Las diversas formas de oración dominicana

### Las oraciones secretas

La oración mental es, al menos literalmente, sinónimo de oración secreta. Y, en efecto, la oración mental prescrita por las Constituciones dominicanas y recomendada por la Regla de la Tercera Orden bien podría ser lo que eran las oraciones secretas elogiadas en las *Vidas de los Hermanos,* y a las que Humberto de Romans recomendaba con tanta insistencia que se aplicaran, oraciones en el sentido preciso de la palabra, es decir, peticiones dirigidas a Dios e improvisadas con cierta libertad, aunque se tome como tema alguna fórmula conocida.

La alabanza a Dios, a la que se dedica especialmente el Oficio Coral -dice el Beato Humberto-, es sin duda un gran deber que continuaremos en la eternidad, pero aquí abajo debemos orar, y a esto nos aplicamos principalmente en las oraciones secretas.

"También en el Oficio pedimos gracias, pero es más bien por las necesidades de toda la Iglesia católica. En las oraciones secretas pensamos más particularmente en nuestras propias necesidades.

"El canto coral no nos da el tiempo libre para detenernos en lo que nos conmueve. Las oraciones secretas nos dan la facilidad. Nos sentimos más cómodos abriendo nuestras almas y diciendo lo que nos gusta en un entorno íntimo que en medio de una asamblea.

"Para la Oficina se necesitan libros, a menudo ligeros. No se necesita nada para la oración secreta. Siempre y en todo lugar uno puede aplicarse a ello, siguiendo el consejo del Maestro: *Oportet semper orare* *[[84]](#footnote-85)*.

La oración, dice Santo Tomás[[85]](#footnote-86), es un acto de esa razón práctica por la que organizamos nuestra existencia y ponemos orden en todo lo que nos concierne. Nuestra razón por sí sola no es suficiente para lograr este orden. Es necesario llamar a otras facultades, a otros seres. La orden que damos toma entonces la forma de una verdadera orden cuando se dirige a quienes están sometidos a nosotros, pero es sólo una oración cuando nos dirigimos a personas que no tienen ninguna orden que recibir de nosotros. Y este es el caso de Dios, el Maestro Supremo.

Observemos la diferencia entre la oración dirigida a un hombre y la oración dirigida a Dios. Mi oración influye en el hombre, disponiéndolo a venir en mi ayuda, mientras que frente a Dios, que es inmutable, es a mí a quien pongo por mi oración en disposición de recibir sus beneficios. Y por eso Dios quiso que le rezáramos.

La oración a Dios es un acto de la virtud de la religión, la más alta de las virtudes morales, la que nos inclina a cumplir nuestros deberes con nuestro Creador, y especialmente nuestro respeto y sumisión. Todo en nosotros debe estar ante Dios en un estado de reverencia y dependencia. Pero con la oración, es el espíritu, la parte más noble de nosotros mismos, la que lo reconoce como el Maestro soberano y da testimonio de su necesidad de Él.

En la oración intervienen también otras virtudes, en primer lugar las grandes virtudes teologales, de las que procede en última instancia toda la vida cristiana. Es la fe la que nos hace conocer a Dios y su poder misericordioso al que nos dirigimos. La caridad regula nuestros deseos y, por tanto, pone en orden nuestras exigencias. La esperanza transforma estos simples deseos en esperanzas seguras de ser concedidas y nos lleva así a presentar nuestra petición a Dios. La virtud de la humildad, la virtud de la penitencia, se añaden entonces a la virtud de la religión para reforzar nuestros sentimientos de respeto y sumisión hacia Dios.

\*

\* \*

¿Cómo hago para dirigir esta oración que quiero improvisar?

En primer lugar, debo encontrar a Dios para hablarle, debo elevarme hasta él e invocarlo, utilizando los títulos que se adapten a mi propósito. Estos títulos me los sugieren las diversas virtudes cristianas antes nombradas, y encuentro hermosas expresiones de ellas en las fórmulas que el mismo Señor o la Iglesia, asistida por su Espíritu, han enseñado al pueblo cristiano: las invocaciones de las letanías, el comienzo de las oraciones litúrgicas, las primeras palabras de la oración dominical: Padre nuestro, que estás en el cielo.

El exordio de una petición bien formulada pretende captar la benevolencia de aquel a quien se reza. La buena voluntad de Dios es la nuestra. "Él nos amó primero", dice San Juan. Es en nuestros corazones donde debemos despertar la confianza en su intervención. Lo hacemos considerando su bondad y su poder. Tú eres bueno, oh Padre, verdadero Padre del que soy hijo. Eres poderoso, tú que estás en el cielo, presidiendo la evolución del universo material y de todas las fuerzas espirituales.

Este primer punto de nuestra oración secreta, que es la elevación de nuestro espíritu a Dios, es de importancia decisiva para todo lo que sigue. Es importante realizarla bien, y después volver a ella una y otra vez, para renovar nuestro contacto con Dios. Aquí es donde las letanías son más eficaces.

Sólo entonces expondremos nuestras peticiones. Que sean conformes a los deseos que la caridad regula en nosotros. En la fórmula perfecta de la oración que nos enseñó Nuestro Señor, los bienes que podemos pedir se enumeran sucesivamente en el orden adecuado. Primero, la gloria que las criaturas deben dar a Dios: ¡santificado sea tu nombre! Entonces nuestra bendita participación en esta gloria: ¡Venga tu reino! Después del fin, visto bajo este doble aspecto, viene el camino que conduce a él, y que es el cumplimiento de la voluntad divina: debemos abandonarnos al buen gusto de la Providencia por todas las circunstancias en que nos coloca, y, en estas circunstancias, hacer de día en día lo que nos significa por sus mandatos y sus consejos. Necesitamos alimento para andar por este camino, pan para el cuerpo, pan para el alma: rogamos al Padre celestial que nos lo dé cada día. Así es como el alma pide a Dios todos los bienes según su orden de valor. Queda rezar a Dios para que elimine los males que se les oponen. El final de la oración dominical se utiliza en el mismo orden. En resumen, tenemos aquí la mejor guía para una oración de petición. Si lo deseamos, podemos perfeccionarla aún más según nuestras necesidades personales.

Por el contrario, podemos reducir la petición a una simple súplica, apelando al buen Dios por toda nuestra miseria, sin determinar nada. ¡Tenga piedad de nosotros! ¡Ten piedad de nosotros! decimos en las letanías. Igualmente, repetimos varias veces seguidas: *Deus, in adjutorium meum intende*, como en las oraciones de *Pretiosa*. Esto es lo que hizo Santa Catalina de Siena.

Incluso es posible ir más allá en este sentido y sólo insinuar nuestro deseo, simplemente mostrando nuestra indigencia bajo la mirada divina. Así fue la delicada oración de las hermanas de Lázaro: "Señor, el que amas está enfermo.

A estas peticiones más o menos expresamente formuladas, que constituyen la parte esencial de la oración, pueden incorporarse con toda naturalidad, como partes integrantes, otro tipo de actos, esos agradecimientos y conjuros que también recomienda San Pablo en su primera epístola a Timoteo.

Acción de gracias, pues nada inclina a un benefactor a continuar con sus favores como agradecerle las bendiciones ya concedidas. "Dirijo esta petición a ti, Señor, que pensaste en mí desde toda la eternidad, que me sacaste de la nada y diste tu vida para redimirme, a ti que sigues dándome esta y aquella gracia a la que soy particularmente sensible...

Si, además, tenemos títulos que hacer valer para ser escuchados, no olvidemos apoyarnos en ellos para implorar la intervención de Dios. Nuestra mayor pretensión, la única en definitiva, es la redención realizada por Nuestro Señor y toda la serie de misterios que forman sus actos sucesivos. "¡Por tu Natividad, líbranos, Jesús! Por tu infancia..., por tus trabajos..., por tu agonía y tu Pasión..., por tu cruz y el estado de abandono en que te encontrabas..., ¡líbranos, Jesús! Etc."

Esta acción de gracias, estas adjetivaciones que unimos a nuestras oraciones, decidirán a Dios a concedernos sus dones, o mejor dicho, porque siempre hay que llegar a esto, nos pondrán en el estado de ánimo adecuado para que Dios nos conceda sus beneficios.

Santo Tomás señala que en la mayoría de las oraciones litúrgicas se pueden distinguir las cuatro partes mencionadas. Pone como ejemplo la Colecta de la Trinidad. "Dios todopoderoso y eterno (esta es la elevación del alma a Dios), que has concedido a tus siervos, en la confesión de la verdadera fe, reconocer la gloria de la Trinidad y, en el poder de su Majestad, adorar la Unidad divina (esta es la acción de gracias); te rogamos que, por la firmeza de esta misma fe, seamos guardados de toda adversidad (petición); por Jesucristo nuestro Señor... (aplazamiento). Así, en la colecta de cada fiesta, y especialmente en las hermosas colectas de los domingos, tenemos, por si acaso, un tema de oración muy apropiado.

Las oraciones secretas así entendidas, añadidas a la oración coral, tienen la gran ventaja de ayudarnos a penetrar y saborear los trozos más significativos, las partes más nutridas del Oficio celebrado en común y en las que no tenemos tiempo de detenernos, este *Pater*, por ejemplo, o este *Ave,* que se reza con una inclinación profunda pero rápida al principio y al final de cada hora canónica, y una colección tan completa como la que había que escuchar o pronunciar con el movimiento ritual.

Y esta es una oración mental muy fácil y al alcance del más humilde de nuestros terciarios. El mismo Luis de Granada dio este consejo, adornándolo con una de esas comparaciones pintorescas de las que tiene el secreto: "Los que, por falta de devoción, no pueden conversar con Dios, harán bien en recurrir a las sentencias y palabras sagradas que elevarán y guiarán su espíritu, y, como los niños aprisionados en un carrito que les impulsa a caminar, encontrarán en estas fórmulas la espontaneidad que no encontrarán en sí mismas[[86]](#footnote-87).

### IILas Sagradas Meditaciones

Las meditaciones sagradas, de las que Humberto de Romanos hablaba como oraciones secretas, y que incluso, dice, pueden incorporarse a ellas[[87]](#footnote-88), son sin embargo esencialmente diferentes. Lo hemos podido comprobar al ver a Santo Domingo dedicarse a ambos.

Aquí, en relación con la oración mental, están las diferencias más notables. Las meditaciones sagradas son más rigurosamente *mentales* que las oraciones secretas. Pero las oraciones secretas son más bien *oraciones*, en el sentido antiguo de la palabra[[88]](#footnote-89), siendo peticiones religiosas dirigidas a Dios. Las santas meditaciones, en cambio, merecen más el nombre de *oraison*, si entendemos por ello, como hoy, una elevación de nuestra alma hacia Dios para contemplarlo.

Aunque fundamentalmente mentales, las oraciones de nuestros primeros Hermanos se expresaban a veces con palabras vivas que brotaban de sus corazones, y se traducían en reverencias, genuflexiones y postraciones. Estaban influenciados por el Oficio Divino, que prolongaban. Las meditaciones sagradas, ya sean hechas con o sin libro, se hacen mejor en silencio y se hacen mejor en la quietud. Son similares al estudio religioso.

Las oraciones secretas son sobre todo peticiones dirigidas a Dios con todo el respeto y la sujeción religiosa que puede poner en ellas un alma que se siente pequeña y necesitada en presencia del Soberano Maestro. La meditación también puede ser un ejercicio de la virtud de la religión, pero de otra manera, que nos dispone a la oración aplicando nuestra mente a reflexionar sobre las perfecciones de Dios y sobre nuestra miseria personal, para convencernos de recurrir a Él.

También pueden provenir de la virtud de la prudencia, que examina con calma lo que debemos hacer para llevar bien nuestra vida. Y es a esa meditación puramente moral a la que se reduce hoy con mucha frecuencia la oración mental de las almas piadosas, en la vida religiosa o en el mundo. Las almas dominicas, que no desconocen este tipo de meditación, suelen preferir la meditación contemplativa, en la que ejercitan su virtud de la fe, reflexionando sobre la verdad divina para llegar a contemplarla con una simple y apacible mirada de amor. Hemos visto cómo Santo Domingo pasó de la meditación a la contemplación.

Preguntaremos a Santo Tomás por los principios que deben regir estas diversas meditaciones. Comencemos diciendo unas palabras sobre la más humilde y moral meditación. Seguirá la meditación religiosa y, a continuación, la meditación contemplativa.

\*

\* \*

La meditación moral en sí misma es útil para la vida contemplativa. Si consultamos el tratado que Santo Tomás dedica a esto al final de la segunda parte de la Summa[[89]](#footnote-90), vemos que tras un artículo inicial sobre el papel primordial del amor divino en la contemplación de Dios, se pregunta si las virtudes morales no son también necesarias para esta contemplación. Sí, dice, para preparar el alma para ello: "Son los que dan la pureza y la paz necesarias. Sin ellas, el alma, turbada por sus pasiones interiores y por las preocupaciones que vienen de fuera, no puede descansar en el pensamiento de Dios. Y así, al mismo tiempo que las virtudes morales perfeccionan el alma en el plano de la vida activa, también la capacitan para ir a la contemplación.

Que los directores espirituales tomen buena nota de esto -observa Cajétan en su Comentario- y que cuiden de que sus discípulos se ejerciten primero en la vida activa antes de proponerles las alturas de la contemplación. En efecto, hay que domar las pasiones con hábitos de mansedumbre, paciencia, etc., de liberalidad, humildad, etc., para poder, una vez aplacadas, elevarse a la vida contemplativa. A falta de esta ascesis preliminar, muchos que, en lugar de caminar, saltan al camino de Dios, se encuentran, después de haber dedicado un largo tiempo de su vida a la contemplación, vacíos de todas las virtudes, impacientes, airados, orgullosos, si se les pone a prueba. Esas personas no han tenido ni la vida activa ni la contemplativa ni la mixta, sino que han construido sobre arena. Y quiera Dios que este defecto sea poco frecuente[[90]](#footnote-91).

Hay una meditación que forma parte natural de esta preparación ascética, y es la meditación moral.

No se trata aquí de hacer consideraciones teóricas, ni de elevarse a altas contemplaciones. Debemos utilizar nuestra razón práctica y la virtud sobrenatural de la prudencia para examinar cuidadosamente "la cosa que hay que hacer, las razones para hacerla, los medios para hacerla". Estas palabras, que provienen de Santo Tomás[[91]](#footnote-92), resumen este tipo de meditación, que es la preferida por tantos escritores espirituales de hoy. Su objetivo propio es la resolución práctica, muy particularizada, inmediatamente realizable.

Para ello meditamos, tratando de adquirir, en primer lugar, una firme convicción de la indispensable necesidad de tal provisión sobrenatural y una verdadera persuasión de la necesidad de la misma.

Para llegar a esta firme convicción, consideramos las razones que establecen la ventaja de esta virtud y muestran la obligación que tenemos de practicarla.

Para persuadirnos de su necesidad, reflexionamos seriamente sobre nuestros sentimientos, nuestras palabras y nuestros actos. Esta reflexión, si es bien llevada, hará nacer en nuestras almas el arrepentimiento por el pasado y, para el futuro, el deseo ardiente de abandonar este estado.

Estas fórmulas son bien conocidas y excelentes. Sería bueno seguir este método durante ciertos retiros decisivos; podría servir de base para un breve examen diario de una virtud o práctica concreta.

Sin embargo, aquí se plantea una cuestión. ¿Merece esta meditación el nombre de oración? Uno puede preguntarse. Este nombre es apropiado en la medida en que se parte de la adoración a Dios o a Jesús, modelo y predicador de la perfección cristiana, y en la medida en que se recurre a la oración para obtener de Dios, por medio de Jesucristo Nuestro Señor, una participación en esta perfección. Es en estos dos aspectos en los que difiere de los esfuerzos de los moralistas estoicos del pasado o de hoy. Sin embargo, esta meditación no es en sí misma una oratoria. Y no conviene sacrificarle continuamente la mayor parte del tiempo reservado a la oración mental.

Por lo tanto, es preferible anexar la utilidad de una meditación de este tipo para cada día a la meditación religiosa que se va a tratar.

### III Meditación religiosa

Hay una meditación religiosa a la que se puede dedicar el tiempo de la oración mental. Santo Tomás la recomienda expresamente y formula sus principios[[92]](#footnote-93). Es obra de la propia virtud de la religión. No nos expone, como la meditación moral prolongada y constantemente repetida, a estar demasiado ocupados con nosotros mismos. Pues la virtud de la religión tiene esta peculiaridad, que hace que su excelencia esté por encima de las demás virtudes morales, que se dirige a Dios mismo. Con ella, ya no nos preocupamos de nosotros mismos, sino de dirigirnos a Dios, de venerarlo y de someternos a él. Pone todo a su servicio, nuestros bienes externos y los miembros de nuestro cuerpo, pero sobre todo nuestro interior, nuestra razón y nuestra voluntad. Cuando rezamos, como hemos dicho, es nuestra razón la que rinde homenaje al Maestro Soberano. Y es nuestra voluntad, la que es más profundamente personal dentro de nosotros, la que se somete a Él generosamente a través del acto de devoción. Este es el acto religioso supremo que conducirá a todos los demás, y la oración misma, y el culto corporal, y los sacrificios, todo. La devoción puede ordenar toda la vida. No contentos con realizar, en ciertos días, a ciertas horas, tal o cual ejercicio religioso, uno convertirá en homenaje todos los actos de una existencia, incluso los más comunes. Este es el ideal que persiguen quienes son religiosos de profesión. Ya sea que comas o bebas, o hagas lo que hagas -dice San Pablo-, hazlo todo para la gloria de Dios.

¿Quién estimulará esta devoción tan importante? La causa principal de la devoción, responde Santo Tomás, es Dios, que la da a quien quiere. Podemos ver de inmediato que tendremos que rezar. Pero Santo Tomás habla primero de la meditación religiosa, que es necesaria, dice, para que hagamos lo que depende de nosotros para estimular nuestra devoción, y finalmente para que podamos pedir mejor a Dios y ponernos en condiciones de recibirla de él a través de la oración.

Nuestro Doctor, en una obra anterior, ya había hablado de esta meditación como el punto intermedio entre la lectura de la Sagrada Escritura, donde escuchamos la palabra de Dios, y la oración, donde dirigimos la palabra a Dios. Dios nos habla. Pero ¡para cuántas almas su intervención es inexistente! A través de la meditación, aplicamos nuestras mentes y corazones a esto. Así, bien establecidos en la presencia de Dios, podemos rezarle mejor[[93]](#footnote-94). Es comprensible que esa meditación encuentre naturalmente un lugar en las oraciones secretas, para inspirarlas y aumentar su fervor.

¿En qué consiste prácticamente esta meditación religiosa? Consiste en hacer consideraciones útiles para convencernos de la necesidad de recurrir a Dios y de ponernos bajo su dependencia. Así como el alimento no actúa hasta que no ha sufrido una acción enérgica en la boca y el estómago, las grandes verdades cristianas no nos beneficiarán hasta que no hayan sido objeto de una meditación que Santo Tomás llama rumiación intelectual.

Se necesitan dos tipos de reflexiones, una sobre Dios mismo, la otra sobre nosotros. Estos son los dos puntos, inseparables, a los que siempre vuelve esta meditación. El Señor dio el modelo a Santa Catalina de Siena cuando le dijo: "¿Sabes, hija mía, quién eres y quién soy yo? Si tienes este doble conocimiento, serás feliz. Tú eres la que no es, yo soy el que es.

En primer lugar, reflexionamos sobre la plenitud del ser y de la bondad que es Dios, sobre todos los beneficios generales y particulares con los que nos ha bendecido. Ninguna de estas sutiles consideraciones que pueden ser apropiadas en un curso de alta teología, sino sólo aquellas que son capaces de excitar la devoción. El pensamiento de las perfecciones de la naturaleza divina lo excitaría más en principio. Pero nuestra pobre mente humana necesita algo sensible para empezar, y por eso la humanidad de Nuestro Señor es el medio práctico para elevarnos a un conocimiento conmovedor del ser divino. Vayamos a él, considerándolo tal como aparece en uno u otro de los episodios del Evangelio, o bajo el aspecto que asume en esta o aquella parábola. Será el padre del hijo pródigo, el buen pastor, el sembrador; o el incomparable Maestro que recibe a sus primeros discípulos a orillas del Jordán y comienza su educación que se prolongará durante tres años; el gran director espiritual que habla con la samaritana en el pozo de Jacob y eleva poco a poco su alma de las preocupaciones terrenales a las más nobles; el Médico divino que acoge y cura los cuerpos y las almas; el ejemplo perfecto de todas las virtudes, tan religioso, tan puro, humilde, amable, paciente, misericordioso, totalmente entregado al prójimo.

Después de haber pensado en Dios de esta manera, y sin olvidarlo, reflexionaremos entonces sobre todas las miserias que son nuestras, sobre nuestro ser sacado de la nada y volver a caer en ella por sí mismo, especialmente por el pecado, y sobre la necesidad que tenemos de nuestro Creador y Salvador en todo y para todo. Ah, ¡sin duda somos incapaces de ser autosuficientes!

Esta meditación sobre nuestra miseria en presencia de la bondad divina termina en una postración ante Dios, en la admiración y alabanza de sus infinitas perfecciones, y finalmente en la oración para pedirle que nos conceda sus dones salvadores. Una oración que implora la verdadera bondad, una oración muy humilde, muy confiada, que insiste con perseverancia, una oración que normalmente será más eficaz que si no hubiera sido preparada por esa meditación religiosa. Podemos decir, con M. Olier, que es una comunión espiritual.

\*

\* \*

Entonces, sólo es cuestión de corresponder, de cooperar con la gracia recibida. Bajo la influencia de esta gracia, uno formará una buena propuesta muy superior a la resolución que hubiera tomado al final de una meditación sobre la única virtud de la prudencia.

¿En qué consistirá? ¿Tendrá como objeto una práctica específica? Será general al principio, extendiéndose a toda la vida para rendir homenaje a Dios, sólo que se aplicará después, según la necesidad, para poner en los detalles la moralidad suficiente para hacerlos dignos de ser presentados al divino Maestro. Y es aquí donde, siempre bajo la influencia de la religión, entra en juego el gobierno de la prudencia y la aportación de las distintas virtudes morales que intervienen en cada caso.

La meditación matutina de un alma ocupada en los trabajos de la vida activa pondrá especial énfasis en este punto, y tomará las resoluciones particulares que prevé como necesarias, y sobre las cuales se examinará a veces durante el día.

La meditación religiosa, si precede a los ejercicios del culto propiamente dicho, por ejemplo el Oficio cantado en el coro o rezado individualmente, nos ayudará a realizarlos *dignamente, esperando la devoción*. Si, sobre todo, como sucede a menudo, precede al acto religioso por excelencia, el Santo Sacrificio de la Misa, en el que Cristo mismo viene, en medio de nosotros y por nosotros, a reconocer, inmolándose, la soberanía de Aquel que es el único, despertará nuestra alma, que corre el peligro de abandonarse a la rutina de las fórmulas y los gestos habituales, y, gracias a ella, seremos más conscientes de este augusto misterio y nos asociaremos plenamente a él.

### IVMeditación contemplativa

Ya hemos recomendado dos medios para ocupar el alma durante el tiempo de la oración: las oraciones secretas y la meditación religiosa. Hay otras dos que merecen aún más el nombre de oración mental, por ser mejores elevaciones de nuestra alma hacia Dios.

En estos como en otros, la caridad está en la fuente. Antes, daba el impulso a la virtud de la religión, que nos hacía rezar o meditar para servir a Dios. Pero ahora nuestra caridad se hace más consciente de sí misma y nos advierte que somos siervos a los que Dios ha hecho sus amigos. Así que se contenta con estimular nuestra fe para mirar al amigo divino con el fin de amarlo mejor. Se trata de una oración mucho más sencilla, y al mismo tiempo más elevada, que merece el nombre de oración teologal, por las virtudes que la protagonizan. Si he elegido el nombre de meditación contemplativa, es porque estas palabras tienen la ventaja de marcar la transición entre la meditación religiosa y la contemplación mística. Además, este nombre resume exactamente el artículo en el que Santo Tomás da los principios de este ejercicio de vida contemplativa[[94]](#footnote-95).

En la oración de petición, en la meditación religiosa, perseguía un objetivo práctico, estaba comprometida con una obra de vida activa, estaba haciendo algo. Intentaba improvisar un pequeño discurso en el que formulaba mis peticiones a Dios, pensaba convencerme de dedicar toda mi actividad a Dios y hacer propósitos con este fin. Un trabajo digno, sin duda. Pero si es el momento de no hacer nada. Si es la hora del descanso sagrado... "*Vacate et videte.*.. Descansa, dice el Señor, y mírame. La hora de la oración es un momento elegido para la contemplación de Dios. Que el alma dominicana, hija de una Orden sobre todo contemplativa, se dedique a ello sin ningún motivo ulterior. Tanto más cuanto que, ejerciendo así la caridad, toda la vida religiosa y moral mejorará radicalmente.

Después de la aparición en la que Nuestro Señor hizo comprender a Santa Catalina de Siena lo que era y lo que es, hubo otra en la que le dio una nueva enseñanza: "Hija mía, piensa en mí: si lo haces, yo pensaré en ti sin cesar"... "La Santa me dijo que el Señor le había ordenado guardar sólo la voluntad que la llevaba a Él, para excluir de su corazón todas las demás preocupaciones, porque cualquier preocupación por ella misma, incluso por su salvación espiritual, podría haberle impedido descansar continuamente en la mente de Dios. El Maestro había añadido: "Y yo pensaré en ti", como si hubiera dicho abiertamente: "No te preocupes, hija mía, por la salvación de tu cuerpo y de tu alma, yo, que tengo el conocimiento y el poder, pensaré en ello y lo proveeré con cuidado; aplícate sólo a pensar en mí en tus meditaciones; en ello está tu perfección y tu meta final".

Ya no se trata de la simple elevación de nuestra alma a Dios, requisito previo para cualquier oración digna de ese nombre, sino de una aplicación de nuestra mente a Dios, una aplicación repetida y penetrante. No me pongo simplemente en presencia de Dios para convencerme, considerando lo que él es y lo que yo soy, de someterme a él, como en la meditación religiosa. Ya no me preocupo por mí, sino sólo por él. Mirarlo es todo mi objetivo, mirarlo porque lo quiero, y mirarlo para quererlo mejor.

Si pienso en las criaturas, si observo las maravillas del universo material, si mi mente busca elevarse en el mundo de las ideas, si admiro los esplendores más elevados que se encuentran en las almas santas de la tierra o del cielo, si me doy cuenta de lo que la gracia ha podido hacer en mi propio corazón, todas estas cosas son para mí sólo pasos para elevarme a la causa divina que se manifiesta en sus obras. El único objeto al que asciende finalmente mi pensamiento es Dios, tal como se nos ha mostrado en y por Jesucristo.

Así que es Jesucristo a quien considero, nuestro Dios hecho hombre, Jesús viviendo una vez en la tierra, Jesús viviendo ahora en el cielo y vivificando a su Iglesia compuesta por todos sus miembros que se extienden por todo el mundo, - y es la Santísima Trinidad con las relaciones de las tres personas y las perfecciones de la única naturaleza, como Jesús me lo reveló.

Cuando seamos como los ángeles en el cielo, esta contemplación tendrá lugar simplemente, de forma continua, en la visión eterna cara a cara. Aquí en la tierra, no es lo mismo. Nuestra mente debe investigar mucho, observar, reflexionar, hacer comparaciones y distinciones, y finalmente razonar durante más o menos tiempo, para llegar a una contemplación oscura y breve. Todos estos esfuerzos, que el estudio previo o la lectura bien elegida, por no hablar de la oración, deben haber precedido y facilitado, se resumen en la palabra meditación.

Pero, a fuerza de meditación, conseguimos poco a poco simplificar todos estos pasos de nuestra mente para elevarnos rápidamente a la mirada contemplativa. Así que no perdamos el tiempo ahora en todas las consideraciones anteriores que fueron útiles pero que ya no lo son. Esforcémonos más bien en repetir esta mirada de amor, en prolongarla mediante un coloquio filial en el que nuestra alma exprese libremente a Dios sus sentimientos, los afectos que nacen de su caridad. Por esta razón, muchos autores llaman a esta oración afectiva. Lleguemos hasta este acto supremo, que no hemos mencionado al tratar de las oraciones anteriores, pues no puede ser objeto de un deseo, ni por consiguiente de una petición. Consiste en alegrarse de que Dios es perfecto e infinitamente feliz. Nuestra amistad divina nos hace encontrar allí la más pura felicidad.

Esta oración, en sus inicios, merece el nombre de meditación más que de contemplación, pues la reflexión requiere mucho esfuerzo y tiempo. Pronto será una contemplación más que una meditación, cuando baste un poco de recogimiento para ver a Dios en ese misterio con el que nuestra mente se ha familiarizado.

Estas vivas miradas de fe, estimuladas y acrecentadas por la caridad, pueden repetirse muchas veces durante la celebración de los santos misterios, que Santo Tomás llama "la principal obra de la vida contemplativa[[95]](#footnote-96)". Todo el Oficio litúrgico, con la Misa en el centro, sobre todo cuando se canta a coro, constituye el ambiente más favorable para la oración que acabamos de describir, y no es de extrañar que durante los primeros siglos de nuestra Orden no se sintiera la necesidad de reservar una hora de oración separada para toda la comunidad.

Por el contrario, les gustaba prolongar libremente el culto litúrgico con oraciones individuales. Fue la caridad reavivada por la celebración del Oficio la que dio a nuestros antiguos Padres esta inspiración. Quien ahora elija el momento posterior a la misa en la que ha participado de todo corazón y ha recibido la Sagrada Comunión como un momento propicio para su oración, y que tome como guía el *Adoro te* de Santo Tomás, estaría totalmente en su espíritu.

Si nuestro Santísimo Padre quiso que la oración coral se abreviara en favor del estudio, si en los conventos enteramente dedicados al estudio sólo es obligatoria media hora de oración mental, es porque el estudio, tal como deben practicarlo las almas dominicanas, se aplica, bajo el impulso de la caridad, a conocer más y más a Dios. A partir de ahí, es una excelente preparación para la meditación contemplativa y la sustituye fácilmente, porque conduce fácilmente a esas intuiciones afectivas que son su objetivo.

Pero es sobre todo al atardecer, cuando el final del día evoca el final de la vida, cuando el descanso de la noche anuncia el del cielo, cuando conviene dedicarse a esta meditación contemplativa más o menos simplificada que prepara, perfila e inaugura nuestra ocupación eterna. Que sea en estos grandes pensamientos de la eternidad donde encontremos el sueño. Nuestra Orden, especialmente en sus ramas contemplativas, siempre ha estado más apegada a esta oración vespertina y a esta forma de realizarla.

### Contemplación mística

Pensar en Dios con amor, aplicar nuestra mente y nuestro corazón a uno u otro de los misterios de Jesús, debe ser una preocupación diaria para un alma dominicana, y hacia este objetivo convergerán todos los medios que se presenten: estudios teológicos, oficios litúrgicos, lecturas espirituales, meditaciones propiamente dichas.

Pero mientras se esfuerza por hacerlo, hay algo que la sorprende dolorosamente, y es el poco resultado que consigue. Qué pobre y oscuro es el pensamiento que nuestra fe trata de fijar en Dios, y qué rápidamente se distrae nuestra mente, atraída hacia objetos inferiores!

No nos sorprendamos. Ya es muy difícil elevarse del mundo de los sentidos al mundo de las ideas, y raros son los seres humanos que encuentran en estas alturas un aire respirable que les permite permanecer allí. Si se pasa del conocimiento filosófico a las verdades sobrenaturales, es normal que el esfuerzo sea aún mayor y el éxito mínimo. Pero un poco de claridad en estos asuntos es mejor que conocer todas las noticias del periódico de hoy y ver a toda la gente que pasa por la calle.

No nos desanimemos, sigamos esforzándonos, con la esperanza de que el Espíritu Santo nos recompense concediendo una contemplación superior a la que podemos adquirir.

No es presunción concebir tales esperanzas. Lo que podemos hacer a través de nuestros amigos", dijo el filósofo griego que Santo Tomás cita a este respecto, "también podemos hacerlo a través de nosotros mismos de alguna manera. Ahora Dios habita en nuestra alma precisamente como un amigo. *Tu in nobis es, Domine...* Tú estás en nosotros, Señor, a quien San Pablo dirigió su oración por todos sus fieles de Corinto, "pidiendo que les des un espíritu de sabiduría y de revelación en el perfecto conocimiento de ti mismo, que ilumines los ojos de sus corazones

Entonces, ¿hay ojos en el corazón del cristiano para ver a Dios? Sí, además de la fe que San Pablo compara más bien con el oír, *fides ex auditu*, la fe que se basa en la palabra oída de la boca divina para darnos la convicción de la realidad del mundo invisible, *argumentum non apparentium*, existe en nuestro corazón una cierta posibilidad de visión, gracias a los dones intelectuales del Espíritu Santo que se nos conceden desde el bautismo.

Pero no son capacidades que podamos ejercer a voluntad, según abramos los ojos al mundo sensible, o según apliquemos el esfuerzo de nuestra inteligencia sobrenaturalizada por la virtud de la fe. Depende de nosotros ejercer nuestras virtudes sobrenaturales, así como nuestras facultades naturales. La gracia coopera con nosotros, sin duda, pero la iniciativa nos pertenece. Para los dones del Espíritu Santo, especialmente los que nos permiten contemplar a Dios, la iniciativa corresponde al propio Espíritu Santo. Su intervención depende de su buena voluntad.

Sin embargo, si ha depositado en nosotros órganos que esperan esta intervención, ¿no es de lo más apropiado que los utilice cuando llegue el momento? ¿Y no ha llegado ese momento, cuando hemos hecho todo lo posible, según nuestro modo humano? He aquí que hemos puesto todo nuestro cuidado en la práctica de las virtudes morales para estar en condiciones de entrar con éxito en la contemplación. He aquí que nos hemos entrenado suficientemente en el esfuerzo de la meditación contemplativa. El Espíritu Santo viene a prolongar nuestro esfuerzo y a abrir los ojos de nuestro corazón a Dios, en un conocimiento de sí mismo que es como una revelación íntima y personal.

\*

\* \*

Si no podemos merecer esta iluminación, propiamente dicha, merecemos ciertamente la perfección de los órganos que la reclaman y la acogen en nosotros. Porque se desarrollan y se adaptan cada vez más a su función, a medida que progresamos en el estado de gracia. Y nos corresponde añadir a nuestro insuficiente mérito la eficacia de la oración para acelerar el advenimiento de la contemplación infusa en nosotros. Santo Tomás recomienda a los que se dedican a la meditación contemplativa que recen para obtener el espíritu de la sabiduría. Cita la palabra de la Escritura: Oré, y el espíritu de la sabiduría entró en mí[[96]](#footnote-97). San Pablo, como hemos visto, rezó la misma oración por sus corintios.

Oremos humildemente, con confianza y perseverancia, mientras continuamos, sin cansarnos, los esfuerzos que dependen de nosotros. Practiquemos las renuncias necesarias para que nuestro espíritu, que gobierna todas nuestras pasiones, florezca sin obstáculos. Que sepamos hacer pausas en la vida demasiado agitada de nuestro propio espíritu, para recogernos y fijar nuestra mirada en Dios en paz. Y no tengamos una idea excesiva de la contemplación infusa. Comienza con algo pequeño, y no es fácil trazar la línea entre la intuición que se alcanza gradualmente a través de una meditación bien llevada y la que proviene de la iniciativa del Espíritu Santo. Esta última puede crecer, pero no nos saca de las sombras de la fe; siempre permanece oscura y misteriosa, y por eso se llama mística.

Como la propia contemplación activa, procede del amor de Dios. Pero la forma ha cambiado. Mientras que antes, en una resolución de amor, nos obligábamos a pensar en Dios, ahora, en una emoción de amor, Dios se impone a nuestros pensamientos. El amor ya no es fruto de nuestro esfuerzo; no lo suscitamos en nuestro corazón por un acto deliberado. Nos parece recibirlo de la nada, como si se despertara por sí mismo en nosotros, como el temblor de un manantial que brota de las profundidades donde habita el Espíritu Santo. Este amor infuso es el principio de la contemplación mística y constituye su fondo permanente en las diferentes fases de su evolución. Tanto si sentimos, sobre todo al principio, que nos acercamos ansiosamente a Dios que se nos escapa, como si al final sentimos que disfrutamos de su presencia, siempre, al menos, en medio de este fervor de amor espontáneo, tomamos conciencia aguda de que Dios es la gran realidad.

En las cosas espirituales", comenta Santo Tomás, refiriéndose a las palabras de un salmo: *"gustate et videte*", "se empieza por gustar y luego se ve". La iluminación emana así, bajo la influencia del Espíritu Santo, de este sabor a amor que es la base de la sabiduría mística. En primer lugar, la experiencia así saboreada completa nuestro conocimiento especulativo del misterio divino. Pero, además, se pueden obtener algunas ideas positivas sobre Dios y las verdades que nos ha enseñado. Sobre todo, tendremos la viva intuición de su absoluta trascendencia. Sí, en efecto, supera todo lo que podemos pensar de él, sí, todas las pobres ideas que podemos formarnos sobre él lo tergiversan, este Dios vivo cuya atracción omnipotente siente nuestro corazón y al que busca abrazar con toda la fuerza de su amor[[97]](#footnote-98).

### VILes oraisons jaculatoires

El divino Maestro dijo que hay que rezar siempre, y San Pablo repitió: Reza sin cesar, *sine intermissione orate*.

Sin duda, es imposible hacer una oración propiamente dicha que sea absolutamente continua. Si algunos privilegiados pueden elevar su pensamiento y su corazón a Dios casi sin descanso, la mayoría tiene preocupaciones aquí abajo que les ocupan y no les dejan la libertad de espíritu necesaria para esta oración constante.

Al menos debemos mantener siempre la disposición fundamental de la oración, el estado de ánimo del que procede esta elevación espiritual llamada oración. Esta disposición fundamental, este estado de ánimo, consiste en el amor a Dios. Sea cual sea nuestra ocupación, el amor divino debe estar en la raíz de nuestra actividad. Podemos no pensar en el buen Dios en todo momento, pero es necesario que la influencia de la caridad persevere al menos virtualmente a través de todas nuestras acciones, para que éstas conserven la orientación recibida de ella. Esto sucede mientras no hayamos renunciado a la intención original que nos inspiró a actuar por Dios. El hombre que va a trabajar para ganar el pan para su familia, aunque no piense en los suyos, trabaja para ellos y demuestra así su amor. Cuando hay un respiro, naturalmente piensa en ellos y vuelve a su trabajo con más ahínco. Del mismo modo, si es real, nuestro amor a Dios florecerá de vez en cuando en una oración real. Esta oración, una vez hecha, tendrá el resultado de hacernos más devotos al servicio de Dios, y por este mismo hecho nuestro trabajo, así sobrenaturalizado, prolongará más o menos la oración. Es correcto decir en este sentido: El que trabaja reza.

Por este efecto que proviene de ella como por el amor del que ella misma procede, la oración perdura siempre en cierto modo.

¿Es esto suficiente para cumplir el precepto del divino Maestro?

Al no encontrar esto lo suficientemente frecuente, los primeros ascetas cristianos, los santos Padres del Desierto, dieron un lugar privilegiado a las oraciones jaculatorias alabadas por San Agustín y Santo Tomás[[98]](#footnote-99)y que nunca serán demasiado apreciadas.

En la hermosa carta sobre la perfección religiosa que el reverendo padre Ridolfi dirigió a la Congregación de San Luis en Francia (1630), recomendaba añadir a las dos medias horas regulares de oración mental, frecuentes oraciones jaculatorias a lo largo del día y de la noche. Y sobre este punto apeló de nuevo a la autoridad del Beato Humberto de Romanos[[99]](#footnote-100).

\*

\* \*

¿En qué consisten estas oraciones jaculatorias? Unas pocas palabras, o sólo unos pocos pensamientos, que de repente parten de nuestro corazón y salen disparados, como la jabalina (*jaculum) de* antaño, para tocar el corazón de Dios.

Estas oraciones son cortas, muy cortas, y por lo tanto no es necesario tener tiempo libre para hacerlas. Son tan breves que ni siquiera interrumpen nuestro trabajo ordinario. Tienen lugar en medio de una conversación, y nuestros interlocutores no se dan cuenta.

Si tenemos una mente naturalmente distraída e inconstante, difícilmente podremos aplicarnos a largas oraciones mentales, pero éstas no serán gravosas. Sólo hace falta un momento, y el aburrimiento no tiene cabida en él. Un simple movimiento del corazón es suficiente, no es necesario ningún esfuerzo.

¿Amamos realmente a Dios? Todo está ahí. Si lo hacemos, estas oraciones fluyen desde la fuente. La boca habla de la abundancia del corazón. Al mismo tiempo que expresan este amor, nuestras jaculatorias lo avivarán y mantendrán nuestra vida cristiana en el buen camino.

Una sola palabra, siempre la misma, puede componerlas, el nombre de Dios, el de Jesús, el de María, palabras que están coloreadas a su vez por los diversos sentimientos de nuestra alma, que expresan, según el caso, nuestra fe, nuestra esperanza, nuestro amor, nuestra devoción, nuestra oración, nuestra gratitud, nuestra humildad, nuestra contrición, etc. *Jesu, spes mea!"* suspiraba a menudo la beata Catalina de Racconigi mientras trabajaba en su profesión de tejedora. Y a Santa Catalina de Siena le gustaba decir estas palabras que terminan todas sus cartas: ¡Dulce Jesús; Jesús amor!

Otras veces, será una frase completa formulada por nosotros o tomada de alguna fuente pura del espíritu cristiano. La Sagrada Escritura, especialmente los salmos, las oraciones litúrgicas, los santos y, sobre todo, las nuestras, nos proporcionan muchas que pueden llegar a sernos familiares. Hemos visto cómo Santo Domingo variaba sus oraciones jaculatorias según las diferentes actitudes que tomaba en la oración.

Por ejemplo, cuando nos levantamos, podemos decir: "He aquí que vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad. Por la noche: "En tus manos, Señor, encomiendo mi alma. En los momentos de recogimiento religioso: "Te adoro, aquí presente, oh Dios oculto... Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. En medio de nuestro trabajo o en las dificultades de nuestros deberes de estado: "Soy tu siervo y el hijo de tu sierva. En las horas de alegría: "Gracias, Dios mío... ¿Qué te pagaré por todas las cosas buenas que he recibido de ti?

Cuando nos sentimos débiles y tentados, nos gusta decir, como Santa Catalina de Siena: "¡Dios mío, ven en mi ayuda! ¡Señor, apresúrate a ayudarme! Después de una falta, esta otra palabra que le era familiar: "He pecado, Señor, ten piedad de mí. O, con David, "Ten piedad de mí, Dios mío, según tu gran misericordia. Padre eterno -dijo una humilde monja de nuestro tiempo-, te ofrezco las heridas de Nuestro Señor Jesucristo para curar las de nuestras almas.

¿Es necesario citar otros ejemplos? He aquí gritos de esperanza y de amor inspirados por el Espíritu Santo y llenos del fervor de los innumerables cristianos que los han repetido: "Señor, tú sabes que te amo... Estar unido a Dios es la felicidad para mí... Señor Jesús, no permitas que me separe nunca de ti... Me llenarás de alegría al ver tu rostro... Ven, Señor Jesús, ven".

Invoquemos también a la Santísima Virgen: "Muestra que eres nuestra Madre". Susurremos para ella las palabras acariciadoras de la *Salve Regina: ¡Mater misericordiæ, vita, dulcedo, et spes nostra!* Todas estas palabras suelen ser más deliciosas en el latín conciso, para quienes conocen la lengua litúrgica.

Que cada uno siga la inspiración del Espíritu y la inclinación de su alma. Siento en el fondo de mi alma -dijo la madre Françoise des Séraphins- un cierto instinto que me hace elevarme hacia Dios y tender hacia él muy a menudo, y llevo esta disposición por estado[[100]](#footnote-101).

Los tiempos, los lugares, lo que vemos, lo que oímos, todo puede darnos la oportunidad de elevar nuestro corazón a Dios. Lo importante es que en estas jaculatorias se expresen las grandes virtudes que están en nosotros por la gracia divina, y que nos vinculen a las personas sagradas de las que depende nuestra salvación: la Santísima Trinidad que nos comunica su vida, el Hijo de Dios encarnado por nosotros y que nos incorpora a él para llevarnos a su Padre, la Virgen María que es nuestra verdadera Madre en gracia divina, y Santo Domingo, el padre de nuestra vida religiosa.

Uno de los más famosos Padres del desierto, San Macario el Viejo, se enteró un día por revelación de que, después de muchos años de la más austera vida, aún no era tan perfecto como dos mujeres casadas que vivían en un pueblo cercano. Inmediatamente se dispuso a visitarlos. Y encontró a dos personas, humildemente ocupadas con sus hogares, que, en medio de su trabajo, se dirigían frecuentemente a Dios con oraciones jaculatorias. Macario, que ya era aficionado a esta práctica, se dedicó a ella con mayor esmero. Solía repetir con frecuencia en la sinceridad de su corazón: "Señor, ten piedad de mí como sabes y como quieres: *Domine, sicut scis et vis, miserere mei*.

Los que se dedican a este ejercicio -dice Luis de Granada-[[101]](#footnote-102) ya han recorrido la mitad del camino cuando llega el momento de la oración, y se recogen sin dificultad. ¿Cómo es que en la oración algunos están inmediatamente llenos de ardor, mientras que otros tienen todas las dificultades imaginables para establecer la paz en su interior? La causa es comúnmente que los primeros mantienen el calor de la devoción por medio de oraciones cortas, mientras que los segundos se enfrían en el olvido de Dios. Al igual que uno se cuida de no dejar enfriar un horno utilizado para cocer el pan, por la dificultad de ponerlo a la temperatura necesaria en el momento de trabajar, así las almas fervorosas harán bien en mantener el ardor de la devoción si quieren evitar la tarea de encenderla cada vez que entren en oración.

Por último, añadiría que la media hora de nuestra oración mental bien podría ser una serie de oraciones jaculatorias más intensas... Hazte una pequeña colección a tu gusto y pruébala. Massoulié ya dio este consejo[[102]](#footnote-103). No tengas miedo de repetir durante mucho tiempo el pensamiento que te beneficia. El mismo Jesús nos dio este ejemplo en su oratoria en el Huerto de los Olivos: *Eumdem sermonem dicens,* repitió la misma palabra.

### VEl Santo Rosario, un método de oración

Hay una práctica muy querida por toda alma dominicana, en la que se ha ido resumiendo y fijando lo mejor de lo que acabamos de descubrir en las oraciones secretas, con su acompañamiento verbal y corporal, en las santas meditaciones en sus diversas formas, pero sobre todo en la forma contemplativa, y en las propias oraciones jaculatorias. Esto es el Rosario.

Sería fácil verlo como una oración puramente vocal y mecánica. Sin embargo, las Constituciones dominicanas no dudan en afirmar que el Rosario rezado en común puede ocupar al menos una parte del tiempo que la comunidad debe dedicar a la oración mental. En efecto, si se entiende bien, el Rosario es un método perfecto de oración.

¿Creemos que este Romeo de Livia, a quien nuestro Padre Santo Domingo mismo formó para la vida religiosa, no hizo una hermosa oración, y de quien Bernardo Gui nos dice que "en él ardía el fervor de la devoción hacia la Virgen Madre de Dios y Jesús, fruto de su vientre"? Utilizaba una cuerda anudada para contar todas las Avemarías que rezaba cada día mientras "rumiaba" en su alma los misterios cristianos. Murió en 1261, "apretando fuertemente entre sus manos su instrumento de oración e inculcando a los hermanos esta devoción a la Virgen y al Niño Jesús".

"En todos sus sermones hablaba de ello, ya sea al principio, en medio, al final, o incluso a lo largo de todo el discurso. Si la Virgen dijo a Santo Domingo y a su Orden: "Id y predicad mi Rosario", el Beato Romeo de Livia es uno de los primeros que conocemos que recomendó y practicó esta devoción de una forma muy cercana a la actual. Hoy en día, los dominicos y dominicas llevan cuentas de madera dura en los costados, unidas por una cuerda o una pequeña cadena de hierro, que sustituye a la cuerda anudada del Beato Romeo. Y a través de la Cofradía del Rosario, nuestra Orden se esfuerza por iniciar a todos los fieles piadosos en la vida de oración.

\*

\* \*

Tomamos en nuestras manos estas cuentas del Rosario bendecidas por la Iglesia, este instrumento de devoción a Nuestro Señor y a su Madre. Aunque estemos tan cansados que no podamos hacer más, este gesto religioso ya es una actitud significativa y significativa ante Dios. Cuando el venerado P. Cormier se dejó fotografiar, tomó su Rosario entre los dedos para ser representado en esta piadosa postura.

Pero este instrumento, hecho para la oración, provoca a la oración a quien lo tiene en su mano. Estas cuentas, que la bendición de la Iglesia ha llenado de gracias, estimulan nuestra alma. Se nos escapan de las manos y rezamos un *padrenuestro* y diez *avemarías*, luego otro *padrenuestro* y otras diez *avemarías..*. El Rosario contiene tantas *Aves* como salmos para alabar a Dios en el Oficio Canónico. Con estos granos, es fácil calcular nuestras salutaciones a la Virgen y estar seguros de tener todo el número necesario.

Esta es una de esas oraciones que el Señor condenó en el Evangelio como charla inútil. En absoluto. Los largos discursos, en los que expones tus necesidades espirituales y materiales al Padre celestial, que lo sabe todo, pueden convertirse fácilmente en esa cháchara. Pero esto no es el Rosario. Estos breves saludos que se repiten no exigen un esfuerzo absorbente por nuestra parte. Tal ocupación nos deja libres para elevar nuestras almas a Dios, muy religiosamente.

Incluso nos ayuda en esta elevación. En primer lugar, al establecer automáticamente una barrera sensible entre nuestra alma y el mundo exterior, favorece el recogimiento, que es la condición de toda verdadera oración. En segundo lugar, por la orientación que nos sugiere constantemente hacia la Virgen María y el fruto divino de su vientre, nos atrae y finalmente nos establece en su presencia.

Podemos imaginarlos en sus diversos estados: viviendo en la tierra en Nazaret, en Belén, en Jerusalén, - sufriendo el gran dolor de la Pasión y la Compasión, - gloriosos finalmente después de la Resurrección, la Ascensión, la Asunción. El Rosario nos pide que los contemplemos a su vez en los misterios que un día vivieron y cuya gracia quieren comunicarnos ahora. Toda la obra de la salvación está ahí: en la redención que realizaron para toda la humanidad a través de esta serie de misterios, y en la comunicación a cada uno de nosotros de la gracia misma de estos misterios. Quien los revive en su mente y cuyo corazón vibra alternativamente de alegría, dolor y esperanza al considerar los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos por los que pasaron Jesús y María y por los que nos conducen, ¿no está en las mejores condiciones para recibir la gracia de la salvación? Las sucesivas fiestas del año litúrgico no tienen otra finalidad que la de situarnos en estas condiciones favorables. Con el Rosario, es todo el año litúrgico el que resumimos cada semana si cumplimos el mínimo exigido a los cofrades del Rosario, y cada día si queremos ser un fervoroso Terciario Dominicano.

¿Nos falta tiempo? Recuerda que, según la Regla, el Rosario puede servir como Oficio canónico. Así que debemos realizar el Oficio y la oración mental al mismo tiempo. Teniendo la facultad de separar las decenas, ¡qué fácil nos resulta encontrar, en el transcurso del día, durante las idas y venidas, en los momentos de descanso, dos minutos para una docena! Por la mañana y sobre todo por la noche, que es un momento privilegiado para la oración mental, encontraremos la manera de dedicar más de dos minutos a este ejercicio y hacerlo más fructífero.

La última vez que la Escritura habla de la Santísima Virgen es en los siguientes términos. Después de la Ascensión de Jesús al cielo, "todos sus discípulos, con un mismo espíritu, perseveraban en la oración, junto con algunas mujeres y María, la Madre de Jesús". La práctica del Rosario ya estaba tomando forma. Allí está la Santísima Virgen María, que fue la única testigo a veces y en todo caso la mejor testigo de los grandes misterios de Jesús en los que participó. Su simple presencia, cuando no es su historia, recuerda todo lo que pasó, todo lo que vivió. Y, reunidos en torno a ella, los discípulos rezan, pensando y deseando la coronación de estos misterios. En verdad, ¿no es esto ya el Rosario en su esencia? Y qué hermosa oración! Recémosla en familia, como lo hacía la pequeña Iglesia primitiva, y como lo hacen cada tarde los religiosos y religiosas de nuestros conventos dominicos.

Hija mía", dijo un día la Virgen a una niña que se convirtió en la venerable dominica Ágata de la Cruz (1546-1621), "reza el Rosario... Cuando recojas esta oración, medita con atención los misterios de la Vida, Pasión, Muerte y Resurrección de mi Hijo. A partir de ese momento, Ágata se aplicó a rezar el Rosario, pero con tanto gusto y ligereza que, habiendo empezado el *Pater noster*, se pasó dos o tres días diciendo sólo estas dos palabras. Su mente y su corazón nadaban en la luz y la alegría de una deliciosa contemplación.

Había alcanzado perfectamente la contemplación a la que el Rosario eleva el alma y podía dejar de recitarlo así como de meditarlo. Pero este es un caso excepcional. El Rosario es, para la mayoría de las almas, incluso las avanzadas -y lo era para ella habitualmente-, un medio para entrar en la contemplación y mantenerse en ella.

Otra terciaria dominica del siglo XVII, Marie Paret, escribía en una carta: "Después de mi Rosario, apenas rezo oraciones vocales; me siento más bien atraída a permanecer en la presencia de Dios[[103]](#footnote-104). Otras oraciones vocales se convierten a menudo en un obstáculo para esta sencilla oración de recogimiento en Dios. El Rosario no impide, al contrario, suele favorecer este recogimiento.

Para las almas místicas, sobre todo si son de naturaleza expansiva, como nuestro Beato Padre Santo Domingo, el Rosario también proporcionará una expresión para esos sentimientos intensos que, a veces, se desbordan del alma. En tal o cual pasaje del *Padre Nuestro*, del *Ave*, del *Gloria*, en los nombres de María y Jesús piadosamente pronunciados, se derramará el desbordamiento de su emoción.

Si, por el contrario, mi alma se encuentra en un estado de sequedad, incapaz de meditar el misterio, incapaz de contemplar la escena evangélica, al menos recurrirá a estas *Avemarías* y se refugiará en ellas en lugar de dejarse llevar por el viento de las distracciones. Imitará a los aviadores. Lo que era la pista terrestre, de la que partió para elevarse a las alturas, se convertirá, si es necesario, en su lugar de aterrizaje y su refugio.

Los que han emprendido la oración mental en otra de las formas que hemos explicado, y que en ciertos días gimen por no tener éxito en ella, pues bien, también en esos momentos, que tomen su Rosario. Es mejor rezar *Avemarías* mientras se reza el Rosario en actitud religiosa que no decir ni hacer nada por el buen Dios.

A veces ni siquiera estoy en condiciones de probar otra cosa. Demasiados deberes y ocupaciones me agobian la mente para poder ordenar mis pensamientos y recogerme. O me obsesiona una sola idea, una tentación persistente de placer o de ira, de celos o de venganza, de incredulidad o de desesperación. Más a menudo, simplemente estoy cansado, agotado al final de una jornada de trabajo, sufriendo en mi lecho de enfermo, incapaz de pensar. En todas estas circunstancias, el Rosario sigue siendo la mejor manera de calmar un poco mi alma en la presencia de Dios.

Por eso, bendigamos todos y siempre a la Santísima Virgen, que dio a Santo Domingo y a su Orden este incomparable método de oración.

## Artículo IV Hacia la perfecta contemplación

Todos somos contemplativos por vocación. Los mejor dotados, los más privilegiados, nunca logran más que una contemplación imperfecta aquí en la tierra. Pero a todos, sin excepción, Dios nos llama a la contemplación perfecta, que es verle cara a cara y disfrutar de su amor por la eternidad. Las almas libres y pacíficas, que tienen tanto el ocio como el gusto de recogerse en los pensamientos elevados o en la dulzura de los afectos puros, se regocijan pensando en este hermoso destino: ver de una vez todo lo que es verdadero y saborear plenamente la amistad divina.

Y vosotros, personas inquietas, siempre ocupadas, preocupadas por mil cosas, lanzadas a las preocupaciones y a los trabajos por necesidad quizá más que por atracción, pensad en el descanso eterno que os espera. No será la ausencia de actividad, sino una actividad noble, ordenada y beatificante. La más excelente de tus facultades, la inteligencia, en el más excelente de sus actos, la intuición pura, se fijará en el más excelente de los objetos, Dios mismo revelado al fin, y se producirá una felicidad perfecta en la que todas tus otras facultades, cada una en su propio rango, encontrarán su parte de felicidad. Allí descansaremos y veremos", dice San Agustín, "veremos y amaremos, amaremos y alabaremos... Veremos a Dios sin fin, lo amaremos sin cansarnos, lo alabaremos sin cansarnos. Este será el oficio, el gusto, el ejercicio de todos.

Este es, pues, nuestro fin común. Seamos quienes seamos, debemos decir con el salmista: "Una cosa he pedido al Señor, y es habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida para ver las delicias del Señor.

Pero este fin sólo se alcanzará en el cielo, según los méritos obtenidos en la tierra. Si se puede decir que inauguramos aquí abajo, en el estado de gracia, nuestro estado de gloria eterna, no es al mismo nivel. En efecto, hoy tenemos títulos de posesión divina, pero no vamos a saborear, en sentido estricto, las primicias de esta posesión beatífica. ¿Qué son estos títulos y qué los hace valiosos? ¿Cuál es la fuente de nuestros méritos? Es la caridad, ese amor que ordena y dirige hacia Dios toda la actividad de nuestra alma. Si alguien me ama -dijo Jesús-, mi Padre lo amará, y yo mismo lo amaré y me manifestaré a él. Veremos a Dios en el cielo en la medida en que hayamos llegado a amarlo en el momento de nuestra muerte. Es la caridad entonces establecida en nuestra alma la que regulará la proporción de nuestra contemplación eterna.

La caridad muestra su fuerza por las obras que produce, y estas mismas obras aumentan su poder. De ahí la importancia de estas obras, bien para enseñarnos dónde estamos en relación con nuestro fin último, bien para acercarnos progresivamente a él. Todo nos invita a ejercer nuestra caridad.

Hay dos formas principales de hacerlo, según busquemos en nosotros a ese Dios objeto de nuestro amor o lo descubramos en el prójimo. En sí mismo, donde no le falta nada, sólo hay que contemplarlo con complacencia. ¿Qué más podemos hacer? A nuestro amor le basta con que nuestro amigo divino sea perfecto e infinitamente feliz, y nos complace pensar en él durante mucho tiempo. Pero en nuestro prójimo, apela a nuestra caridad. Allí, de hecho, Dios es como un entrometido y nuestro deber más o menos urgente es dedicarnos a su servicio. La caridad también nos insta a hacer todo lo posible para ello.

Y aquí hay dos vidas muy diferentes: la vida contemplativa y su santo ocio, *otium sanctum*, dice San Agustín, y la vida activa y su justo trabajo, *negotium justum*. Dos vidas entre las que los cristianos se dividen según sus gustos y su vocación. En la propia Orden de Santo Domingo crecen y florecen muchas ramas, algunas de ellas contemplativas y otras activas.

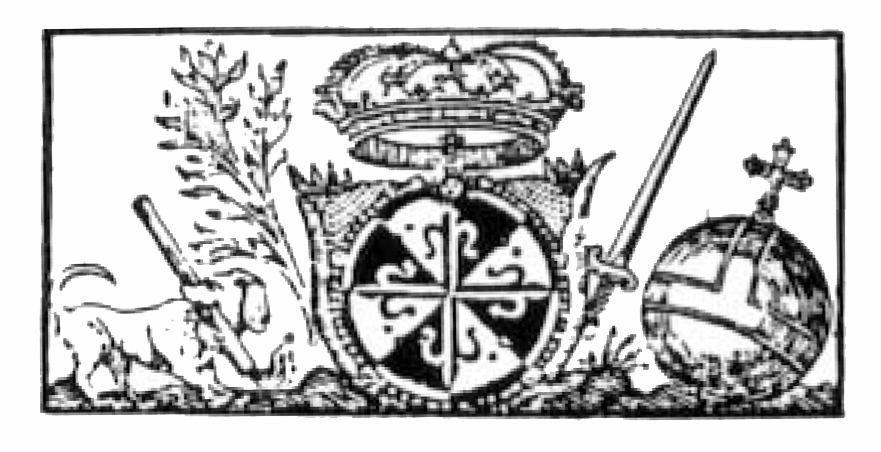
Observemos que en todos los casos interviene la misma virtud de la caridad. Es esta virtud la que actúa y se manifiesta en estas obras, tan diversas en apariencia, y la que crece a través de una u otra. Hasta tal punto que, siguiendo uno u otro camino, podemos llegar a la perfección cristiana, que no es más que la perfección de la caridad. Digo, además, que esa unión mística de la que hemos hablado en relación con la contemplación infusa y que es su elemento fundamental, puede alcanzarse por cualquiera de las dos vías. Los perfectos de la vida activa, así como los de la vida contemplativa, experimentarán el sentido vívido de la realidad de Dios en ese impulso interior que atrae el alma hacia él o incluso le da a uno el gusto de su presencia. Si hay un anticipo de la contemplación eterna, está ahí, y sólo ahí.

Pero sólo podemos esperar conseguirlo si nuestras obras son realmente fruto de la caridad. Pretendemos llevar una vida contemplativa. Invocamos con complacencia un artículo de Santo Tomás en el que se explica que "si tomamos las cosas en sí mismas, hay más mérito en amar a Dios que en amar al prójimo". Por lo tanto, lo que está más directamente relacionado con el amor a Dios es, por su propia naturaleza, más meritorio que lo que está directamente relacionado con el amor del prójimo a Dios. Ahora bien, la vida contemplativa pertenece directa e inmediatamente al amor de Dios[[104]](#footnote-105).

Muy cierto, pero ¿es realmente, es siempre el amor de Dios el que te anima? ¿Y si hubiera pereza, si hubiera mucho egoísmo por tu parte, una búsqueda de tranquilidad por la que tienes un gusto temperamental, una curiosidad intelectual que te hace encontrar placer en ciertas lecturas o estudios, moda y esnobismo? No es imposible. Dudo que el amor a Dios sea el gran motivo de tu vida, si no te preocupas por el prójimo y sus miserias, si careces de benevolencia y devoción por los que te rodean en tu apacible hogar, si no haces penitencia y rezas por los pobres pecadores que hay en el mundo. Porque la verdadera caridad implica esencialmente esta doble corriente de amor, y si una falta notoriamente, la otra es sólo aparente. San Juan no duda en afirmarlo repetidamente en su primera epístola: "Si alguien dice: "amo a Dios", y odia a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, quien no ama a su hermano? Y de él hemos recibido este mandamiento: El que ama a Dios, que ame también a su hermano[[105]](#footnote-106).

¿Acaso no está sujeto a la cautela la persona que dedica su tiempo a las obras de la vida activa? Sí, su gusto natural o las necesidades de la vida pueden explicar suficientemente sus idas y venidas, las molestias que se toma en tal o cual asunto, su devoción por tal o cual persona. Uno puede estar ardiendo de fiebre por la noche después de un día de trabajo, uno puede distribuir todos sus bienes en limosnas, sin que haya una verdadera caridad, dice San Pablo[[106]](#footnote-107). Y entonces no sirve para la vida eterna. Sólo hay caridad si el trabajo se hace para Dios. ¿Sientes a veces la necesidad y el deseo de pensar en Dios, y lo haces en la medida de lo posible? Sí, entonces puedo creer que te estás gastando por amor a él. Este deseo revela la caridad que te anima. Además, sin una cierta atención prestada a Dios de forma intermitente, ¿cómo podría presidir toda tu actividad la intención de actuar por él? Por tanto, se impone a todo hombre un mínimo de vida contemplativa. Es un mandamiento general que la mente de uno debe estar disponible a veces para pensar en Dios. *Vacate et videte quoniam ego sum Deus.*

Un alma dominicana debe preocuparse especialmente por esto, aunque sólo sea miembro de la Tercera Orden y sea presa de los afanes de la vida secular. Que aproveche todo el tiempo libre posible para elevar su mente y su corazón a Dios. Puede suceder -dice Santo Tomás- que una persona adquiera mayores méritos en las obras de la vida activa que otra en las de la vida contemplativa. Si, por ejemplo, sucede que, por sobreabundancia de amor divino y con miras a cumplir la voluntad de Dios para su gloria, a veces soporta ser privado por un tiempo de la dulzura de la contemplación divina[[107]](#footnote-108). Por ello, merece para la eternidad una contemplación más perfecta.



# Capítulo VAll vida en la verdad

## Artículo I La verdad de la vida

No basta con estudiar la verdad y hacerla objeto de nuestras meditaciones, si la contemplamos como un mero diletante, sin "regular nuestra vida según lo que sabemos". Debemos "hacer la verdad en la caridad", escribe San Pablo, debemos "caminar en la verdad", según una palabra que a San Juan le gusta repetir. Me parece escuchar que Santo Domingo toma prestadas sus palabras para declararnos: "No tengo mayor alegría que saber que mis hijos caminan en la verdad[[108]](#footnote-109). Nuestro Padre nos dio un ejemplo admirable de esta conducta a lo largo de su vida. Pero antes de ver esto juntos, me gustaría que escucháramos a Santo Tomás explicarnos qué es la verdad de la vida.

### El gran papel de la virtud de la prudencia

Un alma dominicana tiene un deber aún mayor que cualquier otro de evitar la mentira y el disimulo. ¿Qué puede ser más ilógico e inadmisible cuando el lema de uno es *Veritas* y se pretende ser el Patriarca Domingo, "donde nunca apareció", dijo Jordán de Sajonia, "una sombra de falsedad o disfraz"? La sencillez, la rectitud, la lealtad, la franqueza, la sinceridad, son las palabras que caracterizarán nuestra conducta. En un alma dominicana, esto debería fluir como si de la fuente se tratara. Más bien debemos cuidar que la humildad y la caridad atemperen lo que fácilmente sería excesivo en estas tendencias. La sinceridad debe evitar las vanas demostraciones de sí mismo. La franqueza evitará que degenere en una grosería que perjudique a los demás.

Antoine Chesnois († 1685) escribió a uno de sus penitentes: "Di lo que es verdad de forma suave, dilo sin acaloramiento, sin culpar a nadie, y renuncia al amor propio. Deja de lado a las personas, incluso a las tuyas, incluso a las mías. Debemos sostener con delicadeza la verdad, por la que murió Jesucristo, y esto por amor a Dios, que la aprecia, y por amor al prójimo, al que le es útil."

Si la veracidad es una deuda moral con los demás, es también, y sobre todo, un deber de fidelidad con uno mismo. Estamos dotados de razón, es decir, ordenados a la verdad por nuestra propia naturaleza; nos debemos a nosotros mismos actuar en consecuencia, es decir, ser verdaderos. Ahora bien, esta fidelidad a la razón no sólo se impone en nuestras relaciones con los demás, cuando les hablamos, cuando adoptamos una actitud significativa ante ellos. Es siempre y en todo lugar que nuestra vida debe llevar la marca. A través de nuestra razón, cuyo alcance se ve incrementado por la fe, estamos en condiciones de conocer los principios reguladores de la vida y, por tanto, estamos obligados a ajustar toda nuestra conducta a ellos. Con esta condición, viviremos con rectitud. Con esta condición, caminaremos en la verdad.

¿No estoy llevando a mis lectores por un camino exactamente opuesto al que les estaba llevando? Al principio de este libro, se dijo que toda la perfección consiste en la caridad. Hemos oído a San Pablo reducir todas las virtudes cristianas a esta virtud primordial: sólo le parecen manifestaciones divinas de la caridad en un alma. ¿Acaso el amor de Dios no posee un instinto que discierne lo que está bien y se aparta de lo que está mal? *Ama et fac quod vis!* Ama y haz lo que quieras!

Sí, la caridad es el punto de partida de todo en la conducta cristiana, es el resorte fundamental que nada puede sustituir. Pero con Santo Tomás debemos sostener firmemente que no es suficiente. No podemos abandonarnos únicamente a las inspiraciones generales del amor de Dios.

Y en primer lugar, ¿es cierto que tal inspiración es efecto de la caridad? Corresponde a nuestra razón distinguir entre las auténticas inspiraciones del amor divino y los instintos naturales que sólo son una falsificación. Cuántas veces las pasiones humanas se mezclan con las inspiraciones divinas e incluso toman la apariencia de ellas para suplantarlas! Un día, alguien vendrá y, como anunció el Precursor, tendrá la furgoneta en la mano para separar el grano de la paja. Pero el Juez divino nos ha dado razones para ejercer este juicio sobre nosotros mismos.

Nuestra razón está, gracias a ella, en condiciones, por la virtud sobrenatural de la prudencia, de hacer el discernimiento necesario y, además, porque es su papel más importante, de organizar y dirigir todas las fuerzas que Dios nos ha dado para el bien. Esta es nuestra facultad de gobierno. Está impregnada de las intenciones que el amor divino le comunica. Se sitúa desde el punto de vista de Dios mismo, a quien desea complacer en todo. Intenta mantenerse siempre en aquellas alturas a las que no se eleva la falsa prudencia, la prudencia de la carne, la prudencia del mundo y la prudencia natural. Y entonces, regulada así por la caridad, nuestra prudencia sobrenatural trabaja incesantemente por sus órdenes para conformar toda nuestra conducta a ella. Es a través de esta prudencia que las buenas intenciones del amor divino se convierten en realizaciones en los detalles de la vida. *Veritatem facientes in caritate.* En la caridad, dice, hagamos la verdad.

Para ello, busca el justo equilibrio entre los excesos a los que tienden alternativamente las pasiones humanas.

No tema que este término medio se confunda con la mediocridad. Porque los fines siempre están ahí, los magníficos fines que impone la caridad. Es en relación con estos fines que la prudencia elige los medios. Para ser proporcionales a su objetivo sobrenatural, deben superar ellos mismos los medios naturales que son suficientes para el sabio de este mundo. Qué diferencia entre la templanza de un filósofo griego o de un simple hombre honrado y la vida de este discípulo de Cristo que "castiga su cuerpo para reducirlo a la servidumbre", que practica la virginidad perpetua!

Por otro lado, podemos exagerar en el uso de los mejores medios. Nuestra razón volverá a encontrar aquí la justa medida al no perder nunca de vista el fin al que se subordinan estos medios. Lo que hace excelente a una regla religiosa -escribe Santo Tomás- no es el rigor de las observancias que en ella se practican, sino la perfecta adecuación de éstas al fin que se persigue.[[109]](#footnote-110)

"Por ejemplo, el valor religioso de la pobreza es que nos libera de las preocupaciones terrenales y nos permite así dedicarnos a las cosas divinas y espirituales con tranquilidad. Por tanto, la pobreza no es mejor por ser más estricta, porque no es buena por sí misma, no es nuestro fin. La santa pobreza es sólo un medio, vale la pena en la medida en que nos libera de preocupaciones y nos hace más disponibles para ejercer nuestra caridad contemplativa y apostólica. Asimismo, lo ideal es no abrumar con mortificaciones, prolongar demasiado los ejercicios de piedad. Que la santa virtud de la discreción, la prudencia, reine sobre todo esto.

Aplicar estos principios no siempre es fácil. Para tener éxito, hay que pensar detenidamente en los casos concretos en los que uno se encuentra. La justicia es necesaria, pero no suficiente. Hay que recordar las experiencias felices o desgraciadas que se han tenido. Si es necesario, hay que pedir consejo, y aquí es donde entra la guía espiritual. Sería un error acudir a un director todo el tiempo y confiar en que tome decisiones por nosotros. Pero a menudo, sobre todo en las primeras etapas de la vida interior, nos ayudará en nuestras propias deliberaciones para que podamos juzgar y decidir. Si creemos que hemos obtenido las luces del Espíritu Santo sin mucha reflexión, debemos revisar estas ideas, pues quizás no tengan un origen tan elevado.

Debemos entonces decidir el curso de acción a seguir, cuidando que ningún prejuicio o pasión perturbe la mirada simple de la que habla el Evangelio, y distorsione así nuestro juicio.

Por último, una vez tomada la decisión, hay que notificar imperiosa y constantemente las órdenes necesarias para su aplicación práctica.

Muchos actos son intelectuales. Sin duda, la caridad es siempre necesaria, necesaria en principio, como hemos dicho, y necesaria hasta el final, porque sin el fervor del amor se descuida la decisión y se mantiene, a pesar de todas las buenas razones que la apoyan. La oración y la comunión, que estimulan la caridad, son, por tanto, primordiales. Pero es a través de actos de prudencia que ponemos la verdad en nuestras vidas.

Por lo tanto, planifiquemos y preparemos nuestra jornada cada mañana; durante todo el día observemos y regulemos despiadadamente el curso de nuestra vida; y por la noche, en un último examen de conciencia, miremos hacia atrás el tiempo transcurrido para juzgarlo y hacer las reparaciones necesarias[[110]](#footnote-111).

### II Bajo la guía de la Providencia

Lo que he dicho es suficiente para advertir al alma de los peligros del iluminismo. Pero hay un escollo totalmente opuesto del que hay que cuidarse si se quiere permanecer en la verdad de la vida. Lo llamaré racionalismo práctico. Este defecto no es más quimérico que el anterior.

Abundando en la doctrina expuesta hasta ahora, podemos imaginar que toda la perfección depende de nuestras concepciones personales, de nuestros esfuerzos metódicos, de nuestros exámenes bien realizados. Pero entonces olvidamos que nuestra razón no es soberana. Olvidamos que por encima de nuestra prudencia personal hay una prudencia superior que lo ha previsto todo eternamente y que lo prevé todo incesantemente. Esto es la providencia divina. Esta pequeña y limitada providencia que es nuestra prudencia debe someterse primero al plan de la Providencia divina. De lo contrario, seríamos como albañiles que trabajan sin preocuparse del plan general que ha diseñado el arquitecto. Estaríamos aún peor, pues el albañil puede tener buenas ideas y fuerza personal, independientemente del arquitecto. Y nosotros, independientemente de Dios, no somos nada.

Aquí también, vivamos en la verdad. Esta fuerza que representa nuestro ser personal debe contar con las grandes fuerzas que lo impregnan, para actuar eficazmente en cualquier orden. Debe contar sobre todo con la fuerza superior que envuelve y penetra todas las demás, Dios, sin la cual nada existe, nada puede actuar, nada tiene éxito. No trabajemos como si todo dependiera sólo de nosotros. Incluso si añadimos que debemos rezar como si todo dependiera de Dios, no corregimos nuestro error y las consecuencias prácticas son desastrosas. No es necesario decir "como si todo dependiera de Dios". En realidad, todo depende de Dios, en primer lugar.

Es él, y sólo él, quien ha previsto todo, y, aunque esté dispuesto a hacer uso de segundas causas, es él, en primer lugar, quien provee todo. Su Providencia abarca a todos los seres sin excepción. Lleva en su incansable poder a toda la raza humana y a cada uno de sus individuos. Preside con imperturbable sabiduría el comienzo, toda la evolución y el final de cada vida. Penetra en las profundidades de nuestro ser, en todo el juego de nuestras facultades, con todos los actos en los que se despliegan, los actos libres más que los fatalmente desencadenados, y los actos sobrenaturales aún mejor que los naturales. Porque, en la medida en que hay ser, en esa misma medida, Dios, única fuente del ser, debe intervenir.

Si nos ha dado nuestra naturaleza y nuestras facultades, con mayor razón es por su cuidado que pasemos de la potencia a la acción, pues somos más ricos en el ser cuando actuamos que cuando no actuamos.

Si nuestra actividad tiene el privilegio de ejercerse con ese dominio perfecto, esa indiferencia dominante que caracteriza al ser libre, entonces nuestro Creador debe actuar más intensamente en nosotros, para salvaguardar y actualizar nuestra libertad como criaturas, pues esta espontaneidad de nuestra acción, esta independencia de nuestra voluntad, es del ser superior, que sólo puede emanar del Ser Supremo.

Que este acto libre llegue a ser incluso sobrenatural y merecedor de la vida eterna, es decir, divino en cierto modo, es una razón más para reconocer que Dios es la única fuente del mismo.

Porque este acto es libre y meritorio, no pienses, teólogo superficial, que al realizarlo estamos al lado de Dios como una pequeña causa adicional cuyo consentimiento se añade a la gracia para hacerla efectiva, como el niño que une su pequeña mano a la de su padre para levantar una carga. La fuerza que, en este caso, levanta la carga emana de dos focos combinados. Pero Dios es la única fuente de las obras de la gracia, y éstas provienen de nosotros sólo como una causa segunda, subordinada a la causa primera, toda ella penetrada por su influencia, toda ella movida por su eficacia. Esto es lo que Santo Tomás nos hizo comprender, y en la Orden de Santo Domingo estamos orgullosos de ser tomistas hasta la médula. Ah, no tememos que el Creador Todopoderoso interfiera en el libre juego de nuestra voluntad en el mismo momento en que le da plena realización; y estamos seguros de que nuestra salvación está en manos de Dios en lugar de estar abandonada a nosotros mismos.

Sólo cuando nos dejamos llevar por el mal y caemos en el pecado somos responsables, porque entonces escapamos a la fuerza creadora; nuestro fracaso es una caída en la nada. Pero en lo que respecta al bien, nada en nuestra actividad es exclusivamente nuestro. Todo viene de Dios mismo.

Si esto es así, si Dios es la única causa primaria de todo lo que es bueno en el mundo, si tiene en vista un fin supremo al que todo está subordinado y debe conducir infaliblemente, las causas secundarias a las que, en su bondad, llama a concurrir libremente en la ejecución de su plan no tienen otro papel que cumplir que someterse a su plan y ajustarse al movimiento de su gracia.

Busco una comparación mejor que la del albañil que trabaja bajo las órdenes del arquitecto. Mira a un agricultor de profesión, realizando el antiguo gesto cuyo valor han demostrado siglos de experiencia.

Está de pie, con los dos pies firmemente plantados en el suelo, que es el punto de apoyo de su fuerza humana. Lentamente, su cuerpo se eleva, levantando el pesado pico en alto, a la altura del brazo, y luego la herramienta, los brazos, su cuerpo, vuelven a caer juntos a la tierra que los atrae y recibe el golpe. Ustedes, los citadinos que lo observan, se asombran de lo mucho que remueve en una sola cuadra, después de un esfuerzo humano tan mínimo, ustedes que trabajan tanto para cultivar tan poco de un jardín. Es que tú das muchos golpes que están mal, mientras que este hombre da un solo golpe, pero de verdad. Actúas como si todo dependiera de tu trabajo. Este hombre inserta su humilde esfuerzo en el movimiento de la gravitación universal. Utiliza todo el cosmos para arar su campo.

Igualmente, cuando se trata de sembrar. Obsérvese esta compa-ración en la que se inspirará nuestro Padre Santo Domingo. El agricultor sabio espera el momento adecuado en el ritmo de las estaciones, tiene en cuenta las lluvias, el grado de temperatura, considera el sol, incluso observa el curso de la luna. Y si la siembra se ha hecho en el momento adecuado, el sembrador puede volver a casa. Tanto si duerme como si observa, la semilla germina, la planta crece. El buen agricultor ha hecho lo correcto en el momento adecuado para aprovechar todas las fuerzas del mundo que dan vida, mientras que tu siembra será estéril si no prestas atención a estas fuerzas. Puedes volver a tu jardín todos los días. Allí no crece nada. No tendrás ni flores ni frutos.

En lugar de tomar la iniciativa personalmente en las grandes empresas espirituales y lanzarnos a ellas con el ardor de un conquistador que no se resiste a nada, cuidemos ante todo de mantener una profunda humildad, recordando que de nosotros mismos no somos nada, que por nosotros mismos no podemos hacer nada. Pero a esta desconfianza en nosotros mismos, unamos siempre la confianza en Dios, que nos salvará de la pusilanimidad y nos hará magnánimos a pesar de todo. Confiemos en este Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente poderoso, que tiene nuestro destino en sus manos. El Señor nos guía y nos sostiene, ¿qué vamos a temer? Observemos los caminos de la Providencia con fe atenta y recojamos todas las señales que nos da. "Como los ojos de los siervos se fijan en sus amos, así hemos mirado al Señor hasta que tuvo misericordia de nosotros. Desprendidos de todo, indiferentes a todo menos a la santa voluntad de Dios, adhirámonos a ella de antemano con fe, y amémosla en el misterio donde está escondida. Volvamos a amarla y a aceptarla continuamente, mientras se nos revela día a día. Ofrezcámonos a su imperio. Ya sea agradable o riguroso, entreguémonos a él con un santo abandono que no conoce restricciones ni límites. Esto sólo puede lograrse mediante una oración casi continua, que nos pone de acuerdo con Dios, siendo la oración, como hemos dicho, no una influencia ejercida sobre Dios para traerlo a nuestras ideas, sino una elevación de nuestra alma hacia él para establecernos en posición de recibir sus gracias[[111]](#footnote-112).

Y a condición de estar también bañados en la oración, las reflexiones, los discernimientos y las órdenes de nuestra prudencia darán sus frutos, pues la savia de la gracia pasará por ellos. No perdamos el tiempo en retornos inquietantes y estériles al pasado, en preocupaciones excesivas por el futuro. Pero ajustémonos día a día a los designios de Dios, sigamos, sin anticiparnos ni retrasarnos, el movimiento de su gracia, cooperemos con él en una labor concienzuda y sigámoslo hasta el final de su eficacia.

### IISt. Dominic abandonado a la Providencia

Se puede decir de nuestra Orden lo que se escribió del propio Señor: *Cœpit facere et docere.* Lo que nuestro gran Doctor enseñó magistralmente, nuestro Patriarca lo realizó primero de forma santa. Contemplaremos ahora en Santo Domingo una maravillosa ilustración de la doctrina tomista.

Si alguien se ha ajustado a la gracia, sin anticiparla, pero sin retrasarla tampoco, es nuestro santo Patriarca.

No se anticipó, ciertamente. Durante treinta y cuatro de los cincuenta y un años que vivió, ni siquiera supo qué gran obra le pediría Dios. Pero estaba dispuesto a llevar a cabo la idea divina. Porque Dios tenía su propia idea sobre este niño y lo demostró bien en el famoso sueño que le envió a la que aún lo llevaba en su vientre. Jeanne d'Aza no comprendió inmediatamente el significado del hermoso perro blanco y negro que estaba a punto de incendiar el mundo. Sin embargo, cumplió el plan de Dios al educar a su pequeño Domingo en el amor de Jesús y María e inculcarle una gran piedad por todos los desgraciados. Esta piedad por los pobres, que le llevaría, cuando todavía era profesor, a vender todos sus caros libros para comprarles pan, esta piedad por los pecadores, que le perturbaría el sueño cuando era canónigo de Osma y que sería el fundamento psicológico de su vocación al apostolado, le fue comunicada por su madre. Desde su infancia", dice el hermano Pierre Ferrand, "la piedad no había dejado de crecer en él. Hizo suyas todas las miserias de los demás... Parecía -añade expresamente Rodrigue de Cerrat- que esta misericordia había pasado a él como por una transfusión natural del corazón de su madre. Porque la misericordia de su madre era extrema. Los ejemplos y las lecciones que dio al querido niño que crecía cerca de ella completaron la obra iniciada en este corazón de carne tierna.

Era también, sin que nadie pudiera adivinarlo, el futuro fundador de los Predicadores que Dios formó por medio de su tío-sacerdote, el digno arcipreste de Gumiel, a quien su madre le confió entre los siete y los quince años. Recibió de él, al vivir con él en el presbiterio y en la iglesia, una influencia religiosa que impregnó toda su adolescencia. Estos ocho años le marcaron para siempre. Dominic siempre será un hombre de la calle. Pasaba todo el tiempo posible en el lugar sagrado, alrededor del altar. Sus noches las pasaría allí.

Sigue siendo el futuro Padre de los Predicadores, el joven que es enviado a Palencia, único centro de estudios superiores en España en aquella época. Se esperaba que se hiciera sacerdote, como sus dos hermanos, Anthony y Mannes. Sin embargo, estos últimos no habían recibido esa educación. En cualquier caso, Domingo obedeció, se dedicó durante mucho tiempo al trabajo intelectual y continuó educándose convirtiéndose en maestro. El gusto por el estudio durante toda la vida, el estudio perseverante de las cosas de Dios, será parte esencial de la vocación dominicana.

Dominic tiene treinta años. Circunstancias providenciales le llevaron a residir en el claustro de la catedral de Osma, donde fue nombrado canónigo. Permaneció allí hasta los treinta y cuatro años, floreciendo en la vida litúrgica que amaba; pero los sollozos que se le escapaban por la noche al pensar en las almas que se perdían, daban motivos para creer que aún no había encontrado su destino completo. Pierre Ferrand dice: "Sin cesar, con palabras apremiantes, rogaba a la clemencia divina que se dignara derramar en su corazón la caridad necesaria para trabajar eficazmente por la salvación del prójimo. Estaba obsesionado con el ejemplo de Aquel que se había entregado enteramente por nuestra salvación. Sin embargo, siempre seguirá siendo un canónigo, y su Orden será canónica en parte. Pero de esta Orden de Predicadores y su complejidad, no tiene ni idea por el momento. Dios tiene esta idea y eso es suficiente. Domingo se deja llevar por la Providencia.

Se deja llevar cuando su obispo Diego le lleva a través de Europa en un largo viaje solicitado por el rey de Castilla, que quiere casar a su hijo con una princesa de Dinamarca. El matrimonio se negocia. Volvemos y salimos de nuevo a buscar a la novia. Cuando llegamos, ella está muerta, la pequeña princesa de lejos. Ha terminado de desempeñar su papel en el destino que se está preparando. Ha sido un pretexto providencial para dos años de viaje por toda la cristiandad. Domingo, yendo y viniendo en medio de Europa, pudo ver la miseria espiritual, la terrible angustia en la que está sumida la Iglesia. Los obispos y su clero no saben predicar la verdad religiosa y sólo se ocupan de los pleitos por los bienes terrenales; la inmoralidad triunfa en todas partes y, más grave que los pecados de la carne, la herejía arranca de los espíritus hasta la misma fe, raíz de la justificación. El Papa se vio obligado a llamar a los monjes cistercienses que vivían lejos del mundo para intentar, pero en vano, salvar almas. Correspondería a Domingo crear la nueva Orden que triunfaría donde los cistercienses fracasarían. Pero Dominic aún no lo sabe.

Incluso piensa en algo más. Al volver de Dinamarca, convenció a su obispo para que fuera a Roma a pedir permiso al Papa para ir juntos a evangelizar a los pueblos salvajes de los cumanos. Si alguna vez hubo una idea persistente en el alma de Dominic, un deseo que se reavivaba constantemente, era esta idea, este deseo, que nunca podría cumplir en persona. El Papa le negó el permiso. Don Diego no tuvo dificultad en obedecer. Sin dudarlo, sin un murmullo, Dominic también se sometió. Pero ¡cuánto le costó! Mientras viajaba por la carretera española, le parecía que todo lo que había soñado se desmoronaba. Aquí está, despojado de toda su razón de ser, como vaciado de sí mismo. ¡Todo ha terminado!... Su vida, perdida...

Por el contrario, todo comenzará, y la historia difícilmente conocerá una vida tan fructífera como ésta. Este desprendimiento fundamental, esta disponibilidad total, este abandono en Dios, lo convierte en instrumento de grandes obras.

Durante treinta y cuatro años se ha preparado sin saberlo por su docilidad a la guía providencial, la hermosa herramienta está en manos del Todopoderoso. Ha llegado la hora en que se asestará el gran golpe a la tierra, que debe sacudirla hasta la médula; ha llegado la hora de la maravillosa siembra. Una serie de circunstancias imprevisibles detiene a nuestros viajeros en su regreso a Castelnau, no lejos de Montpellier. Fue allí donde Santo Domingo se dio cuenta de su verdadera vocación.

### IVLa prudencia activa de Santo Domingo

El abad de Cîteaux y los legados papales están en conferencia. Su decisión sería sofocar la herejía con sangre, ya que otros medios habían fracasado. "¿Qué les parece?", preguntaron a los dos prelados españoles. Estos últimos respondieron, dando, con el fruto de sus meditaciones perseguidas durante dos años de viaje, la súbita inspiración que la gracia suscita en sus almas: "Despedid todo este suntuoso cortejo que lleváis, dejad vuestras ricas ropas, quedémonos sólo con los libros necesarios, y, pobres de todo lo demás, predicaremos con autoridad a este pueblo al que la ignorancia y la riqueza de los sacerdotes han escandalizado doblemente. Dominic fue el primero en hacer lo que dijo. Pronto se quedaría solo para hacerlo. El viejo Don Diego volvió a su obispado para morir. Los cistercienses han vuelto a sus abadías retiradas del mundo. Pero Dominic ha encontrado su camino y está haciendo su trabajo.

¿Ves a este hombre todavía en los caminos alrededor de Fanjeaux, la ciudadela de la herejía? Ya realiza en su persona toda la futura Orden de Predicadores.

De estatura media, delgado y enjuto, vestido con túnica blanca y manto negro, va con un libro en la mano, como hacía en la Universidad de Palencia, cantando un himno con su bella voz sonora o recitando un salmo, como hacía en su catedral de Osma ; Pero, además, pobre y mendigando su pan desde ahora, el hijo de los Guzmanes practica un ascetismo que supera al de los "perfectos" de la herejía, tan admirados por el pueblo; va, preocupado sobre todo por evangelizar, por predicar la verdadera doctrina, por destruir el error que infesta las almas. Desafía a los hombres con los que se encuentra, los cosechadores, por ejemplo, que trabajan en domingo. Provoca a los líderes de la herejía a discusiones públicas, donde se muestra como un maravilloso, incansable e irresistible polemista. Los libritos en los que resume la doctrina son de una lógica irrefutable y su verdad está confirmada por los milagros. No más que los argumentos de los maestros albigenses, el fuego puede sacar lo mejor de ellos. Enseña a los pobres a conocer a Dios tal como se nos ha revelado, en la carne que ha tomado, en esa encarnación que la herejía no quiere admitir y que, sin embargo, tanto necesitamos; les hace contemplar toda la vida de Jesús, su muerte, su resurrección, en compañía de su Madre, la Virgen María; les enseña a saludarla religiosamente, a repetirle las *avemarías* del Ángel, para que ella les ayude a comprender y a imitar el modelo divino. En resumen, inventó el Rosario.

Así Domingo, en el momento oportuno, prestándose a la gracia de Dios, aró y sembró. Se hizo famoso. La gente quería hacerlo obispo. No", dijo, "tengo que ocuparme de mi nueva plantación de predicadores y monjas en Prulla, es mi trabajo, no voy a encargarme de otro. ¿Qué era esta plantación? Un claustro muy humilde donde rezaban las mujeres que él había convertido. Junto a ella había una pobre casa de campo en la que vivía, entre sus giras de predicación, primero solo y luego, al cabo de unos años, con cinco o seis compañeros. Esto se llamó "la santa predicación de Prulla".

Después de diez años, Domingo seguía teniendo sólo catorce hermanos. Pero el Papa le escribió estas proféticas líneas: "Considerando que los frailes de vuestra Orden serán en el futuro los atletas de la fe y las verdaderas luces del mundo, confirmamos vuestra Orden. Siempre confiado en la gracia de Dios que sentía sobre él y fortalecido por la aprobación del Vicario de Jesucristo, Domingo, que había inculcado fuertemente su hermoso ideal a sus hermanos, juzgó que había llegado el momento de dispersarlos por todo el mundo. Su resolución fue tomada. En vano, Simón de Montfort y el obispo de Toulouse intentaron disuadirlo. Nunca", dice Jordán de Sajonia, "el hombre de Dios se retractó de una decisión que había tomado. Y ¡qué razón tenía, al haber tomado esta resolución en las circunstancias que se adivinan, y que son las mismas para las que Santo Tomás estableció las reglas en el tratado de la prudencia!

El sembrador evangélico comprendió que había llegado el momento adecuado. Como la semilla es arrojada a la tierra en el momento de la siembra, así Domingo dispersó a sus hijos. Él mismo utilizó esta comparación. Y Jordán lo utilizará de nuevo para describir la dispersión que nuestro Padre realizará de nuevo en Bolonia.

Envió a la mitad de ellos -es decir, a siete- a París, la gran ciudad universitaria, "para estudiar, predicar y fundar un convento". Sólo un religioso irá con él a Roma, donde espera encontrar otros sujetos. Finalmente, cuatro irán a Madrid, mientras que otros dos permanecerán en Toulouse. Desde Roma, donde vivía cerca del Papa, Domingo apoyaba a sus hijos en la distancia. Pasaron unos meses y, tras reclutar nuevas vocaciones, fundó un convento en Bolonia, el principal centro universitario después de París. Luego, al cabo de un año, estaba en los caminos de Europa, visitando conventos, estableciendo otros en los lugares adecuados, reavivando el valor, impidiendo o corrigiendo cualquier desviación que desvirtuara el ideal de los Predicadores. Se apresuró a seguir su camino: cuarenta, cincuenta, sesenta kilómetros al día. Una mañana salió de Orleans y al día siguiente estaba en París, habiendo recorrido ciento veinte kilómetros a pie. Para reconquistar Europa para la verdad, pronto se construyeron conventos en todos los puntos estratégicos.

Y el deseo renace con más fuerza en el corazón del apóstol Domingo: ir ahora más allá de la cristiandad para llevar la fe a los bárbaros cumanes y morir allí como un mártir. Está tan decidido a hacerlo que se deja crecer toda la barba con esta intención. Pero cayó enfermo y murió a los cincuenta y un años, sólo seis años después de la fundación de su Orden. Sus hijos, herederos de su alma, serán misioneros en su lugar. Durante unos años más, cubrirán todo el mundo, y veremos a un joven que será Tomás de Aquino tomar su hábito. Con él se cumplirá sin duda la profecía del Papa a Santo Domingo. Gracias a este espléndido sol que ilumina las escuelas católicas, la Orden de Predicadores se ha convertido verdaderamente en la luz del mundo, y aunque ya no hubiera ningún dominico en la tierra, los libros inmortales del Doctor Angélico bastarían hasta el final de los tiempos para merecer para nuestra Orden el glorioso título que Honorio le dio por adelantado. Añadamos que todavía hay dominicos en la tierra y que otro Papa, Benedicto XV, pudo escribir al Rme P. Theissling: "La Orden de los Frailes Predicadores debe ser alabada no tanto por haber elevado al Doctor Angélico como por no haberse desviado después de su doctrina, ni siquiera por el ancho de un dedo.

Esto es lo que logró Santo Domingo al seguir fielmente la gracia de Dios, sin anticiparse, pero tampoco demorarse. Que su ejemplo, no menos que la enseñanza de Santo Tomás, sea útil para todos sus hijos. Los que ya estamos avanzados en años hemos tenido experiencias espirituales, tanto felices como infelices, que en todo caso confirman la que acabamos de resumir. Revisemos nuestras vidas. ¿No es cierto que el bien que hemos conseguido a través de nosotros se ha logrado gracias a Dios, que ha dispuesto de nosotros a su antojo y muchas veces en contra de nuestros propios deseos? ¿No es cierto también que nuestra irreflexión, nuestra indecisión, nuestra inconstancia han sido muchas veces la causa de que se aborte en su flor el fruto al que estaba destinada la gracia divina?

Todas las almas que Santo Domingo hizo nacer en la vida espiritual y que Santo Tomás alimentó con su doctrina deben tener la preocupación perseverante de realizar esta verdad de vida en plenitud. Los teólogos tomistas son expertos en exponer la teoría. Las hermanas más humildes pueden ser igualmente avanzadas en la práctica. Cito una al azar: "Su gran máxima era que no hay un solo momento de la vida en el que Dios no tenga un designio particular y especial para la santificación de sus elegidos con el fin de aumentar sus méritos, y que en cada acción debemos operar según la extensión de la gracia que hay en nosotros[[112]](#footnote-113).

## Artículo II La austeridad de la vida

"La Tercera Orden Secular de Frailes Predicadores u Orden de Penitencia de Santo Domingo", así comienza la Regla. Cuando uno lleva tal título familiar y tiene, además, una profunda preocupación por la lealtad, debe conformar su vida a esta denominación.

Además, si la penitencia no se une a la prudencia sobrenatural, que fue el tema del artículo anterior, no estamos viviendo en la verdad. Para permanecer fieles a la razón en todo momento, para regular nuestra sensibilidad según sus indicaciones y para compensar sus excesos, es necesaria la mortificación. La gracia que se nos da providencialmente, y a la que nuestra prudencia debe someterse primero, es normalmente crucificante, siendo la efusión en nosotros de la misma gracia de la que Jesús recibió la plenitud y que le llevó a la cruz. Estas son las grandes razones de la penitencia. Y en la determinación del modo de practicarlo, la Providencia y nuestra prudencia también colaborarán.

Con tal objeto, el artículo que comenzamos es realmente una continuación del anterior. Y ambos encajan bien en el mismo capítulo, pues siempre se trata de poner toda nuestra vida en la verdad.

### Los ataúdes de la gracia y la cruz

La vida se resiste a morir. La vida natural, con toda su fuerza, es reacia a la cruz.

¿Pero la vida sobrenatural? La vida sobrenatural también, en el estado de inocencia. En Adán no había afinidad entre él y la cruz. La gracia cumplió su gran función de comunicar la vida divina al hombre. A través de ella vivía en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y daba gloria a la Trinidad, disfrutando ya de su presencia en la fe, mientras esperaba disfrutarla en la visión clara. Este disfrute de Dios en la fe está representado poéticamente por esas visitas nocturnas que Dios hace al hombre, según el relato del Génesis. Por tanto, la gracia no es en sí misma crucificadora.

Pero la gracia cristiana, la gracia que esta palabra derivada de Cristo mismo especifica, la gracia cristiana, la única gracia que se nos ofrece y que vale para nosotros, sí, está ligada a la cruz. Al mismo tiempo que nos vivifica y nos une a la Trinidad, como la de Adán y la de los ángeles, nos mortifica, separándonos de las cosas que son una con nosotros. Nuestra fórmula característica, "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", se complica con la señal de la cruz. Esto es un hecho.

Antes de considerar esta gracia en nosotros mismos, veámosla en Cristo Jesús, la cabeza de nuestra humanidad regenerada. No cabe duda de que hay en la gracia cuya plenitud descansa en Nuestro Señor lo que nuestro gran espiritualista del siglo XVII, Louis Chardon, llamaba "una inclinación a la cruz, un peso hacia la cruz[[113]](#footnote-114)".

San Pablo nos dice que Jesús entró en el mundo diciendo: "Padre, he venido como víctima. Se trata de una palabra que nadie ha oído, como tampoco se oye el sonido de la Palabra eterna, pero que, sin embargo, expresa la verdad misma. Esta palabra no fue inventada por San Pablo. Si la gracia divina se adapta a la vocación de cada hombre, siendo la vocación del Verbo encarnado morir en la cruz, su gracia tenía que impulsarle a ello.

Su misión podría haber sido diferente. Pero en realidad era así. Fue con este fin que Jesús fue consagrado sustancialmente por la unión hipostática. Esta misma unión, que lo elevó por encima de todos los hombres como su Cabeza, fue la fuente de la plenitud de la gracia santificante con la que su naturaleza humana fue dotada para desempeñar su papel.

Lee el Evangelio y verás a Nuestro Señor dominado por esta idea de la cruz. Tiene, si se me permite el juego de palabras, la pasión de su Pasión. Parece, si se me permite hacer una comparación similar, como los hijos de los reyes de los que se habla en ciertas historias, a los que nada puede distraer del gran amor que sienten por una pobre mujer. San Lucas lo muestra rodeado de una multitud ansiosa por escucharlo. Se aplastan para escucharlo. Interrumpiendo el resto de su discurso, Jesús exclama de repente, al pensar que debe derramar su sangre: "Debo ser bautizado con este bautismo. Por desgracia, aún no ha llegado el momento. ¡Cómo sufro por este retraso!

Cuando, después de muchos meses de convivencia y de conversaciones íntimas, lleva por fin a sus discípulos a confesar que es el Hijo de Dios, comienza inmediatamente a mostrarles la necesidad de que sufra: para eso se encarnó el Hijo de Dios. Unos días más tarde, señalan los tres primeros evangelistas, está en el Tabor. Inmerso en la esencia divina, participa visiblemente de la gloria celestial que inunda su cuerpo y sus ropas. ¿Pero de qué está hablando? ¿Qué anhela? Escúchenlo, Pedro, Santiago y Juan, a quienes ha conducido a este espectáculo. Escúchalo, el propio Yawhe te ordena con su formidable voz... Suspira después de su Pasión, obliga a Moisés y a Elías a hablar con él sobre el exceso que debe cumplir en Jerusalén. Es como un eco, en nuestra tierra y en el tiempo, del gran decreto eterno que reveló una palabra de San Pablo: *Proposito gaudio, sustinuit crucem.* Se le ofreció la alegría: ¡era la cruz que quería llevar!

"Atrás, Satanás", le dijo a Pedro, que quería detenerle en el camino del Calvario, mientras que a Judas, que le señalaba y le entregaba a sus verdugos, le dijo: "¡Amigo mío! Al día siguiente, muriendo en la cruz, grita: "*¡Consummatum est!* Todo lo que había venido a realizar está terminado. No tiene nada más que hacer aquí en la tierra.

Esto es lo que hace la gracia en Jesús. Ahora bien, la gracia que lo santificó es la misma que desborda de su alma a la nuestra. En otras palabras, nuestra propia gracia santificante no es más que una salida de la suya. Desde los primeros capítulos de *La Cruz de Jesús*, Chardon explica, después de Cayetano y de Santo Tomás, que por la gracia "las almas santas son una sola persona mística con Jesús". Es como nuestra cabeza que murió en la cruz, y es a esta cabeza así crucificada que los miembros estamos sujetos. Los miembros deben estar conformes con la cabeza, de lo contrario serán un cuerpo monstruoso. También "la inclinación que el alma de Jesús tiene por la cruz tiene su ejercicio en las almas santas que componen su cuerpo místico". E incluso: "Las cruces se distribuyen a las almas santas en la medida en que se les concede la gracia.

¿No es esto lo que Jesús había proclamado desde los primeros días, cuando anunció su plan de sufrimiento? Si alguien quiere venir detrás de mí -añadió inmediatamente-, que renuncie a sí mismo y lleve su cruz cada día. La cruz! El instrumento de tortura que todo el mundo conocía en aquellos días y que no tenía otra función. No había cruces ornamentales, ni cruces de honor, como hoy en día, sino sólo cruces que eran llevadas al lugar de ejecución por los condenados a muerte. Así es como cada cristiano debe llevar su cruz cada día, para morir en ella cada día, en una mortificación que nunca se acaba.

¿No es ésta la enseñanza que recogió San Pablo y que encontramos desarrollada en las obras de Santo Tomás comentando al Apóstol o exponiendo la Suma de la doctrina cristiana? "Hemos sido injertados en Cristo como una rama en un tronco, pero estamos injertados en su Pasión, dicen. El hombre está crucificado con Cristo por el hecho de su bautismo.

Y esto significa, sin duda, que el bautismo nos aplica el mérito de la Pasión soportada por nuestra Cabeza, aplicación que los demás sacramentos renovarán o ampliarán. Pero hay más. Nos incorporan a Cristo en la cruz para compartir la dolorosa realidad de su Pasión. Por eso el bautismo, que tiene la virtud de eliminar todas las penas, no lo hace en la vida presente. La comunidad de vida establecida entre los cristianos y Cristo, como entre los miembros y la cabeza, exige que los cristianos carguen con la cruz y sufran con Cristo antes de compartir su gloria[[114]](#footnote-115).

### Las razones de la mortificación

Si buscamos la razón profunda de la mortificación, la encontramos en el pecado. Es para reparar el pecado, que ha contaminado a todo el género humano, que la gracia de Cristo recibió esta inclinación en la cruz, que conserva pasando por nosotros. Debe conservar esta inclinación en nosotros tanto más cuanto que estamos personalmente manchados por el pecado de la raza y por nuestros propios pecados. Como los ladrones crucificados con Jesús, podemos decir que recibimos lo que hemos merecido, mientras que él no hizo nada malo.

Habiendo asumido el pecado humano, se propuso repararlo. El pecado es una especie de ofensa infinita, ya que ataca la bondad infinita de Dios. Por tal desorden, Jesús sintió una profunda detestación a la que su personalidad divina dio un valor infinito, y le vimos en su Pasión soportar los satisfactorios castigos de todo tipo que el pecado merecía. Qué inmensidad de dolor en esta humanidad de nuestro Cristo! En su cuerpo, en su alma, quiso expiar la multitud de pecados del mundo. Y su satisfacción no sólo fue suficiente para compensarlas todas, sino superabundante.

Por el pecado nos habíamos alejado de Dios y nos habíamos apegado a algún bien creado. En este miserable bien hemos buscado indebidamente nuestra felicidad, que sólo se encuentra en Dios. La pena por tal falta es, por un lado, la privación eterna del goce divino, que es la consecuencia lógica de nuestro alejamiento pecaminoso de Dios, y, por otro lado, la pena positiva correspondiente a los goces prohibidos que hemos exigido a las criaturas.

El primer castigo, al ser infinito, sólo es expiado por la Redención del Hombre-Dios. Es él quien nos salva de la condenación eterna. A sus miembros, la Cabeza divina, con la que no formamos más que una persona mística, aplica la satisfacción que efectuó en la cruz.

Pero el otro, el dolor del sentido, debemos compartirlo con él. Como este desorden es nuestro, es normal que contribuyamos a repararlo, y la gracia de Jesús nos invita a hacerlo. Es tanto nuestro deber satisfacer que, si no lo hacemos aquí en la tierra, estaremos condenados a hacerlo en la otra vida. Sólo entraremos en la beatitud pasando por el purgatorio, donde cumpliremos nuestra condena.

En efecto, es justo -dice Santo Tomás- que el que ha dado a su voluntad más de lo que debía soportar, soporte lo que es contrario a su voluntad: así se restablecerá el equilibrio moral. De ahí la palabra del Apocalipsis: "Cuanto se ha glorificado y se ha sumergido en el lujo, tanto da su tormento y su luto. El sufrimiento aceptado compensará el disfrute prohibido que hemos tomado.

Muchos de nuestros santos o beatos, que fueron conversos, se infligieron duras penitencias durante toda su vida para expiar aquellos pecados que, como Jesús, odiaban y cuyo castigo, como él, abrazaban.

La mayoría de ellos, cuya inocencia era sorprendente, como nuestro Beato Padre Santo Domingo y nuestra Madre Santa Catalina de Siena, sólo tenían pecados veniales que lamentar. Pero por esas faltas menores, que el ojo poco refinado de nuestra conciencia no puede descubrir, se castigaron sin piedad.

Además, también pensaban en los pecados de los demás, en todos los pecados del mundo. Siendo cierto que formamos juntos una sola persona mística de la que Jesús es la cabeza, es normal que todos, pero especialmente los que están más íntimamente unidos a Cristo, participen en su dolor expiatorio por la multitud de pecados humanos. Así, vemos a Santo Domingo, después de rezar de rodillas, con las manos juntas al pie de la cruz y la mirada dirigida a Cristo, en la actitud que Fra Angelico ha reproducido, levantarse repentinamente para flagelarse hasta la sangre. Se flageló una vez por sí mismo, otra vez por los pecadores, una tercera vez por las almas del purgatorio. Y, como el Cristo moribundo, gimió, angustiado por no poder hacer nada más por las almas de los condenados.

\*

\* \*

Incluso si todos los pecados cometidos fueran perfectamente reparados, seguiría siendo necesario mortificarse para evitar que vuelvan. El pecado, en la medida en que es una búsqueda desordenada de los bienes creados, ha producido en el alma una cierta disposición, incluso un hábito, si se ha repetido con frecuencia. Una vez perdonada la falta, estas inclinaciones pueden permanecer, debilitadas sin duda por la gracia, de modo que ya no tengan fuerza para dominarnos, pero todavía suficiente para que nuestro deber sea ocuparnos de ellas.

Incluso aquellos que no han pecado personalmente están obligados a mortificarse. Como resultado de la decadencia original, nuestra sensibilidad está naturalmente desordenada. Dios se lo había concedido a nuestra razón para que la ayudara en su tarea, advirtiéndole del mal que debía evitar, guiándola hacia el bien que debía realizar. Cuando nuestros apetitos sienten la más mínima atracción por el bien, el más mínimo daño por el mal, hacen su trabajo providencial. La desgracia es que han tomado una aceleración excesiva en nuestra naturaleza caída, se jactan de una independencia inadmisible, e incluso tienden a establecer su preponderancia sobre la razón, que no sería más que la trabajadora servidora de los sentidos. ¡Cuántos hombres caen así por debajo del animal! Nos corresponde imponer a nuestras pasiones, a toda costa, la medida racional, la medida sobrenatural. Si no mortificamos nuestra necesidad de placer y nuestro miedo al dolor por medio de la austeridad constante, nuestra alma perderá el control del cuerpo que anima, y la armonía espiritual que debería reinar en nuestro recinto humano correrá siempre el peligro de verse gravemente perturbada.

"Desconfío de mi cuerpo tanto hoy que tengo sesenta y ocho años como si sólo tuviera veinticinco, decía el venerable P. Hyacinthe de la Haye († 1671). Es un bribón malvado, cuya revuelta, traición y resentimiento temo aún más porque lo he golpeado bien y lo he alimentado mal".

\*

\* \*

A esta doble razón, que debe inspirar la renuncia desde los primeros pasos en la vida interior, se añadirá gradualmente una tercera razón. Enmendar el pasado, asegurar la perseverancia, esto es sin duda necesario, pero participar en los sufrimientos de nuestro amado Cristo, esto es lo que nos atraerá más y más si somos fieles. Querremos estar con quien amamos, y como aquí en la tierra es en la cruz donde él habita, ya que sólo logra su presencia en nuestros templos terrenales renovando místicamente su sacrificio en el Calvario, es allí, en la cruz, donde nos uniremos a él mientras esperamos el cielo. En esta vida quiero conformarme con tu divina Pasión -dijo Santa Catalina de Siena a Jesús, que le presentó la elección de la corona de oro y la corona de espinas-; mi felicidad será siempre sufrir contigo. Y Santa Catalina de Ricci: "¡Oh, Esposo mío, oh, amor mío, tú sufres por mí, qué no estoy en la cruz! Mira al menos, Señor, con qué gusto sufro por ti.

Tenemos la verdadera explicación de esta sed de martirio que devoró a Santo Domingo. Exultó de felicidad cuando vio, en el camino de Prulla a Fanjeaux, a unos sicarios que se preparaban para asesinarle. Sólo te ruego -dijo- que no acabes conmigo de una vez, sino que me cortes los miembros poco a poco, uno tras otro, que coloques los trozos ante mis ojos, que me arranques el ojo derecho, luego el izquierdo, y que me dejes como un tronco informe, bañado en mi sangre. Los sicarios se quedaron asombrados. "¿De qué sirve jugar a su juego?", se dijeron. Y no llevaron a cabo su plan criminal.

¿Por qué, entonces, si no es para parecerse a Cristo sufriente, nuestros santos prefieren buscar y aceptar de buen grado sufrimientos similares a los suyos? Desde Santo Domingo hasta el Padre Lacordaire, se flagelan. Henri Suso, que fue despreciado, oyó una voz en su interior que le decía: "Recuerda que yo, tu Señor, no aparté mi rostro de los que me escupían a la cara. Durante la noche, Santa Rosa de Lima carga sobre sus tiernos hombros, magullados por las disciplinas, una gran y pesada cruz que arrastra penosamente por los caminos del jardín de su padre. Luego pasa horas atada a la cruz en su celda, uniendo su oración a la de Nuestro Señor que agoniza. Y cuando sufre en su alma, durante quince años, una misteriosa agonía que le arranca la gran queja: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", ¿dónde encuentra la fuerza para decir: "Hágase tu voluntad", sino en su unión con Nuestro Señor?

Esta unión de amor está en la raíz de los extraordinarios fenómenos de participación espiritual en la Pasión y de estigmatización corporal que se concedieron a tantos de nuestros santos. La Orden de Santo Domingo es la más estigmatizada. La Orden de Santo Domingo es la que cuenta con más santos estigmatizados, de los cuales un centenar pertenecen a la Tercera Orden, de los cuales una veintena están catalogados. Para varios de ellos hubo un juicio aprobatorio de la Iglesia, y celebramos en la Orden, el 1 de abril, la estigmatización de Santa Catalina de Siena[[115]](#footnote-116).

Sí, Jesús sigue agonizando en estos queridos miembros de su cuerpo místico, que prolongan visiblemente su Pasión redentora en la tierra y completan lo que le falta a todo el cuerpo, que es la Iglesia. Hermanos y hermanas de todos estos estigmatizados, revivamos, al menos en nuestras almas, los sufrimientos de Jesús una y otra vez con amor. Para ello, de los quince misterios que se presentan en el Rosario para nuestra contemplación, desde la Encarnación de nuestro Salvador hasta la entrada de todos los santos en la gloria, no menos de cinco están dedicados a la Pasión.

Por todo ello, los miembros de la Orden de la Penitencia debemos guardarnos del espíritu del paganismo imperante, que nos lleva a vivir nuestra vida, siguiendo nuestras inclinaciones, como si la Cruz no hubiera sido plantada en el globo.

Desafiemos incluso a un naturalismo práctico que buscaría erróneamente apoyo en los principios de Santo Tomás. Por supuesto, nuestro Doctor enseña que la naturaleza no es destruida por la gracia. La gracia se injerta en la propia naturaleza para perfeccionarla. Pero si nuestra naturaleza puede adaptarse así a la gracia, porque el pecado no ha alcanzado su constitución, hay que reconocer, sin embargo, que en el despliegue de su actividad está aquejada de malos pliegues. Está desalineado. El signo de esto es que el hombre ya no tiene un gusto natural por su fin último. Debe superar la dificultad que tiene para someterse a Dios y elevarse hacia Él. Debe resistir la facilidad con la que puede ser asustado o seducido por las criaturas. Por lo tanto, la gracia exige y opera en nuestra naturaleza ajustes dolorosos.

Finalmente, con el pretexto de que "la religión de nuestro Padre Santo Domingo es amplia y alegre", no olvidemos que la compunción es un sentimiento fundamental de esta religión. "¿Qué pides?", nos dijeron a primera vista. Y respondimos: "La misericordia de Dios y la tuya. La alegría dominicana sólo nace de la confianza en la misericordia de Dios y de la docilidad a las renuncias solicitadas, como la bienaventuranza prometida por el propio Señor en el Sermón de la Montaña.

¿Cómo puede un cristiano entregarse a una alegría vana, decía San Luis Bertrán, cuando sabe que tendrá que comparecer ante el tribunal de Dios y no sabe ni el día ni la hora? Y esta palabra de San Agustín era muy querida para él, así como para el Beato Pedro de Jeremías y para muchas otras almas dominicanas: "¡Señor, quémame y córtame aquí abajo, no me perdones, para que me perdones por la eternidad!

### ILa práctica de la penitencia

¿No acabo de caer en una falta que estoy tentado de reprochar a los biógrafos de nuestros santos, al dar excesiva importancia a ciertas prácticas extraordinarias de penitencia?

No lo creo, porque sólo hablé de sus maceraciones de esta manera para subrayar el espíritu que las guiaba, los motivos que tenían para mortificarse. Debemos hacer nuestros estos motivos.

De hecho, es muy cierto que no se puede, en una hora de exaltación, empezar a reproducir indiscriminadamente cualquiera de estas prácticas. Para los que forman parte de las observancias regulares de una comunidad, no hay peligro. Hay poco espacio para la autoestima. Y los superiores se cuidan de evitar los excesos.

De lo contrario, es de temer que el corazón se llene de vana gloria. También es de temer que uno pierda la salud y se vuelva incapaz de cumplir con sus deberes de Estado. Incluso es de temer, como observó San Vicente Ferrier, que después de haber pecado en exceso, se llegue a justificar el no mortificarse en absoluto.

Por eso haré mía la observación inspirada al P. Petitot por Santa Teresa de Lisieux: "A menos que haya una vocación especial, de gracias controladas en lo posible por varios directores autorizados, experimentados y prudentes, las mortificaciones excepcionales: disciplinas sangrientas, cadenas de hierro, prácticas dolorosas no previstas por la Regla, deben estar absolutamente prohibidas, sobre todo en nuestra época en que la salud está debilitada.

Esta recomendación no es nueva para nuestra Orden. Se sabe que Santa Teresa del Niño Jesús apeló a la historia de nuestro beato Enrique Suso, del que hablaremos más adelante. Santo Domingo en persona se le apareció a la beata Bienvenue, quien, al igual que él, se flagelaba con una disciplina de hierro tres veces por noche; la regañó severamente por no haber revelado estas maceraciones a su confesor. El confesor, finalmente advertido, se llevó los instrumentos de penitencia de Bienvenue.

¿Fue porque también temía que se abusara del ejemplo del santo Patriarca en este sentido que el Beato Jordán de Sajonia, al contrario de tantos hagiógrafos que se complacen en tales detalles, no dijo una palabra sobre sus terribles disciplinas al relatar la vida de nuestro Beato Padre[[116]](#footnote-117)? Curiosamente, en sus cartas de dirección a la beata Diana y a sus hermanas del convento de Bolonia, nunca hace la más mínima alusión a esta práctica de la penitencia. Sólo habla de ayunos, abstinencia y vigilias. A menudo incluso vuelve a ella. ¿Pero por qué? Para evitar cualquier exageración por parte de estas jóvenes monjas, llenas de ardor y sin experiencia.

Le preocupan los excesos materiales a los que esto puede conducir. Pero su preocupación tiene un motivo más profundo. Esta falta de moderación le angustia porque es señal de que sus hijas carecen de esa gran virtud del discernimiento por la que un alma dominicana debe tener especial estima y devoción, la virtud de la prudencia.

"A este respecto, os he exhortado muchas veces, ahora con palabras, ahora con cartas, a evitar mortificaciones excesivas e indiscretas; y, por tanto, si alguna imprudente de entre vosotras, después de haber sido advertida sobre esto tantas veces, se excediera en la medida, sería culpable de una negligencia más grave.

Esta virtud de la prudencia debe, además, buscar su apoyo en la dirección de la divina Providencia, como sabemos. Su papel no es preceder, sino seguir, no tomar la iniciativa, sino recibir el impulso divino y corresponderle fielmente. Jourdain se queja de que Diana y sus hermanas no han entrado todavía en este espíritu que nuestro Santísimo Padre ha encarnado perfectamente y cuyos principios Santo Tomás expondrá pronto de forma definitiva. Escribe a Diana: "No quiero que aceleres tu fin con excesivas compulsiones y mortificaciones. El que se apresura demasiado pierde el equilibrio, dijo Salomón. Por eso te pido que no corras con tanta prisa, no sea que al correr te quedes en el camino. Por el contrario, si corres, que sea, como dice el Apóstol, de forma tan uniforme que ganes el premio. Y que sea nuestro bendito Dios quien se digne a atraernos tras él para que, suavemente, con alegría, corramos en la fragancia de sus perfumes; que nos conduzca según su voluntad. Con toda humildad, con toda paciencia, sabed esperar. Como el agricultor espera pacientemente el precioso fruto de la tierra, así vosotros, cultivando vuestras almas sin agotar vuestros cuerpos, esperáis pacientemente el precioso fruto, el fruto bendito del vientre de la gloriosa Virgen María.

¿Quiere el Beato Jordán ahogar el gusto por la mortificación en sus hijas espirituales? No, sino orientarla hacia la aceptación serena y el aguante paciente de las tribulaciones externas e internas que la vida les depara bajo la guía de la divina Providencia. La prolongada separación de los seres queridos, las frecuentes fiebres, la pérdida de un ojo, en relación con todo esto, de lo que sufre entre otras cosas, vemos a Jourdain decir a Diana que está atormentada: "El divino Obrero sabe qué purificaciones necesita su vaso; lo que nos importa es someternos en todo a su voluntad y abandonar la conducción de nuestra vida en sus manos[[117]](#footnote-118).

A nuestro beato Enrique Suso, que se había dedicado durante mucho tiempo a terribles mortificaciones, Dios le pidió un día que arrojara todos sus instrumentos de tortura al lago de Constanza: "Ya has asistido bastante a las escuelitas, quiero llevarte a la escuela más alta que existe... En este instituto enseñan la ciencia del perfecto autoabandono... Examínate interiormente y verás que aún tienes mucho autocontrol; notarás que con todas las mortificaciones que has hecho aún eres incapaz de soportar cualquier molestia ajena. Y cuando el criado se alegró de la perspectiva de pasarlo bien a partir de ahora, le dijeron: "Tendrás que luchar aún más. Hasta ahora te has golpeado a ti mismo y has parado cuando has querido. Los extraños te golpearán. Verás cómo se derrumba tu reputación. Una vez admirado, cuando te mortificaste, ahora serás abatido... Te quedaba una naturaleza tierna y cariñosa. Ocurrirá que donde creías que ibas a encontrar amor especial y fidelidad, sólo encontrarás infidelidad... Abre la ventana de tu celda, mira y aprende. (Un perro estaba jugando en medio del claustro con un trozo de alfombra). Esta alfombra está siendo maltratada en silencio, haz lo mismo.

Ya sea, como en los casos que acabamos de mencionar, enfermedades graves y dolorosas y grandes sufrimientos morales, o más sencillamente todas las dificultades de la vida cotidiana, ésta es nuestra primera penitencia. Tiene como objeto el ejercicio de todas las virtudes morales que exige nuestra condición. Hugues de Saint-Cher comparó la penitencia con una lira, cuyas cuerdas deben estar bien tensadas para crear una armonía sin disonancias hacia el Señor.

Estamos absolutamente obligados a realizar las mortificaciones necesarias para evitar los pecados a los que nos lleva nuestro propio temperamento y nuestras relaciones con los demás. Cada uno de nosotros y todos juntos", decía San Agustín, "somos seres pobres y frágiles, que llevamos vasos de barro. Sólo avanzamos con dificultad y en el camino de los demás. Debemos ser pacientes con nosotros mismos, indulgentes con nuestros hermanos y hermanas que chocan con nosotros, evitando las ocasiones en que nos harían caer.

Las faltas que hemos cometido, que cometemos todos los días, nos causan muchos problemas, muchas humillaciones. Mientras que naturalmente nos inclinaríamos a murmurar contra estas consecuencias, olvidando lo que las causó, odiemos, por el contrario, nuestras faltas y aceptemos todas las penas que se suceden para repararlas. Es necesario, es indispensable.

El cumplimiento de nuestro deber estatal provoca más o menos tensión y fatiga. Esta es otra penitencia que tenemos que soportar a diario.

Por último, que el placer no sea nunca la razón final de nuestras acciones. Puede acompañarlos y apoyarnos en el cumplimiento de nuestro deber. Pero nunca actuamos por ella. La austeridad fundamental y constante de nuestra vida debe situarse ahí. La Regla lo da a entender cuando pide a los terciarios que se abstengan de salidas innecesarias y de simple curiosidad (IX, 38).

Añaden a todas estas mortificaciones, autoimpuestas, las que la Regla ha marcado positivamente (VIII, 37): tres ayunos en preparación de nuestras tres grandes fiestas, de Nuestra Señora del Rosario, de nuestro Padre Santo Domingo y de Santa Catalina de Siena. Además, para mantenerse fieles, si pueden, a la antigua Regla, se les aconseja ayunar todos los viernes del año. Se alude, sin especificar nada, a otras prácticas a las que los Hermanos pueden someterse, pero con el consejo del Director o de un confesor discreto. La antigua Regla exigía, en ciertos días y durante el Adviento y la Cuaresma, levantarse por la noche para el rezo de Maitines. Sigue siendo muy recomendable levantarse temprano para ir a misa cada día antes de cumplir con los deberes de estado (VII, 33).

Si se puede dispensar de los ayunos y abstinencias que la Iglesia manda bajo pena de pecado grave, con mayor razón se dispensará de las penitencias ordenadas por nuestra Regla. Pero, tanto para éstas como para las que se preceptúan en la Iglesia, un alma inteligente y ferviente cumple al menos lo que puede retener, lo que es compatible con su salud y sus deberes de estado. Al no poder, por ejemplo, hacer un ayuno completo, al menos se encargará de imponerse alguna privación.

A este respecto, el P. Rousset, comentando la antigua Regla, cuya austeridad nos asusta hoy, escribió estas justas observaciones: "No faltan fuerzas para el servicio del mundo; y, sin hablar de los ayunos forzados de los pobres, de las fatigas y privaciones del obrero, de los trabajos y vigilias de los ambiciosos, ¡a cuántas mortificaciones dolorosas no se someten cada día las mujeres más delicadas, por el mundo y la vanidad! Sin embargo, si un confesor trata de imponerles una pequeña parte para el servicio de Dios, inmediatamente se les oirá gritar exageración e imposibilidad; y estas saludes, que habían resistido tantas noches de insomnio pasadas por la noche, en bailes y espectáculos, ya no pueden, sin alterarse, soportar el corte de media hora de descanso, para dedicarla a la oración y a la meditación.

Podemos seguir en este tono y añadir otros detalles. Para ir vestidos a la moda del día, y conservar toda la elegancia posible, ¿a qué incesante incomodidad nos negamos a someternos? Pero mantener el escapulario de lana blanca sobre uno mismo, arriesgarse a perder un poco de distinción, renunciar al escote de las socialitas por ello, ¡ay! es necesario decir que hay algunos terciarios que no tienen el valor.

Pero entre estas almas degeneradas y la gloriosa falange de nuestros mártires y ascetas, está, gracias a Dios, la multitud de aquellos que, con su vida de sencilla austeridad, hacen honor a la Orden de la Penitencia, y a quienes Santo Domingo reconoce como sus verdaderos hijos.

\*

\* \*

## Artículo III La fecundidad de la vida

¿Qué alma dominicana creería que basta con poseer la verdad personalmente, impregnar la propia conducta con ella y hacer todos los sacrificios necesarios para ello? No estamos aislados en la tierra. Como miembros de una familia, de una profesión y de una parroquia, de un país y del género humano, sabemos que nadie es un extraño para nosotros. De todos ellos, en la medida en que están cerca de nosotros, debemos tener una preocupación más o menos acuciante. "No digas: quiero salvarme a mí mismo, sino que quiero salvar el mundo", exclamó el padre Lacordaire. Por ello, trabajaremos para que la verdad que salva brille en nuestro entorno y hasta los confines de la tierra. Seremos caritativos con la verdad. Las formas de esta caridad son muchas, como veremos. Pero el espíritu es el mismo en todas partes, como también veremos.

### Múltiples obras

"La Orden, desde sus primeros días, fue especialmente instituida para la predicación y la salvación de las almas, dicen las primitivas Constituciones de los Frailes Predicadores; los esfuerzos de sus miembros deben dirigirse principal, ardiente y soberanamente, a ser útiles al prójimo. Santo Domingo quería llevar a cabo una "santa predicación universal", para evangelizar a todas las almas, en todas las formas.

Ahora, "la Tercera Orden de Santo Domingo participa en la vida apostólica de la Orden de Predicadores". Nuestra Regla lo dice en su primer párrafo. El objetivo de la Tercera Orden", añade, "es la santificación personal de sus miembros, pero también la salvación de las almas que hay que promover".

"Para alcanzar este objetivo, los medios propuestos incluyen, además de la oración asidua y la práctica de la penitencia, cuya eficacia en favor de los demás ya conocemos, las obras de apostolado al servicio de la fe y de la Iglesia, y las obras de caridad según la condición de cada uno" (I, 1-3).

La oración y la penitencia son especialmente la suerte de las dominicas puramente contemplativas, que refuerzan la Orden de los Frailes Predicadores en este aspecto. En cuanto a las obras de apostolado y caridad, nos corresponde a los terciarios hacer nuestra contribución a la Orden.

Incluso antes de ser admitidos en la Tercera Orden, los postulantes deben dar pruebas de su celo apostólico (II, 8). Una vez ingresados en la familia de los Predicadores, "todos los Terciarios, siguiendo las huellas del Patriarca Apostólico Domingo y de la Seráfica Virgen Catalina de Siena, gasten y sigan gastando su vida con corazón ardiente y generoso por la gloria de Dios y la salvación de las almas" (XI, 40).

Las formas de apostolado en la gran Orden fueron diversas desde el principio. La invención de la imprenta y las necesidades de nuestro tiempo no han hecho más que multiplicarlas. La Tercera Orden ha permitido y permite que se sumen cada vez más nuevos, primero la Tercera Orden Regular, luego la Tercera Orden Secular.

En los últimos tiempos se han publicado obras sobre "las congregaciones dominicanas de la Tercera Orden Regular[[118]](#footnote-119)". Sólo en nuestro país, el número de estas congregaciones nos asombra, así como la variedad de miserias que ayudan.

Algunas de ellas combinan varias obras de misericordia. Otros están claramente especializados. Muchos nacen de las mismas necesidades sentidas al mismo tiempo en diferentes partes del país.

Cuando el Estado educa a los jóvenes sin ningún principio religioso y sólo les da vagos consejos morales sin ningún fundamento espiritual, ¿cómo no sentir lástima por los niños católicos? Las hijas de Santo Domingo se acercan a los ansiosos padres para dar a estos niños la educación completa que necesitan para afrontar la vida con dignidad y cumplir con todos sus deberes.

Hay huérfanos desafortunados o pequeños pobres cuyos padres los descuidan. Para ellos se han abierto muchos hogares dominicanos. En medio de las Hermanas, encuentran la sagrada familia que las criará.

Existen otros conventos que son un refugio para las jóvenes cuyo carácter difícil y ciertas tendencias precoces requieren una reeducación moral y religiosa.

Es una verdadera rehabilitación que otros necesitan. Las hermanas dominicanas se dedican a ello. A los que han caído y a los que el mundo desprecia después de haber sido la causa de su caída, a los que la cárcel ha retenido entre sus muros, abren su casa de Betania. Allí, Magdalena, arrepentida, se levanta poco a poco. Comparte la vida de su hermana que no ha fracasado y, después de unos años, puede ponerse el mismo hábito y llevar la misma vida religiosa.

El corazón de Santo Domingo no sólo se conmovió por la miseria moral. Y las hijas del hombre que vendió sus amados libros para ayudar a los pobres se volvieron hospitalarias con los miserables. Incluso se especializaron en el cuidado de algunas de las enfermedades más lamentables, aquí los ciegos, allí los leprosos.

También van al hogar a cuidar a los pobres enfermos, a hacer las tareas domésticas de la madre postrada en la cama, a cuidar de los niños, a preparar la comida del trabajador.

Otros han abierto buenos albergues, hostales para jóvenes trabajadores, pensiones, donde las almas, no menos que los cuerpos, encuentran el descanso, la comida y el confort necesarios. Y es una buena parada en el camino de la vida.

Durante mucho tiempo han sido auxiliares del clero a través del catecismo y el patronato, especialmente en las ciudades. Las recientes fundaciones pretenden sustituir a los sacerdotes que faltan en el campo, donde un mismo párroco no puede bastar para evangelizar cinco o seis parroquias por sí solo. Gracias a ellos, el Santísimo Sacramento será adorado en su tabernáculo, los niños serán instruidos en la religión, los enfermos serán preparados para los sacramentos, y todo estará listo cuando el sacerdote venga a celebrar la Santa Misa. Y no he hablado de los que siguen a los apóstoles en las misiones lejanas.

En nuestro tiempo, en el que el espíritu femenino tiene nuevas exigencias y en el que la mujer desempeña cada vez más un papel en la sociedad similar al del hombre, el árbol dominicano da naturalmente nuevos brotes: y aquí hay hermanas que tratan de reproducir en lo posible la vida estudiosa y el apostolado intelectual de los propios frailes predicadores.

Las diversas ramas de este complejo árbol vivirán en fraternal armonía, dando cada una los frutos que Santo Domingo espera de ella para la gloria de Dios. Entre las distintas Congregaciones, como entre los Padres que se dedican a obras diferentes, pero todos con la misma inspiración dominicana y cualidades complementarias, hay que saber entenderse, simpatizar y ayudarse. A nadie se le permite estar tan en sintonía con su propia vocación que llegue a apreciar poco o incluso a despreciar otra obra, igualmente aprobada.

Ana de Wineck, contemplativa en el monasterio de Unterlinden, quería ser al mismo tiempo una hermana hospitalaria. Al no poder hacerlo, construyó tres albergues en su corazón, uno para los pecadores, otro para los moribundos y el tercero para las almas del purgatorio. Día y noche los visitaba.

Lo que las hermanas contemplativas no pueden hacer por sí mismas, lo pueden hacer las hermanas de la Tercera Orden Regular. Y los terciarios laicos también trabajan en ello a su manera. Mezclados en la masa del mundo en una medida desconocida para los religiosos que viven más o menos separados de ella, les corresponde ser la buena levadura que debe penetrar inmediatamente en ella y transformarla.

\*

\* \*

En primer lugar, los terciarios no descuidarán ninguno de sus deberes familiares con el falso pretexto de cumplir con los de la Tercera Orden. Esto sería mostrar una falta de comprensión y escandalizar a las mismas almas que deben edificar. No hay mejor manera de ser fiel a la profesión de terciario que cumplir a la perfección con los deberes familiares, no hay mejor manera de hacer honor a la Orden de la Penitencia que olvidarse de uno mismo y sacrificarse por los suyos.

¿Estarán nuestros terciarios satisfechos con esta influencia familiar? No tienen derecho a hacerlo. La Regla les pide que, para permanecer fieles a las tradiciones de nuestros mayores, pongan su actividad y su palabra al servicio de la verdad de la fe católica, de la Iglesia y del Romano Pontífice. Que sean siempre intrépidos defensores de sus derechos. Que también presten su apoyo a las obras del apostolado, especialmente a las de la Orden. Que se dediquen también a las obras de caridad y misericordia en la medida de lo posible. Por último, que sean buenos auxiliares de su párroco (XI, 41-43).

Este es el programa establecido en la propia Regla de la que hemos hecho profesión. Así es como Santo Domingo quería su Tercera Orden.

Tal vez con el paso del tiempo, este ideal haya perdido importancia. Hemos visto cómo se reduce hasta el punto de no ser más que un conjunto de prácticas individuales para terciarios aislados, y para otros consistir sólo en reuniones cerradas sin influencia religiosa, sin eficacia social. Esto ya no debe ser así. El P. Gillet, nuestro Maestro General, lo ha dicho una y otra vez: Nuestro programa no debe inspirarse en falsificaciones, sino que debe realizar la idea misma del Patriarca de quien venimos y las prescripciones de la Regla que determina nuestra conducta.

Nuestro Santo Padre Pío XI, que no tiene nada "más querido y precioso" que la organización del apostolado de los laicos bajo el nombre de Acción Católica, se complacía en recordar, el 6 de marzo de 1935, que Santo Domingo, al fundar su Tercera Orden, ya había llamado a los laicos a colaborar en el apostolado. También señaló que, desde los orígenes de la Iglesia, encontramos precursores de esta Acción Católica en aquellos cristianos activos cuyos nombres se han conservado en las Epístolas de San Pablo.

¿Acaso el sacramento de la confirmación no convierte en adulto a aquel a quien el bautismo ha hecho nacer a la vida cristiana, dándole poder y gracia para defender su fe y para militar en su favor? Pero mientras hubo suficientes hombres entre los cristianos con los poderes del sacerdocio, se pensó poco en llamar a los que sólo tenían estos poderes reducidos. Sólo las ejercieron en casos excepcionales y, en su mayoría, de forma individual. Pero ante la falta de sacerdotes y la dificultad, para los que están a disposición de la Iglesia, de penetrar en ciertos medios, fue necesario pedir la ayuda de estos sacerdotes confirmados e invitarlos a formar un grupo para hacerlo efectivo. León XIII, Pío X, Benedicto XV y sobre todo Pío XI, lo han previsto. A partir de ahora, es deber de los propios laicos organizarse para participar con todas sus energías en el apostolado y recristianizar su entorno. Cada uno en su posición, lucharán por devolver al cristianismo las células sociales perdidas en medio de un mundo paganizado. Obviamente, siguen sometidos a la jerarquía católica y reciben sus indicaciones, pero se agrupan y sus líderes son laicos. Es en estas condiciones que, por voluntad de Pío XI, se creó la Acción Católica. Nuestro Santo Padre el Papa pudo decir al canónigo Cardijn: "La Acción Católica no es un pensamiento maestro, sino el pensamiento maestro de nuestro Pontificado. Ya había declarado: "Lo hemos definido consciente y deliberadamente, incluso podría decirse que no sin inspiración divina". Por lo tanto, a partir de ahora, "la participación de los laicos en el apostolado jerárquico" debe considerarse parte esencial de la constitución de la Iglesia.

La Tercera Orden no es en sí misma un órgano de la Acción Católica. Sólo por excepción, cuando una Fraternidad esté bien especializada -como puede ocurrir en algunas grandes ciudades- podrá dedicarse como tal a esta Acción. Pero, en todo caso, ¿quién está mejor preparado que el Terciario de la Milicia de Jesucristo para convertirse en militante del apostolado laico? Todo verdadero cristiano, sin duda, todo confirmado consciente de lo que es, debe unirse a los grupos de Acción Católica. Pero no se puede pedir a todos ellos que se comprometan de manera especial, como los terciarios, a una determinada forma de vida que facilite la perfección cristiana postulada por su carácter de confirmados, postulada también por el ejercicio del apostolado que se deriva de este carácter. Asimismo, no se puede exigir a todos los sacerdotes que profesen los tres votos de religión, aunque éstos son llamados por su carácter sacerdotal y les pondrían en mejores condiciones para cumplir con sus deberes. Pero si los sacerdotes hacen los tres votos ingresando en una Orden, convirtiéndose, de un modo u otro, en verdaderos religiosos, la Iglesia se alegra y se beneficia. Del mismo modo, la Acción Católica se beneficiará felizmente de la afiliación de sus miembros a la Tercera Orden, sobre todo cuando esta Tercera Orden se une, como la nuestra, a la preocupación por la perfección personal, preocupación especial del apostolado. Sin duda, entre los militantes de la Acción Católica hay almas que, sin pertenecer a la Tercera Orden, superan en santidad personal e influencia apostólica a los terciarios, así como hay sacerdotes seculares que son indiscutiblemente superiores a los religiosos; Pero no es menos cierto que los votos de religión y, en menor grado, la profesión de terciario, establecen al alma en una situación favorable para resistir el mal imperante, permanecer tensa hacia el único necesario e irradiar el espíritu cristiano en torno a uno mismo. Es así como la Tercera Orden proporcionará, en gran medida, a la Acción Católica la fuerza que necesita para ser esa línea de avance de la Iglesia que lucha constantemente por penetrar en la sociedad humana.

La Tercera Orden es, por tanto, un centro de Acción Católica. Si el apostolado propiamente dicho tiene lugar fuera de él, es en él donde nuestros terciarios se abastecen para llegar a ser, cada uno en su medio, verdaderos militantes. Conservan la iniciativa de determinar la mejor manera de desplegar su celo y de inscribirse para ello en el ejército de la Acción Católica. Sin embargo, encontrarán orientación en la Orden y en el Director de la Fraternidad. E incluso en el Congreso Nacional de la Tercera Orden, celebrado en Bolonia en mayo de 1935, el Maestro General de la Rme escribió al margen de los votos: "Que el Prior de cada Fraternidad tenga cuidado de ponerse en contacto con el responsable de la Acción Católica para el mejor uso de las energías espirituales de la Fraternidad en vista de las necesidades locales, y para evitar la dispersión de fuerzas o la duplicación de iniciativas.

No hay límites geográficos para el apostolado de nuestros terciarios. En el mismo Congreso Nacional de Bolonia, el Rme Padre "prescribió que cada año hubiera una jornada misionera organizada por los terciarios, que en todas las Fraternidades se nombrara un delegado especial para coordinar la actividad de la Fraternidad en favor de las misiones".

### IIEspíritu

Cualesquiera que sean las obras en las que ejerzan su caridad, los terciarios dominicos lo harán con ese espíritu que debe animar a todos por igual y que caracteriza a toda nuestra Orden. ¿Qué es? Sabemos lo que es. La preocupación por comunicar la Verdad al mundo, éste es el espíritu, idéntico en todos ellos, que presidirá estas múltiples obras.

Cuanto más cerca y más directamente contribuya el trabajo a la comunicación de la Verdad, más parecerá estar en conformidad con la vocación dominicana. Si, por razones personales o por necesidades particulares, hubiera motivos para dedicarse a otras labores que sólo se relacionan remotamente con ésta, el alma dominicana se dedicaría, sin embargo, a ellas con el mismo espíritu. En el pobre enfermo, inútil en su habitación, como en la monja en su clausura, la necesidad de difundir la verdad está siempre viva y fermenta en el fondo de sus corazones, como una levadura que tiende a levantar el mundo.

Cualquiera que no lo experimentara tendría que dudar de la calidad dominicana de su espíritu. En efecto, el alma dominicana, por la propia naturaleza de su vocación, está deseosa de difundir la verdad que posee y contempla con amor. Esto se debe a su esencia. Las esencias son idénticas en todas partes y permanecen eternas. Las circunstancias pueden frustrar o modificar su desarrollo, pero no cambiarlas fundamentalmente. Bajo cualquier cielo, en cualquier tierra, en sus raíces, en su tronco vigoroso, en sus ramas y en sus hojas, el roble es siempre el roble y el alma dominicana es siempre apostólica.

Un hijo de Domingo no puede disfrutar tranquilamente de la verdad, mientras haya hombres en el mundo que aún no posean esta verdad necesaria para la salvación. ¿Cómo puede uno sentarse despreocupadamente en una mesa bien servida y disfrutar de una buena comida, cuando ve a los pobres que no tienen pan a su alrededor? Nuestro Santísimo Padre experimentó esta piedad por los pobres que estaban hambrientos de alimento material, y experimentó aún más profundamente la piedad por los infieles, los herejes, los pecadores. Conocemos el rugido de su alma al salir de sus contemplaciones nocturnas, preludios de la visión eterna de la Verdad divina. "¡Y los pecadores! ¿Qué será de los pecadores? Pobres condenados, privados para siempre de la Verdad"... Sabemos cómo, cansado de un largo viaje, pasa sin embargo toda la noche sin dormir para convertir al hereje que ha descubierto en su casa de Toulouse... Y sabemos de su deseo siempre renaciente de ir a llevar la fe a los infieles cumanos.

La monja dominica en su clausura, el terciario dominico reducido a la impotencia por la enfermedad o algún otro impedimento, recordarán que su Padre, con sus deseos, sus oraciones, sus sufrimientos, ha contribuido eficazmente a la expansión de la Verdad en el mundo. Nuestro Señor, que dijo: "Si estoy en el mundo, es para dar testimonio de la verdad", ¿creemos que olvidó esta razón de su encarnación durante los treinta años de su vida oculta, y especialmente durante el día de su silenciosa Pasión? En la Cruz, murió por la Verdad y para atraer a todas las almas hacia ella. Desde Nuestro Señor, y gracias a esta Cabeza que une a todos los miembros del gran cuerpo místico, cualquiera de estos miembros puede trabajar mediante el sacrificio de sí mismo por la redención de los demás. La Comunión de los Santos no es una palabra vacía.

"No lloréis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos", dijo Jesús, al subir al Calvario, a aquellas mujeres que se compadecían de su dolor corporal y que no pensaban que el destino de todos los suyos, al margen de la Verdad que salva, es de otro modo triste. Tullido y sufriente, el dominico fiel a su vocación olvida su propia miseria para pensar en la miseria infinitamente mayor de todos los infelices que conoce personalmente o que puede imaginar fácilmente a su alrededor siendo infelices para la eternidad. Y esta emoción de su corazón por los pecadores, con todos los sentimientos, todas las oraciones, todas las ofrendas de su propio dolor hechas a Dios por sus almas, merece para ellos gracias de luz y de conversión.

No sólo los grandes sufrimientos o los sacrificios sangrientos pueden tener esta eficacia. Señor -dijo una dominica del monasterio de Töss, tan famoso por su fervor en el siglo XIII-, tengo la firme confianza de que me concederás un alma por cada hebra que hile.

Así, seamos quienes seamos, a cualquier humilde deber de estado que dediquemos nuestros días, debemos proponernos volcar todos los méritos de nuestra vida en el apostolado, y el pensamiento de colaborar fructíferamente en tal obra debe hacernos más atentos a hacerlo todo bien.

Por muy oculta que esté nuestra vida, de esta manera tiene valor apostólico.

\*

\* \*

Nuestra existencia no es tan oscura como para que no se pueda ver su brillo. La gente del mundo sabe que estas monjas se han encerrado allí voluntariamente; tienen alguna idea de sus ocupaciones; y es una luz y un estímulo para ellos pensar que son lo suficientemente lógicos en su fe como para sacar tales consecuencias y sacrificar todo a la única cosa necesaria. Llaman al orden a los cristianos que se dedican a las preocupaciones terrenales y que podrían olvidar lo que exige su creencia. Debido a ellos, la gran cuestión del destino humano surge en la conciencia de los propios incrédulos.

Más visible, y por tanto más expresamente edificante, será la vida del terciario, que, ante los ojos de todos, en las condiciones en que la Providencia le ha colocado, lleva su hermosa vida cristiana.

No predica como sus hermanos de la gran Orden, tal vez ni siquiera es capaz de dedicarse a las obras que contribuyen directamente al apostolado, pero, según la observación del abate Huvelin, "se hace mucho menos bien por lo que se dice y por lo que se hace que por lo que se es", y él es cristiano. Su ejemplo nos sirve de lección. Las realidades espirituales que experimenta su alma se encarnan en su actitud y se hacen visibles para todos en sus acciones. No hace su trabajo como los demás. De él emana una virtud, la misma virtud de Cristo que pasa por este miembro visible que está tan íntimamente incorporado a él. Nadie que viva cerca de él escapa a su benéfica influencia. El alma de este verdadero terciario dominicano ilumina las almas que le rodean[[119]](#footnote-120). Esto es natural, por cierto. Es cuando, entre los miembros de su familia, en medio de la gente de su barrio, en el ejercicio de su profesión, un terciario no ejerce esta influencia, cuando uno se escandaliza de él.

Simplemente con su comportamiento en una ceremonia religiosa, los terciarios pueden hacer un inmenso bien. Que permanezcan con gran respeto en las iglesias -dice la Regla-, especialmente a la hora de los oficios, sirviendo de ejemplo a todos los fieles" (VII, 35).

Por su delicada modestia, por su evidente pureza, por su bondad, por su mansedumbre, por su paciencia, por su espíritu de sacrificio, por su entrega al deber, una persona humilde de nuestra Tercera Orden probará que la verdad está en ella, ya que produce tales frutos, y su conducta será una apologética viva para llevar la convicción a las almas tentadas por la duda.

Los maestros de alma dominicana sólo enseñan matemáticas o geografía, pero lo hacen con tal preocupación religiosa por el deber de estado, y con tal sentido de las almas de sus alumnos, que estas almas jóvenes se sienten tocadas, conmovidas, confiadas, y su vida espiritual recibe una huella inefable.

Las enfermeras tienen una forma dominicana de cuidar los cuerpos. Sus cuidados caritativos provienen de un alma iluminada por la verdad, y a través de los cuerpos buscan almas para comunicarles la luz. La angustia llevaría a los desgraciados a dudar de Dios y a blasfemar de su justicia y de su bondad: la llegada de la hermanita guardiana de los pobres detiene la blasfemia en los labios y refuerza la fe en un Dios bueno. La enfermedad y la proximidad de la muerte hacen sensible al espíritu humano la vanidad de la vida corpórea y de los bienes terrenales: la hermanita llega en el momento oportuno para poner en este espíritu liberado la verdad eterna que desborda del suyo.

\*

\* \*

Pío II escribió en el acto de canonización de nuestra Madre Santa Catalina de Siena: "Nadie se acercó a ella sin volver mejor y más conocedor.

Santa Catalina de Siena no se contentó con rezar y hacer penitencia en la intimidad de su habitación, con atender a las necesidades materiales y a los dolores del modo que acabamos de recordar, sino que ejerció el don que Dios le había concedido en gran medida de enseñar la verdad. Era por su palabra, por sus cartas, por sus libros, una hermana predicadora en toda la fuerza de la palabra. Cada Terciario debe ver lo que puede hacer en este sentido, como escribió Nuestro Real Padre General en una carta encíclica a los Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden: "El Terciario no ha comprendido plenamente su misión si no se ejercita, en la medida de sus posibilidades, en el apostolado; a menudo, sin duda, esta medida superará lo que había creído posible al principio...

"En primer lugar, en el círculo familiar... Sin imponerse, respetando como debe la libertad debida a cada alma, es capaz de dar a conocer la vida de la Orden, de ayudar a cada uno a establecer discretamente su fe así como su piedad sobre las sólidas bases que bendice a Dios por haberle dado, o en el curso de una conversación, o leyendo algunas páginas de un libro que hará que se quiera seguir, o propiciando el encuentro de un Padre; Cuántas crisis dolorosas no evitarán o aliviarán un padre o una madre por este medio! Permitirán que la luz brille en las mentes perturbadas por el vino ahumado de la juventud, así como por los sofismas del mundo.

En el Congreso Nacional de Bolonia de 1935, nuestro Padre General expresó también el deseo de que "el terciario cabeza de familia restablezca la hermosa costumbre de rezar el Rosario en común por la noche, y que sugiera a sus amigos y subordinados que hagan lo mismo". Si se rezara un solo Rosario a lo largo de la semana, ¡qué apostolado doctrinal se ejercería con este recuerdo y meditación de todos los grandes misterios de nuestra fe! He aquí una "predicación" al alcance de los más humildes entre los "Terciarios de la Orden de Predicadores": difundir la práctica del Rosario, ganar almas para la Cofradía del Rosario, inscribirlas en el Rosario vivo o en el perpetuo.

En la parroquia, "corresponde a cada uno examinar -dice la encíclica- las obras a las que debe dar su preferencia; a menos que haya una que, bajo la amenaza de perecer, exija imperiosamente su ayuda, los terciarios dominicos deben reservar lo mejor de sí mismos para aquellas cuyo fin directo es el apostolado, ya sea enseñar el catecismo a los niños o a los adultos, hacerlo a todo un grupo o a un solo catecúmeno en particular: un alma es, por sí sola, una gran audiencia, dijo el P. Lacordaire. Habrá conferencias de todo tipo, de enseñanza, de documentación, más específicamente católicas o de interés más general, con el fin de atraer a los indiferentes a los que, en la misma sesión, se dirigirá una palabra más apostólica; y estos indiferentes ya no se encuentran sólo entre los hombres, sino también entre las mujeres.

"Que nadie se aproveche del pretexto de no estar suficientemente instruido en las verdades de la religión, o de no saber exponerlas o desarrollarlas, para excusar su abstención: las aprenderá y practicará dando cuenta de ellas.

El Rme. Padre General señala también que en estas mismas obras se puede desempeñar un papel más modesto, más desinteresado, y dedicarse útilmente a su administración y organización.

¿Quién no puede trabajar también en la propagación de las publicaciones de todo tipo con las que nuestros Padres tratan de difundir la Verdad por todas partes?

Por último, más allá de la parroquia, el mundo entero está abierto a nuestra acción. "Como poseedores de la verdad y de la caridad, y como seguros de poseer ambas, tenemos el derecho de hacerlas penetrar allí donde sean necesarias, es decir, en todas partes: en la vida pública, en la vida social, en la vida económica, en la vida internacional.

\*

\* \*

Pero todo esto presupone que la verdad y la caridad están en nosotros, auténticas y activas. Su posesión se requiere de diferentes maneras según las diversas formas de apostolado que acabamos de considerar, pero ningún alma dominicana puede prescindir de ellas si quiere que su vida sea fecunda.

En primer lugar, la auténtica verdad. Es de Dios que lo tenemos. Nuestro divino Maestro lo ha revelado a la humanidad, y nos da a cada uno de nosotros la fe para apropiarnos de su conocimiento divino. Esta fe, que está en el ojo de nuestra inteligencia como una pupila sobrenatural, según la palabra de Santa Catalina, nos permite creer en la verdad que Dios ve. Un alma dominicana debe aferrarse a su fe más que a la pupila de sus ojos de carne. Nuestra Orden ha tenido sus inquisidores celosos de la ortodoxia de la fe. Varios murieron por ello, Pedro de Verona a la cabeza, contentos de firmar su *Credo* Católico con su sangre. Es en nuestro interior donde haremos las inquisiciones necesarias para mantener nuestra fe siempre pura, a pesar de este modernismo de ambiente donde se concentran hoy tantas herejías. Imitaremos a nuestro Beato Padre, cuya vida fue siempre un doble movimiento: ir a Roma, donde reside el depósito infalible de la doctrina revelada, y luego, desde este centro, irradiar a todas las partes del mundo para sembrar las semillas de una doctrina probada. Esta imitación de nuestro Santísimo Padre es pedida expresa y repetidamente por nuestra Regla (II, 8 y XI, 41).

Ninguno de nuestros terciarios, activistas, y especialmente nuestros sacerdotes, debe desconocer las encíclicas papales que periódicamente recuerdan las grandes verdades de nuestra fe, indican las preocupaciones actuales de la Iglesia y dan a nuestra actividad apostólica la orientación más oportuna y eficaz.

Pero la enseñanza que la Iglesia propone a sus fieles en nombre de Dios debe ser objeto de nuestro estudio, si queremos asimilarla suficientemente para poder comunicarla a los demás. Fue porque Santo Domingo nunca dejó de estudiar y meditar sobre la doctrina cristiana, día y noche, en su casa y en sus viajes, que siempre estuvo listo para predicarla útilmente. Cuando le preguntaron al Beato Jordán de Sajonia qué Regla profesaba, respondió: "La Regla de los Frailes Predicadores, y en esto consiste: en vivir virtuosamente, aprender y enseñar. El gran teólogo Cayetano, que fue Maestro General de nuestra Orden, llegó a decir que un Hermano Predicador que no se aplicara al estudio durante cuatro horas al día, difícilmente sería excusado del pecado mortal. Los sacerdotes de nuestra Tercera Orden meditarán, como nosotros, estas palabras, quizá demasiado severas, pero que provocan saludables reflexiones. El padre dominico que guió a la beata Clara Gambacorta en los caminos de la santidad le recomendó "que nadie la llevara a descuidar sus estudios". Y añadió esta solemne advertencia: "No olvidéis esto: muy pocas personas de nuestra Orden se han convertido en santos que no hayan sido al mismo tiempo eruditos. El diablo debe darse cuenta de esto. Fue mientras Santa Rosa de Lima realizaba su lectura espiritual en las obras de Luis de Granada cuando éste montó en cólera contra ella, arrebatándole el libro de las manos e intentando destruirlo. Las Vidas de los primeros Hermanos relatan varios incidentes similares, en los que vemos al demonio tratando, con el bonito pretexto de la pobreza o la religión, de apartar a los Hermanos del estudio.

No todo el mundo puede llevar este estudio tan lejos. Entre Santa Rosa meditando sobre Luis de Granada y Cajétan comentando la Suma de Santo Tomás, hay un margen. Pero la traducción de la Summa ha sido publicada en pequeños volúmenes portátiles, en los que los profesores de nuestra Orden han puesto a disposición del público culto, en notas doctrinales e informaciones técnicas, la sustancia asimilable de nuestros grandes comentaristas. Y para aquellos para los que el propio Luis de Granada o nuestros autores espirituales más modernos no serían utilizables, están las conferencias que se imparten en la reunión mensual de la Fraternidad, donde el Padre Director debe procurar dar a todos la doctrina necesaria para el apostolado, así como para la santificación individual. Evidentemente, estamos lejos de la idea de que la gente acuda a esta reunión sólo para hacer alguna costura para los Padres, para enterarse de las últimas noticias de la Orden y para recitar algunas oraciones juntos. Todas cosas excelentes, sin duda, pero no suficientes.

Si en nuestra Orden nos empeñamos en estudiar la verdad, es por caridad, por amor a nuestro Dios, al que queremos conocer mejor para contemplarlo en su belleza, y por amor a las almas a las que queremos darlo a conocer para que vengan a contemplarlo con nosotros en la vida eterna. Si sólo se trata de nuestra contemplación personal, sin duda es conveniente profundizar en el estudio de Dios, pero no tiene mucho sentido cargarnos de conocimientos adicionales. Las almas puramente contemplativas deben evitar la curiosidad intelectual como un exceso perjudicial para su recogimiento interior. Pero quienes deben ejercer un apostolado eficaz, cerca de las mentes atribuladas por la duda, deberán ampliar sus estudios, especialmente en el campo apologético, exegético e histórico, "para estar en condiciones, como pedía San Pablo, de exhortar según la sana doctrina y de refutar a los que la contradicen".

Se dice que Santo Domingo quiso una vez venderse como esclavo a los moros para liberar a un prisionero. Con la misma caridad se entregó al estudio de la ciencia sagrada; y todo dominico, en la medida de lo posible, se condena a ella a perpetuidad para salvar a los desgraciados que el diablo mantiene encadenados en el error y la ignorancia. Esta es la gran angustia, que puede volverse eterna para todas estas almas, si no trabajamos para sacarlas de ella. Antes de toda caridad, queremos darles caridad por la verdad. No hay obra de caridad más hermosa. En cualquier caso, es nuestra vocación dar esta limosna. El estudio, entendido como hemos dicho, es el medio de enriquecernos para poder dar a los demás. Pero el libro que hay que estudiar primero para tener el valor de estudiar otros sin descanso y hacer buen uso de él, es el libro de la caridad. Hijo mío -dijo Santo Domingo-, he estudiado principalmente en el libro de la caridad, que lo enseña todo.



# ApéndiceLos colores dominicanos

Los terciarios tienen derecho a un hábito blanco y negro como los hermanos de la Gran Orden. Si están establecidos en la vida regular, pueden llevarlo todo el tiempo. Si, viviendo en medio del mundo, no llevan más que un rudimento de este hábito en el pequeño escapulario de lana blanca[[120]](#footnote-121), la prenda total conserva sin embargo para ellos su valor simbólico que deben esforzarse en realizar cada día. Y por eso pueden ser revestidos después de su muerte con el hábito completo de la Orden (III, 12-16).

Algunos terciarios son tan aficionados a estos colores que no los abandonan ni siquiera para las vestimentas profanas. Otros, al menos, quieren llevar, sobre una prenda que sólo se distingue por la modestia del buen gusto, la pequeña cruz blanca y negra que caracteriza a nuestra Orden.

Por lo tanto, a todos ustedes, con mayor o menor rigor, puedo terminar dirigiéndoles una especie de discurso de vestuario, que pretende resumir las enseñanzas de este libro recordando el significado de nuestros colores.

\*

\* \*

Primero se viste todo de lana blanca. Luego, sobre todo ese blanco, se lanza un gran sombrero negro. ¿Por qué se hace esto? Hay muchas razones. Thierry d'Apolda ya menciona algunos de ellos en su libro sobre Santo Domingo, y el beato Raimundo de Capua insiste en ellos con complacencia en su vida de Santa Catalina de Siena.

El blanco aparece para todos como el símbolo de la inocencia. Al recién bautizado, al que la gracia del sacramento ha purificado por completo, se le entrega inmediatamente una prenda blanca, con la que la Iglesia quiere significar que está perfectamente limpio de toda mancha. *Accipe vestem candidam. En el* pasado, los neófitos llevaban la prenda blanca de su bautismo durante ocho días, desde el Sábado Santo hasta el domingo *in albis*. Para ti, lo mantendrás hasta la muerte.

Pero a tu túnica blanca se añadirá esta capa negra que la Iglesia no da a los recién bautizados. ¿Por qué te lo ponen? Es porque no es posible pasar en esta tierra los dieciocho años necesarios para comenzar la vida dominicana sin ensuciar más o menos la túnica del bautismo. La capa negra simboliza la penitencia, sin la cual no se puede recuperar la inocencia perfecta. Con la esperanza de recuperarla finalmente, ingresas en la Orden que fundó Santo Domingo y de la que la penitencia es una de las características.

\*

\* \*

Si, no contento con la profesión de terciario, un día haces esa profesión religiosa en la que Santo Tomás, con toda la tradición, reconoce verdaderamente un segundo bautismo, incluso entonces, aunque tu alma se purifique ese día de todo pecado y de la totalidad de las penas debidas al pecado, conservarás siempre en tu túnica blanca esta capa negra.

Su vestido blanco también indica su especial preocupación por evitar la más mínima mancha. El que quiere hacer un trabajo sucio sin miedo no se viste de blanco. La más mínima mancha aparece y ofende a la vista.

Por ello, quien valore la blancura de su prenda debe evitar cualquier contacto que pueda dañarla. ¿Conoce la leyenda del armiño blanco que aparece en las armas de Bretaña? Lo cuento con más gusto porque el dominico Albert de Morlaix, en su historia de los santos de Bretaña, afirma que Santo Domingo desciende de un señor bretón, y que la cruz de nuestro escudo está compuesta por cuatro cabezas de armiño enfrentadas. Esto es difícilmente creíble. En cualquier caso, esta es la hermosa historia del armiño. Durante horas había estado huyendo de un cazador. Colándose entre los arbustos, poco a poco le fue ganando la partida. Pero entonces llegó a la orilla de un pantano. Nada más fácil que cruzarlo y escapar así del cazador. Habría ensuciado su bata blanca, sin duda. ¡Pero para salvar su vida! ¡Pues no! ¡Prefiero morir! Y el pequeño armiño se detuvo en la orilla del pantano, donde el cazador no tardó en unirse a ella y atravesarla con su flecha. *Potius mori quam fœdari*, ¡más bien la muerte que la profanación! Este es el lema de Bretaña, y será el tuyo. "Estas blancas vestiduras de salvación, manténganlas puras y sin mancha.

Pero ten en cuenta esto, que la capa negra, protectora de tu túnica blanca, te recordará constantemente: la preocupación por permanecer puro de toda mancha debe ir acompañada, para ser seria y verdaderamente eficaz, de una preocupación igual por la mortificación. La penitencia es necesaria, como he dicho, para expiar los pecados pasados. La mortificación es indispensable para evitar futuros pecados. La prenda negra anuncia la muerte. Son las malas tendencias que tienden a vivir una y otra vez en tu alma las que hay que mortificar sin cansarse nunca.

\*

\* \*

Ánimo y confianza! Pues tu hábito sigue representando, sobre todo en sus partes blancas, las gracias de pureza que te otorgará la especial protección de la Virgen María. Fue ella, en circunstancias memorables, quien, bajo la mirada del propio Santo Domingo, curó al Beato Reginaldo y le mostró "el hábito completo" que debía ponerse. El escapulario, que hasta entonces no existía, se convirtió en "la parte principal de nuestro hábito como Predicadores". Es la prenda del amor maternal que la Santísima María, Madre de Dios, nos lleva desde el cielo, que nos ha acogido y protege bajo sus alas. Bajo su sombra encontrarás un dulce frescor contra el ardor de las pasiones, y hasta el momento de tu muerte te servirá de escudo y defensa contra los ataques del demonio y los peligros de esta vida.

Pensemos en esa protección omnipotente que nuestra prenda evoca constantemente. No nos dejemos hipnotizar por los peligros y por nuestra debilidad. Allí está nuestra Madre celestial, la mujer verdaderamente fuerte que ha tejido para nosotros esta túnica de blancura. Ella ha hecho que nuestros santos sean puros entre todos. ¿Te has dado cuenta de que en la Oficina nos gusta destacar su radiante virginidad? Este es el don de María.

Recuerda la historia de aquella piadosa mujer de Lombardía, mencionada en nuestras antiguas crónicas. Fue al principio de la Orden. El buen devoto vio por primera vez a dos de estos nuevos religiosos "vestidos con un hábito muy limpio y hermoso". Empezó a dudar de su virtud. " Se dijo a sí misma: "¡Nunca podrán mantener su pureza! A la noche siguiente, la Santísima Virgen se le apareció con un rostro severo. A la noche siguiente, la Santísima Virgen se le apareció con rostro severo: "Me has ofendido en la persona de estos religiosos que son mis hijos", le dijo. ¿Crees que no puedo mantenerlos? Y, abriendo su manto, le mostró una multitud de hermanos, entre los que estaban los dos transeúntes del día anterior.

Cuando te pongas este hábito blanco cada mañana, di a la Santísima Virgen con respeto: "*Monstra te esse matrem, fac ut monstrem me esse tuum filium...* Muéstrate mi Madre, y déjame mostrarme tu hijo. Besa entonces tu escapulario con una veneración similar a la que rodearías la santa túnica sin costuras que María tejió para su Hijo. Tú también, como el Santo de los Santos, has recibido esta prenda de ella.

Pero si quieres beneficiarte de la eficaz protección de María, permanece humilde, muy humilde. *Humilibus dat gratiam.* Es a los humildes a quienes se les da la gracia. La capa negra le recordará una y otra vez la indispensable humildad. "Recibe esta capa negra, símbolo de la humildad que te corresponde. El día que olvides que tu pureza es un regalo de María, el día que te atribuyas el mérito, pronto la perderás. Es notable lo mucho que los Padres de la Iglesia, que nos han dejado sermones dirigidos a las vírgenes cristianas, insisten en esta virtud de la humildad. Si sabes entender el lenguaje de los símbolos, tu sombrero negro te dirá una y otra vez lo que San Ambrosio y San Agustín predicaron una vez a las vírgenes cristianas.

\*

\* \*

Nuestro hábito tiene otro significado, más especialmente el dominicano. Todo el ideal de nuestra Orden se ha resumido en la palabra *Veritas* y en esa fórmula perfecta de Santo Tomás: *contemplari et contemplata aliis tradere*. Qué bien representa nuestro hábito blanco esta clara verdad a la que se dedica la Orden de Santo Domingo, y la luz de la contemplación, y el resplandor del celo apostólico! Tiene el mismo significado que ese esplendoroso resplandor que vimos brillar en la frente de nuestro Padre Santísimo.

Sólo para mantener una fe pura, para poseer un conocimiento profundo de la verdad, para aplicar amorosamente la mirada de la propia contemplación a ella, para poder difundir el resplandor de la verdad y el resplandor de la buena edificación en torno a uno mismo, hay que cumplir unas condiciones, que la capa negra simboliza. Mientras que el blanco es el más radiante de todos los colores, el negro es el más absorbente de todos. Nuestro espíritu debe absorber primero la luz que le llega de Dios, el autor de la revelación, de la Iglesia que nos la propone en su nombre, de nuestros maestros que nos la explican. Todas nuestras facultades deben absorberse en la oración, el estudio y la meditación, rumiando y asimilando la verdad. Y para lograrlo, debemos evitar toda disipación, contener nuestra sensibilidad y saber recogernos. Siempre el símbolo del sombrero negro.

Conoces ese precioso cuadro en el que Fra Angelico pintó a Santo Domingo como un joven maravilloso, sentado con un libro en su regazo. Está envuelto en su capa negra. Su barbilla descansa ligeramente sobre su mano derecha, está leyendo, meditando, contemplando; su rostro se ilumina, un halo brilla alrededor de su cara, la estrella brilla sobre su frente. Será muy diferente cuando se levante para hablar de Dios a las almas. Sus brazos se extenderán en un gesto generoso, revelando a todo el mundo la blancura de su túnica, ahora ampliamente oculta bajo la capa negra. Después de absorber la luz, la esparcirá a su alrededor...

Cada uno de nosotros, incluso las Hermanas Predicadoras, debemos imitar a nuestro Padre, difundiendo la luz a nuestro alrededor con nuestras palabras o nuestros ejemplos, y preparándonos para ello en el recogimiento y las austeridades necesarias.

\*

\* \*

Un último rasgo de este rico simbolismo que intento explicar. Las prendas blancas significan alegría. Así es aquí abajo, y así, parece, arriba. Nuestro Señor, el día de su Transfiguración, queriendo dar a sus discípulos una idea de su gloria y de su bienaventuranza eterna, se mostró vestido con un traje de brillante blancura. Ningún fuller podría hacer lo mismo. La nieve en sí no es más blanca. Tras Nuestro Señor, en el cielo, caminan los personajes vestidos de blanco que San Juan vio y nos describe en su Apocalipsis. ¿Quiénes son y de dónde vienen? Al comienzo de la fiesta de todos nuestros santos, nuestra liturgia toma prestada esta pregunta de San Juan: "*Hi qui amicti sunt stolis albis, qui sunt et unde venerunt?* Todos los que hoy celebramos en la blancura de sus vestiduras, ¿quiénes son y de dónde vienen?" La respuesta es clara. No es necesario expresarlo. Estos son los que un día recibieron la vestimenta blanca de Santo Domingo, el símbolo aquí abajo de la alegría eterna.

¿Acaso no tuvieron un anticipo de esta alegría del cielo en la tierra, en la caridad que las santas observancias de su Orden facilitaban, en la contemplación de la belleza divina en la que su caridad florecía en el ocio, y en la seguridad que esta contemplación les establecía de que su amado Dios era infinitamente perfecto y que todo, en definitiva, se realizaba de acuerdo con su buena voluntad? De ahí sacaba el corazón de nuestro Padre la alegría que iluminaba su rostro, según el Beato Jordán. La hermana Cecilia se dio cuenta de que siempre parecía alegre y sonriente. Santa Catalina de Siena asegura que "su religión es todo alegría; es un jardín de delicias". A los novicios que acababa de introducir en esta religión y que se reían durante las completas, Jordán de Sajonia les dijo: "Reíd, reíd, queridos míos", y reprendió a un hermano mayor que no podía soportar la risa de estos jóvenes.

Sin embargo, tengamos cuidado de que nuestra alegría dominicana debe estar velada por la melancolía, ya que nuestra túnica blanca está cubierta por la capa negra.

Si Sor Cecilia, cuya santa vida consolaba a su bendito Padre, le encontraba, cuando venía al convento, un rostro habitualmente lleno de alegría, ella misma añade: "salvo cuando se conmovía por alguna aflicción del prójimo". Ahora bien, esto sucedía a menudo, y tanto más cuanto que el alma de nuestro Padre apreciaba el valor de las diversas clases de aflicciones y sentía las miserias espirituales con mayor intensidad que cualquier otra. Se nos dice que los persistentes defectos de sus hijas religiosas lo crucificaron. Cuando veía de lejos los tejados abarrotados de una ciudad, el pensamiento de las miserias de los hombres y de sus pecados le sumía en tristes reflexiones que ensombrecían su rostro. Por la noche lloraba a gritos por los pecados de la raza humana.

Santa Catalina también sufrió la miseria del mundo. Se creía causante de todos estos males y terminaba sus oraciones diciendo: "¡He pecado, Señor, ten piedad de mí! Exhortó a sus discípulos a tener este conocimiento de sí mismos y de su miseria, pidiendo solamente que no lo separaran del conocimiento de las misericordias divinas. Sobre las lágrimas compuso todo un tratado, y se ha dicho que "sus hijos espirituales fueron educados en una escuela de lágrimas; la tristeza, pero la tristeza cristiana, es como la marca de familia de los que fueron hijos de sus votos y oraciones[[121]](#footnote-122)".

Si el beato Jordán de Sajonia aprobó a los novicios que se reían, fue dándoles la siguiente razón: "Tenéis una buena razón para expandiros de alegría, pues aquí estáis liberados de la servidumbre del demonio que os había mantenido encadenados durante tantos años. Y Gérard de Frachet termina este pequeño relato diciendo: "Las almas de los novicios se consolaron mucho con estas palabras, pero sucedió que desde ese momento toda risa intempestiva se volvió imposible para ellos.

En una palabra, el Beato Jordán los había establecido en la verdad. Y esta verdad, que pone la alegría en nuestros corazones, la templa con compunción. Habiendo sido liberados del diablo, todavía tenemos el recuerdo de haber estado en sus manos; todavía existe la posibilidad de volver a caer en él, y sabemos, por desgracia, que un número incalculable de nuestros hermanos todavía permanecen allí. Estamos felizmente unidos a Dios, pero en las sombras de la fe. No lo vemos, no lo conocemos bien, participamos sólo imperfectamente en su felicidad. Nuestra alegría es sobre todo una alegría de la esperanza, como dice San Pablo, *spe gaudentes*.

*Suspiramus, gementes et flentes in hac lacrymarum valle.* Estas palabras que cantamos cada noche no pueden ser palabras vacías. Suspirando tras el final de nuestro exilio, anhelamos esa patria celestial, donde la Virgen María, tan misericordiosa, tan buena, tan amable, nos concederá ver a su Hijo, nuestro Dios.

Sólo hay una tristeza", se ha dicho, "y es que no somos santos. Sí, sólo hay esta razón válida para estar triste. Pero ¡cómo se impone! Tristeza por no ser todavía un santo beatificado en el cielo; tristeza, para los mejores, por estar tan poco santificados en la tierra; tristeza para muchos, por no estar santificados en absoluto. "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora decisiva de nuestra muerte. Oh, qué razón tenemos al repetir esta oración ciento cincuenta veces al día!

Y ¡qué apropiado es aquí abajo velar en negro la prenda blanca que nos cubre interiormente! En algunos países, los dominicos son llamados "los Padres Negros".

Pero llegará el día, esperamos, en que la alegría reinará plenamente, y "caminaremos con Jesucristo, vestidos de blanco, en el reino celestial". Deseo esta perfecta alegría para todos vosotros, así como para mí mismo, queridos hermanos y hermanas que, como yo, llevan el hábito blanco y negro de Santo Domingo.

\*

\* \*

# Índice de contenidos

[Prefacio7](#__RefHeading___Toc272754852)

[Prólogo17](#__RefHeading___Toc272754853)

[Regla de los Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden Seglar de Santo Domingo17](#__RefHeading___Toc272754854)

[I- Naturaleza y finalidad de la Tercera Orden17](#__RefHeading___Toc272754855)

[II- Recepción y requisitos terciarios18](#__RefHeading___Toc272754856)

[III- Hábito de los Hermanos y Hermanas19](#__RefHeading___Toc272754857)

[IV- Forma de recepción en la Tercera Orden y bendición del hábito20](#__RefHeading___Toc272754858)

[V- Noviciado y Profesión20](#__RefHeading___Toc272754859)

[VI- Recitación del oficio21](#__RefHeading___Toc272754860)

[VII- Confesión, comunión y otros ejercicios de piedad22](#__RefHeading___Toc272754861)

[VIII- El ayuno22](#__RefHeading___Toc272754862)

[IX- Que uno debe evitar salir y los placeres mundanos23](#__RefHeading___Toc272754863)

[X- El respeto debido a los prelados y eclesiásticos23](#__RefHeading___Toc272754864)

[XI- Obras de Apostolado y Caridad23](#__RefHeading___Toc272754865)

[XII- Visitar y ayudar a los enfermos24](#__RefHeading___Toc272754866)

[XIII- Muerte de los hermanos y sufragios24](#__RefHeading___Toc272754867)

[XIV- Gobierno del Tercer Orden24](#__RefHeading___Toc272754868)

[XV- Dignatarios de la Fraternidad25](#__RefHeading___Toc272754869)

[XVI - Oficio del Prior y otros dignatarios de la Fraternidad26](#__RefHeading___Toc272754870)

[XVII- Reunión de los Hermanos27](#__RefHeading___Toc272754871)

[XVIII- Corrección de los Hermanos27](#__RefHeading___Toc272754872)

[XIX- Exenciones27](#__RefHeading___Toc272754873)

[XX- Obligación de este artículo28](#__RefHeading___Toc272754874)

[Decreto29](#__RefHeading___Toc272754875)

[Capítulo I: El tercer orden30](#__RefHeading___Toc272754876)

[Artículo I: El objetivo de la Tercera Orden30](#__RefHeading___Toc272754877)

[I- Es llevar a la perfección30](#__RefHeading___Toc272754878)

[II- ¿Dónde está la perfección?33](#__RefHeading___Toc272754879)

[III- El deber de realizar la caridad perfecta36](#__RefHeading___Toc272754880)

[Artículo II: La profesión terciaria40](#__RefHeading___Toc272754881)

[I- Es una verdadera profesión40](#__RefHeading___Toc272754882)

[II- La obligación contraída42](#__RefHeading___Toc272754883)

[III- Riesgos y recompensas espirituales45](#__RefHeading___Toc272754884)

[Artículo III: Un estado religioso48](#__RefHeading___Toc272754885)

[I- El carácter sacramental y la virtud de la religión49](#__RefHeading___Toc272754886)

[II- La virtud de la religión y las virtudes teologales52](#__RefHeading___Toc272754887)

[III- La virtud de la religión y las virtudes morales en el estado religioso56](#__RefHeading___Toc272754888)

[Capítulo II: Nuestra familia religiosa61](#__RefHeading___Toc272754889)

[Artículo I: Una verdadera familia61](#__RefHeading___Toc272754890)

[I- La Orden de Santo Domingo61](#__RefHeading___Toc272754891)

[II- Solidaridad dominicana65](#__RefHeading___Toc272754892)

[III- La vida en la Fraternidad71](#__RefHeading___Toc272754893)

[Artículo II: El culto a nuestro Patriarca74](#__RefHeading___Toc272754894)

[I- Santo Domingo, por su grandeza, merece el respeto de todos75](#__RefHeading___Toc272754895)

[II- Santo Domingo, nuestro legislador, tiene derecho a nuestra sumisión78](#__RefHeading___Toc272754896)

[III- Santo Domingo, nuestro Padre, nos exige piedad filial82](#__RefHeading___Toc272754897)

[Artículo III: El espíritu de Santo Domingo87](#__RefHeading___Toc272754898)

[I- Cuál es el espíritu de una Orden religiosa87](#__RefHeading___Toc272754899)

[II- ¿Dónde encontrar el verdadero espíritu de nuestra Orden?90](#__RefHeading___Toc272754900)

[III- ¿Qué es el espíritu dominicano?](#__RefHeading___Toc272754901)

[Capítulo III: Las altas fuentes de nuestra vida98](#__RefHeading___Toc272754902)

[Artículo I: La Virgen María, patrona de los Predicadores98](#__RefHeading___Toc272754903)

[I- La intervención de María en favor de nuestra Orden100](#__RefHeading___Toc272754904)

[II- La devoción de nuestra Orden a María104](#__RefHeading___Toc272754905)

[Artículo II: El Salvador Jesús, nuestro Jefe vivificador111](#__RefHeading___Toc272754906)

[I- Nuestro Señor en su realidad histórica112](#__RefHeading___Toc272754907)

[II- Nuestro Señor en su realidad mística117](#__RefHeading___Toc272754908)

[III- El Señor en su realidad eucarística121](#__RefHeading___Toc272754909)

[Artículo III: La Santísima Trinidad127](#__RefHeading___Toc272754910)

[Capítulo IV: Nuestro oficio canónico133](#__RefHeading___Toc272754911)

[Artículo I: La liturgia dominicana133](#__RefHeading___Toc272754912)

[Artículo II: La misa y el oficio137](#__RefHeading___Toc272754913)

[I- El Santo Sacrificio137](#__RefHeading___Toc272754914)

[II- El oficio desde la misa143](#__RefHeading___Toc272754915)

[III- Excelencia de nuestra Oficina147](#__RefHeading___Toc272754916)

[Artículo III: La continuación de las horas153](#__RefHeading___Toc272754917)

[I-oficina nocturna153](#__RefHeading___Toc272754918)

[II- Laudes matutinos158](#__RefHeading___Toc272754919)

[III- Las pequeñas horas del día163](#__RefHeading___Toc272754920)

[IV- Alabanza vesperal167](#__RefHeading___Toc272754921)

[V- Compline171](#__RefHeading___Toc272754922)

[Artículo IV: Oración por nuestros muertos175](#__RefHeading___Toc272754923)

[Capítulo V- La oración dominicana182](#__RefHeading___Toc272754924)

[Artículo I: La tradición de nuestra Orden182](#__RefHeading___Toc272754925)

[Artículo II: Los fundamentos de nuestra oración187](#__RefHeading___Toc272754926)

[I- Un fondo doctrinal187](#__RefHeading___Toc272754927)

[II- Inspiraciones litúrgicas191](#__RefHeading___Toc272754928)

[Artículo III: Las diversas formas de oración dominicana196](#__RefHeading___Toc272754929)

[I- Oraciones secretas196](#__RefHeading___Toc272754930)

[II- Las Sagradas Meditaciones200](#__RefHeading___Toc272754931)

[III- Meditación religiosa204](#__RefHeading___Toc272754932)

[IV- Meditación contemplativa207](#__RefHeading___Toc272754933)

[V- Contemplación mística211](#__RefHeading___Toc272754934)

[VI- Las oraciones jaculatorias214](#__RefHeading___Toc272754935)

[VII- El Santo Rosario, un método de oración219](#__RefHeading___Toc272754936)

[Artículo IV: Hacia la perfecta contemplación223](#__RefHeading___Toc272754937)

[Capítulo VI: Toda la vida en la verdad228](#__RefHeading___Toc272754938)

[Artículo I: La verdad de la vida228](#__RefHeading___Toc272754939)

[I- El gran papel de la virtud de la prudencia228](#__RefHeading___Toc272754940)

[II- Bajo la guía de la Providencia232](#__RefHeading___Toc272754941)

[III- Santo Domingo abandonado a la Providencia236](#__RefHeading___Toc272754942)

[IV- La prudencia activa de Santo Domingo239](#__RefHeading___Toc272754943)

[Artículo II: La austeridad de la vida242](#__RefHeading___Toc272754944)

[I- Afinidades de la gracia y la cruz243](#__RefHeading___Toc272754945)

[II- Los motivos de la mortificación246](#__RefHeading___Toc272754946)

[III- La práctica de la penitencia252](#__RefHeading___Toc272754947)

[Artículo III: La fecundidad de la vida257](#__RefHeading___Toc272754948)

[I- Obras múltiples257](#__RefHeading___Toc272754949)

[II- Mente única264](#__RefHeading___Toc272754950)

[Apéndice Colores dominicanos274](#__RefHeading___Toc272754951)

1. Rme P. M.-S. Gillet, Saint Dominique (Les grands cœurs), pp. 11-12, Flammarion, 1942. [↑](#footnote-ref-2)
2. Ibid, p. 37. [↑](#footnote-ref-3)
3. Cap. v, en el t. IX de las Œuvres du R. P. H.-D. Lacordaire, Poussielgue, 1872, p. 152. [↑](#footnote-ref-4)
4. R. Bernard, Année Dominicaine, 1937, p. 116. [↑](#footnote-ref-5)
5. Ibid. [↑](#footnote-ref-6)
6. Hermano. Paul Jamot, T.O.P., en *L'Année Dominicaine*, junio de 1932, p. 175. [↑](#footnote-ref-7)
7. Texto de la norma de 1923. (Nota del editor.) [↑](#footnote-ref-8)
8. Diálogo, cap. 158 (trans. Hurtaud, vol. II, pp. 269-270). [↑](#footnote-ref-9)
9. Cf. M.-C. de Ganay, Les Bienheureuses Dominicaines. Encontraréis los rasgos que citaré, bien en esta obra, bien en el gran Año Dominicano, reeditado por nuestros Padres de la Provincia de Lyon y que contiene en doce fuertes volúmenes, correspondientes a cada mes del año, noticias sobre todos los santos, beatos y venerables que han ilustrado nuestra Orden desde el siglo XIII al XVIII. No debe confundirse con la revista mensual que aparece con el mismo nombre en París y a la que también me referiré. [↑](#footnote-ref-10)
10. Santo Tomás, De perfectione spirituali, cap. 1. [↑](#footnote-ref-11)
11. I Corintios, XIII, 2. [↑](#footnote-ref-12)
12. I Juana, IV, 16. [↑](#footnote-ref-13)
13. I Cor, XIII, 4-7. [↑](#footnote-ref-14)
14. Col, III, 14. [↑](#footnote-ref-15)
15. S. Tomás, IIa IIæ, q. 184, a. 1, sed contra. [↑](#footnote-ref-16)
16. S. Tomás, Ia IIæ, q. 186, a. 2, ad 2. [↑](#footnote-ref-17)
17. Humbert de Romans, Opera, ed. Berthier, vol. II, p. 46. [↑](#footnote-ref-18)
18. IIa IIæ, q. 186, a. 9. [↑](#footnote-ref-19)
19. En IIam IIæ, q. 186, a. 9, § VI. - Cf. I.-M. Tonneau, O. P., L'obligation "ad pœnam" des constitutions dominicaines, en Revue des Sciences philosophiques et théologiques, febrero de 1935. [↑](#footnote-ref-20)
20. Tomás, IIa IIæ, q. 105, a. 1. [↑](#footnote-ref-21)
21. IIa IIæ, q. 186, a. 10. [↑](#footnote-ref-22)
22. IIa IIæ, q. 88, a. 6; q. 189, a. 2. [↑](#footnote-ref-23)
23. IIa IIæ, q. 104, a. 4. [↑](#footnote-ref-24)
24. Cf. Summa Theologica, IIIa, q. 63. [↑](#footnote-ref-25)
25. Prov, III, 6; Sal. XV, 8; Gen, XXVIII, 16. [↑](#footnote-ref-26)
26. Suma Teológica, IIa IIæ, q. 81, a. 1, ad 5. [↑](#footnote-ref-27)
27. IIa IIæ, q. 186, a. 1. [↑](#footnote-ref-28)
28. Véase Littré, Dictionnaire de la langue française. [↑](#footnote-ref-29)
29. IIa IIæ, q. 81, a. 1, ad 1. [↑](#footnote-ref-30)
30. Véase en particular el capítulo IX de la Regla de la Tercera Orden. [↑](#footnote-ref-31)
31. IIa IIæ, q. 81, a. 8, c. y ad 1. [↑](#footnote-ref-32)
32. Jac, I, 26-27. [↑](#footnote-ref-33)
33. IIa IIæ, q. 81, a. 8, corp. y ad 1. [↑](#footnote-ref-34)
34. Suma Teológica, IIa IIæ, q. 188, a. 8. [↑](#footnote-ref-35)
35. Nuestros terciarios, sobre todo si viven aislados, encontrarán en ciertas revistas dominicanas un vínculo con su familia religiosa. Cada provincia francesa tiene su propia revista mensual en la que se pueden leer artículos de piedad o de historia, consejos útiles y noticias sobre la Orden. L'Année Dominicaine se fundó en París en 1859. Toulouse publica La vie dominicaine desde 1935, y Lyon tiene su Courrier dominicain. [↑](#footnote-ref-36)
36. T. Vayssière, Carta a la Provincia de Toulouse con motivo del séptimo centenario de la canonización de Santo Domingo, 1935. [↑](#footnote-ref-37)
37. R. P. Couturier, en L'Année Dominicaine de julio de 1934, p. 206. [↑](#footnote-ref-38)
38. IIa IIæ, q. 188, a. 6. [↑](#footnote-ref-39)
39. Estas son las justas palabras del RR. PP. Rousselot y Huby, S. J., en Christus, p. 1133. [↑](#footnote-ref-40)
40. Dante, Paraíso, XII, 61. [↑](#footnote-ref-41)
41. Humbert, Opera, vol. II, p. 29. [↑](#footnote-ref-42)
42. "Mens humana debet semper moveri ad cognoscendum de Deo plus et plus secundum suum modum" (De Trinitate, q. 2, a. 1, ad. 7). [↑](#footnote-ref-43)
43. Les Frères Prêcheurs, Letouzey, p. 103. [↑](#footnote-ref-44)
44. R. P. Petitot, Vie de saint Dominique, p. 381. [↑](#footnote-ref-45)
45. Humbert de Romans, Opera, vol. II, pp. 72-74. [↑](#footnote-ref-46)
46. Ibid, p. 71. [↑](#footnote-ref-47)
47. León XIII, Encíclica del 12 de septiembre de 1897, en nuestra colección El Rosario de María, p. 181. [↑](#footnote-ref-48)
48. R. P. M.-L. Dumeste, Le Père Lagrange et l'École biblique et archéologique de Jérusalem, en La Vie Dominicaine, Saint-Maximin, 1935, p. 124. [↑](#footnote-ref-49)
49. Ibid, p. 218. [↑](#footnote-ref-50)
50. Thierry de Apolda, Libro sobre la vida y la muerte de Santo Domingo, Parte 8, cap. 24. [↑](#footnote-ref-51)
51. Les Filles de Saint-Thomas, París, 1927, pp. 157, 160. [↑](#footnote-ref-52)
52. Ibid, p. 217. [↑](#footnote-ref-53)
53. P. Clérissac, L'esprit de saint Dominique, p. 175. [↑](#footnote-ref-54)
54. Rogatien Bernard, Nuestro vínculo con Jesucristo, en L'Année Dominicaine,  
    febrero de 1932, pp. 47-48 [↑](#footnote-ref-55)
55. Citado por el padre Mersch, Le Corps mystique du Christ, vol. II, p. 160. [↑](#footnote-ref-56)
56. Ibid, pp. 161-162. [↑](#footnote-ref-57)
57. "La Pasión de Cristo provoca la remisión de los pecados por medio de la redención. La Pasión que soportó por caridad y obediencia es como un premio: pues con ella, siendo él nuestra cabeza, nos ha redimido a nosotros, sus miembros, de nuestros pecados; como un hombre, por una obra meritoria hecha con sus manos, se redimiría de un pecado que hubiera cometido con sus pies. En efecto, así como el cuerpo natural es un todo formado por una diversidad de miembros, así toda la Iglesia, que es el cuerpo místico de Cristo, es una sola persona con su cabeza, que es Cristo" (IIIa, q. 49, a. 1). [↑](#footnote-ref-58)
58. Estos pensamientos se desarrollan en nuestra obra Par Jésus-Christ Notre-Seigneur (Desclée de Brouwer), libro III, capítulo 2. [↑](#footnote-ref-59)
59. Quisiera referirme de nuevo a una obra que publiqué con el título Aux sources de l'eau vive (Desclée de Brouwer). En él encontrarás desarrolladas las ideas que aquí sólo esbozo sobre los sacramentos de la penitencia y la eucaristía. [↑](#footnote-ref-60)
60. Eucharistia, por Bloud y Gay, 1934, p. 253. [↑](#footnote-ref-61)
61. IIIa, q. 80, a. 10. [↑](#footnote-ref-62)
62. Vernet, en Eucharistia, pp. 257-262. [↑](#footnote-ref-63)
63. R. P. Bernadot, De la Eucaristía a la Trinidad. [↑](#footnote-ref-64)
64. Cardenal Mercier, La vida interior, p. 309. [↑](#footnote-ref-65)
65. Santa Teresa, Vida por sí misma, cap. XVIII, final. [↑](#footnote-ref-66)
66. R. P. Mandonnet, Les Frères Prêcheurs et le premier siècle de leur histoire, 1918, 12ª lección. [↑](#footnote-ref-67)
67. R. P. Lavocat, en Liturgia, Bloud et Gay, p. 862. Allí se ofrece la bibliografía del tema. [↑](#footnote-ref-68)
68. Padre Molien, del Oratorio, en Liturgia, p. 591. [↑](#footnote-ref-69)
69. R. P. Petitot, Vie de saint Dominique, p. 461. [↑](#footnote-ref-70)
70. Le Petit Office de la Sainte Vierge, por el Padre Lavocat, en L'Année Dominicaine, mayo de 1933. [↑](#footnote-ref-71)
71. Olier, El día del cristiano, parte 1. [↑](#footnote-ref-72)
72. En el apéndice del libro de G. Lorber, Les Filles de la Croix, p. 234. [↑](#footnote-ref-73)
73. IIa IIæ, q. 83, a. 13. [↑](#footnote-ref-74)
74. Me limito a resumir los comentarios del Padre Hugueny en sus Salmos y Cánticos del Oficio de la Santísima Virgen. [↑](#footnote-ref-75)
75. San Juan Crisóstomo, Hom. XIV en I Tim. 4 (PG, vol. 52, col. 575-577). [↑](#footnote-ref-76)
76. Humbert de Romans, Opera (ed. Berthier), vol. II, p. 258. [↑](#footnote-ref-77)
77. El padre Barge lo dio como apéndice a su Cantus O. P. [↑](#footnote-ref-78)
78. A este respecto, no olvidemos que "todas las misas celebradas por los hermanos difuntos son privilegiadas siempre y en todo lugar" (Analecta S. O. P., enero de 1923). [↑](#footnote-ref-79)
79. Carta a Proba, cap. 9. [↑](#footnote-ref-80)
80. IIa IIæ, q. 80, a. 12. [↑](#footnote-ref-81)
81. Humbert, Opera, vol. 11, pp. 86, 91. [↑](#footnote-ref-82)
82. Ibid, p. 248. [↑](#footnote-ref-83)
83. San Agustín, Confesiones, l. IX, c. 6. [↑](#footnote-ref-84)
84. Humbert de Romans, Opera, vol. II, pp. 91-93. [↑](#footnote-ref-85)
85. IIa IIæ, q. 80. [↑](#footnote-ref-86)
86. L. de Grenade, Le Mémorial, trans. Bareille, p. 178. [↑](#footnote-ref-87)
87. Humbert, Opera, vol. II, p. 231. [↑](#footnote-ref-88)
88. El significado que queda en "oración dominical", "oraciones litúrgicas". [↑](#footnote-ref-89)
89. IIa IIæ, q. 180, a. 2. [↑](#footnote-ref-90)
90. Cayetano, en IIam IIæ, q. 182, a. 1, § VII. [↑](#footnote-ref-91)
91. De Veritate, q. 14, a. 4. [↑](#footnote-ref-92)
92. IIa IIæ, q. 82, a. 3. [↑](#footnote-ref-93)
93. IV Sentencia, d. 15, q. 4, a. 1, qla 2, ad 1. [↑](#footnote-ref-94)
94. IIa IIæ, q. 180, a. 3. [↑](#footnote-ref-95)
95. IIa IIæ, q. 189, a. 8, ad 2. [↑](#footnote-ref-96)
96. IIa IIæ, q. 180, a. 3, ad 4. [↑](#footnote-ref-97)
97. Estas páginas son sólo un resumen de nuestro libro titulado: Contemplación mística según Santo Tomás de Aquino. [↑](#footnote-ref-98)
98. IIa IIæ, q. 83, a. 14, con citas de San Agustín. [↑](#footnote-ref-99)
99. Ver Año Dominicano, mayo, p. 866. [↑](#footnote-ref-100)
100. Las Hijas de Santo Tomás, p. 165. [↑](#footnote-ref-101)
101. Sobre la oración, 2ª parte, cap. II, § V. [↑](#footnote-ref-102)
102. Muchas almas le han seguido en nuestra Orden. Véase, por ejemplo, L'Année Dominicaine, enero, pp. 36, 40-41, 45; febrero, pp. 288-291, etc. [↑](#footnote-ref-103)
103. Bremond, Histoire littéraire du sentiment religieux, vol. VI, p. 417. [↑](#footnote-ref-104)
104. IIa IIæ, q. 182, a. 2. [↑](#footnote-ref-105)
105. 1 Juana, IV, 20-21; cf. III, 17. [↑](#footnote-ref-106)
106. 1 Cor. xiii, 3. [↑](#footnote-ref-107)
107. Ia IIæ, q. 182, a. 2. [↑](#footnote-ref-108)
108. Fil, III, 16; Ef, IV, 15; II Juana, 4; III Juana, 4. [↑](#footnote-ref-109)
109. IIa IIæ, q. 188, a. 6, ad 3; III Gent, c. 133 vel 134. [↑](#footnote-ref-110)
110. Cf. P. Gardeil, La vraie vie chrétienne, Le gouvernement personnel et supernaturel de  
     soi-même. [↑](#footnote-ref-111)
111. El Padre Piny es un excelente maestro para establecer nuestra alma en el santo abandono. Todas sus obras tienden a este objetivo. [↑](#footnote-ref-112)
112. La venerable Madre Ana Raviot, del monasterio de Sainte-Catherine-de-Sienne en Dijon (1604-1677). [↑](#footnote-ref-113)
113. El abate H. Bremond dio a conocer la sublimidad de Chardon al público en general en el volumen VIII de su Histoire littéraire du sentiment religieux en France, y el padre Florand estudió esta doctrina a la luz de las enseñanzas de Santo Tomás (La Vie Spirituelle, 1935 e Introduction à l'édition nouvelle de La Croix de Jésus, publicada por Éditions du Cerf). [↑](#footnote-ref-114)
114. En Rom, VI, 4-5; IV Gent, LXXI; IIIa, q. 69, a. 3; IV Gen, LV; IIIa, q. 49, a. 3, ad 3. [↑](#footnote-ref-115)
115. Cf. R. P. Alix, Manuel du Tiers-Ordre, p. 153, y Année Dominicaine, abril, sobre la fiesta de los estigmas de Santa Catalina de Siena. [↑](#footnote-ref-116)
116. Sabemos que Santo Domingo se flagelaba tres veces por noche hasta desangrarse, según el testimonio del hermano Juan de España en el proceso de canonización. [↑](#footnote-ref-117)
117. Cf. las cartas del Beato Jourdain, editadas por M. Aron, y el estudio que el P. Lemonnyer les dedicó en L'Année Dominicaine, junio de 1926. [↑](#footnote-ref-118)
118. Véase, bajo este título, una obra de R. Zeller, publicada por Letouzey, y Les Dominicaines, de M.-M. Davy, publicada por Grasset. [↑](#footnote-ref-119)
119. "Me contaron un caso reciente de una joven de veinte años, terciaria y miembro de la JOC, que, torturada por una terrible enfermedad de la médula espinal, tumbada en su cama de hospital todo el día, hacía el más fecundo apostolado. Sin siquiera hablar, sin enseñar la verdad con palabras, simplemente estando allí, toda santa, abandonada a Dios, radiante en su sufrimiento, predicando la verdad crucificada, fue una predicadora de nuestra Orden - como lo fue también, antes que ella, esa bendita mujer a la que celebramos el 28 de mayo, la dulce, encantadora y dolorosa Marie-Barthélémie Bagnesi. Y así como el funeral de la beata dominicana fue un triunfo, reuniendo a toda la ciudad de Florencia, provocando casi un motín porque todos querían acercarse a su cuerpo santificado, así esta pequeña terciaria de los suburbios de París hizo que una gran multitud de almas acudiera a su funeral, las de sus hermanas y hermanos dominicos, las de sus hermanas y hermanos de la JOC, y todos, con un solo impulso, entonaron de repente el Magnificat en la iglesia. (P. B., El año dominicano, mayo de 1936, p. 164) [↑](#footnote-ref-120)
120. Se concede la indulgencia plenaria a quienes mueren con el hábito, o al menos con el escapulario, tanto si lo llevan puesto como si simplemente lo tienen sobre la cama. [↑](#footnote-ref-121)
121. El Año Dominicano, febrero, p. 776. [↑](#footnote-ref-122)